

LITORAL

Carlos Marzal
HOTEL DEL UNIVERSO

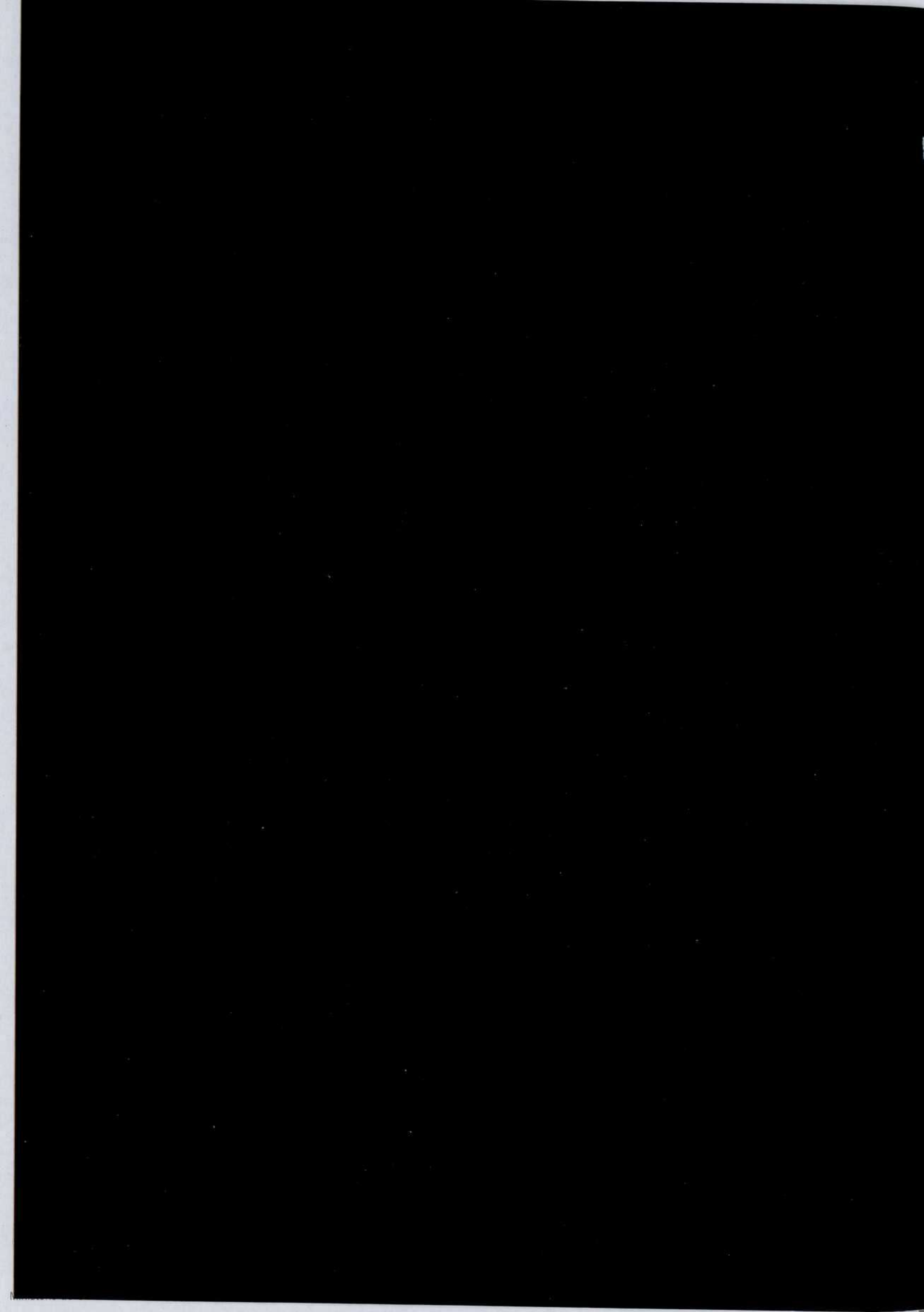


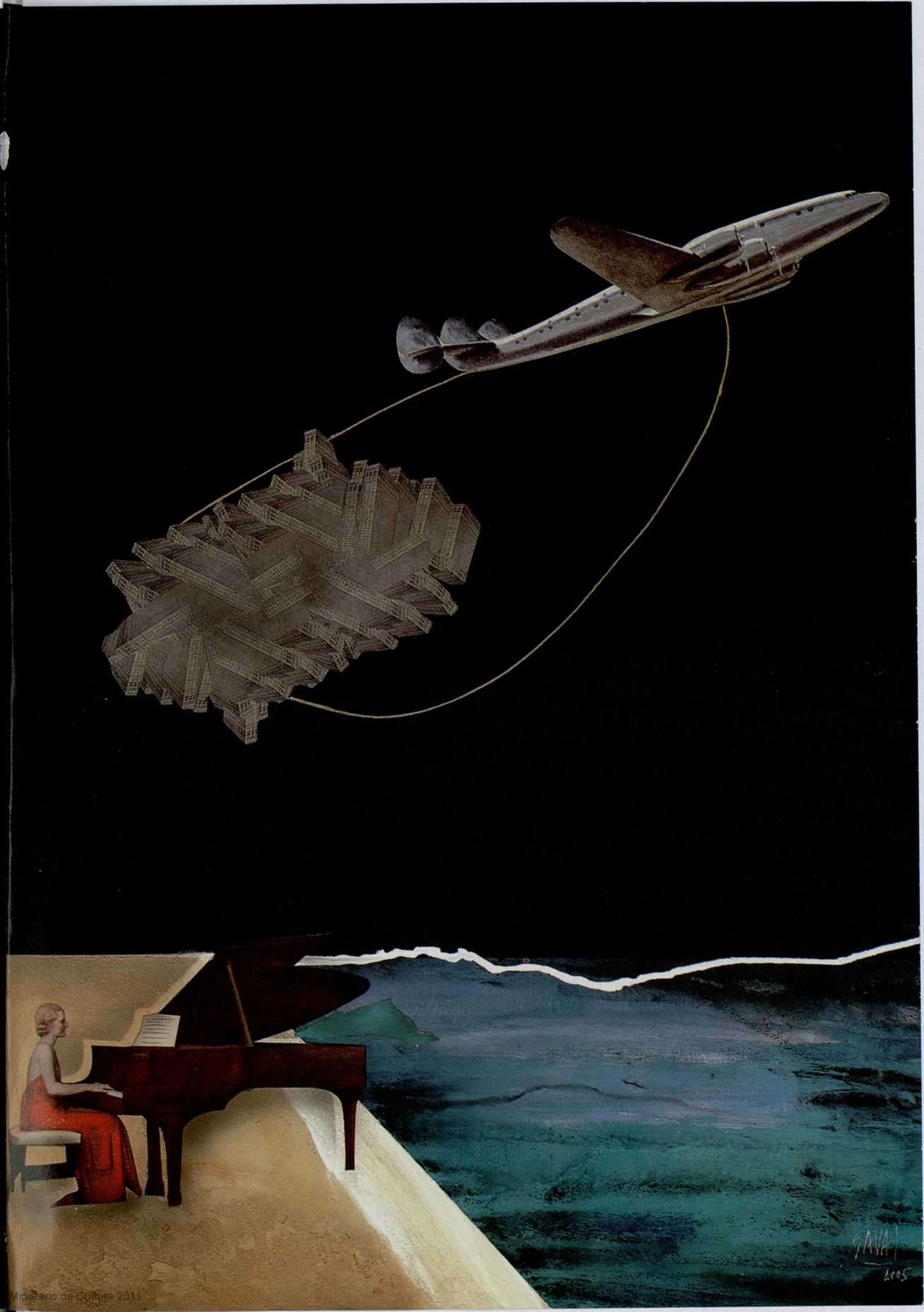
239

EDICIÓN
José Luis González Vera

Litografía

revista de poesía arte y pensamiento





GARY HART
2005

- 5 EDITORIAL, Lorenzo Saval
- 6 **El corazón amigo**, José Luis González Vera
ILUSTRA *Guillermo Peyró Roggen*, 6, 8, 9
- 10 **LAS ORILLAS DEL LAGO**. Noticias biográficas
ILUSTRA *Eduardo Nave*, 10, 12
- 14 **EXTRAÑA FORMA DE VIDA**
ILUSTRA *Juan Vida*, 14, 17, 21, 24, 26
- 31 **PERFILES**
ILUSTRAN *Manolo Valdés*, 30, 32 *Gabi Alonso*,
37, 39 *Fernando de la Rosa*, 42, 44, 46,
47 *Concha Prada*, 48, 51 *Manuel Sáez*, 52,
54, 55, 73 *Cuqui Guillén*, 57, 59, 61 *José
Albelda*, 62, 63, 64 *Martí Quinto*, 65
Rosa Martínez Artero, 67, 69 *Mery Sales*, 71,
72 *José Saborit*, 74, 75 *Paula Bonet*, 76,
78 *Lorena Amorós*, 78 *Artur Heras*, 79
- 32 FRANCISCO BRINES
- 37 VICENTE GALLEGO
- 42 LUIS GARCÍA MONTERO
- 48 MANUEL BORRÁS
- 52 ANTONIO CABRERA
- 57 PERE ROVIRA
- 62 ENRIC SORIA
- 65 JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ
- 67 SALVADOR DOMÍNGUEZ
- 71 ANDRÉS NEUMAN
- 74 JUAN MANUEL VILLALBA
- 76 ELENA MEDEL
- 79 JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ
- 84 **ROJO DE CADMIO** [ANTOLOGÍA PROPIA]
ILUSTRAN *Xisco Mensua*, 84, 90 *Ricardo
Cadenas*, 86, 111 *Artur Heras*, 89 *Juan
Genovés*, 91 *Eusebio Sempere*, 93,
100, 123 *Ricardo Cotanda*, 94, 95 *M.
A. Benítez Reyes*, 97, 98 *Salvador Soria*,
102 *Jordi Teixidor*, 103 *Sebastián Nicolau*,
105 *Manolo Boix*, 106 *Chema López*, 109
Rafael Agredano, 112, 128 *Toño Barreiro*,
114, 115 *Mery Sales*, 112 *Joaquín
Michavila*, 118 *Pérez Esteban*, 120 *José
Saborit*, 124 *Martín Caballero*, 126
- 130 **LA ARQUITECTURA DEL AIRE**
ILUSTRA *José Saborit*, 130, 133, 134, 135,
136, 137



138 LOS POBRES DESGRACIADOS HIJOS DE
PERRA. DIARIO 1981-1993

ILUSTRA *Equipo Crónica*, 138, 141, 143, 145,
146, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 155

156 INVITACIÓN A LA PRUDENCIA

158 INTUICIONES, SOSPECHAS Y VISLUMBRES

ILUSTRA *Concha Prada*, 156, 158, 159

161 EN LA VENTANA

ILUSTRA *Montserrat Soto*, 160, 165, 170

162 FELIPE BENITEZ REYES

164 ÁLVARO GARCÍA

166 ABELARDO LINARES

169 JOAN MARGARIT

170 MIGUEL ÁNGEL VELASCO

171 LUIS ANTONIO DE VILLENA

172 CARLOS MARZAL. DOS SOLOS DE DIANA
VALENCIANA, Joaquín Sabina

ILUSTRA *Manolo Valdés*, 173, 175, 176

178 TORTURAS SUCULENTAS

ILUSTRAN *Álex Frances*, 179 *Carmen Calvo*,
180, 187 *Geles Mit*, 182, 183 *Luis*
Ontoso, 185

188 UNA VARIEDAD DEL SUEÑO
CUESTIONARIO POR LORENZO SAVAL

196 LA NOCHE FUTURA

ILUSTRAN *Raquel Díaz* 196, 220, 223,
229 *Julio Bosque* 199, 200, 203 *Chema*
de Luelmo 204, 207 *Antonio González* 208,
211 *Antonio Domenech* 213, 214, 217 *Sergio*
Barrera 219

197 JOSÉ ANDÚJAR ALMANSA

204 FRANCISCO FORTUNY

208 ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN

212 NOEMÍ MONTETES

218 JOSEP MARÍA RODRÍGUEZ

220 PERE PENA

230 EPISTOLARIO

Fernando Quiñones y Felipe Benítez Reyes

240 ÁLBUM FOTOGRÁFICO

© VEGAP, 2005 DE LAS OBRAS AUTORIZADAS



Aquella noche la mesa estaba inundada por todo tipo de cosas. Los libros, las palabras y las fotos de toda una vida estaban allí, moviéndose con su luz y su sombra en un océano indescriptible de ideas, el universo perfecto para empezar a construir un *Litoral*.

—Carlos, ¿cómo quieres que se llame el número?— le pregunté mientras abría con cuidado una carpeta hinchada de donde salía otra geografía distinta de cartas, versos, textos y más fotos.

—Hotel del Universo.

A la mañana siguiente, después de una intensa noche de trabajo, los planos del universo ya tenían su espacio y el hotel algunas de sus ventanas dibujadas.

Hay poetas hechiceros y poetas hechizados: Carlos Marzal nacido en Valencia en 1961 cumple con los dos papeles, una suerte difícil en escritores aún con el corazón perplejo.

Un poeta que nos sorprendió desde el principio con dos libros fundamentales *El último de la fiesta* (1987) y *La vida de frontera* (1991) para luego hechizarnos del todo con *Los países nocturnos* (1996). Más tarde, con *Metales pesados* (2002), su obra se consolida del todo y recibe el Premio Nacional de la Crítica y el Nacional de Literatura. Dos años después aparece *Fuera de mí* (2004), que obtiene el Premio Fundación Loewe y muy recientemente ve la luz su poesía reunida (1987-2004) bajo el título de *El corazón perplejo*.

Siguiendo la estela de los monográficos dedicados a Luis García Montero, *Complicidades* (1998), y Felipe Benítez Reyes, *Ecuación de tiempo* (2001), la revista se centra otra vez en un escritor de las últimas generaciones, aportando textos inéditos y estudios de relevantes autores, muchos de ellos de amistad íntima, que acercan mejor al lector a la comprensión de su obra; una poesía, como algunos dicen, que aspira al placer y a la inteligencia, a enseñarnos a gozar de la vida con más intensidad. Todo esto excelentemente coordinado, con el revolver en los labios, por José Luis González Vera.

Para ilustrarlo nos centramos en artistas plásticos de su entorno, que nos proporcionaron una obra rica y variada de tendencias que, junto a la de algunos celebres pintores valencianos, completaron esa atmósfera de poesía y pintura levantina que queríamos que tuviera el hotel.

Abandonado por mi coche en la carretera cuando lo llevaba al aeropuerto, después de su breve visita a *La Marea* (Bernalmádena) para ultimar los detalles de este número, se me ocurrió la idea de la portada mientras miraba la estela de un avión que cruzaba el parabrisas. Un enorme *Lockheed Constellation*, el más bello avión de pasajeros que cruzó el Atlántico en los años cuarenta, levanta una ciudad por los aires.

Decía Edgar Allan Poe que la ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia. Tampoco la inteligencia nos ha enseñado si la locura es una ciencia exacta, pero ante la sospecha creo que serían los seres como Carlos Marzal los más indicados para desvelar el enigma.

Lorenzo Saval

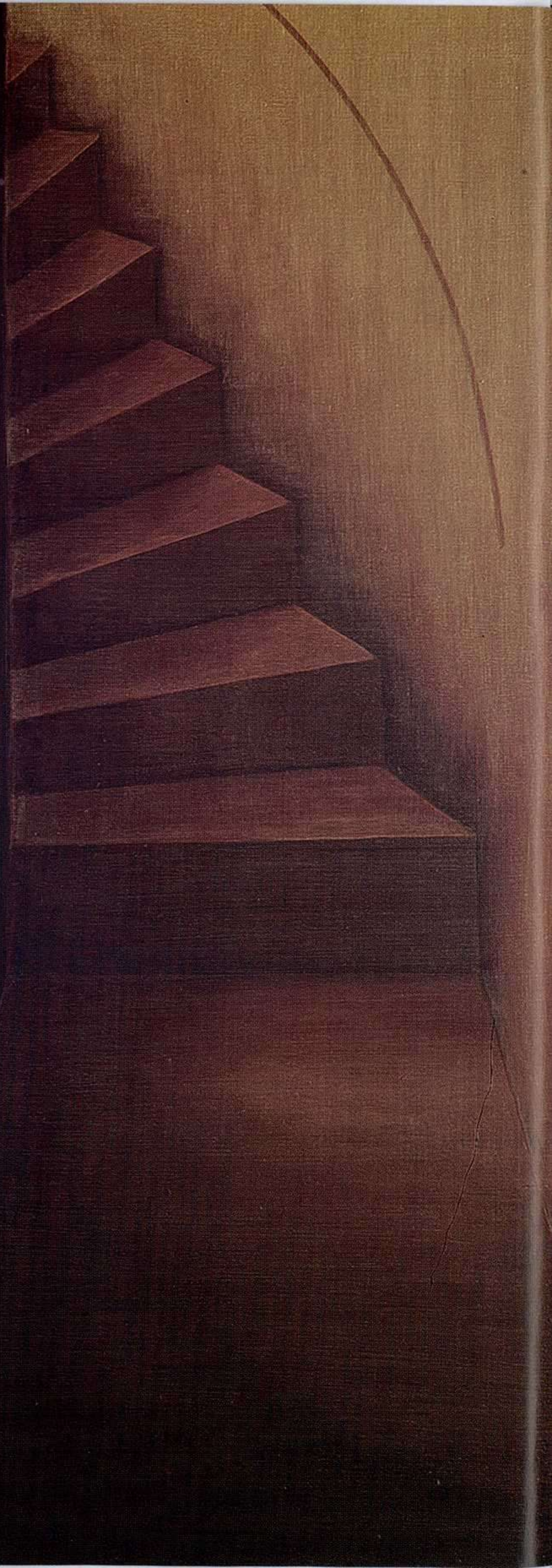
Carlos Marzal en *La Marea* durante la realización de este número. Marzo 2005. FOTO Lorenzo Saval



El corazón amigo

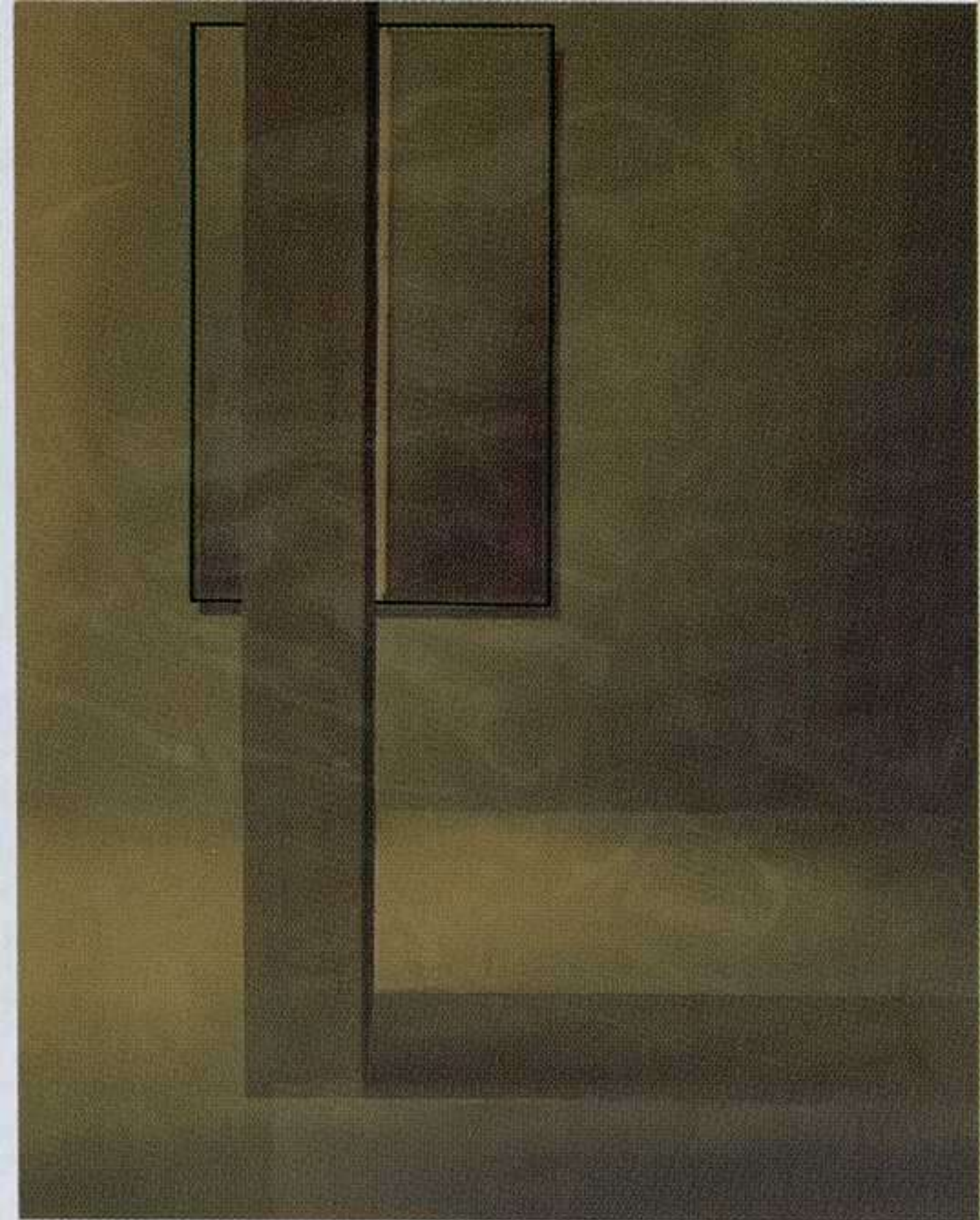
José Luis González Vera

ILUSTRA Guillermo Peyro Roggen



Cuando leí a Carlos Marzal él aún era un joven y orgulloso nieto de Don Manuel Machado por lo que nuestras vidas se hicieron más complejas al mismo ritmo que sus versos. Desde aquel *Último de la fiesta* (1987), anclado a la nocturnidad por donde fluye con fuerza la sangre de los días, hasta su último *Fuera de mí* (2004), Carlos ha desarrollado un proceso que podríamos explicar como el análisis de la perplejidad frente a la existencia, concepto en que resume su obra reunida, recién editada, cuyo grosor de páginas admiro sobre mi mesa. Carlos Marzal se ha convertido en uno de los grandes referentes de su generación, pronto significada con el marbete de *poetas de la experiencia* que, como él dice, no está mal porque los hay peores; fue una facción de la llamada crítica quien lanzó el término como bala para enjuiciar los textos con una miopía que, para su vergüenza, queda impresa en los boletines y consignas que fueron enarbolados durante aquellos penosos inicios de los años noventa, donde la alerta más coherente que ellos difundían señalaba la cantidad de premios que ganaba ese grupo de escritores situados ante el mismo paredón, y las cenas a las que los invitaban. Pero el tiempo aplica su soplete insobornable y desgaja la anécdota para que brille la categoría; los años son lectores implacables y, así, la obra de Luis García Montero, de Felipe Benítez Reyes, o de Carlos Marzal, por citar entre otros muchos sólo a quienes *Litoral* ha dedicado un monográfico, se ha consolidado, sus caminos demuestran la profundidad de sus poéticas, y público y crítica les ofrecen hoy sus homenajes de reconocimiento ante tanta emoción esparcida y tanta sabiduría arraigada en los hemistiquios. Carlos ofrece entre estas páginas de *Litoral* una reflexión lúcida sobre sus presupuestos estéticos, en parte aplicables a toda su generación, por lo que el historiador de la literatura hallará en esos renglones un instrumento fresco y de gran valía teórica, elaborado por un veterano creador que ejecuta faenas de las que siempre sale airoso, ante el bravío blanco del papel.

Experiencia no es torpe etiqueta, como ya digo, si se supiera apreciar en su justa medida que va más allá de las consideraciones históricas de Robert Langbaum, y más acá de las históricas de ciertos grupúsculos; es decir, si formulamos la pregunta desde el negativo: ¿qué poesía no nace de la experiencia?, quedarán al margen ciertos juegos vanguardistas y poco más, pues en los mismos anaqueles nos veremos obligados a catalogar, por ejemplo, la mística, la metafísica e, incluso, la aparente sensualidad de los modernistas; basta que situemos nuestra cámara desde otro ángulo frente al objeto. Tampoco se trataba de literatura laudatoria del alcohol, drogas, fiesta y lamento por el final de la juventud, adobada con alardes métricos; es cierto que todos esos temas fueron abordados por aquel conjunto de jóvenes que, tras los pasos de la generación de los cincuenta, buscaba lo lírico en las marcas que en lo inmediato deja esta lluvia de minutos bajo la que camina-



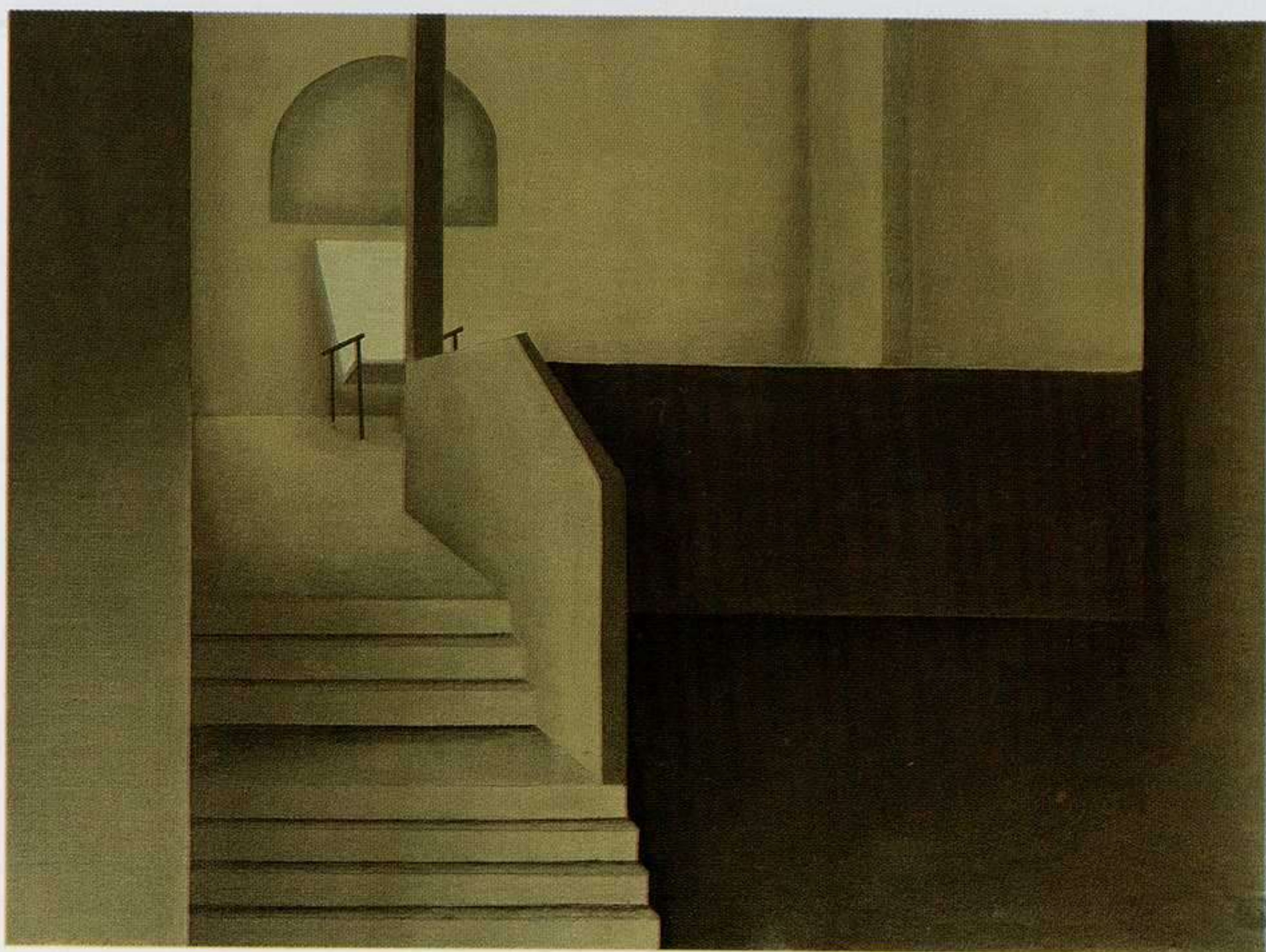
Estancia IV, 2002

mos; de este modo, tras cada intuición, aparecía la musa en vaqueros a la que todos querían besar en la boca y hacer suya porque en ella reconocían una amante digna y no una maternal señora de otros cielos. Aquella chica que ya oía *Radio Tres* y vestía cuero negro repleto de tachuelas entendía sólo las palabras santas de cada jornada, aquellas que se gastan entre los puestos del mercado, el paseo dominical, o los burdeles; también lo sordido merecía ser adornado con flores y extraerle su zumo para que iluminara el camino. En definitiva, nada ajeno fue visto como humano, por un regreso consciente a lo que pasa en la calle como el anclaje sólido para entender la existencia.

Pero nuestra preciosa amada, buena conocedora de la música moderna, militante en los movimientos culturales y políticos que parcelaron el final del franquismo y los inicios de la democracia, había asistido a la universidad y cursado clases de finura técnica y versificatoria en los textos de las generaciones inmediatas por lo que aquellos perfumes familiares había que entregárselos en pebeteros muy bien esculpidos para que le fueran agradables; el Carlos Marzal, poeta incipiente, apuntaba en esas maneras una maestría que aún hoy sorprende, incluso cuando la usa como mero divertimento, actividad de la que el lector de este número podrá tener buena cuenta, si dirige su mirada hacia la feliz correspondencia que mantuvo con Felipe Benítez Reyes y Fernando Quiñones, porque para esta generación a la que nos referimos, la amistad sí sería un rasgo definido que dibujaría sus lindes; así se contempla en la sección del álbum fotográfico donde nos acercamos con todo cariño a las intimidades biográficas de Carlos Navarro Marzal, su afán de aventura, las certidumbres de su alma o las materializaciones en imágenes de los recuerdos que musitan en sus poemas.

Aquellos que fueron jóvenes inquietos por encontrar una patria lírica en que se hallaran cómodos y que coincidían en ciertos conceptos sobre la naturaleza del paisaje soñado, hoy son escritores maduros, cada uno con su propio universo simbólico pero con la obsesión común de desentrañar,

entre la tramoya del decorado que nos rodea, las claves que nos indiquen cuál es el argumento en que se basa el guión de esta película a la que estamos abocados sin haber acudido a ninguna selección de personajes; el final lo sabemos. En este sentido, Carlos halló entre el viaje nocturno de Luis Ferdinand Céline una pista de despegue desde la que inició un vuelo en su *Vida de frontera* (1991) que, en mi opinión, aún no ha terminado, entre otros motivos, a causa de su gran capacidad para sintetizar combustibles nuevos que impulsen esos poemas largos, reflexivos, donde la paradoja sorprende en cada estrofa y que ojean como aquel aviador sobre el atasco de tráfico, los límites de la vida; este es el viaje propuesto en *Los países nocturnos* (1996), *Metales pesados* (2001) y el antes aludido, *Fuera de mí*. De los rumbos seguidos y las rutas transitadas, diseñan un detallado mapa los estudios que con rigor han elaborado un grupo de críticos con prestigio y certeras brújulas; estas claves objetivas sobre la creación marzaliana son complementadas por las semblanzas y poemas dedicados que nunca pueden faltar entre los regalos a un escritor que tanta simpatía genera entre quienes lo conozcan; además las reflexiones acerca de su obra y las pinceladas biográficas se entretajan con una antología personal y de creación inédita que no defraudarán a cuanto lector se aproxime a este nuevo número en que esta vieja revista entrega, otra vez, su esfuerzo para difundir la moderna creación lírica hispánica. Este volumen se ha convertido, antes de brotar del sueño de las rotativas, en un faro inexcusable para cualquier investigación sobre la poesía de nuestro amigo valenciano Carlos Marzal.



En la Naya, 1999

Las orillas del lago

Carlos Marzal

ILUSTRA Eduardo Nave



Noticias biográficas

- I Soy partidario de que las noticias biográficas se reduzcan al nombre de una ciudad y a una fecha. Así pues: Valencia, 1961.
- II Soy partidario de que esa fecha inicial no vaya acompañada de un guión y otra fecha posterior, dos nimiedades tipográficas que tienen su importancia, porque nos eximen durante un tiempo de figurar en los catastros necrológicos, ese género de la literatura que terminan cultivando hasta los que no escriben.



Cortesía Galería Luis Adelantado

- III Soy partidario de que los libros de un autor se consideren como estrictas circunstancias biográficas. Los libros son acontecimientos del espíritu equiparables a experiencias físicas, como visitar un país extranjero o masticar la pulpa de una fruta, de la misma manera que masticar la pulpa de una fruta y visitar un país extranjero representan incidentes imaginarios, según sabe cualquier aprendiz de pequeño filósofo.
- IV Aunque soy un firme partidario de no infringir el primer precepto de este repertorio de noticias, algunas veces las servidumbres editoriales obligan a hacerlo. Esa circunstancia da origen a consideraciones como las que siguen.

V Soy partidario de la literatura como forma de vida, es decir, como ficción que parezca dotar de sentido a eso que llamamos nuestra vida, algo fuera de cualquier sentido reconocible. El hecho de haberme sobrepuesto a una licenciatura en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia da pruebas de mi adicción literaria. Ignoro si podrán correr la misma suerte de supervivencia las víctimas a quienes enseñó una materia que desconozco en general de manera minuciosa (valga este imperdonable trapecismo pleonástico): la lengua y la literatura españolas.

VI Soy partidario ocasional de esa misteriosa gimnasia de prestidigitadores que llamamos traducción, y que demuestra que una cosa puede guardar algo de lo mejor de sí misma dejando de ser ella por completo. Se trata de un acto de fe que nos mueve a pensar que un artilugio verbal con reglas propias mantiene su esencia cuando lo despojamos de su ser. Me he permitido poner en pie esa paradoja con algunos



poetas catalanes: Joan Vinyoli, Enric Sòria, Pere Rovira y Miquel de Palol. Uno me lo ha consentido por la indulgencia propia de los muertos; el resto, por las servidumbres que se deben a la amistad.

VII

Soy partidario de la escritura considerada como un acto contrario a la naturaleza del ser humano. Ahora bien, una vez hemos caído bajo el poder de ese artificio narcótico de la escritura, está en su naturaleza el que no podamos distinguir demasiado entre géneros. Dicho de otra manera: a un escritor lo que le gusta es escribir con la misma ciega impunidad con que los toros embisten contra todo lo que se mueve, porque una bestia negra y cuadrúpeda de seiscientos kilos no distingue entre un capote, un caballo o una cuadrilla de tipos estrafalarios disfrazados de fantoches. Esa ceguera y esa impunidad que trato de aplicarme me han llevado a dedicar los últimos dos años a la escritura de una novela sobre los mecanismos de Su Majestad el Azar, la única divinidad que no necesita de culto para gobernar lo visible y lo invisible.

Cortesía Galería Luis Adelantado



Extraña forma de vida

Carlos Marzal

ilustración Juan Vida



Volver, 2005

Supongo que el cumplimiento relativo de una vocación tiene mucho más que ver con el azar absoluto que con la absoluta voluntad de los individuos vocacionales. Y no sólo el cumplimiento: el despertar de cualquier vocación, de cualquier gusto, de cualquier simpatía, está fundado antes en la casualidad que en ese solemne personaje que solemos conocer como destino. Una casualidad que reúne los ingredientes del carácter, de nuestro temperamento, que son obra, a su vez, de la fortuna.

Quiero decir con ello, que no creo a rajatabla en los designios de los hados, a menos que nos acojamos a la sentencia famosa que indica que *carácter es destino*. Con ello pretendo explicar que la vocación —es decir, la vocación poética, la vocación literaria—, me parece el resultado de un cúmulo de casualidades a las que nos vamos plegando, un cúmulo de accidentes y caprichos que terminan por configurar nuestra propia biografía, nuestro propio rostro, y que, en la distancia, acabamos por llamar nuestro destino.

¿Cómo nace un poeta?, supongo que nos hemos preguntado todos los lectores de poesía alguna vez, hayamos intentado o no escribir algún poema. O, más en general ¿cómo nace un artista? —porque a mí me gusta no ceñirme a la figura del poeta, sino hacer extensibles mis divagaciones también al resto de los escritores, e incluso a los artistas al completo.

Jorge Guillén afirmaba en cierta ocasión que *el poeta nace y el poema se hace*, mezclando dos elementos que no suelen faltar en las elucubraciones acerca de la génesis literaria: el azar y la determinación, lo innato y lo que debemos a nuestra constancia, lo que regalan los dioses y lo que es fruto del trabajo, como si dijéramos. Aunque no es mala definición, y estoy de acuerdo a grandes rasgos con lo que Guillén dice, las veces que he reflexionado sobre este asunto he estado tentado de darle la vuelta a la sentencia, y acabar creyendo también en ella. *El poeta se hace y el poema nace*.

¿Por qué no? El poeta se hace. El poeta, por más que necesite un don originario, es, sobre todo, un individuo en marcha, un artista en permanente construcción de sí mismo, en progreso constante hacia la mejor idea que tiene de sí mismo y del artista, es decir, hacia la mejor forma de aproximarse él mismo a los modelos de artista que, en su opinión, constituyen los mejores ejemplos artísticos sobre la tierra, hacia la idea suprema de su tradición. El poeta es, por tanto, un ser en permanente elaboración y mejora de su figura, como individuo y como *individuo artístico*, porque un artista, cuando ejerce como tal, trata de vivir su vida conforme a la más alta idea de su arte.

El poema nace. Incluso, si quisiéramos atenernos a la realidad estricta del proceso creativo, deberíamos cometer un desajuste gramatical y decir que el poema, en la mayor parte de las ocasiones, se

nace. La escritura se engendra a sí misma por obra de su propio caudal, por obra del puro milagro del lenguaje.

Cualquiera que tenga la experiencia, por pequeña que sea, de la escritura creativa, y aun de la escritura a secas, sabe que hay un momento de su práctica en que la misma escritura nos sorprende en su descubrimiento, en su propio fluir. Cualquiera que se haya aventurado en el viaje, extenso o breve, de la literatura, sabe de qué hablo.

Escribir consiste, en buena medida, en partir hacia un lugar sólo intuido en la bruma, sólo vislumbrado en nuestros sueños. El paraje al que se llega, el territorio de arribada, constituye un descubrimiento absoluto, un lugar del lenguaje —la literatura son palabras en un orden concreto— donde no sospechábamos que llegaríamos, pero donde indefectiblemente se llega.

De ahí que entienda la literatura, además de como comunicación y como conocimiento, además de como delectación y como enseñanza, además de como cualquier cosa que se quiera añadir —porque la literatura es inabarcable—, también como *descubrimiento*.

El descubrimiento poético sería, así —por intentar una fórmula perifrástica que trate de decirlo todo sin lograrlo, que trate de conciliarlo todo sin poder hacerlo jamás—, la comunicación al lector de un conocimiento íntimo y ajeno, que nos deleita y nos enseña, en la palabra.

Por consiguiente, considero correcto, también, hablar del poema en términos de reflexividad: el poema se escribe a sí mismo, se hace nacer en el propio lenguaje, por obra de su infinito fluir, del poder inconmensurable de su tradición. Hay mucho de sorpresa —quien lo probó lo sabe—, de hallazgo casual en el trabajo artístico.

Con su naturaleza omnímoda, Picasso afirmó que *no buscaba, sino que encontraba*. Yo quiero interpretar esa orgullosa declaración en el sentido de que crear es hallar, salir despierto y alerta al encuentro de lo que no sabemos, pero que intuimos, de lo que sospechamos, pero que todavía no está formulado en su justa medida, de lo que sólo adquiere su forma verdadera en la definitiva forma que el arte le da.

Por lo que a la poesía se refiere, ese encuentro con su forma perfecta también *nos es dado*, también *adviene*, también constituye un regalo. El poema se hace, se escribe a sí mismo, tanto como lo escribimos, de la misma manera en que el lenguaje nos da forma, tanto como nosotros damos forma al lenguaje. En la práctica poética sucede algo similar a lo que ocurre con el uso de nuestras facultades verbales: existe una parte consciente y

otra inconsciente de la actividad poética, un algo depositado por nosotros, y un mucho sedimentado por el lenguaje mismo, por eso que Foucault denominaba, con una hermosa metáfora, *el derramarse infinito del lenguaje*, que es también, en lo que atañe al poema, el derramarse infinito de la tradición poética.

De modo que un poeta, para no ser extremados en nada, para no tratar de definir lo que por definición resulta casi indefinible, *nace y se hace*, igual que el poema, que *se hace* pero que también *se nace*.



Tiber, 2005

Espero no haber enredado más de la cuenta este asunto introductorio, y que ustedes hayan podido descifrar las dos ideas que guiaban mi razonamiento: en primer lugar, mi escepticismo ante casi cualquier género de definiciones sobre la poesía; y en segundo, mi entendimiento de la creación poética y de su resultado, el poema, como la suma de muchos fenómenos distintos, y aun contrarios, muchos de los cuales permanecen siempre en la cara oculta del suceder las cosas, al otro lado del espejo del acontecer. Los poetas, la poesía y los poemas nacen y se hacen, se fuerzan y son obra de la pura casualidad, constituyen trabajo y germinación espontánea, son voluntad y azar, son impuestos por el designio de los creadores y se imponen a ellos mismos, son lo que creemos saber y también mucho de lo que no sabemos, de ahí su misterio y su grandeza, su gloria y su temblor.

MI INTERÉS por la escritura supongo que se produjo de una manera natural, es decir, como consecuencia de mi interés por la lectura. No concibo que se pueda proceder a la inversa, o, mejor dicho, no concibo que se pueda considerar ese sentido —ir de la escritura a la lectura— una manera adecuada de despertar a la poesía. Como en este mundo hay millones de motivos para la perplejidad, podría darse el caso de que hubiera alguien que sintiese primero el deseo de ser poeta, de llegar a ser como imagina que los poetas son, antes que el deseo de leer todo lo que caiga en sus manos. Sin embargo, lo habitual es seguir el camino en su dirección más frecuente.

Los escritores, mientras no se demuestre lo contrario, son lectores apasionados que tratan de imitar el comportamiento de sus héroes, que son sus autores favoritos. Que tratan de imitar, al menos, esa parte de la vida de sus héroes a la que tienen acceso, esto es, su obra.

Supongo que todas las vocaciones se fraguan cuando el barro del carácter permanece tierno en aquellos lugares que aún son susceptibles de sufrir modificaciones: durante la infancia y la adolescencia.

Descubrir el mundo es la tarea de los jóvenes, tratar de apropiárselo con las herramientas del temperamento, con las armas de las ilusiones, con los utensilios de las esperanzas. El descubrimiento de la poesía forma parte del descubrimiento general del mundo para un lector. Es más: constituye un sistema de apropiación de la realidad, y el hallazgo de todo un mundo de mundos paralelo, de un mundo otro, de la otra realidad, que forma parte de la primera, pero que no es ella por entero.

La literatura, para quienes han tenido la suerte de resultar contagiados de su magia, constituye desde el inicio una manera de hacer más intensa la vida, un modo de instalarse en el mundo y procurar comprenderlo, al menos con esa fórmula de comprensión parcial que consiste en disfrutarlo, y que, si no lo explica en definitiva, sí que lo convierte en útil.

Si la única tarea a la que el hombre no debe renunciar es la de tratar de ser feliz en su paso por la vida, la literatura constituye —o así al menos la entiendo yo— un buen instrumento para acometerla.

Me convertí en adicto a edad muy temprana. Fui un lector precoz porque tuve la suerte de tener un padre entusiasta de la lectura, uno de los mejores concedores que he tratado de la novela española de los siglos XIX y XX, y devoto de don

Antonio Machado. Pude disfrutar de una biblioteca inabarcable, que reunía varias bibliotecas familiares precedentes, desde el día en que nací. Pero más que la circunstancia personal que me atañe, me interesa lo que puede haber de común a los lectores en el hecho de nacer entre libros.

Cuando he hablado con anterioridad acerca de lo azarosas que resultan todas las vocaciones, de su ingrediente incomprensible y casual, me ofrezco como ejemplo. Mi hermano mayor, que dispuso desde antes que yo de la misma biblioteca, no sintió esa llamada de los anaqueles, no se dejó inocular el veneno literario, y su vocación, de una manera no menos extraña, se encaminó hacia la ciencia, aunque entre los libros familiares no había volúmenes científicos.

Mi padre fue un lector puro, un lector exento que no escribió jamás —al menos que yo sepa— una sola línea de literatura. Lo más parecido al trabajo literario que llevó a cabo fueron unas crónicas taurinas de juventud que se emitían en Radio Alerta y de las que sólo tengo el conocimiento mitológico de habérselo escuchado relatar. Si digo esto es para apuntar una hipótesis indemostrable, pero que me atrevo a considerar incontrovertible de puertas para dentro de mi conciencia, y es la de que no existen los lectores puros, es decir, los lectores que no hayan querido escribir alguna vez, que no se hayan imaginado como autores, que no hayan soñado con esa obra que estuviese a la altura de sus escritores favoritos y que ellos mismos hubiesen leído con agradecimiento. No me refiero a que detrás de cada lector, como es evidente, exista un autor que da vida al gigante dormido del libro. Aventuro que no existe el lector auténtico que no haya escrito alguna vez con voluntad creadora, que no haya tramado en su cabeza su propia novela, su poemario de gratitud y reproche hacia la vida, su ensayo clarividente acerca de su pasión. Otra cosa es que esa incipiente escritura haya terminado por convertirse en algo más que un proyecto. Los escritores se malogran por mil razones: la falta de constancia, la holgazanería, el exceso de lucidez.

Para ser escritor, es decir, para disponer de una obsesión, de una chi-fladura del gusto, hace falta ser, en cierta medida, un optimista. Al menos, un optimista práctico. Porque la acción, de cualquier género, requiere su brizna de fe. Los que no actúan son los absolutos desencantados, los negadores absolutos. La acción constituye siempre una manera de afirmar. Las conciencias más críticas de lo aconsejable para consigo mismas terminan por no poder obrar, por no saber hacerlo.

De manera que, en mi particular modo de entender la inclinación lectora, considero esta actitud como el primer paso de la escritura. De igual manera que no hay verdaderos escritores sin que existan auténticos lectores, no hay lector que no manifieste un escritor, en ejercicio o en ciernes, en obra o en ausencia, en marcha o en silencio. O dicho de otro modo, todos somos escritores secretos, según para quién y según cómo. Lo que ocurre es que algunos somos más o menos secretos que los demás.

ME RECUERDO, como escritor secreto, queriendo dejar siempre de serlo, o, por lo menos, queriendo dejar de serlo tanto como lo era; esto es, queriendo escribir, queriendo pertenecer, en mis sueños, a mi tradición soñada. Todos los lectores procuramos elaborar una familia literaria para uso doméstico, una línea genealógica de la que nos gustaría provenir, de la que aspiramos a estar a la altura, y yo no fui una excepción. Antes de que la poesía empezase a ser una importante asignatura en el bachillerato, ya era en mi vida una dedicación importante, desde la perspectiva del lector en que me había convertido.

Quisiera hacer aquí una breve digresión particular, en mitad de mi general digresión, acerca del papel que tiene la enseñanza de la literatura en el despertar de las vocaciones, y en la educación sentimental de los lectores primerizos y de los escritores en germen.

Constituye un tópico —un tópico que además encierra una gran verdad— el hecho de considerar fundamental el papel de los profesores que son capaces de animar la curiosidad infantil y adolescente hacia la poesía, hacia el arte, que nos ofrecen el bebedizo de la literatura y nos lo hacen tomar con placer. Creo en la figura del hechicero literario de la infancia, y no pretendo restarle un ápice de prestigio —porque además he ejercido muchos años como profesor y he aspirado a la condición de brujo—, pero considero que sólo somos capaces de transmitir nuestra pasión a todos aquellos que ya habían decidido apasionarse, que sólo logramos convertir en adeptos lectores a todos aquellos que ya formaban en nuestras filas desde antes de conocernos. En definitiva, juzgo que la literatura sólo se puede ayudar a *rememorar*.

Así es como entiendo la hipótesis platónica de la reminiscencia, aplicada a la materia concreta de la enseñanza literaria. Somos dueños, por nacimiento, de toda la tradición artística, que olvidamos, aunque resulte paradójico, por el hecho de nacer, pero que vamos recuperando a medida que vivimos. Un lector es, en buena medida, un emperador absoluto que ha sido desposeído de sus tesoros, y que regresa a ellos mediante el conocimiento. Por eso un maestro —un profesor, y también un guía vital— es alguien que alumbró el camino, para quien ha decidido adentrarse en el bosque. Enseñamos a quien se ha propuesto aprender, encandilamos al ya encandilado.

Yo también tuve esos profesores que alimentaron mi pasión lectora, pero llegué a ellos con el fuego encendido. De la misma forma que también tuve, como supongo que todos tuvimos, profesores bienintencionados de los que me hube de defender. Más que los gustos concretos, más que las indicaciones con nombre y apellidos, imagino que lo que de verdad consigue cautivarnos de un profesor es la actitud, la temperatura afectiva que sabe administrar a aquello que explica. Gracias a ello, puede equivocarse en lo concreto, a cambio de acertar siempre en lo genérico. A fin de cuentas, lo que un profesor debería proponerse transmitir es una disposición sentimental hacia la poesía, que más tarde se convierte en una educación sentimental e intelectual de sus alumnos.

Igual que conté con buenos guías literarios en mi adolescencia —aunque ninguno como la selva de la biblioteca familiar, en la que perderme sin rumbo fijo, en la que extraviarme a conciencia—, también sufrí algunos atropellos. Me vi en la obligación de

sobreponerme a una licenciatura en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia.

Salvo en contadas y honrosas ocasiones, mi paso por la Universidad consistió en unas vacaciones lectoras. El libre buceo libresco sin ton ni son, y las obligaciones lectoras académicas, supusieron al fin y al cabo un método como otro cualquiera para acumular experiencia. Aunque tuve que escuchar que la caída de Calixto desde el balcón de Melibea representaba, sin ningún género de dudas, la imposibilidad de pasar desde el modo de producción feudal al modo de producción capitalista, también es cierto que hubo hallazgos, deslumbramientos y alianzas para siempre. En los años de la universidad, además, fue cuando empecé a tratar de escribir con cierta constancia.



Nube, 2004

CALCULO QUE, por entonces, el joven que yo fui y que trataba de escribir sus primeros poemas publicables, tenía ciertas ideas acerca de la literatura, y de la poesía en concreto.

Resulta difícil regresar a aquel que éramos, imaginarnos cómo debía sentir y pensar uno de nuestros sucesivos nosotros mismos, esos individuos que fuimos y ya no somos, de los que formábamos parte y hoy poco tenemos que ver. Cuesta admitir que hemos sido alguien en todo idéntico a nosotros y en todo diferente a la vez. La permanencia

de la identidad en el fluir del tiempo, junto a su imperceptible, pero indudable, cambio, constituye un misterio.

Lo digo porque me figuro que el joven que trataba de escribir *El último de la fiesta*, mi primer libro, allá por los ochenta, tenía similares ideas acerca del arte a las de mi yo actual, pero estoy seguro que también habrán cambiado. Y aunque no hayan cambiado las ideas, sí se han modificado los resultados, sí han sufrido los poemas una evolución interior que ha terminado por ser, en mayor o menor medida, una manera de ejercitar la escritura, y tal vez —ojalá sea así— una modulación verbal de la voz propia.

He hablado de los resultados, es decir, de los textos, porque en definitiva es lo único que debemos juzgar en materia literaria. He dicho alguna vez que todo autor es culpable mientras no demuestre lo contrario, y en la literatura la demostración del movimiento no es otra que la propia escritura.

De poco importan las preceptivas, las poéticas —esta en especial—, las mejores intenciones. Si el arte fuese una mera cuestión de voluntad y de propósitos, los mejores artistas de todos los tiempos serían los preceptistas, los teóricos, los historiadores, los eruditos.

Si la poesía fuese una simple tarea del empeño, un encauzamiento de la energía, estoy seguro de que todos los lectores seríamos el mejor poeta de todas las épocas, en todas las lenguas habidas y por haber. Pero sabemos que la realidad es otra.

Las ideas, en el ámbito de la literatura, cumplen una función —digamos— lumínica, nos permiten alumbrarnos en un bosque sin límites definidos. Las ideas sobre la poesía, lo que llamamos poéticas, representan un sistema útil para manejarse con un magma de muy difícil manejo. Ahora bien, con las ideas, que son necesarias, que representan una suerte de alfabeto inicial, no se escriben los poemas, o no sólo con ellas.

Los poemas se escriben con palabras dispuestas en un orden especial, conforme a un don, como todos los dones, imposible de definir, pero fácil de sentir, fácil de comprender en sus efectos, en sus obras. Creo que todos sabemos reconocer a un poeta, a un artista inspirado, sin necesidad de que sepamos en qué consiste la inspiración, de la misma forma en que comprendemos estar en presencia de un avión, sin necesidad de que sepamos una palabra de ingeniería aeronáutica.

Puede que esa sea, sin ningún género de dudas, una de las ideas que tenía más o menos borrosas en su conciencia aquel joven que fui: la poesía es un don, ese no sé qué de inaprehensible que siempre queda balbuciendo cuando queremos explicarlo, pero que se vuelve perfectamente comprensible cuando recurrimos a un gran poema.

Por entonces, conjeturo que más que con ideas de los demás, de quienes sí han tenido ideas clarividentes sobre qué debe ser la poesía, yo me las arreglaba con prejuicios, que suele ser lo que los jóvenes toman por ideas propias. Y digo prejuicios, anteojeras, porque creo que en mi juventud creía saber cómo debían ser los poemas, cosa que ahora sé ignorar por completo. Hoy estoy convencido de que con casi cualquier poética —casi, para no resultar maximalistas— se puede hacer buena poesía, o, lo que es lo

mismo, estoy convencido de que las poéticas, que sirven para poco, no representan maneras enfrentadas de entender la poesía, sino sendas distintas para llegar a un mismo centro: el de la emoción estética.

Sin embargo, el autor primerizo que trato de revivir creía tener una serie de principios más o menos acertados acerca de la materia poética. La poesía debía escribirse al hilo de la vida. La poesía debía tender hacia la minilocuencia y el coloquialismo, es decir, acercarse a la lengua de todos los días, pasando por el filtro de la literatura. La poesía debía ser clara. La poesía debía reivindicar su inutilidad absoluta. Qué sé yo: un buen número brumoso de deberes.

Mi recetario de andar por casa para asuntos poéticos no sé si ha variado mucho, pero creo que se ha matizado, y que requiere, a estas alturas del curso —como quien dice— pormenorizarse, para que se comprendan en su justa medida, al menos, mis deficiencias y mis caprichos, mis prejuicios de ahora y mis intuiciones. Sé que no son de mi cosecha, sino que están tomadas de aquí y de allí. Por lo tanto no reivindico su paternidad, sino tan sólo el derecho a mantenerlas a mi lado, en usufructo, para que me sirvan de brújula.

He dicho que la poesía debía escribirse al hilo de la vida. En realidad, hoy creo que la poesía no *puede* escribirse más que al hilo de la vida, y termina por dar cuenta de la aventura del hombre que la escribió, ya sea tratando de poner al descubierto esa aventura u ocultándola. Trato de indicar que el poeta está constreñido en sí mismo, condenado a su cuerpo, ceñido a los límites de su temperamento, y que aquello que escriba, sea lo que sea, constituirá un reflejo de todo ello. No es menos autobiográfico un escritor que hace autobiografismo que un escritor paisajista, o que un descifrador de las miserias y excelsitudes del lenguaje, por lo mismo que no es menos autobiográfico un autorretrato que la más abstracta de las telas.

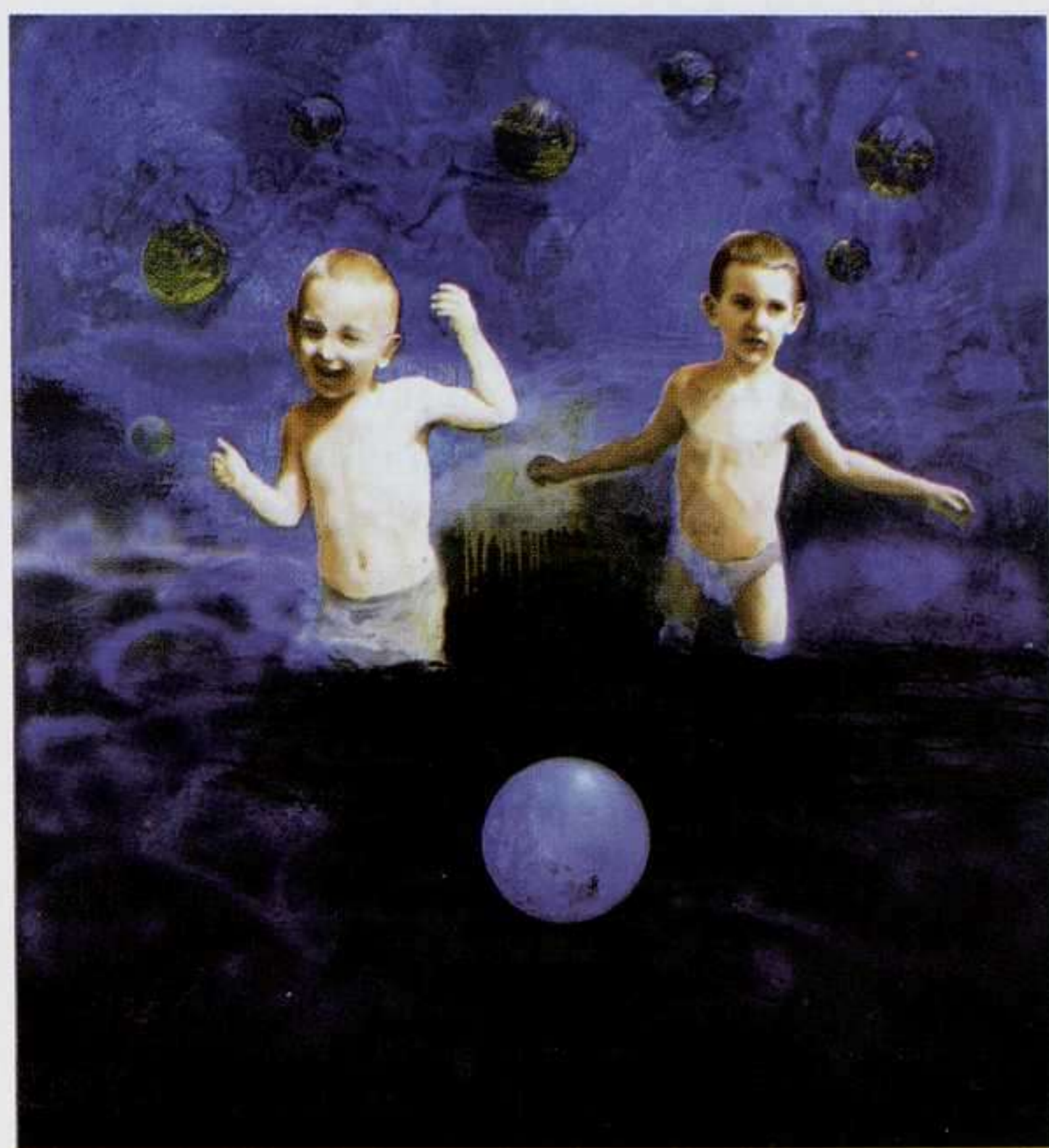
La poesía —el arte— constituye una forma de conocimiento de la vida propia, un método de engrandecimiento de lo vivido, la lupa que algunos emplean para profundizar en la conciencia individual y en la conciencia de la especie, esto es, en la cultura convertida en conciencia humana. Gracias a la intensidad de la poesía, cuando transmite la emoción estética, accedemos a una forma superior de sabiduría, de comunión en el saber, que nos hace asentir al mundo en lo que el mundo tiene de maravilla y que nos fuerza a mostrarnos críticos con la existencia en aquello que la existencia alberga de criticable.

Este asunto nos lleva de manera directa a tratar una palabra controvertida, según quien la emplee. Me refiero a la palabra *experiencia*.

Mi generación, o algunos de los autores de mi generación, hemos sido denominados poetas de la experiencia. Sin necesidad de ahondar en la polémica que a veces ha suscitado dicho término —más por la malevolencia de algunos que por el hecho de que exista algo sobre lo que discutir—, no me parece una mala etiqueta, dado que alguna, al fin y al cabo, termina por nombrarnos. Mejor esa que otra, me digo para mis adentros. Las denominaciones hechas a bulto terminan por llegar, tarde o temprano.

Ahora bien, la considero aceptable siempre y cuando quienes la empleen entiendan por experiencia algo similar a lo que yo entiendo. La experiencia, para mí, constituye el entero patrimonio físico y espiritual de la vida del hombre. Tan perteneciente a la ex-

perencia es el universo cultural, como los acontecimientos biográficos. Tan propio de la intimidad es lo soñado como lo acontecido dentro de los límites de la cotidianidad. El lenguaje no existe sino como la experiencia que cada cual posee del lenguaje en abstracto y de su uso en concreto. El fenómeno religioso, el psiquedélico, el místico son partes de un todo que podemos denominar con la palabra *experiencia*, que alude a los intereses del hombre en todos los ámbitos.



Géminis, 2005

Si ese es el significado de la palabra experiencia, yo suscribo el marbete de poesía de la experiencia. Aunque tal vez, en el preciso momento de aceptarlo en la amplitud de su sentido, se vuelva innecesario, por redundante, por obvio. Si la poesía da cuenta de la vida al completo, hablar de la poesía de la experiencia parece significar hablar de la vida dos veces, o dos veces de la poesía.

Con todo, no es una mala manera de referirse a la obra de ciertos poetas, porque me vienen a la memoria definiciones mucho menos consistentes, y, además, es fama que todo es susceptible de empeorar. A la hora de ser justos, lo único sensato es analizar los poemas de cada autor concreto, en relación con los poemas de la poesía de su época y con los de cualquier época remota de su tradición.

Ese asunto, la tradición, constituye el siguiente de mis convencimientos más o menos firmes a la hora de especular acerca de la poesía. La tradición de la poesía universal, que nos acoge y nos ampara, la tradición de la poesía en cuya lengua escribimos, que nos sustenta y nos nutre, y ambas como fruto del lenguaje, que nos otorga la medida humana, representan nuestra verdadera preocupación, la única patria a la que encomendarse en su tarea. De ahí que pueda decir, con una fórmula que debemos interpretar sin demasiadas pretensiones, que mi ejercicio de la escritura ha ido desde la plasmación verbal de la poesía de la experiencia a la experiencia de la poesía como aventura verbal.

Ese aspecto, el de embarcarse en el poema como quien parte hacia una travesía de las palabras, para dar cuenta del mundo, es tal vez el que más me interesa hoy en día. La realidad no es enteramente verbal, como sabemos, pero tal vez sea el lenguaje la única manera que poseemos los humanos para interpretarla. Cuando nos paramos a analizar qué es anterior, si el mundo que conocemos a través del lenguaje, o el lenguaje que nos permite interpretar el mundo, no sabemos cómo responder, de tan hermanados como viven en nosotros las palabras y las cosas. En cualquier caso, sabemos que las palabras suponen una suerte de corriente sanguínea para el espíritu. Pues con

ese instrumento que nos da forma tratamos de dar forma a nuestra idea de la vida, o nuestras ideas que procuran descifrar la idea que nos forjamos de la vida.

Si en el comienzo de mis tentativas poéticas consideraba que había una lengua poética de la contemporaneidad, de la modernidad —cercana al habla diaria—, en mis tentativas recientes estoy convencido de que no existe regla ninguna a la hora de sentarse a escribir. La poesía no debe renunciar a ninguno de los registros del lenguaje, a ninguna de sus herramientas. El joven que fui pensaba que había determinadas tonalidades que no se podían utilizar, determinadas palabras que no debían usarse, que no pertenecían al lenguaje poético. Hoy no sólo pienso que ese juicio es, en el fondo, un prejuicio, sino que además constituye una notoria falsedad. Como lector que gusta de lo variado, e incluso de lo contrario y contradictorio, considero que la poesía ha de servirse a voluntad de todas sus capacidades. Por principio, no existe un lenguaje poético y otro que no lo sea. La única exigencia verdadera consiste en el talento privado de cada poeta para extraer poesía de su modo de sumergirse en esas aguas de la tradición verbal de las que ya hemos hablado. El único prejuicio, es decir, el único juicio previo a la lectura de poesía que debería poseer un buen lector, es el de que no deben existir los prejuicios. La mejor sorpresa que nos depara la literatura consiste en que sabe *convencernos* de aquello que no creíamos posible, sabe *vencernos* en nuestras resistencias. En la urdimbre verbal del texto, en la red de palabras anudadas que forma el poema, cada vez valoro más como lector la capacidad de los autores para encajar vocablos imposibles, para engastar esos términos que nunca nos atreveríamos a introducir en nuestros poemas.

Un parecido descreimiento me invade desde hace mucho tiempo con respecto a uno de mis preceptos juveniles de lector: la obligación de claridad. Se trata de un asunto comprometido, de un problema de naturaleza delicada. Tengo la impresión de que la claridad debe constituir un apriorismo no sólo de la poesía, sino de la actitud vital del hombre: es decir, la vocación de claridad, la pretensión de no añadir más sombras a nuestro sombrío mundo. Sin embargo, de la misma manera en que nadie termina de entender por entero en qué consiste la realidad, en qué consiste la vida, no hay por qué pretender entender por completo todo el sentido de la obra artística, o, al menos, no hay que alarmarse si en nuestro intento de entender por completo la obra artística, algo queda entre brumas, algo se nos escapa. También se nos escapa el sentido de lo que más amamos, la vida, y no por ello dejamos de amarla. Existe una manera de no terminar de entender las cosas, una niebla del no saber, que puede convertirse en una manera más sugerente de conocimiento.

En la poesía, más que en otros géneros, damos con esa forma de conocimiento elíptico, de camino en el bosque donde no llega la luz igual que a cielo abierto. Aunque no creo que se deba escribir con el propósito de resultar hermético, muchos de los asuntos que nos atañen son herméticos de por sí. De manera que no hay que desdenar ese género de poesía que a veces queda en las afueras del sentido, extramuros de la transparencia. En definitiva, creo que donde no hay nada que entender resulta imposible la emoción estética, pero que, a veces, hay recovecos no del todo entendibles que nos deparan un mayor entendimiento especial y una especial emoción. Tan perteneciente a la Tradición con mayúscula es la tradición de la diafanidad como la de la bruma, que nunca hay que confundir con la confusión conceptual.

LA TRADICIÓN, de la que tanto hemos hablado, constituye la verdadera patria del artista. La tarea del poeta es tratar de hacer más habitable el mundo, para sí mismo y para sus lectores presentes y futuros, mediante la palabra, sumar un eslabón propio, en el mejor de los casos, a la larga cadena del ser, del ser literario; añadir una brizna de voz propia al coro de la tradición.

Ahora bien, como sabemos, la tradición resulta inabarcable, imposible de conocer por completo, aunque ella termine por conocernos, por incorporarnos. La tradición obra por contagio, de tal manera que, el reflejo de reflejos que supone toda lectura, signifique la asunción de todo lo que sabemos que estamos leyendo y conociendo, junto con todo

lo que ignoramos que late por debajo de lo que conocemos y leemos. La literatura constituye un inextricable ovillo en el que todos los hilos terminan por anudarse los unos en los otros. La metáfora que hace ver la tradición, y sus influencias sin principio ni fin, como un benigno virus que se propaga y multiplica, hasta perderse la noción de su origen y su rumbo, me parece muy acertada. Leer es mecerse en el mar de la literatura, dejarse llevar por unas olas que provienen quién sabe de dónde. Nada hay más cierto que la afirmación de que, cuando abrimos un libro, estamos abriendo muchos, estamos abriendo la Literatura con mayúscula, porque en realidad estamos despertando una infinita cadena de lecturas a través de lecturas, de influencias a través de influencias, de admiraciones a través de admiraciones.

La tradición, sí, es inabarcable, pero, al mismo tiempo, sentimos la necesidad de abarcarla, de acotarla. De ahí que un autor acabe por formarse su tradición dentro de la Tradición, se sirva de ella para constituir su familia próxima. Todo poeta tiene su altar de figuras tutelares a las que les reza en secreto, y a cuyo ejemplo se acoge con esperanza. Todo poeta tiene un panteón predilecto del que le gustaría no desmerecer.

Creo que podemos obviar los nombres sagrados, porque en ellos todos estaremos de acuerdo. No se puede ser poeta y no gustar —digamos— de Homero, de Petrarca, de Shakespeare, de Pessoa. No se puede escribir en español y no reverenciar a Manrique, a Fray Luis, a San Juan, a Quevedo. El caso es que todos esos nombres mayores de la literatura universal están disueltos en la linfa poética que corre por la circulación verbal del universo.

Aunque no deja de ser verdad que quien escribe, provenga de donde pro-



Oriente, 2005

venga, está en deuda con los más grandes, sería un atrevimiento declararse en deuda directa con todos ellos, al menos como escritor. Las influencias, dijo con acierto Jaime Gil de Biedma, hay que merecérselas, y no sólo soñarlas. Por eso, los más indicados para juzgarlas nunca son los autores, sino los lectores de los autores. Que sean los demás quienes persigan ese infinito hilván de las influencias en la tradición. Un individuo sensato sólo debería nombrar sus figuras protectoras desde el punto de vista lector, pero no insinuar que la obra propia vive bajo el dictado de esas obras ajenas.

Otro asunto distinto consiste en la figura del maestro conocido en vida. Algo he apuntado un poco más atrás, cuando me he referido al maestro de escuela, al profesor. Ahora quisiera referirme al maestro próximo, al poeta que representa a la vez un amigo, un padre y un ejemplo. He tenido la suerte de coincidir en el tiempo con dos grandes poetas valencianos que representan para mí esa figura del maestro, de la tradición viva próxima, de cuyo temperamento literario y de cuyo ejemplo vital nos gustaría ser dignos. Ese tipo de poeta no es sólo una luz en el quehacer literario, sino, como digo, un ejemplo de vida literaria, de manera de vivir la literatura en la propia existencia.

Me refiero a César Simón y a Francisco Brines, que perpetúan una forma de entender la literatura aprendida, a su vez, en dos maestros antiguos propios —Gil-Albert para César, y Aleixandre en el caso de Paco Brines—, que transmiten una manera de privilegiar la verdad íntima a la pública, de consagrarse al trabajo gustoso porque sí, y de considerar que el arte representa una manera de hacernos sentir el mundo más nuestro. El reconocimiento de ese magisterio del que me gustaría no desmerecer supone desde estas palabras mi homenaje hacia sus respectivas vidas y obras.

Tengo para mí que la vida y la obra de cualquier escritor forman una unidad esencial. No me refiero a la idea de que la obra de un autor deba interpretarse a la luz de su biografía, como han pretendido ciertas corrientes del análisis literario. Quién sabe en qué consiste la vida de nadie. Si una vida —ya lo hemos dicho— no resulta comprensible del todo ni desde la propia individualidad de quien la vive, cuánto menos analizada desde fuera. De modo que nuestro conocimiento biográfico de los escritores, por muy minucioso que sea, por muy exhaustivo que parezca, constituye una suerte de fantasmagoría, de espectral reconstrucción en el aire. Interpretar la realidad literaria de un autor sólo desde la realidad conjetural de nuestras hipótesis biográficas sería un error, casi tan grave como no tener en cuenta muchas claves biográficas, conjeturales o ciertas, a la hora de interpretar la realidad literaria. Pero no me refiero a eso, cuando hablo de unidad esencial entre vida y obra de un autor.

Pretendo explicar que la elaboración de una obra literaria, con la dedicación que requiere, con sus miles de lecturas, con sus miles de horas de trabajo, con sus sueños necesarios, con sus infinitos momentos de reflexión, acaba por constituir una parte fundamental de la vida de quien la elabora. Somos, en buena medida, aquello a lo que consagramos nuestra vida. La poesía, la literatura, para los escritores y los lectores verdaderos, supone una forma de vida.

Esa forma de vida me parece que aspira a la alegría, que representa, en el fondo, una fe en la vida misma, por más que el sustrato de una obra sea el pesimismo. No creo que se pueda denigrar la existencia mediante el arte, por mucho que buena parte del arte

represente una manera de reproche y de denigración hacia la existencia. La desdicha del hombre y su contento, su felicidad y su desesperación, una vez se objetivan en arte, pasan a testimoniar el milagro de haber sido, de estar siendo, como una floración en mitad de la nada. De ahí que considere el hecho literario, hoy, como una permanente acción de gracias de la especie, aunque no sea su propósito el dar las gracias.

Desde el mero punto de vista personal, cada vez concibo más la poesía, la literatura, el arte en general, como una forma de sanación, de cura, de exorcismo que nos libra de nuestros monstruos interiores y exteriores, reales y ficticios. Como se sabe, el psicoanálisis constituye una suerte de terapia verbal, de sanación por el habla. Pues bien, el ejercicio literario, que supone su parte de lectura y su parte de escritura, también significa una forma de terapia, una manera de curarse, en salud o en enfermedad. La poesía constituye una sanación verbal, un hechizo, un conjuro que aspira a espantar nuestros males. *Quien canta su mal espanta*, dice el hermoso refrán, y la poesía no es otra cosa que canción, música de las palabras dispuesta para convocar la dualidad sublime a la que aspira el hombre en sus mejores sueños: belleza y verdad, que son, como sabemos, una y la misma cosa en la obra de arte conseguida.

La poesía es sanación por la escritura y sanación por la escucha, aunque sea por la escucha silente a la que nos entregamos las más de las veces cuando leemos los poemas. Nombrar las pasiones del hombre, ya sea mediante la ejecución de un poema propio o de la recreación de un poema ajeno, manifiesta nuestra voluntad de domesticarlas, de sumergirnos en ellas, pero sin que nos destruyan, de mantenernos en la justa distancia para que hagan más honda nuestra vida sin que por ello nos arrastren hacia lo hondo. Quien pone nombre a las cosas —y la tarea del poeta es nombrar las cosas con sus nombres nuevos, recién creados— se las apropia, las hace suyas, y quien nombra las pasiones, las furias, de las que están constituidas la literatura y la vida, tiene la voluntad de domoñarlas, de rendirlas. Nombrar el mal es comenzar a conocerlo, y comenzar a conocerlo significa empezar a saber cómo se vence.

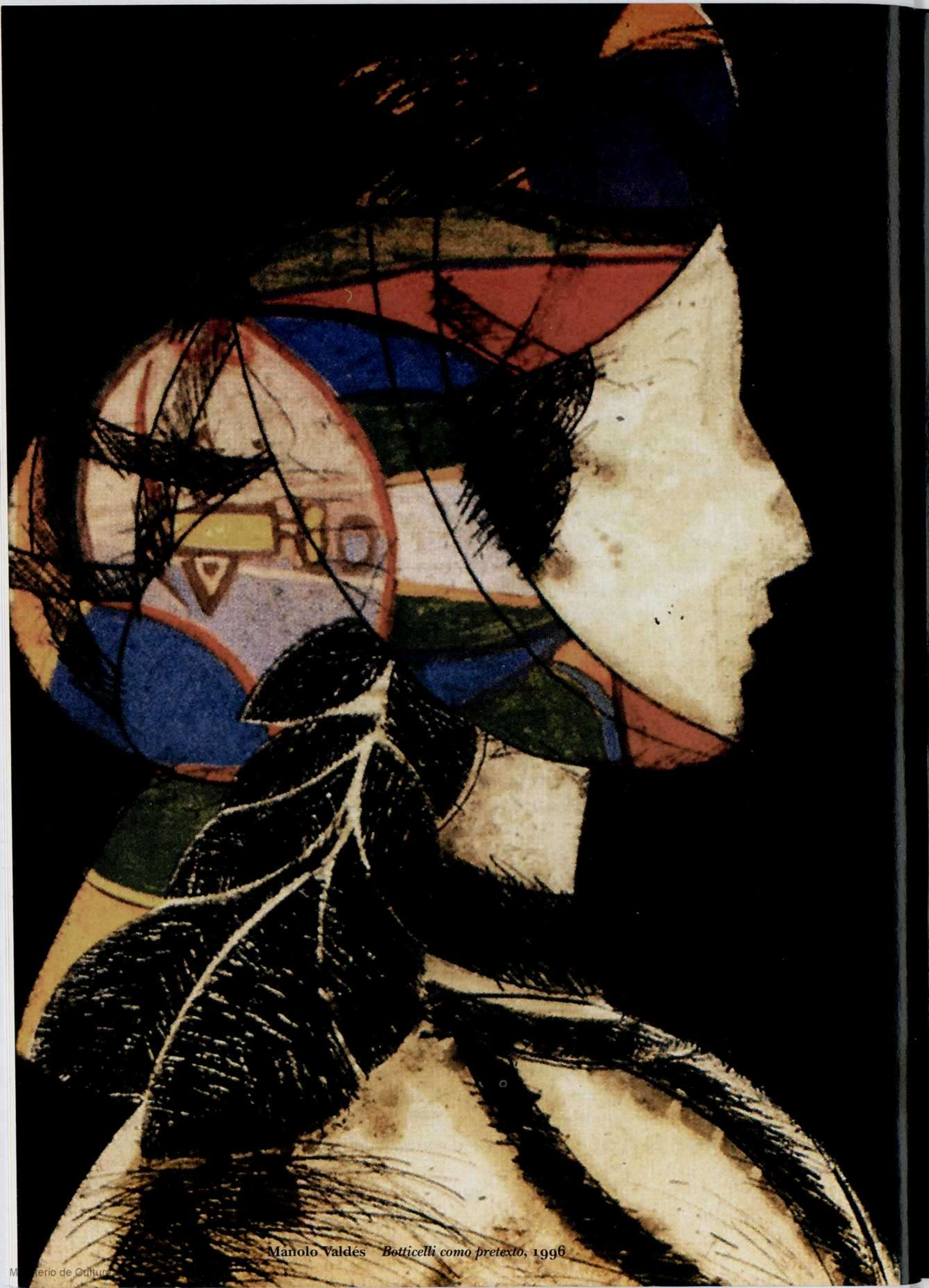
La poesía nos cura las heridas, y ese valor medicinal la emparenta con toda la actividad del espíritu humano, que tiene en definitiva el objetivo práctico, de hacer más habitable el mundo. Desde ese punto de vista, la cultura posee un principio arquitectónico originario: protegernos contra la intemperie, levantar una casa para el hombre, con paredes de ladrillo, pero también de música, y de pintura, y de reflexión, y de poe-

sía. No somos muy distintos a nuestros hermanos prehistóricos que se guarecían en las cuevas, y que pintaban con pigmentos rojizos la caza simbólica del futuro para implorarla. También buscamos cobijo, también imploramos alimento, también permanecemos a la intemperie y perseguimos huir de la intemperie. La poesía, también, nos alivia de la realidad y nos dispone para amarla.

Ese dominio, el de la realidad, consista en lo que la realidad consista, es el dominio del poeta. En los últimos tiempos, se ha utilizado la expresión de poesía metafísica, para hablar de la obra en marcha de algunos de los llamados poetas de la experiencia, y se me ha incluido en ese grupo. No voy a repetir lo que pienso de las denominaciones y los rótulos de la historia inmediata de la literatura. Pero sí que me gustaría aclarar ciertos aspectos que han de tomarse en cuenta a la hora de aceptar o no esa expresión. Me parece que por poesía metafísica se pretende indicar poesía reflexiva, poesía meditativa. La disciplina metafísica consiste en otra cosa. Por lo que a mí respecta, no creo en el mundo de las esencias, no hago distinción entre ser y existir, no me atengo a ningún mundo paralelo ni a ningún más allá. Mi ámbito es lo real, lo real inabarcable, ese territorio que da incluso para que imaginemos todo lo que la metafísica explora.

Llegados a este punto, espero no haber dicho demasiado ni demasiado poco, espero haber insinuado algo de lo que entiendo por poesía, de lo que vislumbro. Podría haber resumido en una definición provisional —una de esas definiciones de las que descreo— mi idea de la poesía a estas alturas de mi edad con la siguiente fórmula reiterativa: creo que es la poesía podría entenderse como *la aventura verbal que trata de dar cuenta de la aventura vital de una conciencia*.

Con frecuencia pienso que el destino de los escritores resulta muy curioso, dedicados a reunir palabras, a disponer las palabras en el reñidero de las páginas en blanco, a tener fe en una actividad de tanto aislamiento, de tanto encierro. Pero, a decir verdad, todas las vidas resultan sorprendentes, se dediquen a lo que se dediquen. El fundamento de la literatura, no obstante, es la persecución de la alegría. No son malas compañeras las palabras para tratar de ser un poco más felices. Tal vez sea una extraña forma de vida, pero es una forma al fin y al cabo: la que algunos hemos elegido para habitar en el mundo.



Manolo Valdés *Botticelli como pretexto, 1996*

P e r f i l e s

FRANCISCO BRINES

VICENTE GALLEGO

LUIS GARCÍA MONTERO

MANOLO BORRÁS

ANTONIO CABRERA

PERE ROVIRA

ENRIC SORIA

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

SALVADOR DOMÍNGUEZ

ANDRÉS NEUMAN

JUAN MANUEL VILLALBA

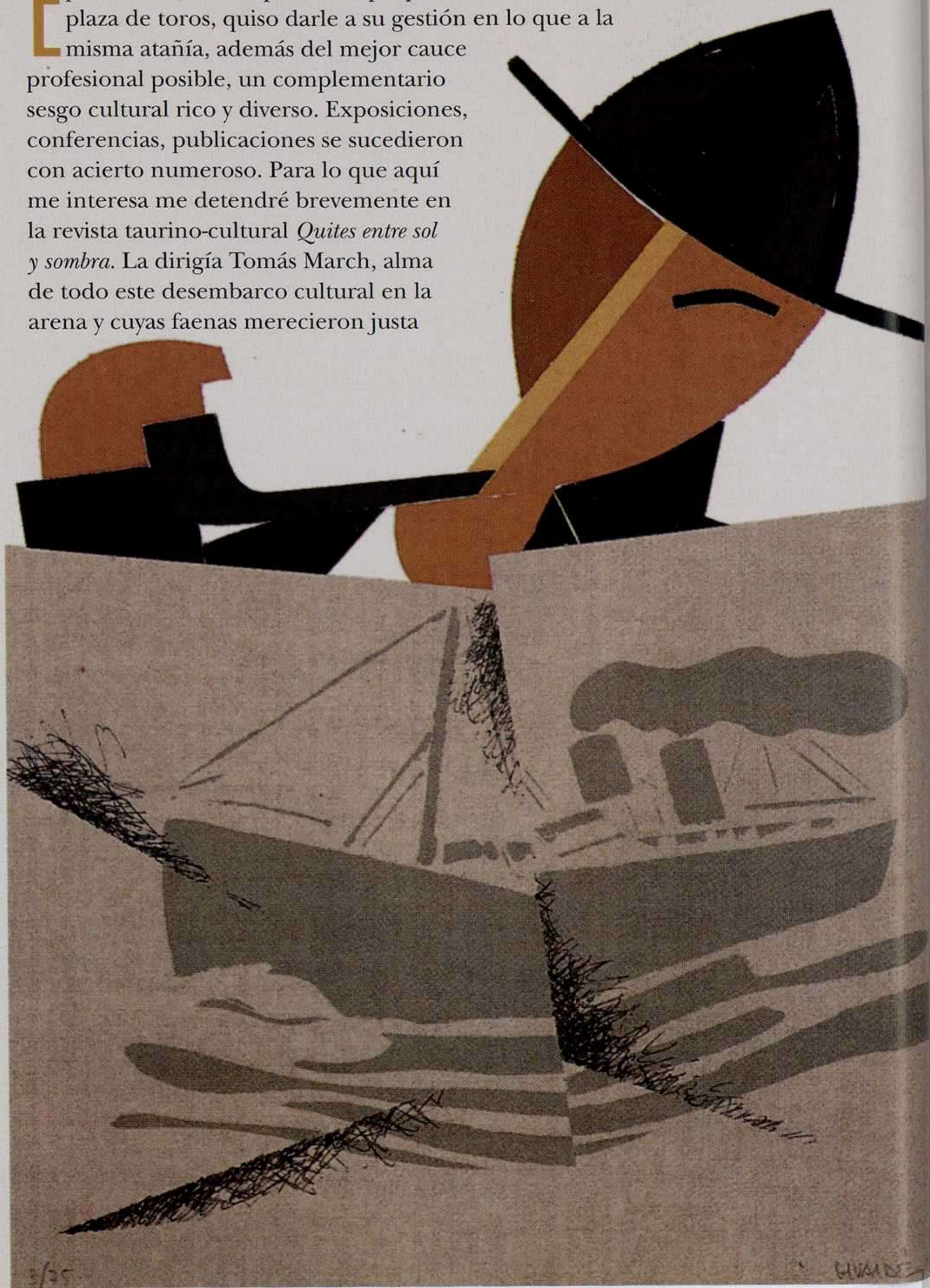
ELENA MEDEL

JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ

El segundo nacimiento de Carlos Marzal

Francisco Brines

EN AQUELLA Valencia de los ochenta Antonio Asunción, presidente de la Diputación, propietaria secular de la plaza de toros, quiso darle a su gestión en lo que a la misma atañía, además del mejor cauce profesional posible, un complementario sesgo cultural rico y diverso. Exposiciones, conferencias, publicaciones se sucedieron con acierto numeroso. Para lo que aquí me interesa me detendré brevemente en la revista taurino-cultural *Quites entre sol y sombra*. La dirigía Tomás March, alma de todo este desembarco cultural en la arena y cuyas faenas merecieron justa



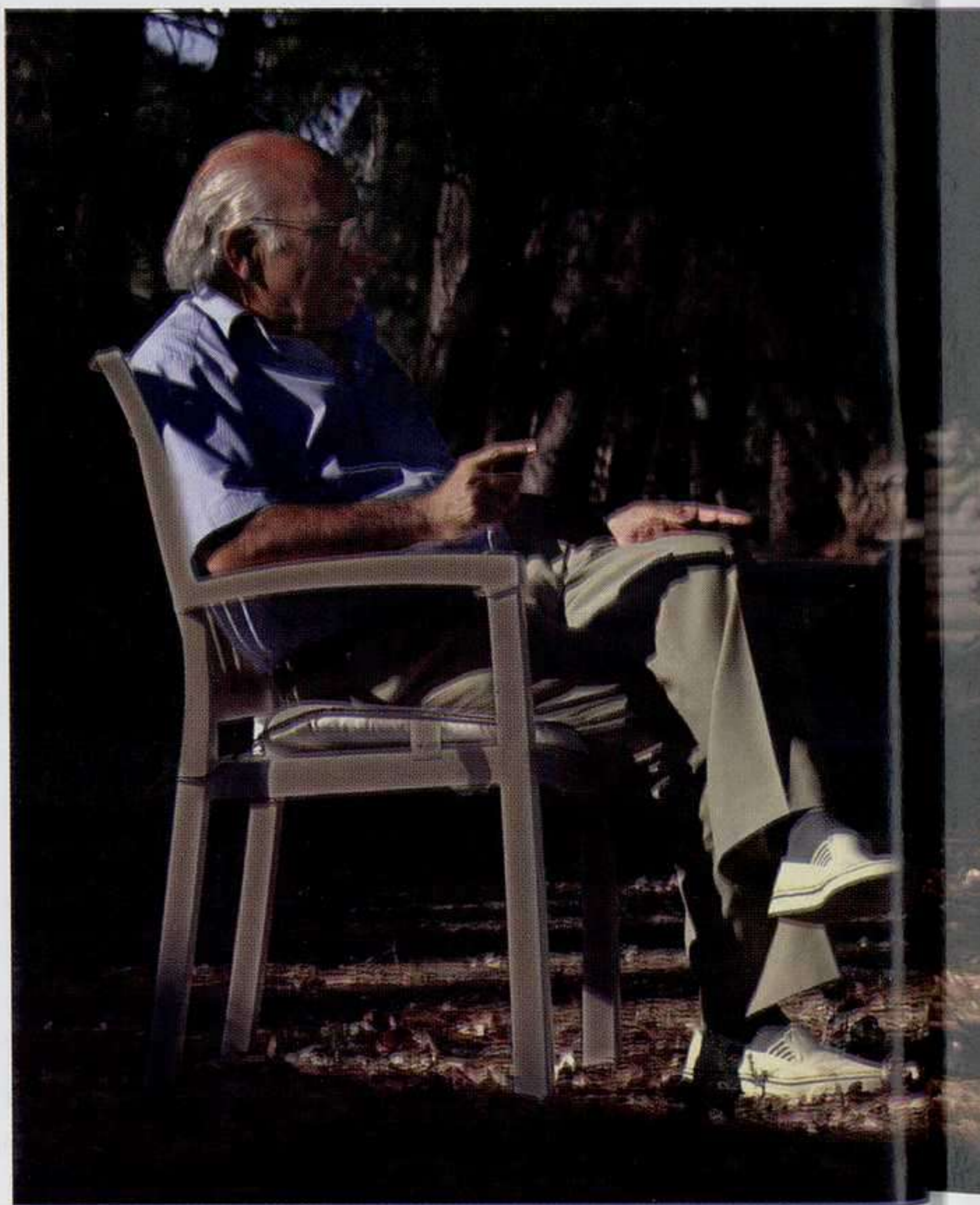
celebración. Era éste, hoy prestigioso galerista de arte, un dotadísimo gestor cultural, que picoteaba con acierto y sorpresa en los lugares más diversos, y con un seductor halo lúdico. Así ocurría con su bar Malvarrosa, cultivado y bohemio, que regentaba con Salomé, su bellísima mujer, en una céntrica calle oscura de Valencia, en donde se hacían lecturas de poesía, se editaban colecciones y revistas, se presentaban exposiciones, y las tertulias juveniles de una bohemia culta y desenfadada tomaban en él asiento. De allí surgió también una sorprendente y sería revistas *Letras*, por desgracia de breve existencia. *Quites* fue una revista literaria de toros, en la que colaboraron escritores, pintores y algunos maestros toreros. La ilustración de la portada de sus nueve números, que abarcarían los años ochenta, llegaba anualmente firmada por Ramón Gaya, y las muestras de numerosos y variados ilustradores representaban una ruptura de la convencional plástica taurina. Con el joven director coordinaban la revista dos jovencísimos escritores más. Así es como conocí a Carlos Marzal, uno de ellos, a la sazón con veinte años, de cadencia silenciosa, con un suave aire melancólico y una grata y sobria cordialidad. Así lo recuerdo entonces.

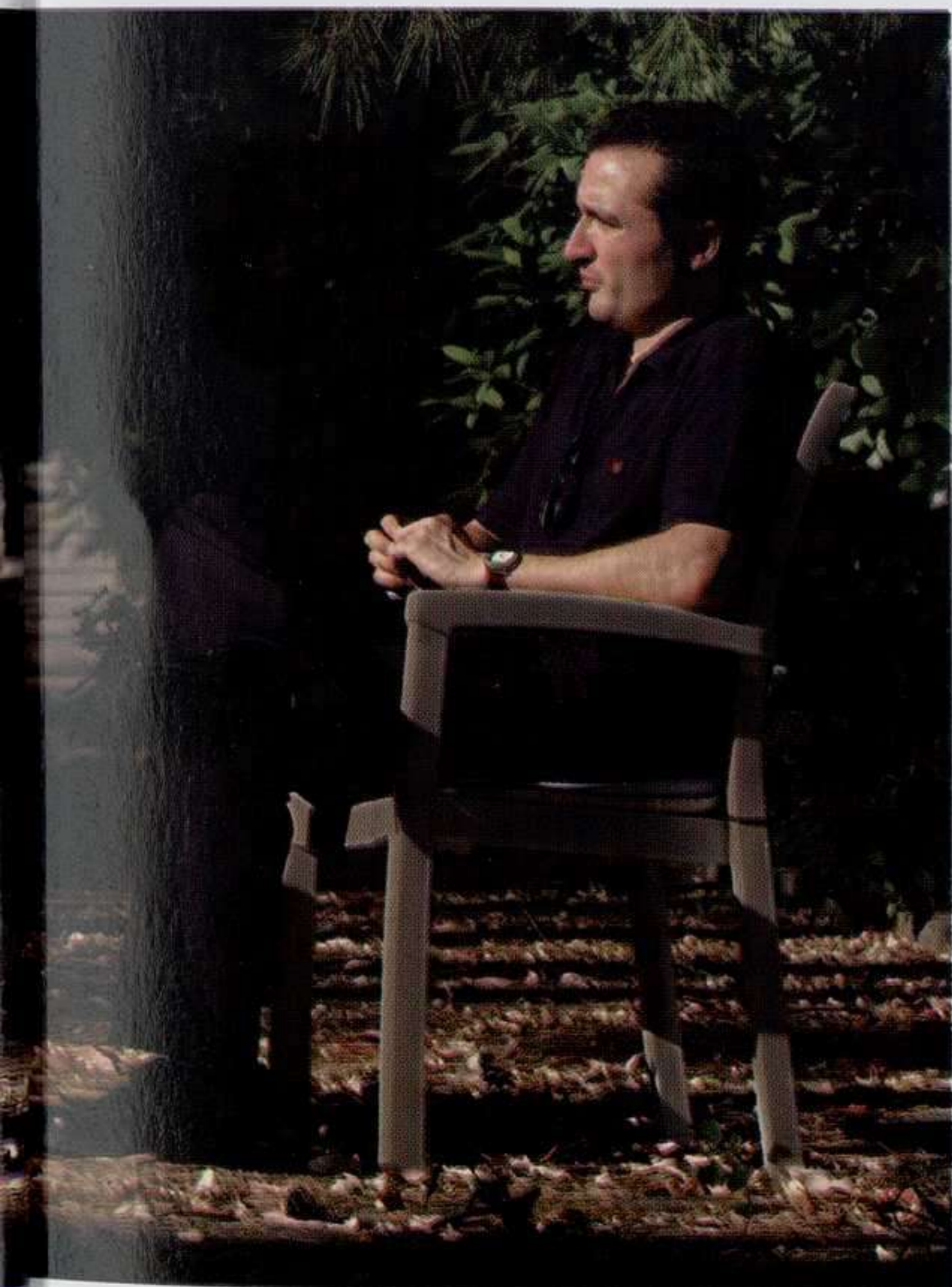
Es ahora moda entre algunos jóvenes llevar rapada enteramente la cabeza, y no hay más que ver las numerosas que así lucen, y con diversidad de razas, en los campos deportivos. Alarmaban mucho entonces y no por lo que se podría suponer, pues no eran propias todavía de ciertas violentas y desgraciadas tribus urbanas. Mi curiosidad y extrañeza de ver a Carlos de este modo fue tristemente satisfecha con la inesperada respuesta de que sufría una enfermedad entonces mítica y que aún lo sigue siendo. Para combatirla estaba recibiendo un tratamiento intensivo de quimioterapia. Recuerdo que en cierta ocasión andábamos camino del Malvarrosa un pequeño grupo y delante iba Carlos con otro amigo. Al verle con aparente buen aspecto y animado le pregunté a mi acompañante si sabía como se encontraba, ya que entonces yo tenía pocas oportunidades de tratarle. Me respondió que su estado era trágico, pues le habían dicho que apenas si le quedaban seis meses de vida. Nunca he podido olvidar el lugar ni el momento. Si hago mención de todo esto, ahora que por fortuna la tormenta se ha alejado definitivamente, es para argumentar lo que en su momento aventuraré.

Sabía que, como tantos otros muchos, escribía, pero desconocía cualquier poema suyo. Mi encuentro con el escritor tuvo lugar sorprendentemente en el tercer número de *Quites*, en un brevísimo prólogo que iniciaba la revista y que apenas si ocupaba una página. Es más fácil percibir la calidad de un joven escritor por el feliz resul-

tado de un poema que por la escasa muestra de una prosa, y sin embargo, ante *la* lectura de aquel brevísimo texto, quedé de inmediato persuadido de encontrarme ante un escritor de raza y ya realizado. Fue, por lo inesperado, como un deslumbramiento.

Conocí después al poeta cuando dejó en mis manos el manuscrito del que sería su primer libro. Pidió mi opinión y se la hice llegar desde la grata impresión recibida. Creo recordar que había en el libro textos poéticos en prosa que acompañaban a los de verso, y quedaron excluidos en la publicación. No le importaba recabar las opiniones de unos pocos amigos y acomodar el resultado final a esos comentarios si, argumentados, le persuadían. El libro, titulado *El último de la fiesta*, le instalaba con personalidad y firmeza en la primera fila de la tendencia más vigorosa de la poesía joven de entonces. Se percibía el magisterio de un poeta que sólo había ejercido como tal intermitentemente con anterioridad, y pienso en Moreno Villa o en Gil de Biedma. En su segundo libro *La vida de frontera* le dedicaría un poema, *Media verónica para Manuel Machado*. Más afín las del sevillano a las de su paisano Pepe Luis Vázquez; las de Carlos, paulina en ese texto, mas casi siempre con un regusto Belmontino. Y con esta analogía taurina y visual hago referencia a ese subrayado instantáneo, más intenso, de un aliento dramático que se encuentra en estos versos. Las fiestas carnavalescas se acompañan de la simulación acentuada y enmascaradora de



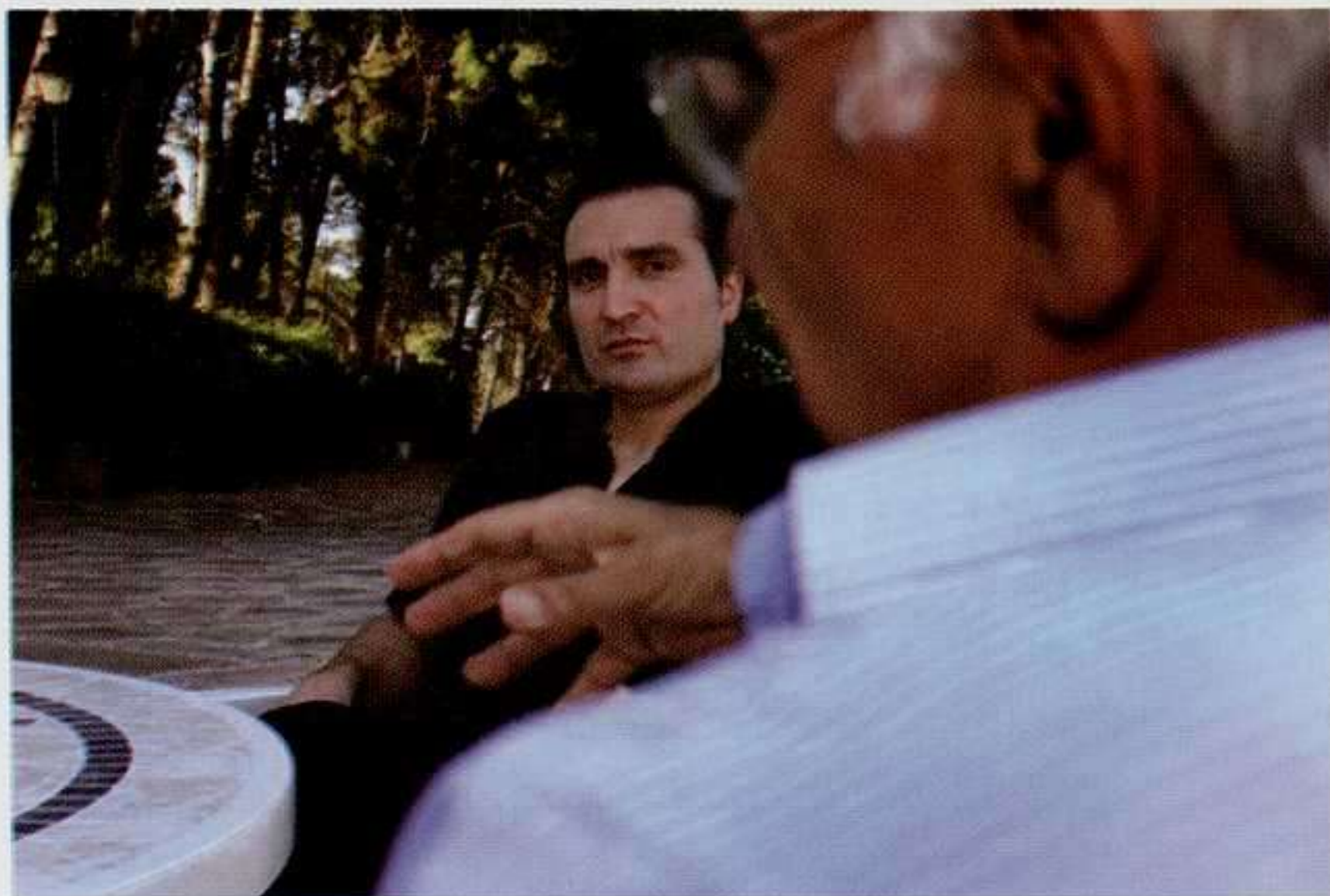


Francisco Brines y Carlos Marzal

las caretas, pero cuando desde el fondo de ellas se nos habla se puede en ocasiones percibir una voz, distorsionada o no, que nos hace llegar en las palabras surgidas la revelación de una verdad experiencial, reflexiva y desnuda. Esto se acentúa en *La vida de frontera*, un libro muy sólido y que cierra, con *Los países nocturnos*, esta primera etapa poética, advenida siempre en tramos ascendentes.

El poeta ha ido despojando de su rostro la máscara y el que se nos aparece en los versos es de una verdad y una riqueza siempre crecientes, no sólo en la complejidad y precisión de la expresión sino en el riquísimo y hondo mundo que allí se nos desvela, en el que el desconcierto de la existencia se nos muestra, a la vez que con una delgada sutileza llena de claridades, con la rotundidad de lo vivido desde la experiencia más alerta y viva. Pocas veces se ha cantado, como en *Metales pesados*, sobre el sinsentido de la vida, tan pródiga de intensidades (no importa de qué signo) sin finalidad. Poeta de un pensamiento profundo, y que lo es así porque está fundamentado precisamente, como ya se dijo, en el conocimiento directo de cuanto se ha vivido con tanta intensidad, y en el por un igual se han tocado con hondura el dolor y la alegría.

Pasado el tiempo, y como adelanté, aquella dolencia fue absolutamente anulada y con el alta recibida en su carne (y el espíritu habita en la carne) se ha originado en Marzal, si atendemos a la inflexión ocurrida en su poesía, un segundo nacimiento. Ahí están su magistral *Metales pesados* y *Fuera de mí*. Como imaginara en la Capilla Sixtina Miguel Ángel la creación de Adán, ya hombre colmado de razón y de vigor corporal y también (quisiéramos pensar) con la mirada intensa y apasionada que se origina en la inocencia. El alza-



miento entusiasta se nos hace presencia, ya absoluta, en *Fuera de mí*. Desvanecido el niño, y con él los entusiasmos de la primera inocencia, vuelve ahora de nuevo la afirmación incondicional a la vida, aunque en el largo intervalo sucedido se haya aprendido (y es un hondo saber) que ese todo que se abraza es también nada. Hay una mirada de salvación allí, donde nada se salva.

El nuevo Adán experimenta, desde sus ojos (y desde todos los sentidos), el pasmo de la existencia, que es a la vez delirio que quiere ser razonado y servidumbre dolorosa (se advierte esto aún en *Metales pesados*) por la incompreensión de lo que existe y por lo que habrá de suceder inevitablemente. Hay como una necesidad de devorar el mundo, «nuestro prodigioso mundo vano», haciéndose alimento en él, y es posible que de ese modo por sentirse efímero. Junto a esta segunda inocencia se ha encarnado, hija de su carne otra inocencia niña en la que se refleja la suya desvanecida y que ahora experimenta, de alguna manera, reencarnada. Ha amanecido de nuevo el día y hay el júbilo que envuelve la existencia, destruida la noche. Sabe también que la luz se contempla desde la ignorancia, y aunque todo desemboque en otra extensa noche, hay que afirmar la vida desde el instinto de ser y desde su mismo desconocimiento. Se celebra así «el pasmo de estar siendo», pues en la alegría reside la más honda sabiduría.

Son grandes la facundia expresiva y la fertilidad de pensamiento, y su instalación y descubrimiento se nos da en la poesía. Para Carlos Marzal la más alta vida se da en la palabra. Esta obra vuela con amplia majestuosidad. Reflexión, sentimiento y sensorialidad son los tres lados esplendentes del triángulo Isósceles con el que se podría esquematizar dibujada esta poesía. El ojo que en él se centra es el que mira desde la plenitud entusiasmada del existir.

Que veinte años no es nada

Vicente Gallego

ILUSTRA Gabi Alonso



2003

CONOCÍ a Carlos Marzal en 1995, hace ahora exactamente veinte años. *Que veinte años no es nada*, nos asegura un famoso tango, pero lo cierto es que en esas dos décadas, que parecen haber pasado en un abrir y cerrar de ojos, va ya ganada y perdida nuestra juventud entera. Fue Paco Brines el primero en hablarme de un tal Carlos Marzal: poeta prometedor y gran persona, me anunció; y no hube de esperar mucho para conocerlo. Sucedió durante la presentación de los dos primeros números de la *La pluma del águila*, una colección de cuadernos poéticos que dirigíamos Juan Pablo Zapater y yo. Aquella tarde, debidamente presentados por Paco, quedamos en vernos otro día. Con unos cuantos quilos más encima, era entonces Carlos un chicarrón de aspecto vigoroso, vestido de modo informal, parco en palabras y largo en pudorosa cordialidad, dueño de una mata de pelo cuyo volumen y acabado de rizo hubieran sido la envidia de cualquiera de las divas afro que estaban inventándose por aquellos años la música disco. Carlos no había publicado nada aún, pero ya sabía que su primer libro, *El último de la fiesta*, vería la luz en la editorial Renacimiento. También yo, aunque

hubiera dado a conocer una breve plaquette con diez o doce poemas, era un poeta desconocido. Recuerdo que, en aquella primera ocasión, hablamos de un libro sorprendente y hermoso que los dos habíamos leído, *Europa*, de Julio Martínez Mesanza.

Aquella primera tarde, el que iba a ser mi hermano estaba sentado allí, delante de mis ojos, y no supe verlo en aquel instante, porque en la vida, demasiado a menudo, no somos capaces de ver un palmo más allá de nuestras narices. Me pareció Carlos un tipo tan educado, tan comedido, que lo que debió de ser una mezcla de timidez y delicadeza lo tomé por frialdad. Había en él un fondo grave que no se correspondía con el vuelo liviano que le hubiera correspondido por la venia de sus pocos años. Yo entonces no lo sabía, pero Carlos llevaba marcada a fuego la huella de los que han bailado bien trabados con la Parca. Muy temprano le tocó danzar la mazurca del extravío, muy pronto se vio obligado a descorrer la cortina y mirar de frente la extensión esteparia, la sencilla verdad, la almendra amarga. Pero quiso la dueña pasar de

largo y, a cambio del estrago del alma, tengo para mí que le otorgó una calidad de percepción que lo ha convertido en el poeta que es, uno de los pocos, de los muy pocos, de los poquísimos. En los poemas de Carlos se cuele la muerte por todas partes, florece el desafuero y campan a sus anchas los más fieros dragones de la conciencia y, sin embargo, con sus poemas sucede lo mismo que con sus ojos, los dos nos miran desde el borde del abismo, celebrando el vértigo y la altura, cantando un himno a contramano, firmes en su propósito de alegría.

Que Veinte años no es nada, pero durante estas dos últimas décadas Carlos y yo hemos andado juntos tantos caminos, tantas veces hemos salido manteados de las peores posadas, cargamos contra tantos molinos y aun logramos salir con bien de tanta empresa compartida, que se me hace difícil discernir entre sus intereses y los míos. Allá por el año ochenta y ocho tuvimos la bizarra idea de organizar un congreso de poesía en nuestra ciudad, y enrolamos a Juan Pablo Zapater y a José Miguel Arnal en la travesura. Créanme, reunir en un punto concreto del tiempo y del espacio a un centenar de poetas y tenerlos razonablemente contentos durante cuatro días es una experiencia límite para el aventurado reunidor, así que aquello fue como hacer juntos la guerra de las Galias. El joven reservado de nuestra primera cita se había transformado ya en el Carlos que hoy conozco, un superviviente a toda costa, un gozador irreductible, un milagro de adaptación a la vida. No habrá quien afirme haber visto flaquear al centurión Marzal, por mal que se pusiera la batalla. Lo recuerdo entre la humareda y las luces estroboscópicas de las grutas nocturnas más infectas, rodeado de zombis y mortificado por los tambores metálicos del Apocalipsis, llorando de agradecimiento, y nunca parecía pronto para batirse en retirada. Carlos se encuentra a su sabor allá donde se encuentre; desde luego, tiene sus preferencias, pero sus preferencias son tan generosas que abarcan la casi totalidad de la creación, lo cual le permite conservar el humor y la curiosidad en cualquier circunstancia, tanto si la corriente lo lleva a la alcoba de la princesa como si le toca digerir la charla hueca de cualquier concejal o presidente de caja de ahorros, porque no encontraréis pesado tan grande que no encierre algún atractivo para él, aunque sólo sea el de poder añadirlo a su registro

particular de monstruos entrañables. Como los verdaderos discípulos de Lao Tze y Chuang Tzu, Carlos no sabe que él mismo es un sabio taoísta y, sin embargo, ha aprendido a inclinarse como una espiga con el viento, y el más fuerte de los vendavales pasa de largo sin quebrarle la cintura. Es hermoso verlo en plena danza con el mundo, que es hoy el que lo solicita como pareja de baile, feliz de haber nacido y feliz de haber dado la vida.

Carlos es el eterno hambriento, el insaciable de más gozo, más conocimiento, más palo y más de lo que venga. Lo dejó escrito en un poema memorable: si se le ofreciera volver, hasta en forma de perro volvería. Después, alguno ha afirmado que sus versos son nihilistas. Y eso es lo que tiene la poesía, que casi todo el mundo la ve desde sus anteojeras; sin embargo, milagrosamente —porque el consenso en lo tocante al arte siempre tiene algo de milagro, por grandes que sean los méritos— la mayoría coincidió en señalarlo como uno de nuestros poetas imprescindibles mucho antes de que los premios vinieran a subrayar lo evidente. Pero para Carlos el único premio verdadero es la vida misma —ese inabarcable bazar cargado con todas las maravillas—; y la literatura, que logra presentarnos ese tenderete un punto más misterioso y fascinante de lo que ya lo es por naturaleza. Por eso, mientras andaba escribiendo sus libros de versos, su primera y quinta novela —como la ha bautizado Felipe Benítez debido a su monstruosa extensión—, su diario peruano —otras buenas resma de papel—, y sus prosas semanales como columnista alquiladizo, Carlos aún

ha tenido tiempo de disfrazarse de jokey, ciclista, expedicionario, maratoniano, futbolista, experto en bonsáis y animador taurino. Alguno pensará que estoy de broma; sin embargo, digo casi toda verdad, porque aún me dejó unas cuantas sorpresas en el tintero por respetar la convención literaria de la verosimilitud. Lo curioso es que luego se entretiene asegurándose que soy yo el que tengo una biografía digna de cualquier cuentista americano adscrito al *realismo sucio*. En la época en que escribo estas palabras, diciembre del 2004, cualquiera podía encontrarlo pululando por las piscinas cubiertas de Valencia, porque ahora le ha dado por la natación, y a fe mía que si no lo remedia antes un repentino encoñamiento con cualquier otra disciplina, terminará en anfibio a no tardar. Yo sospecho que más que la natación le gustan las sirenas, y más aún que las sirenas, disfrazarse, el juego, tener todo el equipo, ya sea el de jinete, el de explorador o el de ciclista, por un aire que aún le queda del niño apasionado que a buen seguro debió de ser. Una vez se me cruzó por delante montado en su bici futurista y no supe reconocerlo hasta que habló, embutido en licra de psicodélica policromía como se me presentaba, cargado



con las gafas de Polifemo y exhibiendo una escrupulosamente depilada pantorrilla que no parecía de varón.

Porque ama a muerte la vida, Carlos gusta como nadie que yo haya conocido de todas las cosas y actividades que el mundo sitúa en su radio de acción; en su vocabulario, desde luego, no figura la palabra «no» cuando se trata de ejercer como piloto de pruebas. Carlos come de todo y bien a gusto, porque nadie le cuente el sabor de los frutos terrenales. Tampoco como escritor ha transigido en estarse quieto un solo instante, y así su obra poética se ha ido convirtiendo en otro circuito donde ensayar curvas imposibles y vueltas de campana, que siempre terminan por dejarlo en su mejor lugar, en su meta mejor, porque todavía no ha dejado de crecer con cada uno de sus libros, casi con cada uno de sus poemas. De él he aprendido muchas cosas, y le debo otras tantas pero, entre todas, no hay ninguna tan querida para mí como su risa, ese chorro cristalino de agua franca y vivificadora que se ofrece en comunión y que es acción pura de gracias. Si Carlos no hubiera sido el poetón que es, estoy seguro de que hubiera podido ganarse la vida estupendamente como humorista. Juntos nos hemos quebrantado los abdominales y el maxilar a fuerza de recia carcajada por las tierras de España y parte del extranjero. Alguien que sabe reírse de todo y de sí mismo como lo hace Carlos, alguien que sabe reírse de esa manera es trigo limpio, y su compañía es de verdad.

Que veinte años no es nada, pero cuántas noches locas de congreso y de jornada poética caben en ese tiempo, cuántas veces el alba nos sorprendió en la flor de la ebriedad, abrazados, a Carlos a Felipe Benítez y a mí, felices como monos por el sólo motivo de estar juntos, en el camino aún, mirando con amor y confianza la larga carretera fría. Y qué hubiéramos hecho sin su proverbial sentido de la orientación en esa hora desconcertante de la primera luz, cómo hubiéramos vuelto a unos hoteles que parecían siempre el mismo y siempre lejos de nosotros. Esa es su hora, la del tercer oleaje, la del fin de la noche largamente bebida, allí se crece mi compadre en santo ingenio y hay que verlo vendarnos las heridas por la fuerza contagiosa de la risa. Carlos Marzal, en cuanto se toma dos copas, se convierte en Perro Loco, su apodo bélico: un individuo que afirma disponer de una ventana mística a través de la cual es capaz de vislumbrar el pensamiento de las desconocidas y, como complemento, maneja también lo que denomina el oído sideral, una técnica que le permite asistir, desde distancias sorprendentes, a las conversaciones que tienen lugar en los lavabos de señoras. Y si humanamente está en el secreto, también sus versos han llegado al fin de la noche, y allí se han puesto a cantar frente a la calavera rosa de la luz, la que no nos engaña. Y ese canto se afina, se llana de arabescos y se hace trino alado en sus

últimos libros, los que buscan decir desde el más alto lugar la palabra oscuramente iluminadora. Si uno pudiera elegir los poemas que escribe, en lugar de conformarse con ser elegido por ellos, yo me quedaría con unos cuantos de Carlos Marzal para ponerlos a la vera de los de mis más queridos maestros.

Quiero evocarlo ahora en casa de Miguel Ángel Velasco, nuestro gran maestro de ceremonias químicas, los tres bien aupados en la mejor camaradería, cuando la aurora nos sorprendió hasta arriba de ácido lisérgico y el amanecer fue un estallido interminable de mieles heladoras y de metales blandos. «*Esto es el oreo, el oreo cósmico*», repetía Carlitos mientras se cimbreaba como un junco, temblando de los pies a la cabeza de puro gozo, confiado a una brisa que era seda y perdón. Sonó en el reproductor de cedés la «*Cancó per a una bona mort*» de María del Mar Bonet, y ese vidrio heridor que manaba limpio de su garganta nos arrancó las lágrimas a los tres amigos. Tres hombres hechos y derechos llorando a moco tendido de pura felicidad. «*Esto es el llanto de las doncellas ultrajadas*» declaró Carlos, y las lágrimas dieron de nuevo en farra grande, que no hay como revolcarse por la madre tierra enhebrado en la acupuntura milagrosa de la carcajada. Ese amanecer en tan cierta compañía ya no nos lo quita nadie a ninguno de los tres, aunque luego la canción se equivoque en sus augurios y la muerte nos venga atravesada y mala.

Gracias, gracias. Sé que te dejo en tu centro, en tu edad y en tu alegría, hermano; y tú sabrás como nadie gozar de la bonanza, corazón siempre perplejo y siempre firme, cantando tu canción enamorada.



Carlos Marzal y Viente Gallego en el barrio bonaerense de La Boca

Obediencia de vida

Luis García Montero

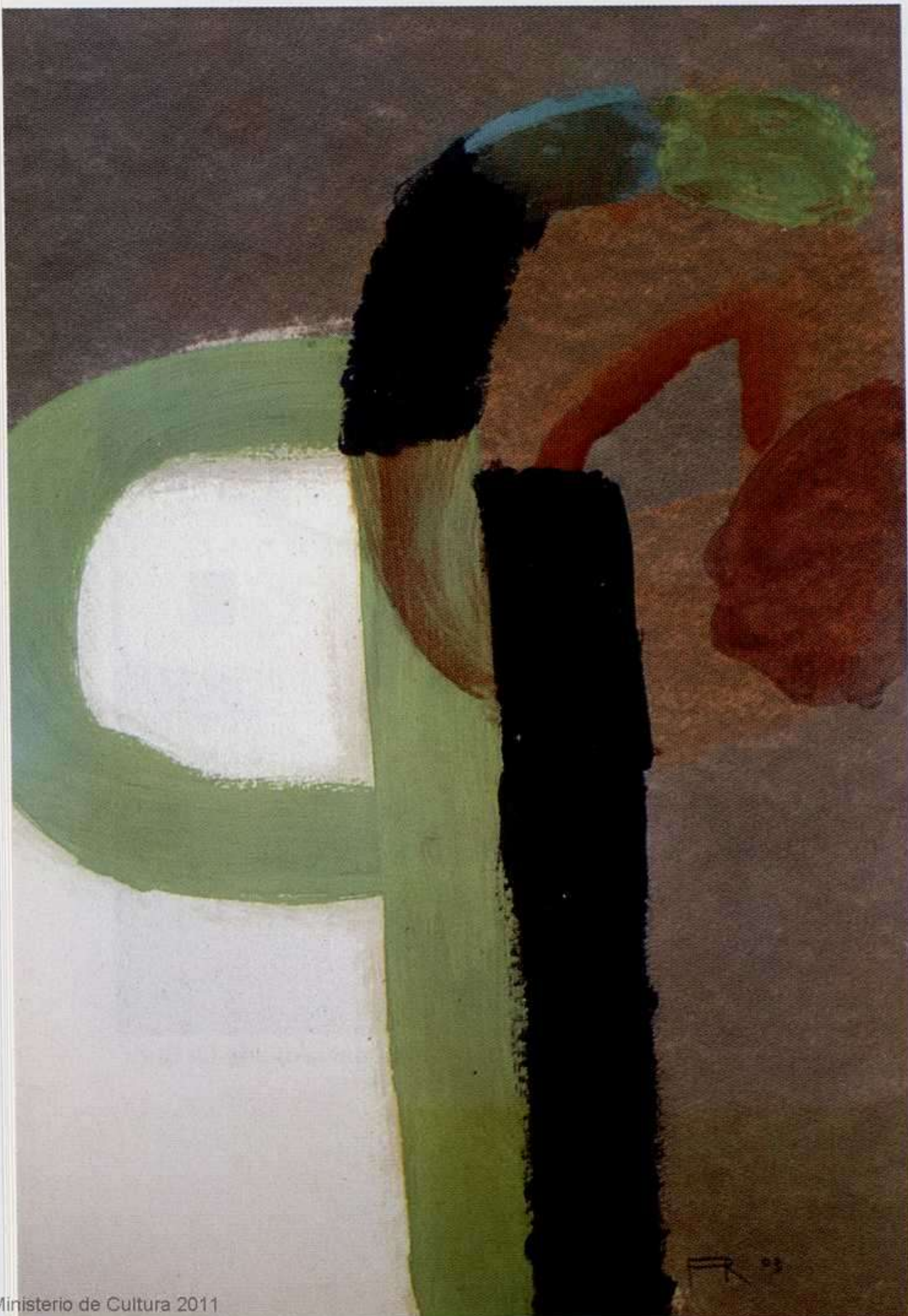
ILUSTRACIÓN Fernando de la Rosa

CONOCÍ a Carlos Marzal en 1985, cuando apareció con Felipe Benítez Reyes en el homenaje al grupo literario del 50, *Palabras para un tiempo de silencio*, que organizó la revista *Olvidos de Granada*. Aún no había publicado su primer libro, *El último de la fiesta*, pero la lectura de algunos poemas, los amigos compartidos y las conversaciones sobre los desvelos y las enfermedades de la lírica, me hicieron reconocer de forma inmediata una voz admirable, compañera de viaje, junto a la que podía sentirme poeta a salvo de cualquier afectación, sin la necesidad de representar ninguna de esas convenciones gremiales que impiden la confianza y la naturalidad. Una amistad es una amistad

y sus circunstancias. Los poetas de una misma edad suelen hacerse amigos; por lo menos los poetas que no han perdido el tiempo intentando constituirse en generación, es decir, los poetas que no sacrifican su capacidad de admiración a las urgencias de la actualidad literaria, negando a los mayores, compitiendo con los compañeros por las primacías de las musas y despreciando a los jóvenes, que siempre acaban por llegar como una mala noticia, síntoma afortunado de que el mundo y la historia no se acaban en el ombligo de nadie. Los poetas del 50, más o menos políticos, se hicieron amigos en los huecos que dejaba la dictadura, más allá de las costumbres clericales y de los ritos acartonados de la cultura oficial. La felicidad clandestina fue la circunstancia de su amistad.

Mis amistades literarias nacieron en la circunstancia de una

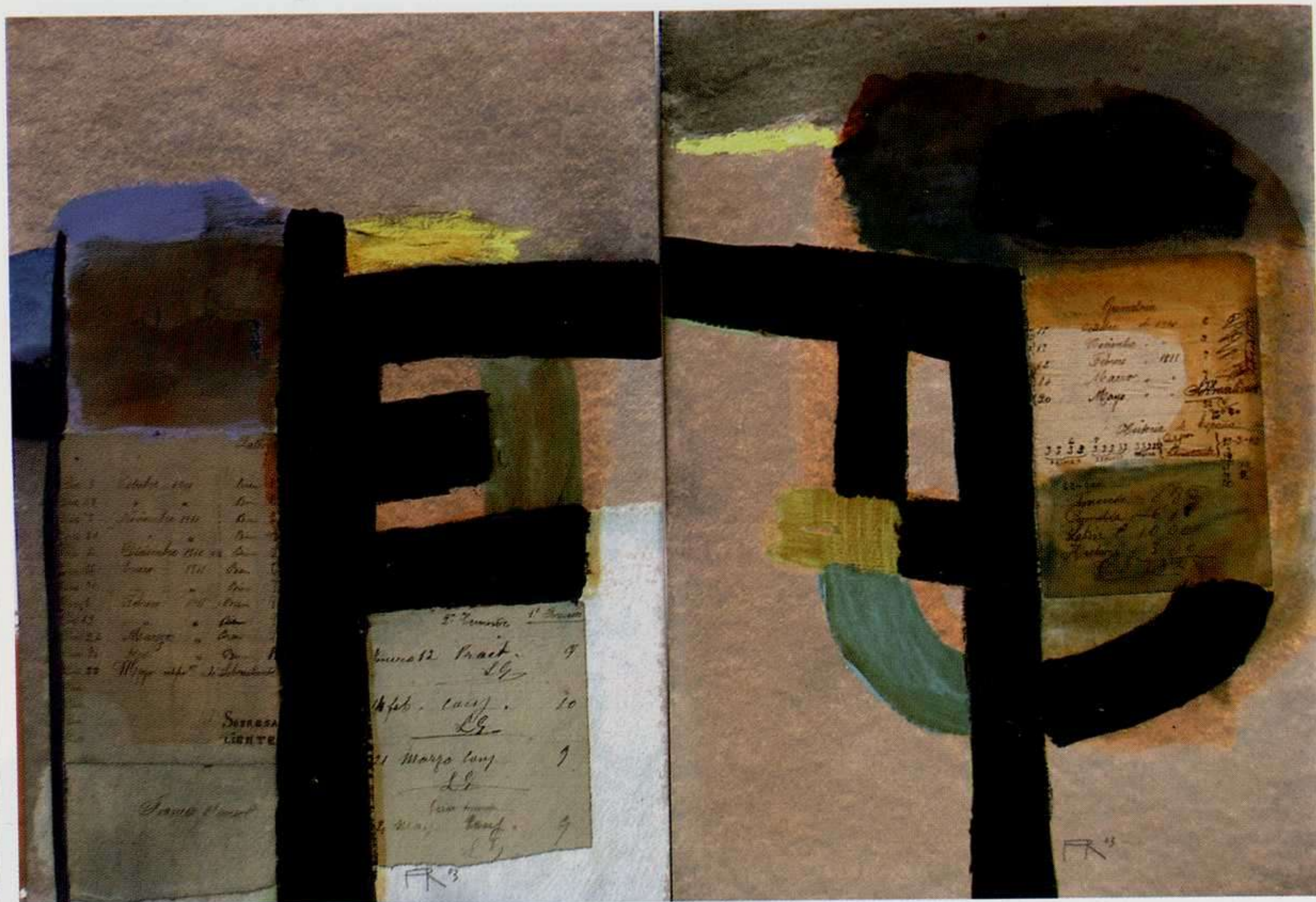
Papeles con gesto negro, 2003



libertad orgullosa, recién recuperada, impertinente hasta la temeridad, sin miedos, como si hubiésemos tardado en comprender que la democracia tiene también sus aristas y sus exigencias de clandestinidad. Mis primeras amistades literarias granadinas (Juan Carlos Rodríguez, Javier Egea, Ángeles Mora, Álvaro Salvador, Antonio Jiménez Millán) fundaron su identidad en la camaradería de una lucha ideológica que ante todo quería huir de los dogmas represivos y de los malos poetas, ya fuesen panfletarios o culturalistas. Mis amistades posteriores fueron una extensión de la misma necesidad libre de vivir y de sentirme poeta, de admirar y de mezclar las admiraciones con la confianza. Uno tarda también en comprender el privilegio que supone esta mezcla extrañísima de la admiración y la amistad, este poder compartir una o mil copas, una o mil aventuras, una o mil noches de discoteca, uno o mil libros, uno o mil fracasos, una o mil alegrías, entre amigos poetas, habitando las mesas y las páginas con una naturalidad familiar, sólo manchada transitoria y superficialmente por enfados menores, propios o ajenos.

Carlos Marzal es de los poetas que más quiero y que más admiro. Un encuentro con él es siempre como llegar a casa, cerrar la puerta, quitarme el abrigo y sentirme cómodo entre los míos. Sin dogmas escolares, con claridad de ideas, ajeno a las envidias, leal con los amigos, respetuoso en el trato con el mundo, decente por puro instinto de hombre de bien, dueño de un mundo lírico propio, de metal pesado, conozco pocas personas como Carlos, iluminado por la capacidad para ser feliz y para compartir la felicidad con los demás, sin que sus alegrías signifiquen cerrar los ojos a las sombras o consolarse con las blanduras más cúrsiles del corazón. Se trata de recibir con perplejidad la vida y de hacerse persona, sacándole el mejor partido a una existencia mortal, que es como es, como resulta, ni más ni menos. El ejemplo y la obra de Francisco Brines habían supuesto una buena lección.

Los poetas que empezamos a publicar en los años 80, somos hijos rezagados de la dictadura franquista, pero escritores de la democracia. Los detalles de nuestras afinidades literarias deben mucho a la democracia, no sólo por la primera exaltación de la libertad confiada, sino por los numerosos encuentros, congresos, homenajes, cursos de verano, lecturas públicas y viajes que se pusieron de moda como signos inagotables de una cultura nacional que necesitaba afirmarse contra el peso de las desidias anteriores. Comparándolo con otras épocas, resulta extraño que jovencísimos poetas tuviesen la oportunidad, entre recitales y cenas, de hacerse amigos íntimos de autores consagrados. Porque la intimidad sustituyó con mucha frecuencia a las relaciones convencionales de un gremio dado al trato ceremonioso o a los odios salvajes. Extraña fortuna la de haber roto las fronteras tajantes de las generaciones, admirando desde el principio con osadía y aprendiendo a beber, entre compañeros que se llamaban Rafael



Papeles con gesto negro, 2003

Alberti, Ángel González, Jaime Gil de Biedma, José Manuel Caballero Bonald, Claudio Rodríguez o Francisco Brines.

Hay un poema de Carlos, «Ninguno parecía tener miedo», perteneciente a *La vida de frontera*, que me devuelve con lealtad vital a las noches de plenitud, a algunos de esos momentos en los que la realidad coincide con el deseo, y uno apura la existencia firmando un pacto definitivo entre el ser y el estar. No me resisto a copiar aquí el poema:

**En virtud de este invierno prolongado,
y en virtud de que el sueño
es una apuesta que hoy no quiero consentirme,
deseo que una escena muy grata de la vida
vuelva hasta mí violenta, y que nombrarla
sea un feliz presagio en los días futuros.**

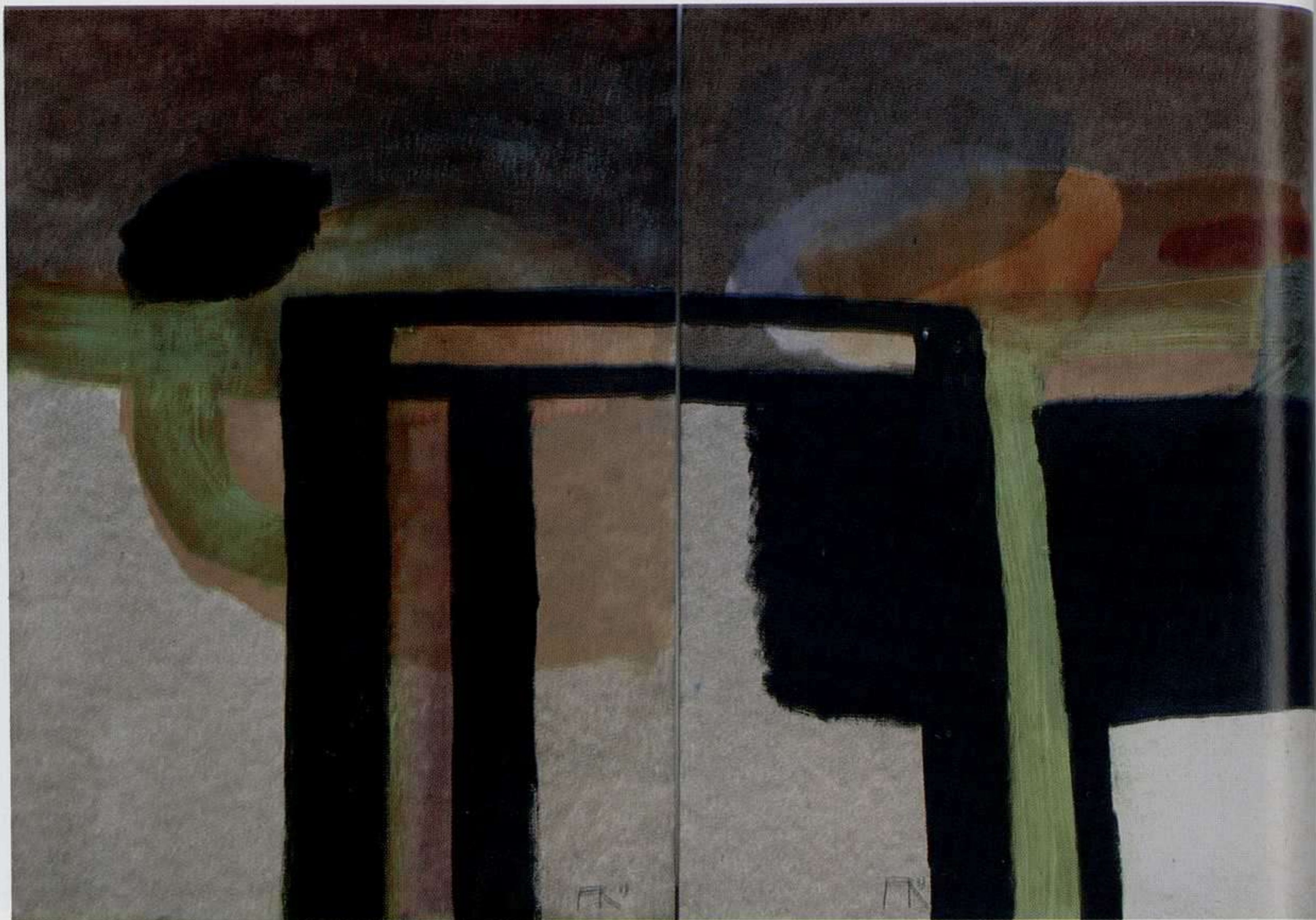
**Su marco es una noche del verano
(un verano tenaz y una excesiva noche).
El automóvil acomete un camino imposible.
La luz repite los árboles; y los árboles, sombras
que repiten indescifrables juegos de la luz.**

**Una canción cualquiera apaga nuestras voces.
El aire caluroso hostiga el rostro.
Y el estudiado hacinamiento de parejas
es otra circunstancia de la escena.**

**De repente aumenta el griterío, y la música aumenta,
al tiempo que el motor acrecienta su furia.
La noche aún es más rápida, y el mar,
que era un presentimiento unos segundos antes,
se extiende altivo en la distancia oscura.
Me abrazo al cuerpo que se sienta a mi lado,
y divido la noche con un beso.
Y antes de separarnos, me sonrío
con aire de revancha contra el tiempo,
contento de saber que nos observa.**

**Más tarde el coche acelera otra vez.
La noche es ya un clamor.
Y ninguno de nosotros parece tener miedo.**

Recuerdo a Carlos, nos recuerdo a todos, a Felipe, a Vicente, a Jon, a Pere, en Granada o en Valencia, en Lérida o en Almería, en Barcelona o en Madrid, en El Escorial o en Santander, o en Málaga, o haciendo cola en el minibar de una habitación invadida. A veces, a la mañana siguiente, después de la exaltación, con dolor de ojos y de alma, había que acudir a la cita académica, a la lectura madrugadora. La luz del día siguiente es peligrosa, malhumorada, porque casi nada resulta igual. Las bellezas, los cuerpos, las conquistas, las conversaciones, los aplausos, el acohol, las metáforas, resisten mal el despertar. Todo es más feo, menos mágico que el paso meteórico del entusiasmo en la noche cumplida. Lo extraño es que nunca haya tenido esa sensación con los poemas de mis amigos, con los poemas de Carlos, sintiéndome confiado en su valía y en su calidad, emocionándome con ellos, vencedores en la prueba de la mañana siguiente, o de los años siguientes. Otro poema de Carlos, «Relato del viajero ocasional», recogido en *Los países nocturnos*, ofrece una versión más deprimente de los compromisos literarios. Cuando no se cuenta con la complicidad de los amigos, los aeropuertos, los hoteles, los taxis, las citas, se convierten en un «derrumbadero de las almas», y uno se pregunta por las razones injustificables de la lejanía. ¿Qué hago yo aquí?, y el interrogatorio deja la motivación geográfica para insistir en una inquietud personal. Mi amor por la literatura sería mucho más vulnerable, estaría mucho menos fundido con mi vida, si no hubiese tenido la suerte de viajar, discutir, emborracharme con gente admirable a la hora de ser leída. La poesía de Carlos está a salvo de los efectos del día siguiente.



Papeles con gesto negro, 2003

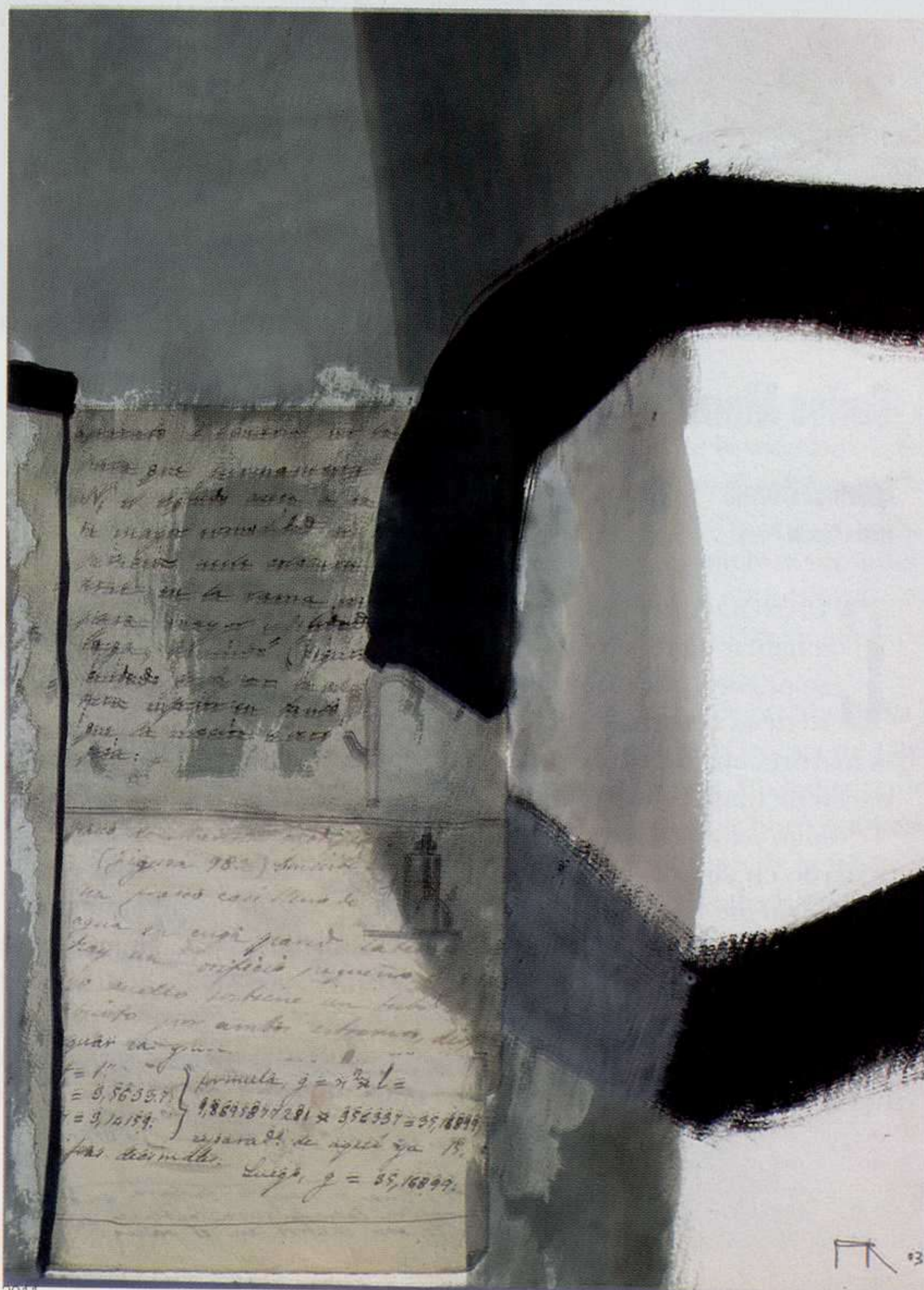
Según pasan los años, la poesía de Carlos Marzal acentúa su marcada apuesta por la vida, su tono celebratorio. Escribe, como «El corredor absorto» de *Metales pesados*, con un fervor íntimo que va definiendo la seriedad, la *solemnidad privada*, de sus poemas. Se trata de un ejercicio vital, de profundidad material y humana, con los misterios a flor de piel:

**Quienes somos inmunes a las supersticiones
con que la religión funda sus dogmas,
profesamos después en dogmas propios,
fundados en caprichos y en la superstición.**

La dignidad moral del poeta es su único amparo, el lugar en el que se puede sentir a resguardo estando a la intemperie. La conciencia moral de Carlos está cada vez más unida a la respiración del mundo, a la maquinaria de la naturaleza, asumiendo una versión laica de la plenitud y la eternidad. Del mismo modo que los poetas cortesanos invirtieron el dogma clerical con la religión de amor, Carlos parece

combatir las hostilidades del mundo con una religión de la vida, del ser humano que celebra su existencia, y que no necesita ningún otro argumento, por encima de la propia naturaleza temporal y única, para justificar su alegría. De ahí que la palabra se acerque a las imágenes del vuelo místico en su último libro, *Fuera de mí*. Una oración carnal, un arrebató en el jardín de las flores perpetuas. Escribir es una forma de adhesión, de salutación, de entusiasmo, de obediencia a la vida. Carlos vuela, y sus amigos lo vemos llegar, irse, deshojar la rosa de los vientos, como un testimonio vivo de nuestra antigua juventud. Y con el corazón perplejo, ahora que el tiempo es ya un compañero de generación.

Papeles con gesto negro, 2003





Carlos Marzal

Manuel Borrás

ILUSTRACIÓN Concha Prada

CUANDO uno es emplazado o se siente motu proprio estimulado a hablar de un amigo que además es un muy estimado poeta no se puede, por más afán que se ponga en ello, deslindar el ámbito de la amistad del de la poesía. Y al contrario de lo que piensa la mayoría, mejor así, pues que ambas son hijas de una misma cosa, nacen de un único sentimiento.

Tengo para mí que Carlos Marzal, incluso cuando no estamos de acuerdo en alguna cuestión vital o estética, es un interlocutor fiable. Con él no me hizo falta —ya en nuestro primer encuentro me apercibí de ello— ir delimitando un territorio propicio para una relación por venir, sino que simplemente había que dejar que transcurriese naturalmente. El amigo, aparte de ser el que nos protege de nosotros mismos, es aquel que se siente impelido, más allá de las discrepancias del momento, a serle leal, y tú, en consecuencia, a serlo a su vez. Ante



Lentejas (Díptico I), 2002

el amigo de veras uno no puede sustraerse a la única ley que mueve, administra y fortalece dicho afecto: la de la sinceridad. Espero dejar claro con esta digresión inicial que Carlos Marzal es un amigo del alma.

De ese alma que a mi juicio debe iluminar la verdadera poesía y de la que la poesía de Carlos Marzal anda, si no sobrada —el alma nunca está de sobra— sí colmada. La obra verdadera siempre debe ser generosa.

A otro gran amigo, poeta también y colega, Abelardo Linares, le debo haber podido leer por primera vez la poesía de Carlos Marzal al que, aun siendo paisano y casi vecino mío, no había tenido la oportunidad de conocer hasta que leí su primer libro publicado en la editorial Renacimiento de Sevilla, *El último de la fiesta*. En su lectura, al margen de las filiaciones que se le buscaban, por ejemplo, con la poesía de Manuel Machado o de Felipe Benítez Reyes, distinguí a un poeta de cuerpo entero en el que podía entrever un alma trágica por experiencia vivida. Y en el que destacaba ya con acento propio un escritor que iba sin duda a dar sorpresas en el futuro.

En la antología, publicada por otro muy querido amigo, Vicente

Gallego en su efímera colección de poesía de Mestral, y editada por José Luis García Martín, *La generación de los ochenta*, destacaba yo, con independencia de los poetas ya consagrados en aquel momento por la crítica, esencialmente a dos: a Carlos Marzal y a Álvaro García. Ambos han reforzado aquella intuición con sus respectivas trayectorias poéticas posteriores.

La poesía del valenciano ha tenido un desarrollo en verdad portentoso. En ella se ha sabido las más de las veces combinar de modo sutil y claro poesía y pensamiento. En una equilibrada combinación, además, en la que no ha solapado uno a la otra. En fin, es una poesía que no sólo bebe de la tradición poética española más fecunda del siglo XX, sino que también se ilumina desde los márgenes con unas lecturas e inquietudes filosóficas verdaderas. A menudo, dicho maridaje no se ha acabado de entender desde la perspectiva de tirios y troyanos, más por cuestiones extraliterarias o de banderías, que por distendida confirmación lectora, por justeza literaria. Los poemas se explican por sí solos y si algo necesitan es la complicidad del lector que se atreva o pueda hacerlos suyos.

La poesía de Marzal a partir de *Los países nocturnos*, antes que aferrarse a los hechos, se ve impelida a trascenderlos, a dejar de lado la biografía. En sus poemas prevalece la emoción sobre el intelecto, y acaban por volverse testigos también de nuestra experiencia. Cuando hablamos de un poeta, de un poeta de cuerpo entero, hablamos siempre de la poesía. Ésa es la única vía para rozar el centro vivo de su misterio. De ese misterio que lo único que nos revela es que en el fondo no hay ningún misterio. El mundo interior de Carlos Marzal es reflejo y resonancia de las cosas. En ni un sólo momento, aunque lleve su reflexión por derroteros puramente intelectuales, se enajena de ellas. Al revés, las incorpora como elementos vivos de un universo de interrelaciones más vasto que el que el propio poeta es capaz de fijar a través de sus palabras.

La poesía de Carlos Marzal parece decirnos que tan sólo la existencia y la capacidad que tenemos de decirla podrá darnos cuenta de nuestra posible transcendencia. En una apuesta que, dada la actual predisposición a la

distracción, a la abstracción gratuita, por el sólo hecho de prestarle oídos al mundo y decirlo tal cual el poeta lo ve, nos brinda de él una visión renovada. El peligro no está en el mundo. Es precisamente el ir extraviados por él lo que nos aleja del efecto rectificador y reparador que tiene la santa e inocente realidad. Y será entonces el poeta el responsable de saber encontrar la palabra exacta, justo la palabra «para el dolor del hombre» en un mundo que, como un palimpsesto, habrá que interpretar indefinidamente. Porque, en verdad, a lo mejor cuatro palabras tan sólo serán precisas para nombrar la vida —acaba por decirnos el poeta, siguiendo un juego de niños—. «El resto es lo



Sopa de invierno, 2003

que que queda cuando a la poesía / le hemos quitado lo que es la poesía.» Y querría subrayar que por eso su poesía ha abierto, a mi parecer, nuevas vías de expresión a una generación que parecía estar cayendo en tal solipsismo y tal autocomplacencia que hacía difícil cualquier desarrollo posterior más allá del muy limitado horizonte del yo.

Releer la poesía de Carlos Marzal, volver a ella ha supuesto para mí una oportunidad de renovar mi agradecimiento y celebración de la vida. De ahí que me haya sumado con mucho agrado a la invitación que me han cursado los amigos de la revista *Litoral*, faro indiscutible para aquellos que seguimos pensando que el arte, la poesía más allá de la actual ofensiva de ciertas supercherías idiotizantes, puede también justificar nuestra existencia.



Sopa de caracoles, 2003

¿Oscuro el borrador? Elogio de una mente clara

Antonio Cabrera

ILUSTRA Manuel Sáez



Webster, 1999-2000

UNA tarea que tonifica el espíritu de quien la lleva a cabo —si está cargada de sinceridad— es la de posar los ojos o el juicio sobre determinados objetos a fin de subrayarlos con la tinta de lo mejor. El realce en el que pasan a presentarse por efecto del foco admirativo no es que les dé más ser —aunque quizá así sea— sino que opera una alquimia gracias a la cual lo admirado entra en justificación y el admirador contacta con la justicia, vive la experiencia de ser justo. De modo que cuando admiramos se desencadena una transitividad beneficiosa tanto para el objeto como para el sujeto, y esto debería constituirse en razón suficiente que moviera a practicar el señalamiento de la bondad de algo.

Debe de haber en la etimología de la palabra *admirar* —aunque lo ignoro a ciencia cierta— alguna relación con la palabra *mirar*. Poner los ojos en los aspectos de lo real causantes de extrañeza, asombro, veneración, respeto o maravilla fue seguramente el significado primero que derivó después hacia el concepto actual, más amplio al incluir la consideración de lo psicológico, lo moral y lo productivo. Miramos con buenos ojos el mundo, su poliedro lleno de facetas fértiles, pero además somos

capaces de ensalzar temperamentos, acciones u obras que a nuestro parecer lo merezcan, que nos aparezcan a la mirada interior con los argumentos y las condiciones precisas. Pues bien, a mí se me impone como un ejemplo muy diáfano de esto último el caso del escritor —no diré únicamente poeta— Carlos Marzal, un artista fácil de admirar porque en él se mezclan, con rotundo contorno, personalidad, empeño y resultados creativos: sabiduría estética y arte sabio.

Ninguna ocasión más propicia que ésta para que intente concretar las razones de mi admiración por Marzal más allá de la formulación general que acabo de hacer. En pos de esa concreción debo advertir —como inicio y para ir despejando el campo— que entiendo posible la alta consideración de una obra literaria combinada con una menor estimación de la personalidad creadora que hay detrás. Las potencias de un autor a veces no llaman la atención en la misma medida que sus escritos efectivos. Una producción literaria puede cobrar forma sin que la dialéctica desencadenada entre el engranaje impulsor de la creación y los logros artísticos perceptibles se manifieste como balanza en equilibrio: a menudo una aptitud evidente, un potencial reconocido, no termina de dar muestras claras de su valor; y no resulta rara, por otra parte, la eclosión de obras llenas de intensidad y aciertos manando de fuentes que no mostraban signos capaces de augurar la riqueza del caudal finalmente brotado. Opino que Carlos Marzal, por el contrario, es una perfecta balanza horizontal. La gran cilindrada de su motor le ha permitido hacer largos y envidiables viajes, es decir, acumular una obra publicada —y otra aún inédita— donde se equilibran fuerza y conducción, lo que traducido a términos estéticos podemos llamar, en orden indistinto, inteligencia y belleza.

Mi propósito no es —por seguir con la metáfora— hablar de los viajes del pionero Marzal. No voy a analizar aquí este o aquel aspecto de su obra. Más que describir los lugares que visita, ahora me interesa saber qué vehículo lo lleva hasta ellos, indicar las características de la eficaz mecánica de su empuje, comprender el dinamismo de su tracción, alabar sus válvulas, intuir la física y la química de su combustión. Quiero señalar la fuerza motriz que activa los mecanismos creadores de un autor tan poderoso.

Cualquiera que se acerque a la poesía de Marzal (y esto vale también para sus todavía no completamente accesibles prosa diarística, aforismos, narrativa, conferencias y artículos) apreciará de inmediato una musculatura inusual, exclusiva, en el seno de la cual se entrelazan dos elementos de gran ductilidad y resistencia: un despliegue verbal que sabe hacerse necesario y la presencia palmaria de ideas entendidas como cristalizaciones claras pero complejas (ni ocurrencias ni conceptos abstrusos) de flujo mental alimentado por una sólida competencia intelectual y una sensibilidad trabajada con rigor.

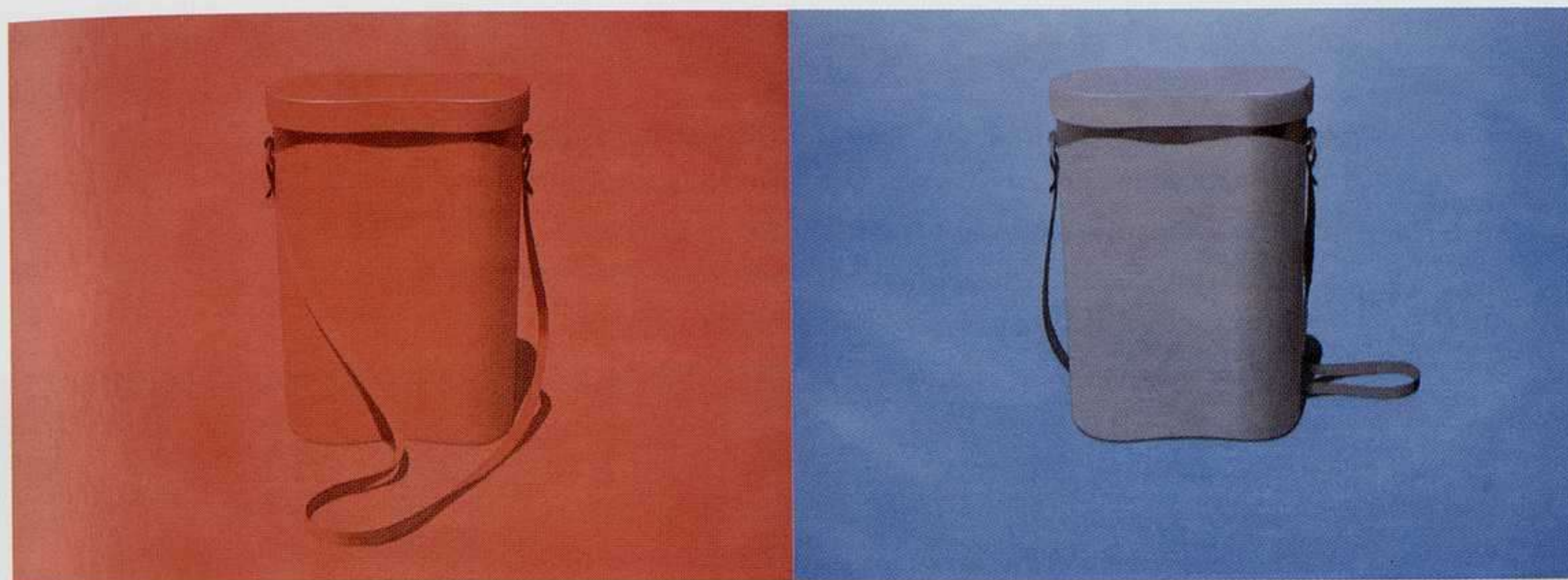
Dicha presencia de ideas tiene un carácter constante, e incurriría en interpretación superficial quien sostuviera que sólo a partir de *Los países nocturnos* los poemas de Marzal empiezan a contener pensamiento. La reflexión moral —cierto es que en calibres distintos— está presente tanto en *El último de la fiesta* (ya la hay desde su segundo poema, «Lo ajeno») como en *La vida de frontera*. Pocos poetas de su generación han experimentado un tránsito evolutivo tan coherente y personal, manteniendo firme la misma línea de tensión, el invariable sostén y el sabor de las ideas que en *Fuera de mí* —sin anularse— se abrazan al canto para dar lugar a una aleación de brillo completamente nuevo.

Pero, con ser ejemplar la evolución de su escritura, yo quiero llevar ahora el haz de luz de mi admiración hacia el aspecto que actúa como cimiento y condición de ella. A mi parecer, precisamente, tal cimiento no puede ser otro que la abundancia de ideas almacenadas en las dependencias mentales de Marzal. *Abundancia de ideas* no es expresión que me sirva de apoyo en el camino hacia otra cosa que aspire a declarar. No, la empleo y me detengo en ella, seguro como estoy de que contiene una asentada verdad, de que constituye una de las claves fundamentales a la hora de explicarnos no sólo la fisonomía sino también la génesis de la creatividad marzaliana. Y significa lo que significa: gran cantidad de ideas, un caudal riquísimo, asombroso. ¿Qué poemas hay, entre los producidos por sus contemporáneos, con más aporte de razonamiento y pensar rotundo —rechazados a la vez el intelectualismo y todo bloqueo de la emoción— que los suyos? Sus columnas de prensa, las páginas de su dietario, sus cadenas de aforismos y su prosa novelística ¿no presentan acaso esa tonalidad propia, tan inconfundible, sustentada siempre sobre una capacidad de análisis e indagación que merodea y desentraña los temas convirtiéndolos en objetos de abordaje múltiple? Escritores los hay de muchas clases: Carlos Marzal pertenece al género escogido de aquellos que tienen mucho que decir.

Si busco una imagen a través de la cual poder representarme el orden que a mi entender impera en su cabeza, acabo concibiendo la de una madeja igual a las que conocimos en la infancia, cuando nuestras madres hacían punto en las tardes lentas. Las recuerdo como objetos dotados de un orden apretado pero indudable, no como amasijos informes o como enredos. Las manos de nuestras madres iban tirando poco a poco y la conexión entre el orden de la madeja y el de la prenda que se iba tejiendo resultaba evidente. Aquella bola, dispuesta siempre a fluir sin trabas



Luk, 1999-2000



Soulville I y II, 1999-2000

al menor requerimiento, era la condición necesaria del jersey o de la bufanda. En ella se comprimía la lana, la materia prima, exenta de toda confusión y, por tanto, según una estructura preparada para desplegarse en busca de urdimbre.

En tales términos veo yo la mente literaria de Carlos Marzal. Dudo mucho que su borrador sea oscuro. Antes bien, toda su obra se va devanando a partir de esa claridad mental, que no funciona como un potencial magmático sino a la manera —insisto— del hilo bobinado cuyo concierto en cifra —negación del desorden a la espera de la mano que sepa dirigirlo— llegará a ser música efectiva, tapiz en la página escrita. Marzal estableció una hermosa prescripción al afirmar que «nuestras palabras deben crecer hacia la luz». Las suyas, quién lo duda, crecen escrupulosamente en esa dirección salvadora, y lo hacen hacia una luminosidad llena de texturas, con raíces en una tierra de grano casi matemático y nutrientes energéticos.

Así pues, de su mente sin grumos, como si se tratara de una veta de metales pesados y preciosos apenas enturbiada por la ganga, extrae Marzal una literatura donde las ideas van engarzadas con maestría. Cuando reflexiona o argumenta en un poema —y ha sabido justificar como nadie la legitimidad y el valor lírico, no sólo epistemológico, de las argumentaciones—, cuando lo hace en un artículo o una conferencia, el frecuente tropel de ideas asombra por la fluidez, la sorpresa y la diversidad de ángulos con que se viste. Como si estuvieran equipadas con ganchos, cada una de esas células de sentido atrapa a otras, lo mismo da que se esté desarrollando un análisis hondo, tan suyo, o se organice con sabia desorganización una digresión brillante, nunca banal, o se asedie un asunto, y en tal caso el asedio adquiere espesor gracias a capas fecundas además de inteligibles. No es la paradoja el único de esos resortes de enganche, aunque a mi entender destaca como uno de los más vigorosos. El sí que es no y viceversa, en sus variados formatos, permite al razonar marzaliano acarrear pensamientos y urdirlos en los versos o en las frases —en el jersey que se escribe— con los tonos anímicos de la emoción.

Admiro la madeja de Marzal como admiré primero sus tejidos. Fue el trato con la persona del escritor el que hizo crecer en mí el convencimiento de que aquella obra tramada de un modo tan sólido y eficiente brotaba de una cabeza donde la oscuridad es sólo la bella palabra que es, no un estado hacia el cual manifieste propensión.

Vuelvo —esta vez con mayor conocimiento de causa— a las etimologías o a las genealogías semánticas. En resumidas cuentas, la mente clara y fértil de Marzal es indicativa de *talento*, término cuyo significado moderno le debe mucho a cierta parábola evangélica. En ella, un hombre rico entrega a sus servidores un número de monedas, de talentos, para que los administren en su ausencia. La cantidad varía en función de la mayor o menor capacidad de los criados. Al cabo, los dos primeros siervos devuelven, duplicado, el dinero. El tercero, en cambio, por torpe, perezoso y cobarde, retorna a su señor el único talento recibido, que había mantenido enterrado, lejos de todo riesgo. El señor, obviamente, recompensa a los primeros y castiga al último. Tener talento, pues, equivale a la pericia de saber extraer valor sobrado a partir de lo que se posee. La cuestión es que suma y multiplicación no son operaciones sencillas en literatura. Por eso admirarlas se convierte en un deber.

Cuando admiramos damos las gracias, soltamos un lastre que era dulce, y nuestro pensamiento ejecuta un trabajo que le ayuda a mantenerse atento. Ante la obra de Carlos no cuesta sentir agradecimiento y menos aún mantener la atención. Con aparente facilidad, él tira de su hilo en avance hacia páginas que van tramándose, como pocas, según un universo exigente de complejidad y relieve; logradas porque emocionan, porque abren; sorprendentes porque ponen en el intelecto del lector la rara geometría que viene de una mente hecha con cálculo y con potencia.



Marzalidades

Pere Rovira

ILUSTRA Cuqui Guillén



NUNCA he oído hablar mal de Carlos Marzal. No se atreven a hacerlo ni los enemigos de todo lo que él literariamente representa: inteligencia, pasión, audacia, confianza y escepticismo inseparables y una precisión y una gracia verbal que pocas veces se han visto en la poesía española moderna. Nadie se mete con Carlos Marzal porque no es posible dejar de percibir su grandeza poética y humana. Aunque Carlos Marzal nunca se haya vestido de gran hombre o de artista sublime.

Se diría, conociendo un poco a Carlos, que no se parece a sus poemas. Que ese hombre risueño, amabilísimo, de gran sentido del humor, paternal, caballeroso, taurino y ciclista infatigable no puede ser el que a veces habla de un modo tan desolado en sus versos. Y es cierto: ni él es tan alegre ni sus versos son tan tristes. Conociendo un poco más a Carlos, uno cree advertir quemaduras en el brillo de su mirada y que su risa franca y gustosa lo es más aún porque su dueño vio la cara negra de la desdicha sin coartada. En cuanto a los versos, su presunta desolación es casi siempre un canto a las ganas de vivir, un canto que puede darse rabiosamente, porque la vida es más frígida, más corta de luces y más breve de lo que el apetito de vida sabe tolerar. A veces, porque la vida se desborda por un lado indeseable, los versos de Carlos quieren contenerla con sentencias sabias y fuertes como presas. Y otras veces, cuando la vida es un gran premio, el poeta la bendice con angélicas palabras humanas.

Y hablando de apetito, la honda sed metafísica de Carlos no le impide tenerlo muy bueno. Le he visto devorar arroces y viandas de muchas clases, siempre con alegría y optimismo (es cosa sabida que a los supuestos pesimistas los transfigura la comida buena), y pienso que algo ha de tener que ver esa avidez gastronómica suya con el vigor de sus poemas, musculosos, ágiles y valientes como las fieras jóvenes que aparecen en ellos. También es capaz Carlos de devorar fieras reales, seguramente con el propósito de robustecer aún más el hambre que alimenta sus versos:

**Lo que mejor explica, sin agotarla nunca,
la bárbara pureza del deseo recíproco
es una cacería de animales
y el hartazgo feliz en que se sacian,
con los ojos cerrados contra el tiempo
en el avaro éxtasis de su feroz banquete.**

No ha de sorprendernos la glotonería carnal que exponen estas palabras: Carlos Marzal debe de ser el único poeta español de todos los tiempos que ha practicado la captura nocturna del caimán y ha desayunado después filetes asados de la bestia. Tal vez semejantes experiencias expliquen la fascinación por la pureza salvaje que siente el protagonista de algún poema de Carlos, una pureza incluso considerada ejemplar, aleccionadora para los tímidos brutos humanos y sus ardides de supervivencia.

Puesto que Carlos dice de mí que soy un cazador que escribe, alguna vez he intentado educarlo un poco desde el punto de vista cinegético; convencerlo de que no todo han de ser caimanes en la vida de un escritor que no caza. Fuimos a cazar perdices (él lo cuenta, aun-

que no lo cuenta todo, en un poema muy hermoso titulado «Naturaleza muerta»), le expliqué que no hay un animal más indómito, que se trata de una caza dura, lenta, paciente y escasa, que hay que andar mucho. Al oír esto último, Carlos sonrió desde su probada solvencia atlética. Cuatro horas después, ya sonreía menos: «parece que esto va en serio», comentó. Le presté un rato mi escopeta y disparó a un par de perdices con gran emoción (que es el método más seguro para fallar el tiro). Me la devolvió y seguimos andando. Según una versión suya del incidente, tuvo el tiempo justo para echarse a tierra, tras mi aviso, cuando una perdiz saltó a sus espaldas. Dice que creyó que iba a darle a él, pero que, por fortuna, le di al pájaro, y que esa puntería me salvó de convertirme en un poeta elegíaco y me permitió seguir siendo hímnico. Es probablemente cierto que los destinos se dilucidan así, sin un gran porqué, como suele asegurarse en la poesía de



Carlos Marzal. Aunque tal vez ésta convierte en meramente hipotética la contradicción que existe entre ambas maneras de ser poeta. Porque es una poesía en la que el mal y el bien suceden inexplicablemente y caen a capricho sobre desprevenidos seres afortunados y sobre víctimas del azar diabólico (puede que en esa poesía Dios no exista, pero, quizá por esto mismo, sí parece existir en ella el Diablo). Semejante falta de justificación para la vida empuja a celebrar su posibilidad y su transcurso y a lamentar que tan a menudo sólo sea posibilidad y transcurso. Por eso Carlos Marzal es un poeta hímnicamente elegíaco, cuyo canto incita a gozar del cuerpo de la vida aunque sea llorando su destrucción y su pérdida.

De jovencito, Carlos Marzal fue manuelmachadiano. Lo dejó dicho y aclarado en un poema memorable de *La vida de frontera*. Aunque su estilo no muestre ya huellas del maestro, a Carlos sigue gustándole Manuel Machado y recordar «La canción del alba» cuando va a amanecer sobre un jardín donde dos amigos han pasado la noche charlando mucho y bebiendo un poco. Pero su poesía se ha alejado de la voz prematuramente cansada de las primeras obras y ahora, pasada ya la cuarentena, Carlos se encuentra con la voz del entusiasmo en *Fuera de mí*:

**Estoy desmemoriado
para la desventura y para el luto.
En arrogante ceguedad estoy
contra cualquier amago de tristeza.**

**Brindo por este sueño cristalino,
bebo a nuestra salud vino inocente,
para estrellar mi copa contra el suelo
de nuestro prodigioso mundo vano.**

Carlos Marzal ha roto con la poesía de la edad, que en la tradición moderna viene de Espronceda, pasa por *El mal poema* y por Gil de Biedma y deja un poco afónicos a algunos de sus seguidores. Cada vez más, la poesía de Carlos prescinde del inconveniente de cumplir años para celebrar la suerte de vivir. Quejarse por no ser joven, por hacerse mayor, por no ser inocente, etc. es un poco tonto, a no ser que se haga cuando todavía se es joven e inocente. Poéticamente, un caballero cuarentón que se representa torturado por esas cosas produce un efecto contrario al que quizá pretende: hace pensar que ha sufrido y que ha gozado poco, y que tiene pocas cosas que decir. El entusiasmo genuino, aunque parezca paradójico, puede proceder del dolor, de haber pasado por él y haber aprendido que nada da y nada enseña. Carlos Marzal lo supo pronto:



**Por lo que a mí respecta, sé decir
que nada he aprendido en el dolor,
salvo que es incapaz de enseñar nada
que ya no conociésemos.
Cada vez que pretendí entenderlo, recordé
a un idiota asombrado que gesticula y llora
ante la luna llena. Y considero cierto
que el dolor acostumbra a dejar testimonios:
un rastro de dolor que conduce hasta él mismo.**

El autor de estos versos se acerca a los treinta años («funesta edad de amargos desengaños», opinan ciertos poetas), dispuesto, como se ve, a no dejarse engañar por el siempre rentable tópico del sufrimiento. Lo cual le hubiese complicado las cosas, literariamente hablando, de no haber tenido un extraordinario talento, para la escritura y para la bondad.

Se supone que escribiendo queremos aprender a escribir y a vivir. Ese aprendizaje suele falsearse por el prestigio del mal (encontrarse mal, pasarlo mal, beber mal, amar mal... incluso, en los casos más perdidos, escribir mal). Pero ni el mismísimo autor de *Las flores del mal* era partidario de esta palabra. A Baudelaire, como a todos los grandes, le repugnaban el sufrimiento y la maldad: «el mal se hace sin esfuerzo, *naturalmente*, por fatalidad; el bien es siempre producto de un arte». Lo cual puede aplicarse tanto a las cosas de la vida como a la escritura de poemas. Carlos Marzal ha rescatado ese sentido de lo bueno, y, lejos de la previsible tradición del malditismo más o menos canalla, suena en su poesía de madurez la voz valerosa de la celebración, a pesar de todo, del mundo, del placer, de la alegría de vivir. La voz obstinada y lúcida de alguien que no se engaña acerca de la desdicha y de la muerte, que sabe que la derrota es sólo cuestión de tiempo y que por eso mismo hay que elegir el bando de la felicidad.

Carlos Marzal: un primer esbozo

Enric Soria

ILUSTRACIÓN José Albelda

UNA de las ventajas que puede conllevar escribir un diario es que, a veces, uno sabe desde qué día exacto conoce a sus amigos.

Si anoté bien la fecha (es decir, si el mismo día en que tuvo lugar nuestro primer encuentro escribí la página que da cuenta de él), yo conocí a Carlos Marzal el 14 de abril de 1994. Desde entonces, no ha parado de crecer mi aprecio por su amistad y mi admiración por su obra; admiración no exenta de un profundo respeto lector —algo temeroso a la hora de hablar de ella—, ya que ésta ha ido evolucionando y aumentando en fuerza, riqueza y diversidad hasta convertirse en un verdadero continente, o más bien un

océano agitado, en el que la obscuridad muchas veces metálica de sus cambiantes fronteras alterna con poderosas explosiones de gozo, de una alegría de vivir entre arcádica y pánica, que sacude al lector y le hace, a él también, salirse de sí mismo.

Por todo ello, cuando se me sugirió participar en este volumen, pensé que quizá fuera una buena idea, para salir del paso y eludir a la vez las honduras de la exégesis —que en esta obra deslumbrante y proteica son una constante invitación a la pérdida— y los excesos del panégyrico amistoso, traducir aquella nota que tomé de nuestro primer encuentro, hace ya once años, cuando Marzal no era aún ese autor de referencia insoslayable de la poesía española que ahora sin duda es —estaban por escribir *Los países nocturnos*, *Metales pesados* y *Fuera de mí*—, pero que, sólo con dos libros —el primerizo y notable *El último de la fiesta* y el ya muy poderoso *La vida de frontera*— había demostrado de sobra que era una voz que había que tener muy en cuenta, al menos a los que leíamos con una pizca de atención.

No creo en absoluto que ese ya lejano apunte mío revele ninguna particularidad digna de memoria sobre la personalidad o la obra de



Bautismo de la luz, s/f

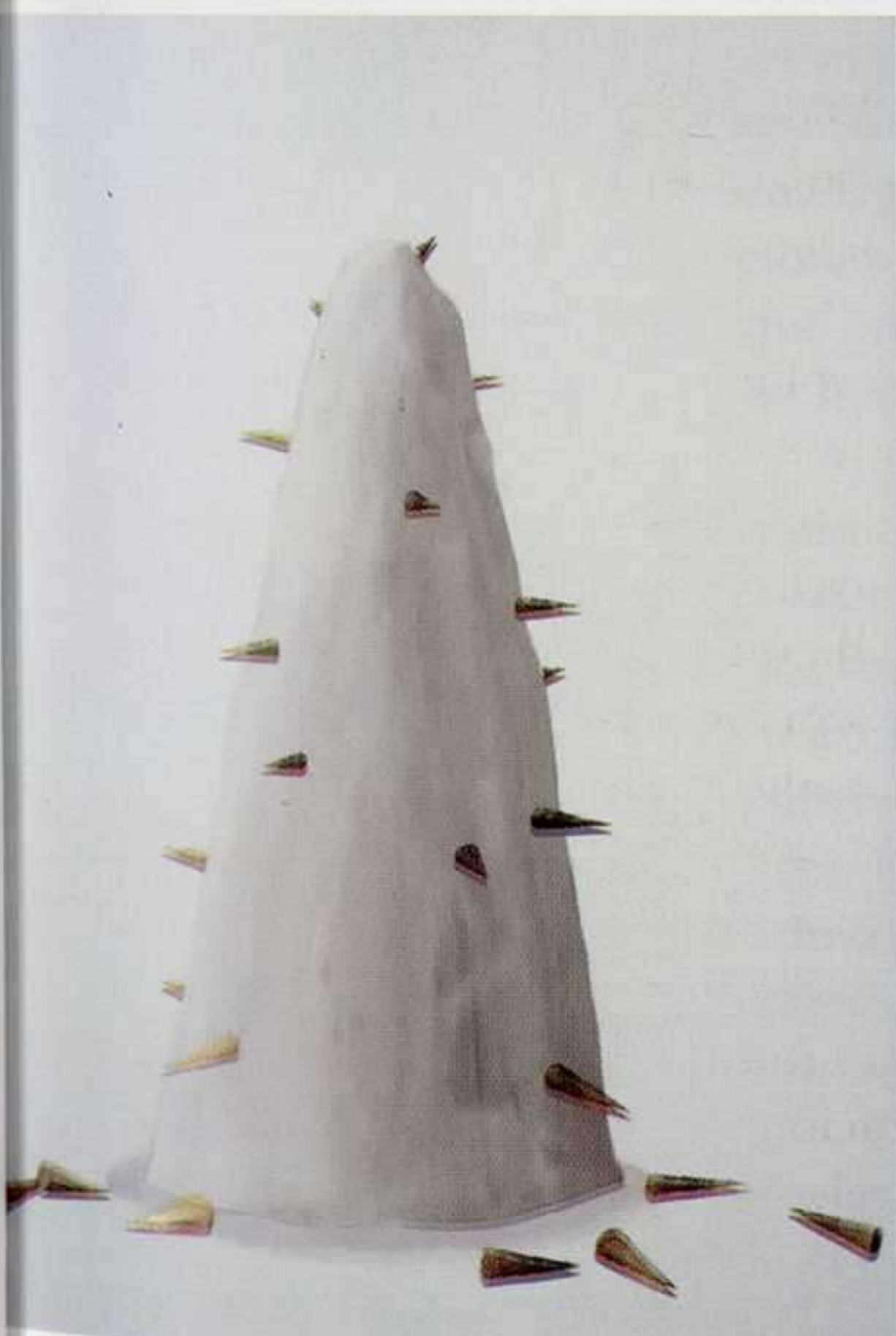
Carlos Marzal, y su valor como documento es bien escaso. Tan sólo se trata de un croquis del natural, esbozado apresuradamente, pero quizá por eso mismo conserve algo de la vivacidad y de la calidez que tuvo ese primer encuentro entre dos escritores jóvenes que habían de ser amigos. Por esa razón lo reproduzco ahora.

Dice así:

14-IV-1994

«Finalmente conozco a Carlos Marzal, el poeta que se ha ofrecido a traducir una antología de mis versos para la editorial Pre-textos. He leído sus libros, que me han impresionado vivamente, sobre todo el segundo, *La vida de frontera*; una rara combinación de lirismo mordaz y exaltación meditativa, con un puñado de finales memorables; aunque el primero no es desdeñable en absoluto, y menos como obra de principiante. Encuentro concomitancias importantes con mi poesía, sobre todo de concepción y de punto de vista, aunque la suya tiene un vitalismo más marcado, es más aventurera y más barroca, con más gusto por la variedad rítmica y la melodía verbal. La mía es más seca. Aun así, las afinidades de fondo son evidentes. Eso me anima mucho. Para confiar en un traductor, hay algo casi tan esencial como el que sea un buen poeta: que no haya que explicarle lo que pretende uno.

Hemos quedado después de comer, en la cafetería San Patricio, que precisamente hoy estaba cerrada, así que he tenido que esperarle, plantado junto al semáforo, un buen rato. Carlos ha llegado tarde por problemas de tráfico y se ha prodigado en excusas. Tampoco hacía falta tanto, pero he comprendido que, en un primer encuentro, los dos queríamos hacer buena impresión. Me ha sorprendido —bien mirado, no sé por qué— que hablara un catalán tan fluido, o quizá más aún que el de su amigo Vicente Gallego, también excelente poeta. Marzal es un hombre joven, más bien delgado, de ojos muy vivos, con una gran simpatía natural, de palabra y gesticulación fáciles. Nos tomamos un café en el Ateneo y después viene a casa, para que le pase las últimas



Montaña perdiendo sus espinas, S/F

versiones de algunos poemas. Nos ponemos de acuerdo en seguida.

La conversación salta con ligereza de un tema a otro. Marzal tiene un sentido irónico entrenado, parece propenso al entusiasmo y, a la vez, sus comentarios sobre poetas concretos y sobre poesía en general son muy inteligentes. Afirma los valores de la claridad y la eficacia, precisa y a ser posible fulminante, en el poema. El placer de la afinidad hace que la tarde pase deprisa. Entre diversos comentarios, me cuenta los problemas pecuniarios y morales de Vicente Gallego cuando otro escritor lo denunció por un artículo crítico (en todo caso, su oponente le había de haber respondido con otro artículo, ya que era del gremio, y no haber involucrado a los jueces: habríamos ganado una buena polémica y nos habríamos ahorrado una querrela vergonzosa), y hubo de pasar por los tribunales y pagar la elevada multa correspondiente, que le costó enjugar. Ignoraba eso último. Debería haberlo sospechado. Tuvo que ser una experiencia muy ingrata. Aquí, como en otras ocasiones, mi inveterada timidez me inhibió un gesto de solidaridad que era exigible.

Descubro que Marzal es un buen lector de poesía en catalán, en particular de la valenciana, y un gran admirador de Vinyoli. No hace falta decir que me complace. Compruebo una vez más que, entre la gente de nuestra edad, aproximadamente, los recelos y las tensiones de los años 70 no tenían ninguna razón de ser y no se han producido. Naturalmente, queda algún troglodita por ahí, pero la tónica general es la del respeto y el conocimiento mutuos. Que sea así, al menos entre escritores, es un descanso que se agradece mucho.»



Pedriza producida por una herida de flecha, s/F

Carlos Marzal

José María Álvarez

ILUSTRACIÓN Martí Quinto



A exaltación de un Poeta es una de las (pocas y) más estimables compensaciones en la vida de otro Poeta. Significa que la Poesía vive, que aún no han logrado exterminarla. Si ese Poeta es, además, un amigo —y un extraordinario amigo, en el caso que hoy trato— el resplandor de esa admiración ilumina una profunda alegría. Hace ya muchos años, cuando leí los «primeros» poemas de Carlos Marzal —un Marzal jovencísimo—

supe que estaba ante un verdadero Poeta: aquellos versos tenían una hondura y un alcance mayores de lo que naturalmente podía sospecharse, no ya por su edad (los poetas no tienen edad), sino por el poco tiempo de camino; pero sin duda eran ya poemas de una voz «hecha», versos que nacían de una experiencia espiritual única, sólo suya, y no como suele ser habitual de la copia de emociones ajenas y de un no menos ajeno decorado. Ya era un poeta que embebía el Mundo, saciándose. Cuanto he leído después no ha hecho sino confirmar esa inicial impresión, acrecentándola.

Admiro ese talento. Admiro la inteligencia que es urdimbre y esa trama de salto sin red en los abismos de lo que somos —como Goethe pedía en su «Ifigenia»: Desciende conmigo a los reinos oscuros...—. Creo que esa altura de vuelo, o se tiene o no, y cuando es carne y sangre de un Poeta, nos lo regala en libros que arden en las manos de sus lectores, que es lo que hacen los buenos libros. Como Borges, Navokov, Stevenson, Wilde dirían: Encanta. Páginas que existen por sí mismas, que producen una emoción física como la que se siente ante la mar, una mujer hermosa o la belleza o el horror del Mundo.

Y Carlos Marzal vuela muy alto. Sabe muy bien que la única obligación de su destino de Poeta es un encantador de serpientes. Sabe que un Poeta no es sino la sed de esa cima de exce-

lencia, y la desolación de su alma si no llega a alcanzarla, el santo celo por quienes sí la logran, la convicción de que esa jerarquía de la belleza, de la grandeza, es superior a él y que sólo a ella sirve con la inteligencia y su trabajo. Y sabe que la Poesía no es una esposa dulce, serena, confortable, sino una amante voluble, bellísima pero aniquiladora, una mala puta.

Y para acabar. Lo mejor que puedo decir de Carlos Marzal es que probablemente, y con todo lo dicho, seguramente cambiaría una noche de ese talento «sur le vive papier de la blancheur défend», por una suave velada mediterránea, bien acompañado, nereidas y cleopatras, caviar del Guadalquivir y un buen Alsacia, el mar resonando al fondo; porque como él muy bien sabe, acaso no hay momento como el de esa última copa con un amigo en la alta noche y saber —sólo con mirarse— que si bien, como dijo el Poeta, «nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar»... ¡joder, y que no puede uno divertirse en la espera de tan fausto acontecimiento!

París, enero 2005



El libro perdido

Salvador Domínguez

ILUSTRA Rosa Martínez Artero

A media tarde Juan Gil Albert solicitó a su amorosa sirvienta que trajera la merienda. Ésta acudió a poco con un par de vasos de limones exprimidos, diluida su acidez en agua azucarada, y unas pastas tostadas. Las tardes de 1982 no eran como las de ahora. Alumbraba el cielo un sol almibarado que moría sin tristeza. Juan Gil Albert recibía en su casa a jóvenes interesados en la literatura, en su obra, y en aquel extraño fenómeno de escucharlo hablar como si escribiera. Lúcido siempre, mayor pero no anciano, al decirle que marchaba pronto a Sevilla para cumplir con mis deberes patrios, se apiadó de mí con un gesto de exquisita generosidad. Tomó una agenda de una mesilla contigua, y buscó en ella la dirección de unos amigos con residencia en aquella ciudad. La apuntó en un papelillo y me la dio, diciéndome: «Así no estarás solo, y tendrás con quién hablar de libros».

A principios de 1983 llegué a Sevilla, tras dos meses de torpe adiestramiento militar. Me pareció una ciudad propicia para mi juventud: hermosura en las calles, animación en las tabernas, y muchachas en flor regalando alegrías. Mis solitarios paseos para descubrir sus rincones, desembocaron pronto en la dirección proporcionada por Juan Gil Albert. Se trataba de una diminuta librería de viejo, tras la Giralda, poco antes de entrar al aristocrático barrio de Santa Cruz. Desde la calle atisé a un hombre todavía joven, bastante delgado y de apariencia retraída. Supuse que él era el contacto que aliviaría mi exilio de año y medio en los cuarteles, y en efecto lo fue. Se trataba del librero y editor Abelardo Linares, que me recibió con gran afabilidad al decirle quién me remitía.

A la diminuta sede de la librería Renacimiento, que así se llamaba y continúa llamándose tan hermosa empresa, acudían por entonces púberes poetas andaluces, que me fueron amablemente presentados por mi mentor sevillano. Conocí así a Felipe Benítez Reyes, joven muy cortés con fulgurante sentido del humor, y a Juan Lamillar, que translucía en su sonrisa un alma nobilísima. También recalaba por allí Aquilino Duque, escritor más maduro pero de irrefrenable vocación, que era además amigo de un teniente coronel medio pintor a cuyas órdenes yo servía. Y Fernando Ortiz, complejo como su críptica caligrafía de pluma estilográfica. De esta suerte, mi estancia en Sevilla no llegó a ser el encierro cuartelero que yo vaticinaba. Incluso tuve ocasión de leer «La Voluntad», de Azorín, en una edición fechada en 1.913, que le compré a Abelardo Linares en su minúsculo establecimiento. Aprendí en sus páginas el trasunto novelado de los postulados de Schopenhauer, que tanto se han reflejado en la personalidad de Carlos Marzal y su universo poético. Esa combinación de talento y trabajo, de naturaleza y empeño, que han transformado el caos de la vida en una obra labrada con orden y concierto.

Finiquitado mi servicio a España, y a los meses de volver a Valencia, se convocó aquí el Primer Congreso de Escritores del Mediterráneo. Carlos Marzal y yo teníamos amistad y fe en las letras siendo aún bachilleres, y le anuncié que llegaban de Andalucía unos conocidos para participar en el estrambótico cónclave. Más aún, porque Felipe Benítez Reyes llegaba desde Cádiz, abocada al Atlántico, y Francisco Bejarano de Jerez de la Frontera, cuyo mar u océano todavía desconozco. Pero lo del Mediterráneo estaba por entonces como redescubierto, y fue excusa cualquiera para congregar en Valencia a literatos de toda procedencia, relacionados de forma próxima o lejana con el olor de ese mar.

Pronto llamé a Felipe al hotel donde se alojaban, y concertamos una cita para enseñarles la ciudad. Pese a no conocerse, Felipe y Carlos hicieron con rapidez unas migas excelentes, de cuyo buen sabor



siguendo siendo testigo. Y por mi parte descubrí una insólita hermandad con Francisco Bejarano, ya que ambos compartíamos obsesión por los pastilleros y las combinaciones farmacológicas, que de inmediato, y durante muchos años, hemos intercambiado.

Desconozco las conclusiones de aquel Primer Congreso de Escritores del Mediterráneo, pero sí lo que supuso para nosotros. Una fiesta crónica y aguda durante los días y las noches y las madrugadas que tuvo a bien durar. La algarabía más lozana e interminable de cuatro personas entusiasmadas por la vida y la literatura. La formación de un cuarteto de golfos dispuestos a acabar en cualquier comisaría, donde no llegamos nunca porque Dios, entonces, estaba siempre de nuestra parte. De aquel espíritu transgresor y limítrofe, excesivo y romántico, están impregnadas las páginas de *El último de la fiesta*, el primer libro de Marzal, y también *La vida de frontera*, segunda y perfeccionada entrega del anterior.

Pocos meses después partíamos Carlos y yo para Sevilla, dispuestos a continuar una juerga inconclusa. En el apartamento que yo hube compartido allí con un amigo sólo quedaba una cama disponible. Hice valer mis derechos históricos, y Carlos tuvo que dormir como un plano plegado en un sofá. Felipe le echó un quite para salvarlo de tan dolorosa muerte, porque le dio hospedaje en su casa estudiantil de Sevilla, donde Carlos pudo expandir su constreñida cartografía. La estancia resultó una prolongación de la fiesta iniciada en Valencia. Como si el tiempo avanzase únicamente hacia la exaltación de la vida, o como si hubiéramos encallado en una eternidad jovial y prodigiosa, de cuyo fin nadie nos habría convencido.

Por supuesto, recalamos en la librería de Abelardo Linares, que ya por entonces daba sello a la editorial Renacimiento, aún modesta pero señalada. Algún tiempo después,



Carlos enviaba a Abelardo su libro inicial, con vistas a la primera impresión de su poesía. Éste lo acogió con el ojo agudo que siempre ha demostrado como editor, y lo mandó a la prensa. *El último de la fiesta* fue el principio de un trabajo que ha ido profundizando, indagando, en nuestra extraña naturaleza. La experiencia vital se reflejaba en él como en su obra restante. Entonces relucía como un tendral brote de soja, que poco a poco se ha ido cocinando, perfeccionando, hasta lograr ese sabor cuajado que ahora tiene.

Cuando *El último de la fiesta* salió a las librerías, Carlos me regaló un ejemplar con una cómplice dedicatoria. Leí en sus versos una vida muy próxima a la mía: tantos disparates habíamos hechos juntos. Su padre, Don Alfonso, hombre de bien y lector infatigable, amén de primer inductor de Marzal a la literatura, rebosaba orgullo y felicidad. Carlos ya era poeta por la extraña bendición que atribuye el invento de Gutenberg a quien imprime con él sus manuscritos. Pero era poeta, sobre todo, porque creía en la poesía como un camino de vida y de expresión.

Sin conciencia pasó el tiempo. Aquella primavera infatigable se fue desvaneciendo. Marzal ya había publicado *La vida de frontera*, también en Renacimiento, constatando una depuración personal y estética. Un segundo libro que mantenía el alborozo existencial del primero, aunque más contenido. Después, esa dicha se convirtió en gran hondura y dominio técnico en *Los países nocturnos* y *Metales pesados*. Hasta que le nació una nueva alegría, distinta, en «Fuera de mí», cántico de acción de gracias, que es lo último que nos ha dado.

Años más tarde, no recuerdo el motivo, salí a la calle con aquella primicia de *El último de la fiesta* que Carlos me regalara. Trajiné de un lado a otro solucionando enredos, ratificando la cara insospechada del futuro. No sé cómo ni dónde se produjo la pérdida, pero al regresar a casa constaté que el ejemplar había caído de mis manos como la hoja de un árbol envejecido y lejano. Me sobrevino una ingrata sensación. Intenté hacer memoria de los lugares recorridos, e incluso llamé por teléfono a varios de ellos. Definitivamente el libro había quedado olvidado en algún sitio. Le pedí a Carlos que me diera un nuevo ejemplar, pero no le quedaban. Telefoneé a Abelardo Linares para que me mandara uno por correo, pero el encargo se disipó, como todo en la vida. Ahora tengo la certeza de que mi pérdida del libro fue una fatalidad ineludible. La prueba de que el tiempo había pasado devorando aquel tiempo, la luz de nuestra aurora. Se cumplió la sentencia: «Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos».

El destino

Andrés Neuman

ILUSTRA Mery Sales



El hilo rojo, 2004-2005

Para Carlos, que no distingue entre P y Q

TAN prestigioso como casto, el individuo P gusta de la pintura abstracta, la música de cámara y la lírica petrarquista. Ha dedicado dos tercios de su vida al esmerado estudio de las artes; la tercera porción restante, a soñar con ellas. Rigor y serenidad rigen la doméstica existencia de P, que, de vez en cuando, se permite dar a la imprenta algún libro de versos. Incluso se diría que del último poemario no se halla disconforme. ¿Y qué mayor lujuria —discurre P durante alguno de sus moderados accesos de euforia— que una mínima vanidad literaria?

El individuo Q, bebedor desaforado y mujeriego incorregible, mantiene desde hace años una vaga amistad con P. Vaga, no sólo porque ambos hombres muestren escasa voluntad a la hora de llamarse por teléfono, sino porque además ninguno de los dos termina de explicársela muy bien. Sin género de dudas, Q envidia la sapiencia de su amigo y el solemne respeto que se le profesa en los círculos de influencia. De P, a su vez, no sería aventurado afirmar que siente una oscura admiración por el desenfreno cotidiano de Q, que él se figura un arte o una forma vivísima de malditismo.



Voluntad de recordar, 2005

Llevados por la mutua curiosidad, durante una anómala velada en la que P —cosa rara— se ha excedido un tanto con el vino y Q —cosa rarísima— se nota carnalmente saciado, ambos llegan a un acuerdo: cada uno suplantarán al otro durante veinticuatro horas. Q informa a P de que tiene fijado para la noche siguiente un encuentro con una exuberante amiga de inclinación más bien alegre, y se compromete a hablarle maravillas de su amigo hasta convencerla del cambio de pareja. Por su parte, P pone al corriente a Q de su compromiso urgente de enviar a un periódico un poema en homenaje a cierto vate fallecido, y le sugiere entre

risas que sea él mismo quien lo escriba.

Menos intimidados que divertidos, los dos amigos se estrechan la mano.

Dos días más tarde, ambos se encuentran de nuevo en una cafetería. Q confiesa su estupor ante la insospechada severidad de la creación poética. Le narra a P una tortuosa madrugada en vela, rodeado de las obras completas del vate fallecido y escuchando una lánguida sonata austríaca, en busca de alguna inspiración. Comprendiéndolo perfectamente, P le expresa a Q su extenuación tras una inconcebible sucesión de locales nocturnos, litros de alcohol y gimnasias sexuales. Ojeroso, admite su definitiva incapacidad para soportar ese ritmo y conservar, como su amigo, un aspecto jovial y la salud intacta. El otro asiente y, a su vez, se declara indigno del delicado trato con las musas. Mutuamente espantados, ambos convienen en que el experimento ha merecido la pena, pues los ha confirmado en sus respectivos destinos en la vida. Apuran sus cafés. Vuelven a estrecharse la mano. Vuelven a despedirse.

Esa misma noche, P recibe la llamada de un colega que lo felicita vehementemente por su poema en homenaje al vate fallecido, e incluso se lo encomia hasta el punto de denigrar toda su producción anterior. ¡Ya era hora —le confía a P en un momento de la conversación— de que se dejara usted de manierismos y se atreviese con verdaderas honduras...! Unas horas más tarde, al borde del sueño, Q escucha la voz susurrante de la joven que, tendida boca arriba en la oscuridad, descansa junto a él: No te ofendas, tesoro, pero ¿no me darías el teléfono de ese amigo tuyo?



Manuel Sáez *Cuatro autorretratos azules, 1985*



Caminante I, 2005

Caminante

Juan Manuel Villalba

ILUSTRACIÓN José Saborit

UN hombre va caminando hacia el centro de la esperanza. Camina y camina hasta perder el aliento, y sacrifica el sueño y la energía con tal de llegar a su destino. Al igual que en esas pesadillas en las que los pasillos se alargan hasta el infinito cuando creemos haberlos recorrido, el hombre ve cómo se aleja la esperanza cada vez que está a punto de tocarla. Aun así, continúa caminando. Ese hombre puede ser Carlos Marzal, y la odisea en la que está envuelto puede ser cada una de nuestras vidas, con los pequeños, particulares e insignificantes infiernos cotidianos que contienen.

La poesía de Carlos Marzal actúa como una brújula. O mejor: la brújula de Carlos Marzal actúa como un poema, un poema que, lo pongas como lo pongas, siempre apunta hacia el norte de la esperanza y que, como todas las brújulas, asumen el riesgo de la confusión que un campo magnético les puede ocasionar. Muchos son los campos magnéticos deseosos de confundir nuestras brujulas. Se esconden bajo multitud de formas y disfraces, y esperan agazapados a que un descuido por nuestra parte favorezca sus intenciones desorientadoras.

El mapa que traza Carlos Marzal con sus poemas no es un mapa de la tierra promerida, y puede contener cualquier cosa menos ingenuidad. Marzal conoce a todos los monstruos de la confusión y el desaliento, y con sus poemas nos advierte de los pantanos, desfiladeros y trampas



Caminante II, 2005

que podemos encontrarnos en nuestro viaje hacia el centro de la esperanza.

Una de las características más admirable de la poesía de Marzal es la sinceridad o, lo que es lo mismo, el valor. En sus poemas encontraremos siempre el valor que hace posible el reconocimiento de la miseria y el peligro. Y no es tan fácil entonar el peligro y convertirlo en canción. A la postre, esa postura íntegra no es más que un gesto de generosidad por su parte. Y digo generosidad porque él siempre va delante, es el explorador que pisa primero la región desconocida y marca con señales luminosas el sendero por donde otros caminaremos seguros, asumiendo con entereza los riesgos que ello comporta.

Asombra contemplar la serenidad con que Carlos Marzal asume la tarea de enfrentarse al poema. La explicación a ese asombro es sencilla, aunque no simple: no se enfrenta al poema, sino que se sumerge en el poema. Su punto de partida ya está dentro del poema, es decir, no tiene que pedirle permiso para entrar, sólo tiene que zambullirse, mojarse. Carlos Marzal tiene muchas horas de navegación.

Señor Marzal

Elena Medel

ILUSTRAN Paula Bonet & Lorena Amorós

CUANDO el Señor Marzal sacó su billetera mientras preguntaba cuánto le correspondía pagar, Alejandra, Ana y yo sonreímos, cómplices y convencidas de que aquel tipo era uno de los nuestros. El Señor Marzal ya había esbozado algún prometedor paso al ritmo de la pachanga, había clamado *fiesta* con augurante brío, pero ahora el Señor Marzal lo confirmaba, exigiendo Smirnoff y la vuelta con la misma elegancia con la que hablaba de Neruda o se decidía entre tostadas y croissants en el buffet del desayuno. Igual que nosotras, el Señor Marzal mezclaba sin reparo batido con alcohol, blandía su teléfono móvil en algún momento épico de la noche —un parecido razonable, un estribillo cuyo ripio nos obnubilaba—, observaba a su alrededor para reseñar —y rebautizar: *keep on working*— a los buitres o presagiar estallidos de amor ajenos. Era, no había duda, uno de los nuestros. Noche tras noche, fiesta tras fiesta, Almax tras Almax, Alejandra, Ana y yo adoramos al Señor Marzal con el mismo furor con el que las niñas de instituto se desgarran los brazos cuando aprueban Matemá-





Paula Bonet *Fragmentació*

ticas: fotocopiamos su rostro, lo ampliamos en caretas, fabricamos insignias para condecorar a los muchos marzalianos que se unían a la fe, bailamos mucho —reímos más— y continuamos engullendo vodka por botellas. El día del reparto de diplomas no nos quedó más remedio que abrazar, henchidas de resignación, al Señor Marzal, prometiendo nuevos encuentros y recordando el momento cumbre de aquella semana, cuando entonamos *Love is in the air* —puesta en escena incluida— ante el clamor unánime de los autóctonos de la mítica *Gramola* escurialense.

No me interesa la disección filológica; ante el bisturí de las notas a pie de página, yo prefiero el cariño. Los esquemas y los epígrafes son para quienes se arrojan ya con una lápida, o para personas tan grises que no necesitan el mármol; y aquí da la casualidad de que Carlos Marzal está siempre vivo, siempre sonrío, siempre está dispuesto a levantarte el ánimo con un correo electrónico que recuerda los buenos momentos vividos, aunque tenga la maleta preparada para salir corriendo, o aunque en su agenda figuren tareas mucho más importantes que preguntar por tus exámenes y tus novios. Por tanto, la única opción es decir esto, escribirlo muy alto: que el Señor Marzal se hace querer, y vive a cientos de kilómetros pero está muy presente en muchas ocasiones. Carlos Marzal es autor de una obra alucinante —antes del primer vodka, yo solía evocar unos versos suyos, «Deberías marcharte. / La fiesta ha terminado», cuando el reloj marcaba las siete de la mañana—, que habla de sensaciones espléndidas y a la vez comunes; pero es que, para colmo, el Señor Marzal se hace querer, tiene un corazón del tamaño de la plaza de toros de Valencia, danza cual MC Hammer patrio y se acuerda de tus fechas significativas.

Una vez, para sacarlo de sus casillas y compro-



Lorena Amorós *Txikillers*, 2000-2005

bar si la expresión *mal genio* formaba parte del diccionario del Señor Marzal, dejé caer la fecha de nacimiento de mi padre: 1961. *Horror de horrores*, habría pensado cualquier otro; por supuesto, la reacción el Señor Marzal no se parecía en nada a la del hipotético resto del mundo. Fingió enfado, soltó después alguna chanza, y ahora me recuerda su edad —que es también la edad del Señor Medel— en cuanto puede, no sé si para tomarme un poco el pelo o para asignarse un rango de *venerable* que, sinceramente, no necesita. El Señor Marzal, Carlos Marzal, es *venerable* por sí mismo, por lo que escribe, por lo que es. Un poeta de los grandes, de los que mis hijos leerán en el Bachillerato, y un tipo de los grandes, ante los que hay que santiguarse cuando entran en la discoteca, cuya presencia se agradece en un congreso y una cena, identificas su nombre en el programa y entonces piensas *ay Bendito Señor Marzal, rey de la noche*, cómo no vamos a quererle —a venerarle— si es así.

Palabras para el dolor del hombre

José Antonio Mesa Toré

ILUSTRACIÓN Artur Heras



DE las muchas cosas que pueda ser la Poesía, tengo para mí que si no fuera, entre todas ellas, bálsamo para quien la escribe y para quien la lee, habría de tener mucha menos estimación de la poca que hoy se le tiene.

Hoy, que gozosamente andamos en andar de nuevo los caminos y las aventuras corridas por el caballero de la Triste Figura, viene como anillo al dedo comparar las virtudes de la Poesía con las excelencias del bálsamo de Fierabrás, milagroso mejunje que apacigua los dolores del cuerpo tanto como los del alma.

En madrugando los despertadores, el género humano ha de salir de sus madrigueras a pelear por la vida; y la vida, mayormente, está hecha de realidades que nos esperan más con estatura y aspavientos de gigantes malencarados que de inocentes molinos. Realidades varias que nos esperan y nos superan de ordinario y que muy poco, si no nada, tienen que ver con el lujo y la lujuria de nuestros sueños; pues la realidad, aunque nos parezca extraordinaria, es realmente vulgar y, la mayor de las veces, cosa ya sabida que, con los años, apenas si se molesta en sorprendernos; y, aun siendo con más frecuencia de lo que creemos un vaso de agua, la

realidad —digo— acaba casi siempre mutando en tormentoso océano donde ahogarse con escasa dignidad.

Así pues, esa tribu de humanos que cada mañana se echa a la calle o a los tortuosos caminos del mundo anda a cada paso confundiendo molinos con gigantes, tirios con troyanos, churras con merinas, y esto con lo otro, en un estado permanente de angustiosa perplejidad. (Por no saber, no sabemos quiénes venimos ni de dónde somos.)

Este cuento viene a cuento de hacer elogio de las propiedades terapéuticas de la Poesía en general, y de las de los poemas de Carlos en particular, además de dar pie para discurrir sobre otras muchas cualidades de la escritura en verso. Marzal ha escrito en prosa acerca de esa perplejidad a la que él, como todos, tampoco escapa: El mundo no es nunca una cosa concreta de la que se pueda sacar una única impresión, sino un cúmulo de fenómenos a los que la mayoría de las veces no se les consigue ver la relación, ni la gracia, ni el sentido. Aunque es cierto que nadie había dicho antes que el mundo hubiese de tener sentido o resultar gracioso, por lo que no podemos sentirnos estafados en definitiva, pese a que en definitiva la sensación de estafa no nos resulte ajena cuando juzgamos los aspectos de nuestra vida y nuestro mundo. Y en verso, después de que la satisfacción del deseo carnal le haya procurado padecer un espejismo de armonía absoluta con el Cosmos en el que todo el tiempo del mundo es ese instante / y en ese instante, el mundo, un laberinto / del que conozco todas las salidas, Marzal, al igual que todos, ve cómo tamaña ilusión se desvanece de manera que de nuevo el mundo es un rompecabezas, / imposible de armar con un principio. El poema, claro está, se titula La tregua.

Con semejante sentimiento de estafa, a la tribu no parece que se le pueda adivinar que vaya a descubrir el fuego, ningún fuego que no termine chamuscándola; ni, por supuesto, nadie le augura un final feliz para su Historia. La tribu necesita, entonces, de los poderes chamánicos de la Religión, de los Estupefacientes o de la Poesía; o mejor, de todos a la vez. La tribu y, casi con más urgencia, el propio hacedor de poesía. En entrevista con Juan Bonilla, lo explicaba así Marzal:

JB.— ¿Entiende la escritura como una actividad que tiene cierto componente terapéutico?

CM.— Es una manera acertada de verlo, sin duda, si tienes en cuenta que cuando escribes eres a la vez el enfermo y el médico, es decir, el que sufre el dolor y el que le suministra la anestesia.

Pero esa anestesia también adormece nuestro dolor, el de sus lectores, siendo esta calidad de antídoto contra los males de nuestra propia vida y de nuestro mundo la primera que celebramos en la poesía de Carlos. Como creador, ya en su primer libro: *El último de la fiesta*, com-

prendió que el arte, si es auténtico, / nos reconcilia con nuestra impotencia, / nos infunde un absurdo valor / con que afrontar el correr de los días . (El mal poema). A nosotros, como lectores suyos, recibir ese arte, cuando es verdad que es auténtico, nos contagia el mismo descabellado arrojo para pelear —David contra un Goliath esquivo a cualquier pedrada— con el Tiempo.

Sin embargo, según se dijo al principio, la Poesía puede ser muchas otras cosas además de un bálsamo para la pedrada que el Tiempo —mutado no sabemos cómo, ni cuándo, ni por qué oscuro encantamiento de Goliath en David— nos reserva.

Demostrado está que la Poesía nos reconforta, mas, en consonancia con esa paradoja funambulesca que es la vida y en ese taimado rompecabezas que es el mundo, Marzal, sin piedad pero nunca traidor, nos pone sobre aviso de aquello otro que también pudiera ser: Porque entre muchas cosas que se nos escapan, / la poesía es talvez eso: / reconfortar, enseñar la belleza y hacer daño, / romper la tapa de los sesos. (Insistencias en F. B.).

¿La tapa de los sesos de quién, Carlos Marzal? ¿La tuya o la nuestra? ¿O, tal vez, la tuya y también la nuestra? ¿O sólo la nuestra?: Quien escribió estas líneas, / el tipo que ha venido / con sus huesos a dar en esta página, / —por si no lo sabías— no es tu benefactor, / no es un filántropo, no siente compasión / por quien ahora le mira más allá de este libro. / Conque ni semejante, ni hermano ni otras estupideces. / Tiene un arma en la mano y lo que quiere / es descargarla entera en tu cabeza (Por si no lo sabías). ¿Qué fue, Carlos Marzal, del *mon semblable, mon frère*? ¿Qué se hizo de aquella usada fraternidad entre el autor y el lector para que ahora derive en ajuste de cuentas?

Oigamos a Andrés Neuman en su prólogo a *Carlos Marzal. Poesía a contratiempo*: Una sombra se te acerca. En una mano te ofrece un ramo de rosas. En la otra mano, uno de dinamitas. Sin rodeos confiesa que desea volarte la tapa de los sesos. Déjame que te hable del tacto de las armas, murmura. Sin embargo, no está claro quién acaba más herido.

La relación entre la voz que habla en los poemas de Carlos Marzal y sus lectores no es apacible ni sencilla. Aquel sujeto tiene un arma en la mano y lo que quiere / es descargarla entera en tu cabeza . Con todo, no hay crimen: sólo un diálogo, un intercambio de heridas frente a un espejo roto. Lo que vino a robarte es tu dolor, / a cambio del dolor que él ha sentido .

Ni apacible ni sencilla, y aun así, o por eso mismo, la poesía de Marzal no puede dejarnos indiferentes, porque, sincera, declara sin tapujos sus intenciones y, auténtica, quiere parecerse a la vida que sin maquillajes retrata, además de llenarse con los recuerdos biográficos que le importan y que, pese a volarnos la tapa de los sesos, no sólo

también nos importan a sus lectores sino que nos emocionan. Otra virtud más, sin duda, de esta poesía; claro está que conseguida por los desiertos caminos de la inteligencia. Carlos, por ejemplo, es consciente de que la literatura es un arte de solitarios hecho para solitarios, por lo que nadie debería extrañarse de que el poeta venga a canjear un dolor —seguramente como dos gotas de agua— por otro dolor. Y también de que en la literatura de la memoria, los recuerdos que no hayan sido sometidos a elaboración literaria no merecen recordarse.

Así son las cosas y así de complicada y peligrosa está la partida. Carlos, por fortuna, no rehúsa seguir jugando, arriesgarlo todo a una carta. Porque, a fin de cuentas, se trata de vivir, de pelear por la vida con las únicas armas que se tienen a mano: Son unas pobres armas / con que hacer frente al tiempo / todas esas palabras, palabras y palabras (Palabras). Pero esas armas nada sofisticadas triunfan si no en su guerrear con el tiempo, sí en la aproximación al sentido de la vida. Con perspicacia, anota Neuman en diferentes párrafos de su mencionado prólogo: Una de las palabras más recurrentes en la obra de Marzal es la palabra *vida*. (Rotula incluso uno de sus libros.); o De los pasajes del libro de la vida, los que a uno menos le gustaría entender son aquellos en los que se habla del dolor, de la muerte o de la lenta destrucción del tiempo. Pero esos son, precisamente, los pasajes en los que más abundan los poemas de Marzal; lo que viene a corroborar su primera afirmación de que vitalismo y fatalismo son dos verdades que dicen estos poemas.

La poesía de Marzal no engaña ni se engaña: constata una desazón, cuando no una cierta rabia, por el hecho de que la vida se rija por un reglamento absurdo, ilógico, sin sentido e injusto, si es que acaso hay reglamento. Semejante anarquía nos llena de monstruos el desván del pensamiento y surge el temor, el pánico: Parece que no hay nada fuera de lo corriente, / y, sin embargo, hay miedo, / hay un rumor obscuro, que es la vida / latiendo por debajo de la vida (Olor a miedo). Para que alguien alcance siquiera un momento de dicha, Marzal sospecha que a todos los demás nos recaudan un impuesto de felicidad, que todos los demás hemos de pagar el precio de ese placer ajeno: Los desvelados son un faro en nuestra noche. / Los desvelados pagan por nuestra travesía. / Centinelas alerta para que los ingenuos / naveguen por los mares de la felicidad (Los centinelas). Cómo explicarse esa arbitrariedad de la vida y, aun más, cómo resignarse a ella es el argumento del magnífico y verídico poema Lleno de ruido y furia en el que, en un hospital, un tipo muy contento, tras un feliz diagnóstico, / entra en un ascensor donde alguien llora.

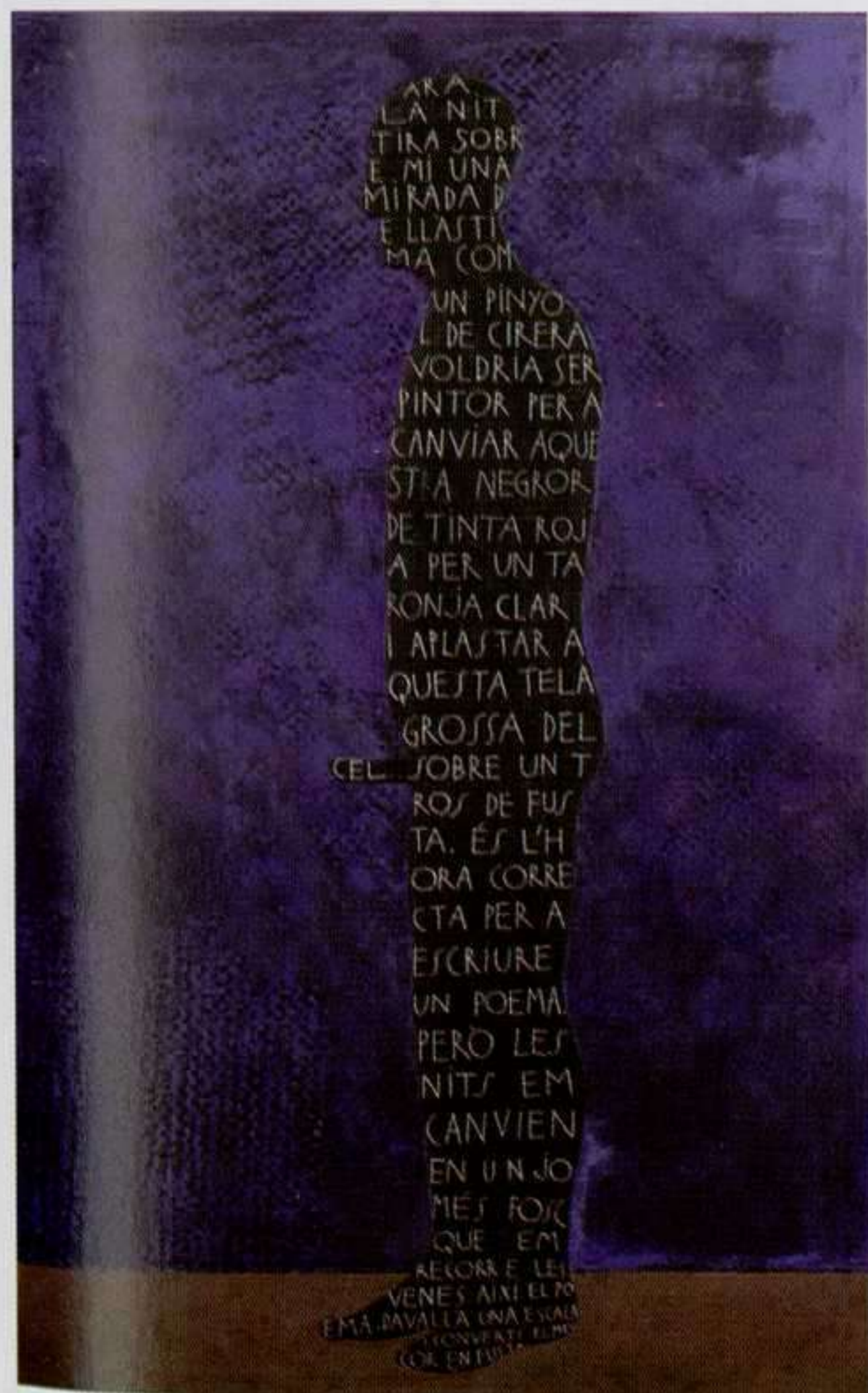
Y, sin embargo, a pesar de que desde *El último de la fiesta* (donde leemos, por ejemplo, nada hay más imposible que escapar de nosotros) hasta sus últimos libros: *Metales pesados*, *Fuera de sí* o *El corazón*

perplejo (poesía reunida), pasando por *La vida de frontera* (donde asegura que la vida es una guerra de frontera, / pasada en desear lo inalcanzado, / mientras la vida queda al otro lado), Marzal parece no tener una opinión demasiado favorable de la existencia, acaba siempre apostando por ella, celebrando en ella y con ella el milagro de cada instante inédito: la luz, los cuerpos, el amor, los amigos, o simplemente cuatro gotas de aceite que resbalan sobre un tomate, aquello que lo ingresa en el espejismo de conocer todas las salidas del laberinto, de estar en paz con el mundo. Perra vida a la que, no obstante, acaricias con ternura el lomo: Lo mágico consiste en proseguir / con la respiración, aliento por aliento, / en la perseverancia que nos mantiene en pie, / en la conciencia absurda que nos muestra / como una inútil pieza prescindible / del engranaje absurdo de este mundo (La magia de los días).

A esta digna manera de enfrentarse a la vida —*escepticismo apasionado*, en feliz expresión de Vicente Gallego— le corresponde una no menos digna forma de escribir poesía. Los lectores debieran exigirle a la Poesía al menos tres cláusulas irrenunciables: autenticidad, inteligencia y emoción. Como lector, encuentro las tres en la literatura de Carlos Marzal, quien destaca en su generación porque, a mi parecer sus palabras crecen hacia la luz, por más oscuro que sea el borrador de nuestras vidas. Le agradezco que, aunque oscuro el borrador, sea el verso claro, y cuando leo en el poema *La gloria necesaria* estos versos:

La gloria, en un poeta, es haber dicho,
con exactas palabras para el dolor del hombre,
algo que lo acompañe en la noche futura,
y que secretamente el hombre lo agradezca.

le agradezco que sus poemas nunca dejen de acompañarme por los engañosos caminos de la Realidad.



carlos marzal

Rojo de cadmio

Antología propia

Como no he perdido del todo la sensatez a estas alturas de mi edad, no me releo nunca, a no ser por la obligación de las intervenciones en público.

Cualquiera que tenga esa experiencia, habrá corroborado que existe una inercia sentimental hacia algunos poemas, y una suerte de desapego hacia muchos otros. Tendemos a leer, por regla general, los mismos, porque pensamos que nos dicen mejor que los demás. Nuestras antologías de urgencia, como todas las antologías, constituyen un capricho que el capricho de los lectores enmienda y corrige. A todos nos gustaría creer que somos autores de una veintena de poemas que se podrán leer en el futuro, pero es mucho creer. Mucho creer en la capacidad emotiva de nuestros poemas, y en el carácter compasivo del tiempo futuro.

En vista de lo que sé que hacen los años con la memoria de los poetas, incluidos los mejores, no me hago ninguna ilusión que no me pueda conceder yo mismo. De manera que la selección de poemas que rescato en este instante no constituye más que la prueba de un gusto; el gusto propio. O mejor dicho: una parte del gusto propio, aplicado sobre lo que el gusto no suele contemplar: la propia obra.

pluscuamperfecto de futuro



Ricardo Cadenas S/t, 2002

Cuando deje las sábanas, mañana,
pensaré que mi sueño de la noche
no ha sido sólo un sueño
y que lo que me aguarda no es la huraña
mañana de mañana.

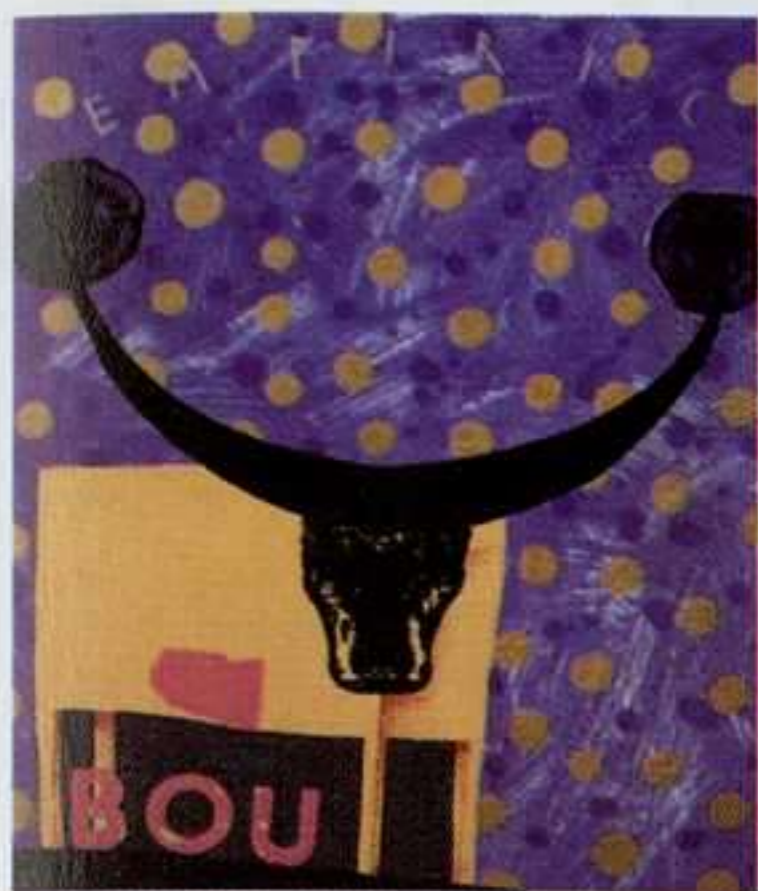
Acogeré mi cuerpo esperanzado,
como un feliz presagio inmerecido,
y si hay un cuerpo al lado,
será maravilloso descubrirlo,
saber que las monedas que he pagado
(y las monedas con que me ha comprado)
han sido las monedas del amor,
que pagamos con gusto y por el gusto,
locos de amor los dos.

Y amar, esa mañana, extrañamente,
será la redención de nuestros actos
pasados y futuros,
y el hecho del amor, en su presente,
será como la historia sin la historia,
un cuento que contamos con los cuerpos
y que tiene sentido,

lleno de ruido y furia compartidos.
Y si despierto solo,
despertaré contento de estar solo,
por la simple razón de estar conmigo,
que soy el viejo amigo
de algunos buenos ratos que he vivido.
Se inundará la casa con el sol,
y si no hay sol se inundará de gris,
un gris reconfortante, de París,
que es la ciudad que tiene un gris más sol.
Haré mis abluciones matinales
y haré la colación,
y respecto al milagro
de que los alimentos alimenten
haré una reflexión
profunda, sorprendente, que alimente
las estancias del alma y que dé calma
a un alma que ama la contemplación.
Para el resto del día tendré planes
y hasta tendré esperanzas,
que ya es tener bastante un mismo día,
y en un claro derroche de energía
tendré la convicción de que los planes
y hasta las esperanzas
no son la más completa tontería.
Naceré a mi ciudad,
como si fuese la primera vez
que nazco y que la veo,
contento de nacer y de fundar,
igual que un gran viajero, mi ciudad,
quizá un lugar tranquilo junto al mar,
donde esperar consiste en encontrar
una buena razón para esperar
el paso de los días.
Y a la ciudadanía,
que, comúnmente, es una porquería,
una viciosa tropa indiferente,
habré de comprenderla, y, comprendiéndola,
comprenderé toda su indiferencia,
su desprecio, porque tendré conciencia
de que quien más quien menos (y me incluyo)
tiene una innoble historia que contar,
lo cual, si no inocentes,
nos vuelve dignos de algo de piedad.

Seré un huésped del tiempo, un invitado
que aspira a estar contento y al cuidado
de las horas, hasta lograr que el tiempo
sea por fin mi líquido elemento,
y no un andén desierto en que aguardar
trenes de paso hacia ningún lugar,
cansado, el pensamiento, de sentir,
y de pensar, cansado el sentimiento.
Toda la peor vida de la vida,
que a veces es la única que ocurre,
le habrá ocurrido a un yo que no conozco,
un yo que a fuerza de desconocido
convierte en no vivido lo vivido,
y el yo que reconozco, el que comparte
la vida preferida
(ésa que ha estado siempre en otra parte)
será mi yo más mío.
y la vida que venga será fácil,
o lo parecerá (que más me da)
será la dulce vida,
y por dulzura y por facilidad
será una eternidad mientras me dura,
aunque sólo me dure un día más.
Por eso, más que un día,
mi día de mañana es el proyecto
de un tiempo por llegar:
es el pluscuamperfecto de futuro.
Ya sólo hay que aprenderlo a conjugar.

media verónica para don manuel machado



Artur Heras *Toro*, 2000

La crítica, tan crítica, tan lista, me ha indicado
que soy nieto cercano de don Manuel Machado.

Y aunque lo puse fácil, lo normal es el hecho
de que jamás los críticos embistan por derecho.

Hay que enseñar el trapo, embarcarlos muy lento,
darles tiempo a pensar, lidiar con fundamento.

Si se les saca un pase ya es toda una faena;

lo normal es que doblen las manos en la arena.

Qué le voy a contar, don Manuel.

He pensado

que usted, en su barrera, me observa con agrado.

Me ve cargar la suerte y jugar bien las manos,

lo que no es muy frecuente entre nuestros hermanos.

Disfruta con los plagios con que le doy salida

a ese toro con guasa del hierro de la vida.

y aunque mi repertorio es corto y sin alardes,

puedo estar en poeta, al año, algunas tardes.

Por eso le he copiado —para usted, don Manuel—

esta media al gitano, de Paula, Rafael.

Venida de muy lejos, mientras me quedo quieto,

oscura, lenta y única. Para usted, de su nieto.

la historia



Xisco Mensua *Come a little further*

Junto a un apeadero de tren, ya fuera de servicio.
Bajo el inmisericorde sol, un verano cualquiera,
un corro de muchachos apalean a un perro
y apuestan por saber cuál será el golpe
con que el juego concluya. Cuando desaparecen, aburridos,
el perro, que se traga su sangre, aún consigue arrastrarse
hasta la sombra, y allí queda tendido, sobre la vía muerta.

En la imposible noche de un pabellón de enfermos,
la oscuridad ya sólo un dolor cómplice,
alguien, sin salir de su asombro, pasa recuento al mundo,
imagina la vida fuera de esas paredes, no comprende
que la música, el amor y la lluvia le hayan acontecido
a su cuerpo de hoy día. Y mientras tanto, fiel,
el gotear del suero mide el tiempo.

Sobre el puente de piedra de una ciudad extraña,
cuando el alba se acerca desafecta,
una mujer invoca sus íntimos fantasmas,
que son, uno tras otro, el mapa de la vida.
(Entretanto, y hacia ninguna parte, el agua fluye oscura).
Supo posible la breve recompensa de la dicha,
y hoy pueden más el tedio y el cansancio.
Más tarde el agua lleva, indiferente, un cuerpo.
Y la ciudad lo ignora.

Todas estas escenas son mis contemporáneas.
Tal vez alguien advierta una razón final
que logre atribuirles un sentido.
Yo no acierto a encontrarla.
Antes bien, me parecen los delirios estériles
de un contumaz borracho que sueña nuestras vidas.

De La vida de frontera

una oscura plegaria

Eterna madre, madre memoriosa,
Ingrata madre, ya hemos vuelto a casa,
aunque nunca dejamos la casa de la madre,
dios del dolor, edad abajo, lluvia
sin guarecernos, tiempo echado a perder,
días en que pensamos que había escapatoria,
otro lugar sin ti, madre implacable,
era la plenitud, sus labios, esas noches,
lejos, allá, más lejos todavía, donde la desmemoria
urdía ensoñaciones, piensa: el fuego
que todo lo salvaba, te preguntas,
¿te salvó en verdad de algo?, piensa,
recuerda, y todo para nada, estás contenta, madre,
otra vez al principio, de nuevo otro desierto,
madre memoriosa, vuelve a jugar, es tarde,
madre eterna, ya he visto este jardín,
ya he vivido esta escena, ya he dicho, madre,
estas mismas palabras en otra vida idéntica,
ya he perdido esta misma partida, dios de la sangre,
estamos todos juntos, reunidos otra vez,
tanto camino y tanto perdido en el camino,
y todo para nada, madre eterna del mundo,
descansa ya, tranquila,
que tengas buena muerte, hijo, has vuelto a casa.



Juan Genovés *Maternidad*, 1959

la fruta corrompida

A Vicente Gallego

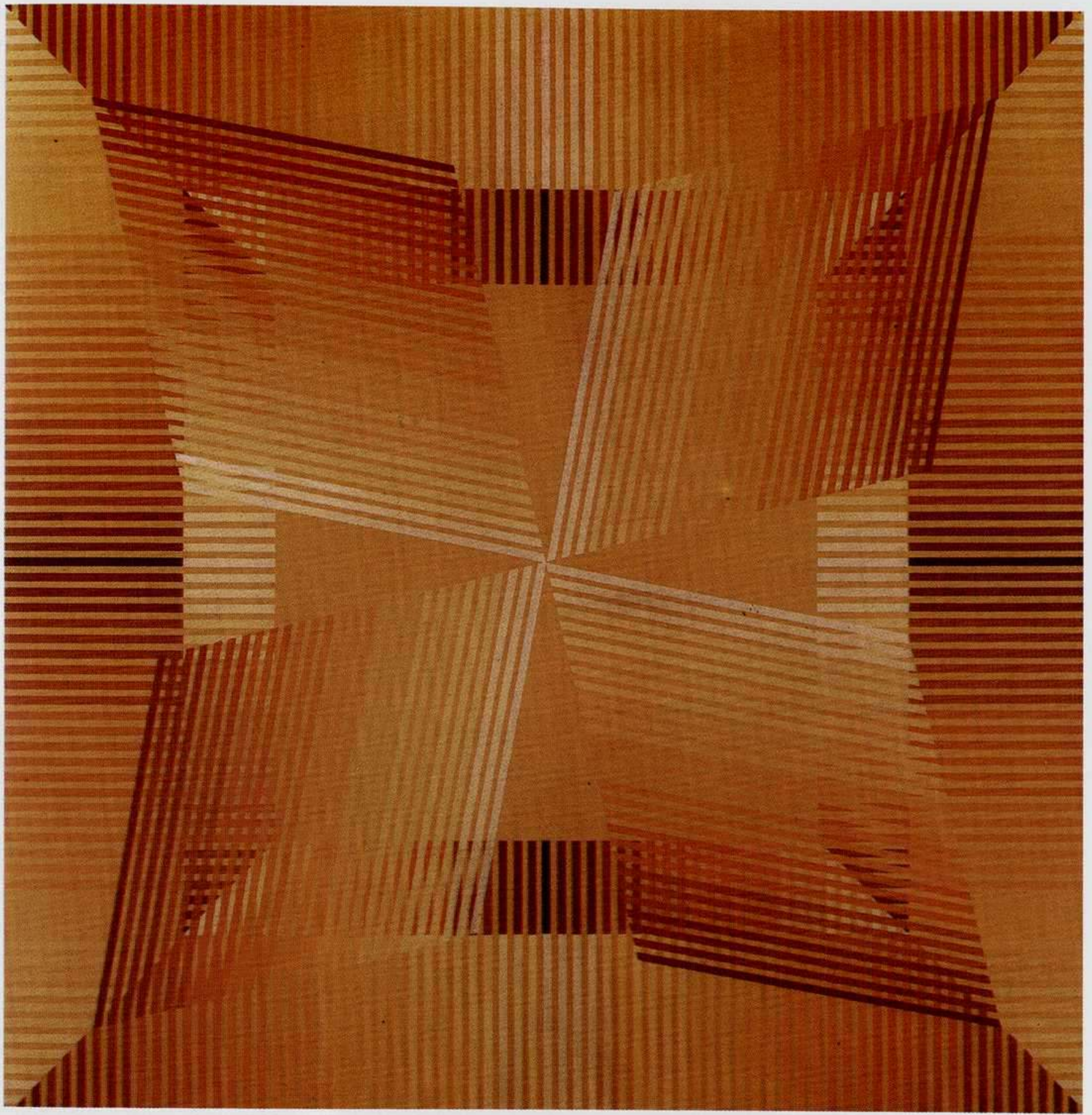
Durante un meditado desayuno,
En una portentosa mañana de verano
— la gloria de un verano escolar y salvaje—,
pelé la fruta lento, fervoroso.
Sabía ya que el verano y la fruta
son tesoros a flote de un paraíso hundido.
Y cuando satisfecho la mordí,
apareció su hueso descompuesto,
su carne corrompida y su gusano.

Para la mayor parte de este mundo,
una anécdota así no es más que un accidente
del mundo natural, y para otros
una amarga metáfora
en donde se resume la existencia.
Quién sabe...

Ahora recuerdo
aquella noche en que me desperté
confundido de un sueño en donde había agua,
y encaminé mi sed a la cocina.
Como un resucitado di la luz,
llevé mi aturdimiento al fregadero,
aproximé mis labios hasta el agua
y, justo en el instante en el que fui a beber,
alcé la vista
y vi a la cucaracha sobre el grifo,
observándome, ciega, entre los ojos.

Quién sabe, otro accidente...

Aquella cucaracha
todavía me observa, complacida,
detrás de la mirada de algún tipo,
desde detrás de los absurdos límites
de la podrida carne de los días.



Eusebio Sempere *Composición en ocre, c. 1967*

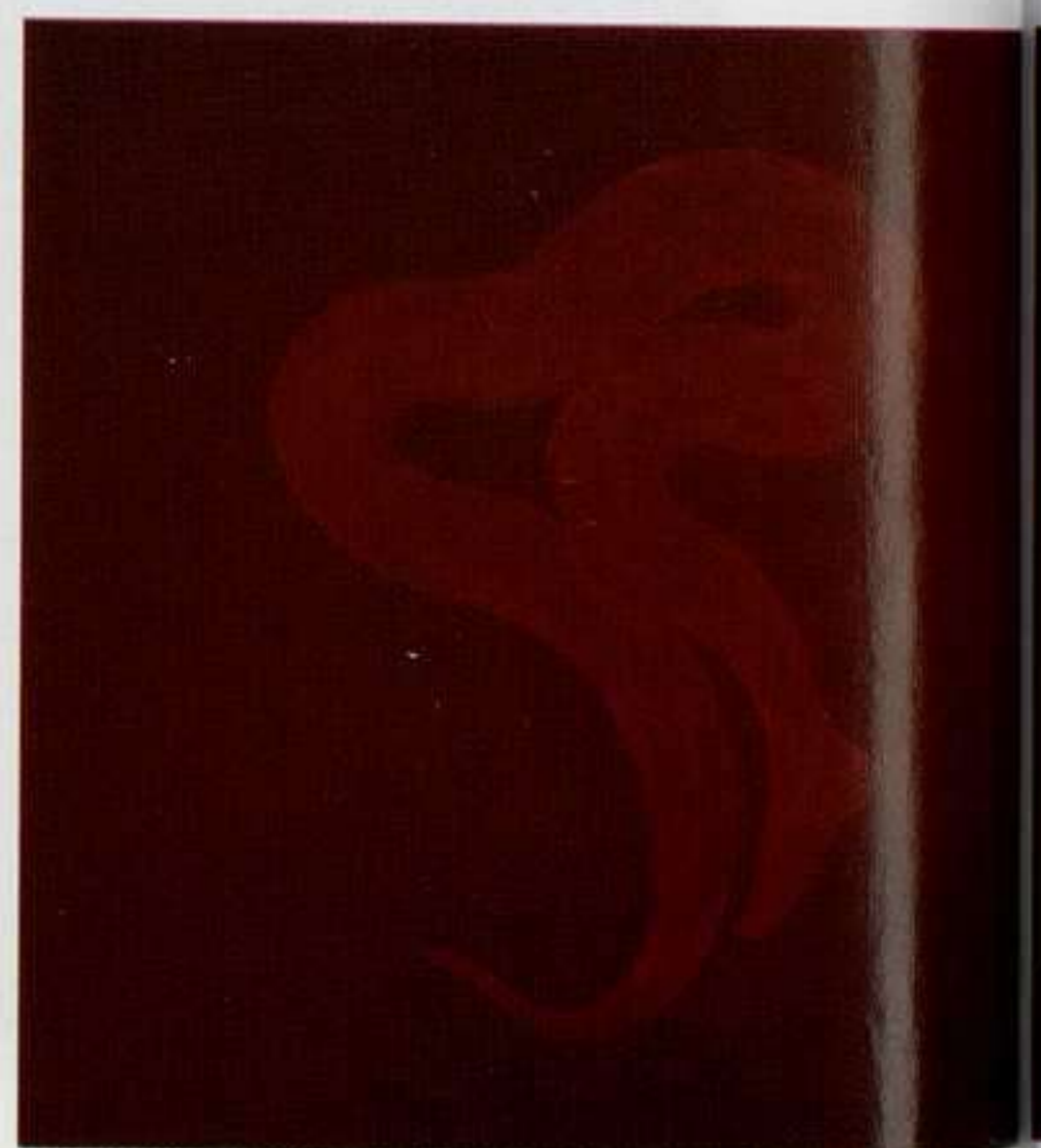
los monstruos nunca mueren

Los monstruos nunca mueren.

Si crees que retroceden, si parece
que han olvidado el rastro de tus días,
tus lugares sagrados, tus rutinas,
el bosque inabarcable de tus sueños;
si sonríes, porque ya no recuerdas
la última noche en que te atormentaron,
ten por seguro que andarán buscándote,
ten por seguro que darán contigo.

Y entonces pisarán donde tú ya has pisado,
incendiarán tu bosque, tendrás cita
con ellos en su cama, jugarán con tus cartas,
beberás de su copa
y soñarán por ti castigos impensables.

Los monstruos nunca mueren.
Viajan dentro de ti, regresan siempre.
Son los pasos que escuchas
en el destartalado desván de la conciencia,
el ruido del somier de dos que follan
en el cuarto contiguo en que no hay nadie.
Los monstruos son las sombras chinescas que proyecta
un insomne demonio en la pared,
o el salvaje aleteo de un pájaro invisible
en un cofre cerrado; la llamada
en mitad de la noche, sin respuesta,
y es la respiración del monstruo
la que está al otro lado, jadeando.
Son el centro de un ojo
que no puede dormir,



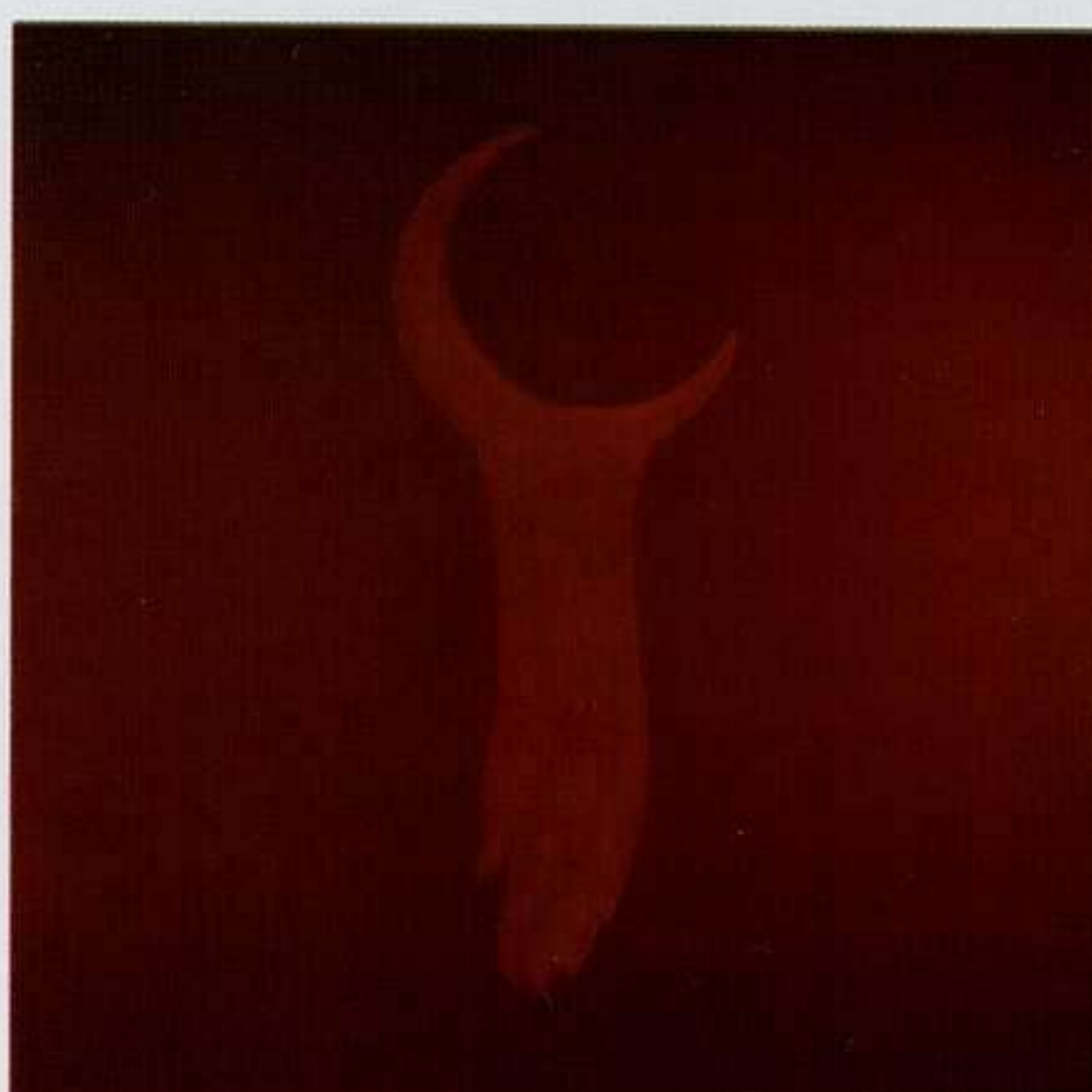
Ricardo Cotanda *Tenía un ojo en el cuello*

porque no tiene párpado.

Pasa el tiempo, se pierde,
la memoria se pudre,
desolladero abajo de nosotros.
El amor se consume por obra de su fuego.
Los secretos terminan traicionándose,
cede la fiebre, el sol declina,
se nos muere la dicha del que fuimos,
el que somos se muere sin saberlo.
Pero los monstruos no.
Los monstruos nunca mueren.



Yo me cortaré la mano



Al norte de mi frente

los países nocturnos

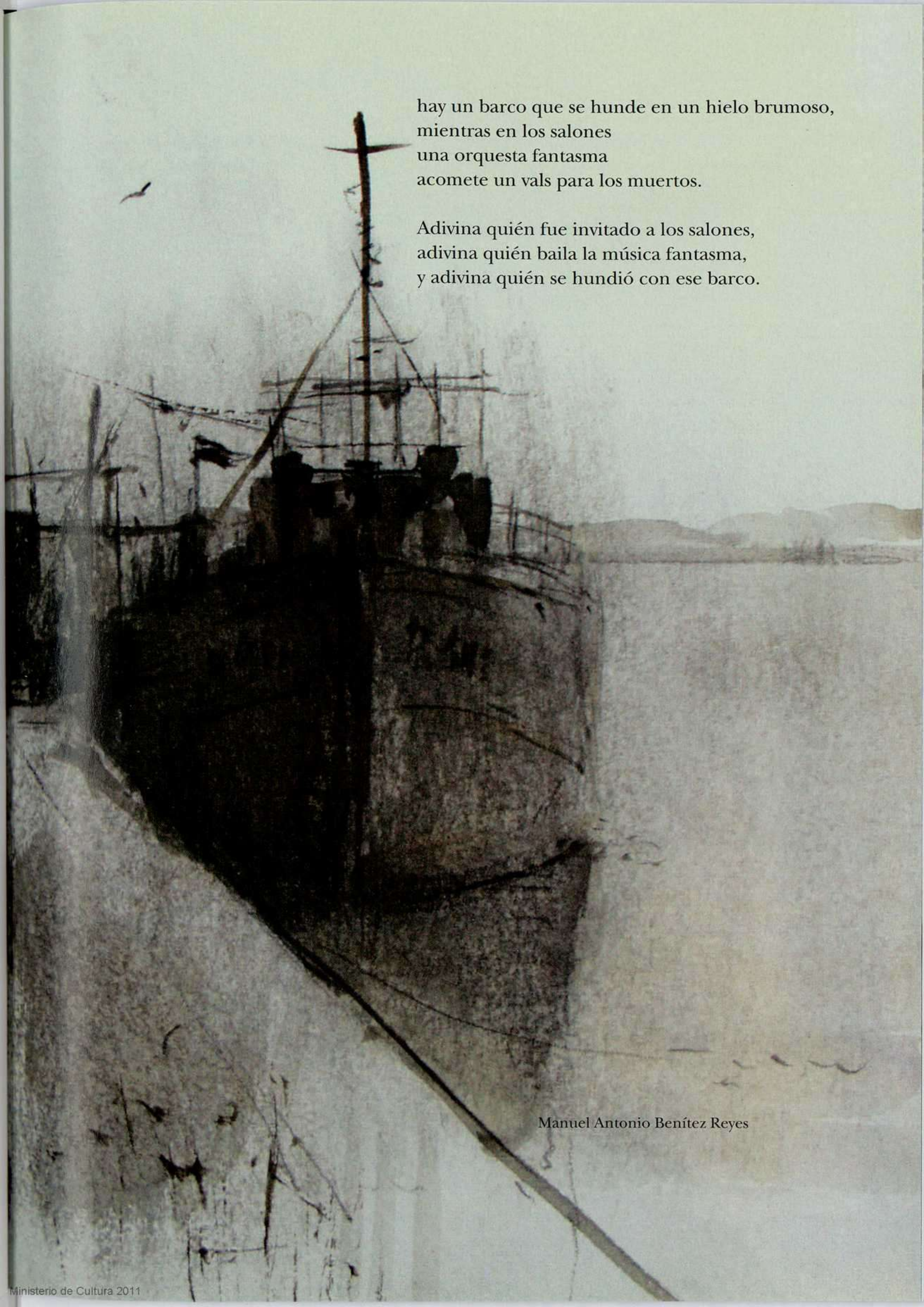
Hay una geografía de la mente.
Hay paisajes nocturnos, igual que hay territorios
en donde un sol dichoso se eterniza.
Hay países de sombra que regresan
en el maldito tren de largo recorrido
con parada en nosotros.
Hay un desierto de la inteligencia,
y he navegado océanos sin luz
al fondo de unos ojos
que no tenían fondo.

No es una nueva dimensión del mundo.
El primer hombre ya exploró la tierra
en su vastedad negra; le bastó un instante
de auténtico dolor, para haber fatigado
los trenes, los desiertos, las selvas y los ojos.

Estas desordenadas palabras en la niebla
no pretenden servir, ahora ni nunca,
de acta fundacional de ninguna ciudad.
Estas ciudades han sido desde siempre
y viven en el alma,
alzadas en un aire enrarecido,
callejón neblinoso por donde ya anduvimos,
extrarradio feroz al que nos condenaron.

Explorador sin suerte,
viajero del mundo que has perdido
el Sur y el Norte, y el avión de regreso
hacia una patria un poco más amable.
Hermano equivocado que estuviste
el día equivocado
en el equivocado centro de tu vida,
equivocando el modo de escaparte.

Hay una geografía de la mente.
Hay un teatro donde se representa
nuestro viaje hacia nosotros,
desde nosotros mismos.
Y en la escena final del acto último

A charcoal or pencil drawing of a ship's mast and rigging on a misty sea. The mast is a dark, vertical line with several horizontal cross-arms. The rigging consists of numerous thin, dark lines radiating from the mast. The sea is depicted with light, textured strokes, and the sky is a pale, hazy grey. In the distance, there are faint, low hills or mountains. The overall mood is somber and atmospheric.

hay un barco que se hunde en un hielo brumoso,
mientras en los salones
una orquesta fantasma
acomete un vals para los muertos.

Adivina quién fue invitado a los salones,
adivina quién baila la música fantasma,
y adivina quién se hundió con ese barco.

Manuel Antonio Benítez Reyes

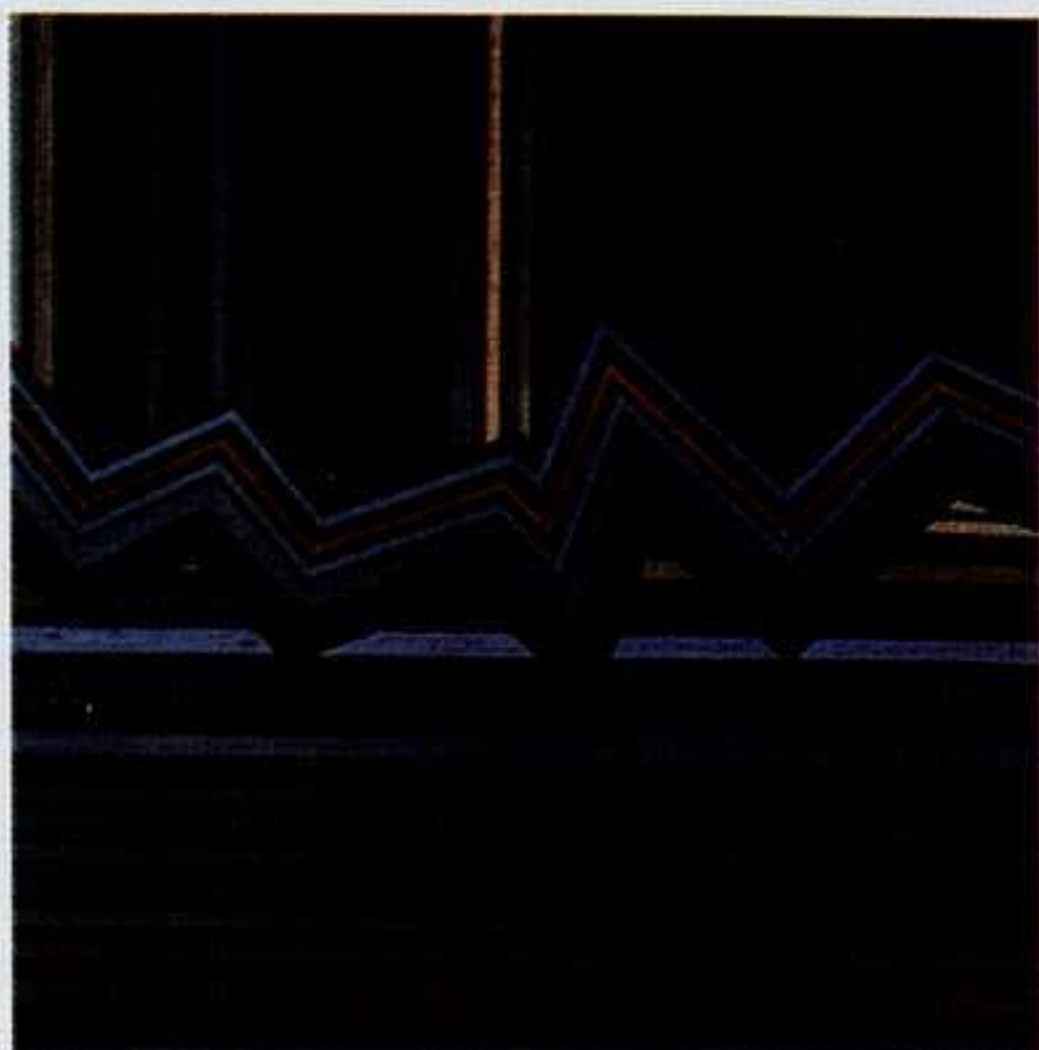
los restos de un naufragio

U nos cientos de libros, una casa en la playa,
muebles que el corazón fue envejeciendo
y que hicieron el mundo hospitalario,
fetiches de algún viaje, talismanes
que no pudieron nada contra el mundo,
un puñado de cartas de unos cuantos amigos,
alguna carta oculta, inconfesable,
papeles ordenados, papeles sin sentido,
medicamentos, cuadros, ropa usada
y ropa por usar, varias cuentas bancarias,
una viuda aturdida, un automóvil,
una amante aturdida, un peine con cabellos,
una caligrafía que ha perdido el pulso de su mano,
un olor familiar camino de la nada.
Éste es el inventario de los bienes de un muerto,
y como todo censo y toda lista
supone un ejercicio de modestia.
Nuestras cosas, que a veces parecían preservamos,
habitamos el mundo que habitábamos,
en un golpe de vista se convierten
en un prolijo catálogo de absurdos,
rutas desdibujadas de un mapa inexistente,
pájaros disecados cuyos ojos
no saben recordar un cielo que ya ha ardido.

De Los países nocturnos

Manuel Antonio Benítez Reyes

cálculos infinitesimales



Eusebio Sempere 1956

La luz de esas estrellas ya ha ocurrido.
En una lejanía inapropiada
para nuestra penosa sensatez,
ya han muerto las estrellas que miramos.
Millones de millones de años luz,
agujeros del tiempo inconcebibles,
la confabulación de la energía,
más allá de cuanto nos resulta soportable,
en una aterradora fiesta sin nosotros.
Todo el escrupuloso asombro de la ciencia
parece que conduce hasta este asombro
con que contempla el cielo un ignorante.
Según nos dicen, hay que seguir viviendo
cercados de preguntas sin respuestas.
Nuestras lentes exploran las galaxias
y nuestra pequeñez sólo es tangible
en el immaculado abismo de los números,
en el sagrado horror
de cálculos infinitesimales.

¿Hacia dónde conducen estas cavilaciones
de aturdido astrofísico? Estas cavilaciones

no conducen. Estas cavilaciones ya han estado,
ya han sido desde mí en otro yo que ha muerto
en la distancia. Todo lo que refulge es luz marchita.
Ser es un fui que un no soy yo contempla
desconcertado desde un planeta ajeno.
La historia y el futuro han sido para siempre
y acosan desde lejos, ya ocurridos.
La vida es la nostalgia incorregible
de habitar un rincón del firmamento
que sólo se ha erigido en el pasado
y cuyo planisferio hemos perdido.

Así que cuando te amo ya te he amado.
El dolor que te causo y que me causas
es un dolor tan viejo que no duele,
aunque puedas pensar que está doliéndonos,
y ese fuego eucarístico en el que me consumo
es un simple capricho de las cronologías,
un voluntario error de apreciación
con respecto al pasmoso suceder de las cosas.
Nuestra felicidad ya no nos pertenece,
vivimos de prestado en lontananza,
que es el inconcebible tiempo de las constelaciones.
La perpetua ordalía de tu cuerpo
es el altar de una ciudad hundida
en donde los ahogados de mí mismo
aún mantienen un culto que ha perdido a sus fieles.
El temblor de quererte, el estremecimiento
de coincidir contigo en esta nada
quizá es una ilusión de mi memoria astral.
Y el caso es que no importa.
No importa que no podamos ser, porque hemos sido;
no importa que en ti no pueda estar, porque ya estuve,
no importa si lo que ya ha acabado nunca nace.
Me incumbe la conciencia del álgebra celeste
y en lugar de alejarme de ti los números me acercan.
No puedo comprender esas distancias
y aunque las comprendiera no las vivo.
Hay una plenitud crepuscular
en la conspiración del universo
para que no nos encontremos tú y yo.
Ya no concibo una embriaguez más grande
que ese convencimiento con que irradas
la falsa luz de las estrellas muertas.

metal pesado

Igual que sucedía, siendo niños,
con las mágicas gotas de mercurio,
que se multiplicaban imposibles
en una perturbada geometría,
al romperse el termómetro, y daban a la fiebre
una pátina más de irrealidad,
el clima incomprensible de los relojes blandos.

Algo de ese fenómeno concierne a nuestra alma.
En un sentido estricto, cada cual
es obra de un sinfín de multiplicaciones,
de errores de la especie, de conquistas
contra la oscuridad. Un individuo
es en su anonimato una obra de arte,
un atávico mapa del tesoro
tatuado en la piel de las genealogías
y que lleva hasta él mismo a sangre y fuego.

No hay nada que no hayamos recibido
ni nada que no demos en herencia.

Existe una razón para sentir orgullo
en mitad de esta fiebre que no acaba.

Somos custodios de un metal pesado,
lujosas gotas de mercurio amante.



Savador Soria 1963

extraña forma de vida

Bajo el yunque de fuego
que el sol de agosto enciende
en el muro encalado, se derriten los pétalos
de una sedienta buganvilia grana.

Qué extraña esta belleza moribunda,
esta desafortada desnudez grandiosa,
esta sílaba escueta del milagro.



Jordi Teixidor *S/t.*, 1984

aullidos en septiembre

Ha cambiado la luz: esto es septiembre.

La fórmula del aire ha padecido
la imperceptible mutación fatal
que sólo se percibe en el espíritu;
esta milmillonésima unidad de nostalgia
que flota alrededor y que electriza
la túnica inconsútil de las tardes.

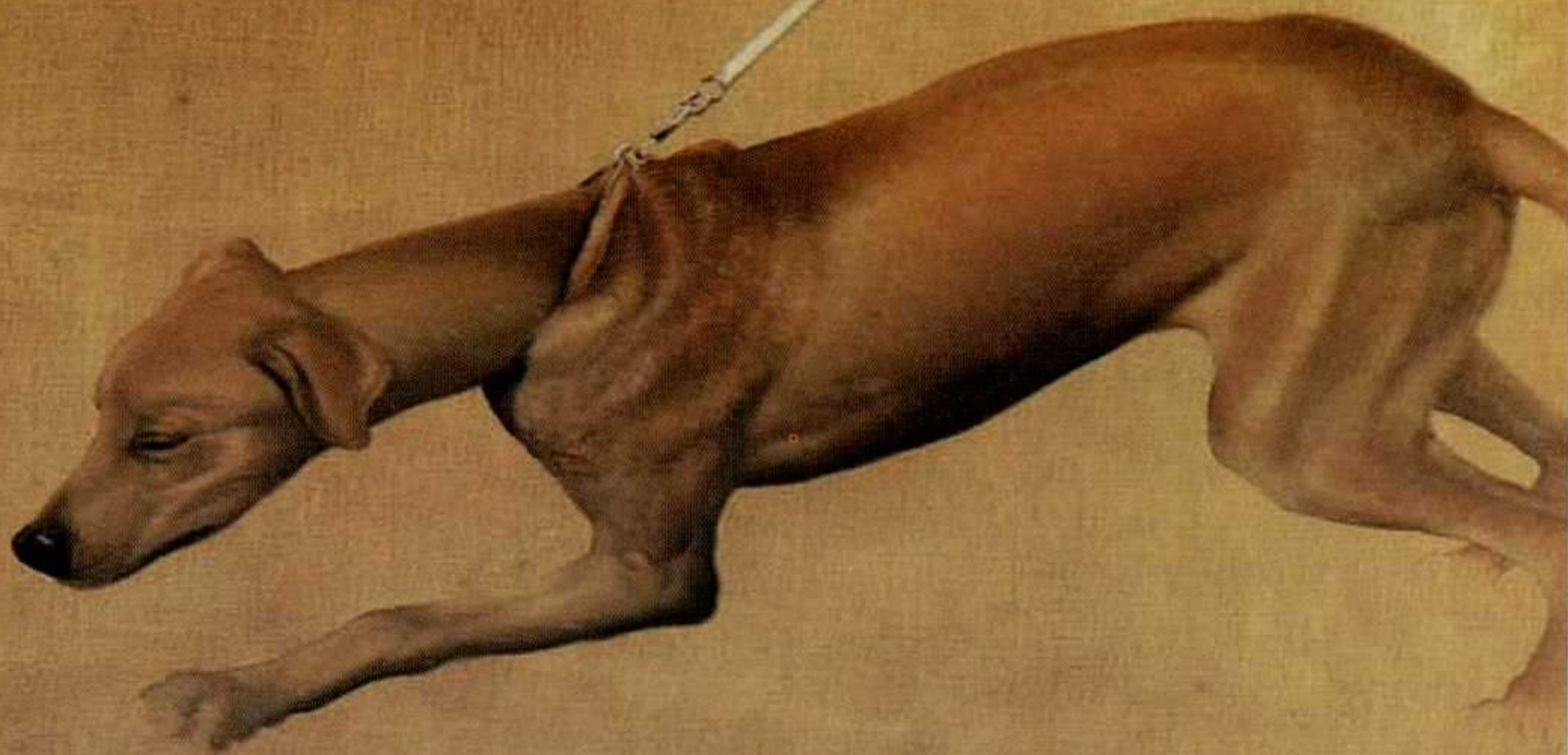
El peso de la luz ha transformado
la eterna proporción de nuevos óleos
que enturbian hacia el gris la transparencia;
los plomizos pigmentos que averiguo
en la balanza de la hipocondría,
y cuya nada impregna el horizonte.

Ya se ha desvanecido en el silencio
el rumor entusiasta de los veraneantes,
y las casas adquieren su pátina lunar,
su quietud de artilugio al que nadie da cuerda.
Las piscinas difunden con un escalofrío
el eco fantasmal de su música acuática.

Entonces aparecen errabundos
los perros que abandonan a su suerte.
Como cada septiembre, merodean
con aire de filósofos amargos,
y ladran mendicantes a una luna
que los contempla impávida en su cielo.

¿Y en qué roto verano sucedió mi extravío?
¿A quién se le ocurrió la idea de perderme?
¿Dónde estuvo la casa de mi sueño y mi dueño?

Septiembre se desploma
aullando en esta página.



Sebastián Nicolau *Perro*, 1995

nasciturus

Mientras ocupas de aposento el agua,
y en el amor del agua te abandonas
a tu despreocupada travesía,
como la pompa de un jabón quimérico,
sin memoria de ti ni de este mundo,
perteneces al mundo en su memoria,
porque en la tierra firme alguien te sueña.

En germen, y ya en marcha,
en esbozo, y ya en obra,

mientras duermes

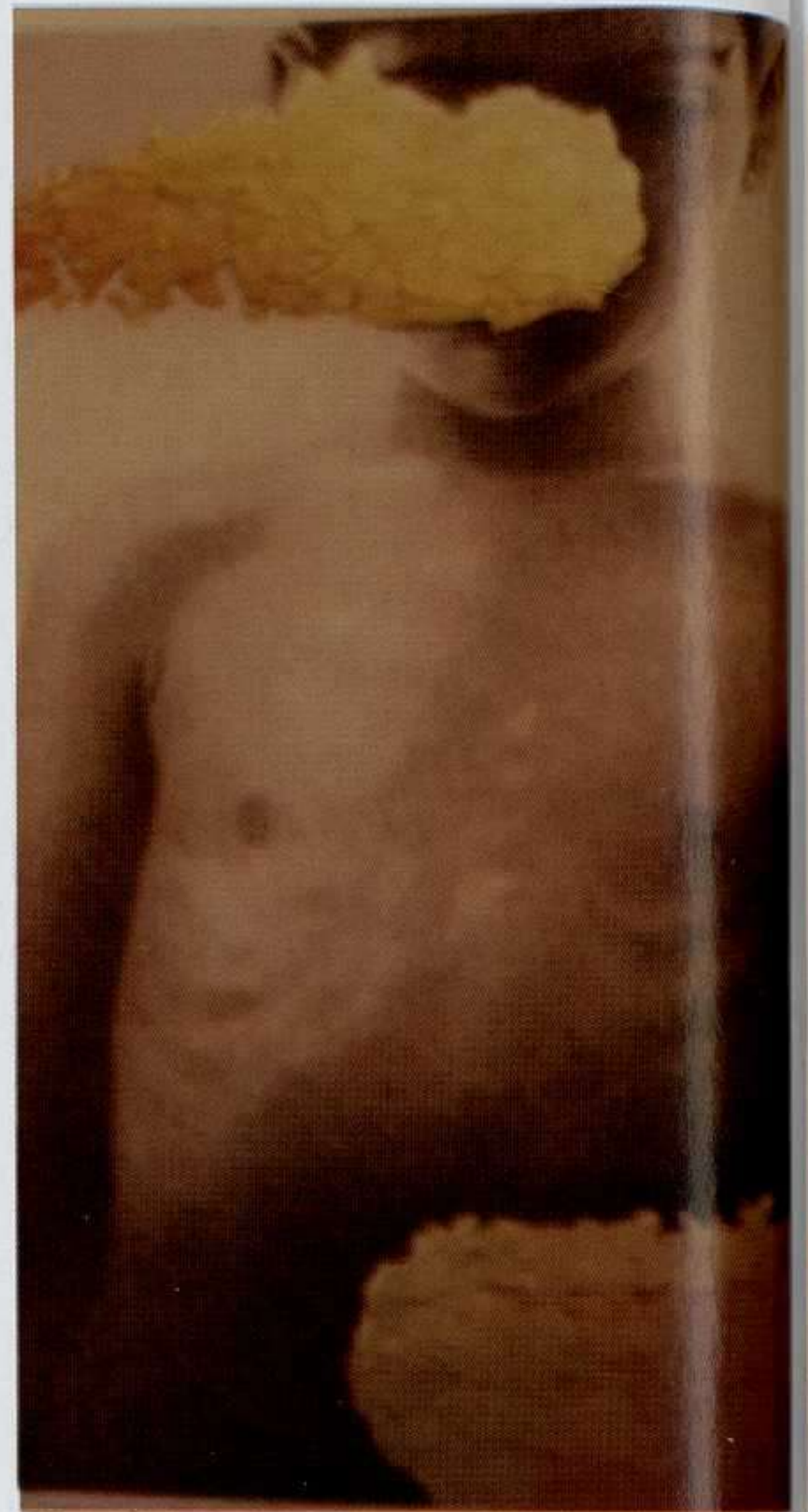
en el conjetural jardín de la inocencia
y al egoísmo del vivir te aplicas,
eres la historia entera de los hombres,
metáfora de todo en lo increado,
ascua de certidumbre en lo imposible.

Has negado la nada, aun siendo nadie,
has abrazado el ser, sin ser tú mismo;
en la fragilidad de tu letargo
se gesta, inquebrantable, nuestro orgullo,
nuestro destino en pie,
nuestra disposición a las alturas.

Al mecerte
en tu oquedad marítima, no intuyes
de qué indómita herencia ya eres dueño,
de qué furiosa raza formas parte.

Algo que desconoces te ha forjado
alegre en el dolor, sabia en la noche,
criatura fluvial,

allá en tu limbo.



Manolo Boix 1987

resurrección

De entre todos los mitos que ha forjado
el invencible espíritu del hombre,
para sentir orgullo contra el frío
y tolerar su noche en esperanza,
el relato sin duda más sublime,
la fábula mejor jamás urdida,
es el anhelo mágico de la resurrección.

Si una leyenda debe contener
la esencia de la tribu que supo propagarla
(esa inquietud sin fin,
la determinación inconquistable
de no rendirse nunca a lo evidente),
si debe descifrar en poesía
las adivinaciones más oscuras,
los designios más hondos con que la humanidad
trata de comprender lo incomprensible,
con la resurrección de entre los muertos
andamos sobre el filo de la navaja abierta,
hemos tocado el centro de la herida.

Nada promete tanto, nadie ha dicho
con una insensatez más arriesgada
tanta pasión de ser a cualquier precio.
Que se nos restituya a nuestra carne,
que se nos vivifique desde el polvo,
y que se nos arranque de las sombras.

Nuestra arrogancia debe mirar a las alturas,
consumirse en grandeza
por su descabellado pensamiento.
¿Tal vez es más difícil regresar que haber sido?
¿Acaso la enigmática caída en este mundo
es menos portentosa que la hipótesis
de volver a encontrarnos con nosotros?

Puestos a suponer, el único consuelo
consiste en apuntar a lo imposible,
consiste en apostar
por lo absoluto.

pájaro de mi espanto

Pájaro de mi espanto,
ruiseñor peregrino del asombro,
deja tu migración por un instante,
abandona tu errancia sin motivo,
vuelve tus alas en el aire inhóspito,
y encamina tu rumbo hasta el país
de la clarividencia permanente,
ese fatal paisaje sin excusas
de estar por siempre insomne.

Pájaro de mi espanto,
ruiseñor delicado de mi desasosiego,
planea grácil sobre el hosco mundo,
y pósate después en esa rama
que el árbol de certezas aún guarda para ti.

Tú no ignoras, pájaro del delirio,
con tu sabiduría atroz de realidad,
que estar con vida es un débil ensueño,
una luz fantasmal que se extingue en la noche.
Tú no ignoras, inconsolable pájaro,
que el sol se apagará y el universo
será una estepa helada sin conciencia de estepa,
sin memoria del sol ni su desmayo,
sin pájaro que vuele inconsolable.

Por eso quiero ahora, pájaro melancólico,
que entones la canción del sinsentido,
y que tu trino suene, diminuto,
en un instante de pureza eterna,
como una acción de gracias absoluta;
que tu gorjeo sea una plegaria
para el próximo dios del desconcierto,
un himno ejecutado a cuenta de la nada,
un arrebató de esplendor casual
que se propague a todos los rincones,
y que celebre en su perfecto escándalo
las ruinas ateridas del futuro.





Chema López *Serie La caída*, 2004

Así que olvida ya tus extravíos,
cálida criatura de congoja,
ruiseñor de mi alma vagabunda,
pájaro del espanto.

el origen del mundo

No se trata tan sólo de una herida
que supura deseo y que sosiega
a aquellos que la lamen reverentes,
o a los estremecidos que la tocan
sin estremecimiento religioso,
como una prospección de su costumbre,
como una cotidiana tarea conyugal;
o a los que se derrumban, consumidos,
en su concavidad incandescente,
después de haber saciado el hambre de la bestia,
que exige su ración de carne cruda.

No consiste tan sólo en ese triángulo
de pincelada negra entre los muslos,
contra un fondo de tibia blancura que se ofrece.
No es tan fácil tratar de reducirlo
al único argumento que se esconde
detrás de los trabajos amorosos
y de las efusiones de la literatura.

El cuerpo no supone un artefacto
de simple ingeniería corporal;
también es la tarea del espíritu
que se despliega sabio sobre el tiempo.
El arca que contiene, memoriosa,
la alquimia milenaria de la especie.

Así que los esclavos del deseo,
aunque no lo sospechen, cuando lamen
la herida más antigua, cuando palpan
la rosa cicatriz de brillo acuático,
o cuando se disuelven dentro de su hendidura,
vuelven a pronunciar un sortilegio,
un conjuro ancestral.



Ricardo Cadenas *S/t.*, 2002

Nos dirigimos
sonámbulos con rumbo hacia la noche,
viajamos otra vez a la semilla,
para observar radiantes cómo crece
la flor de carne abierta.

La pretérita flor.

Húmeda flor atávica.

El origen del mundo.

rojo

Sobre el lienzo de lino immaculado
que tensa el bastidor de la mañana
se trazó el primer día

la pincelada roja.

Como si de repente la oblea de este mundo
comenzara a sangrar.

Como si alguien clavase
un alfiler en medio del pan ácimo
y de su corazón escapara una gota
de rojo inconcebible.

Rojo ciego.

Escrito en sangre está, todo está escrito
con nuestra propia sangre derramada.
Esta sabiduría, esta belleza,
este edificio en pie del pensamiento,
esta aventura insomne
de ser sin que sepamos por qué somos,
están flotando sobre un mar de sangre.

Con la degollación de la inocencia
alguien trazó en el lienzo

la pincelada roja.

Manchado en sangre está, todo lo inunda
un rojo enajenado.

Un rojo ciego.



Rafael Agredano *Action painting 10*

la vela hermana

La impúdica tormenta de verano
que clausura el verano se desató rabiosa
mientras anocheecía sobre Serra.
Borró del horizonte las montañas,
con todo su aparato de negros nubarrones,
anegó los macizos del jardín,
desbarató el drenaje de los desagüaderos,
por donde aparecían flores muertas
y ranas satisfechas del diluvio,
y en medio de las calles abrió un río
de espesas aguas rojas de rodeno.

El clásico apagón nos dejó a oscuras.

Volvieron, medievales, los truenos, los relámpagos,
y esa serpiente alada, de plata repentina,
que reptaba con los rayos en la noche.
Entonces encendí las palmatorias,
y anduve sosegado por la casa,
como un alma sin pena,
como un feliz espectro de mí mismo.

Bajo esa luz antigua traté de leer algo.

El más hondo legado del espíritu
se concibió al calor original
de una sencilla llama compañera.
Los maestros con quienes conversamos,
nuestras amadas sombras tutelares,
vieron la misma transfiguración:
este derretimiento perezoso
con que la cera mártir se consume.

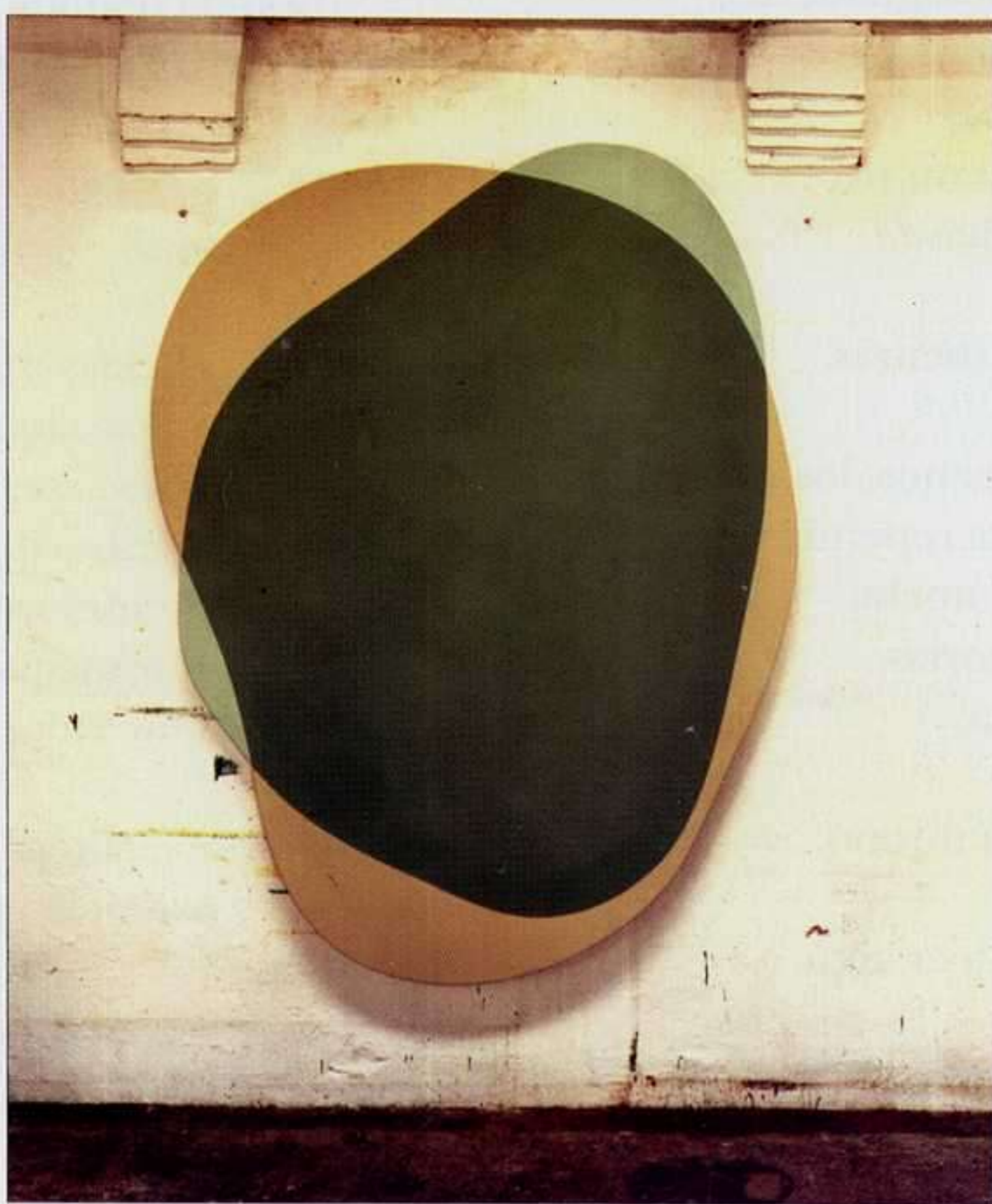
No estamos solos gracias al conjuro
del fuego auxiliador. No envejecemos,
aunque nos derretamos en la carne.
Somos la humanidad que se repite
en los distintos hombres.

No cambiamos.

Esta absoluta sed de lo absoluto

en nuestra finitud no disminuye.
Vivimos en el ser, siempre encendidos.

Puede que fuera arrecie la tormenta,
pero esta vela fraternal resiste
y en su lumbre aprendemos
esperanza.



Toño Barreiro 1978



servidumbre de paso

En nuestra sumisión nos consumamos,
En nuestra servidumbre nos crecemos,
vivimos a compás,
en la angostura de un andar errátil
que nos da la amplitud,
al comprender
la bella anomalía de este viaje.

Nómadas en esencia,
muchedumbre
que cruza en extravío
del uno al otro lado de nosotros,
polizones
en la nave del mundo,
huéspedes
al amparo de nadie,
en deuda con la vida, que está en deuda
con el secreto amor que profesamos
a todo trance siempre hacia la vida.
Apátridas por fuerza en nuestro espíritu.

A la buena de un dios en descalabro,
clandestino de mí,
pobre de qué,
señor de dónde,
en un inacabable deambular,
al arte por el arte
de estar vivo.

Un vaso de agua fresca al transeúnte,
un pedazo de pan al vagabundo,
un puñado de sal al peregrino,
que voy en trashumancia,
que voy de merodeo,
voy de paso.



Mery Sales 2004

el corazón perplejo

Desventurado corazón perplejo,
Inconsecuente corazón,
no dudes.
No tiembles nunca más por lo que sabes,
no temas nunca más por lo que has visto.
Calamitoso corazón,
alienta.

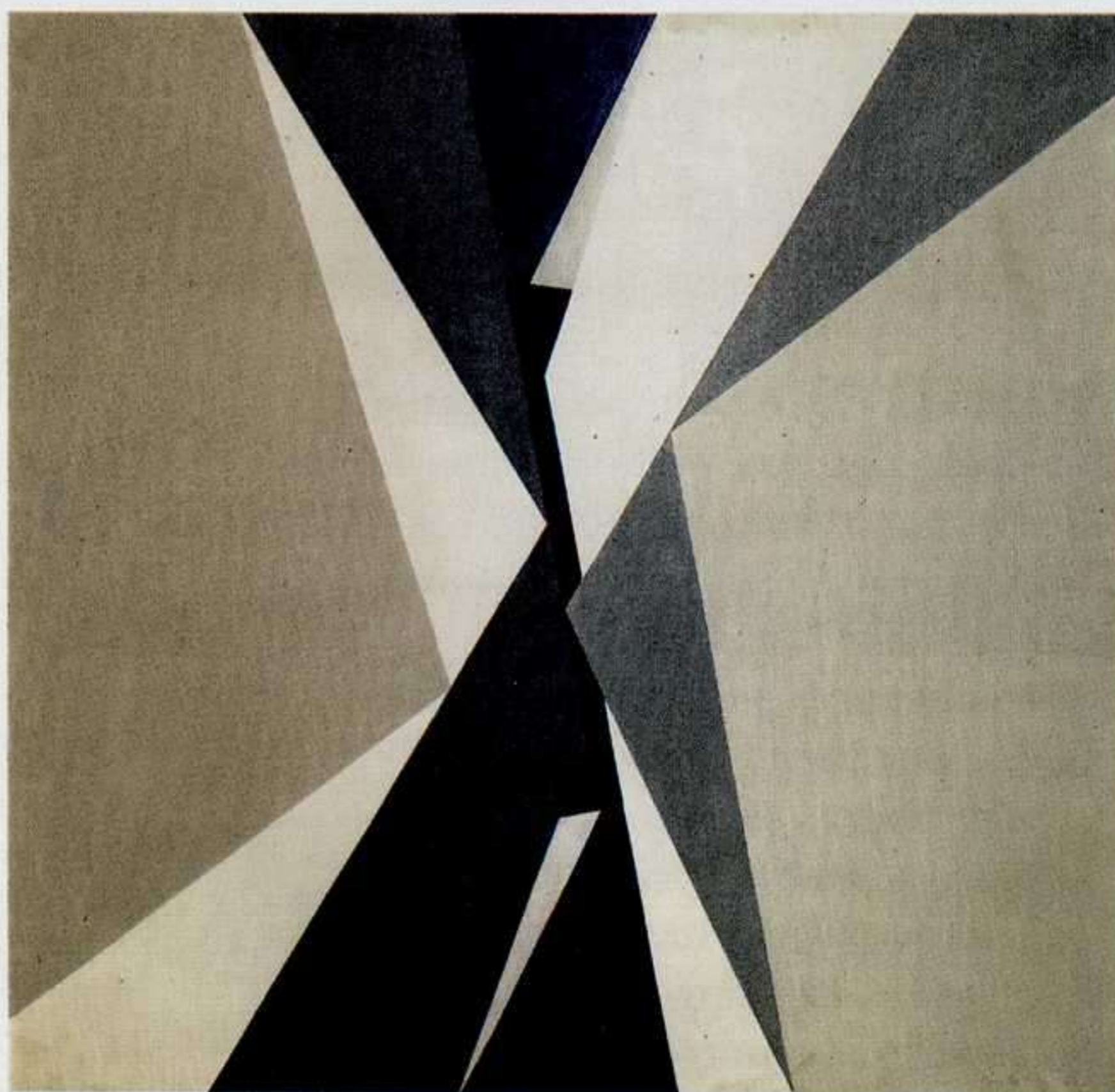
Aprende en este ahora
el palpito que vuelve con lo eterno,
para latir conforme en valentía.
Los números del mundo están cifrados
en la clave de un sol tan rutilante
que te ciega los ojos si calculas.
Ciégate en esperanza,
errátil corazón,
suma los números.
Un orden en su imán te está esperando.

Desde el final del tiempo se levanta
un ácido perfume de hojas muertas.
Respíralo y respira su secreto.
Abre de par en par tu incertidumbre.
No permitas
que encuentre domicilio la tibieza,
ni que este inescrutable amor oscuro
cometa el gran pecado de estar triste.
Acógete a ti mismo en tus entrañas
con tu abrazo más fuerte,
tu mejor padre en ti, tu mejor hijo,
gobierna tu ocasión de madurez.

Insiste una vez más,
aspira en estas rosas
su pútrido fermento enamorado.
En este desvarío de tu voz
se desnuda el enigma, transparece
la recompensa intacta de estar siendo.

Aquí estamos tú y yo,
altivo corazón,
 en desbandada.
A fuerza de caer, desvanecidos.
y a fuerza de cantar,
enajenados.

De Metales pesados



Joaquín Michavila *Composición*, 1965

a cappella

Perseguiamos el canto,
aun siendo mudos.
En voz abandonada,
persignamos la frente rumorosa
con que el hondo vivir se dilapida.

Hemos soñado el silbo,
la octava de homenaje
por cuanto en nuestros días perderemos.
Y en coro, tan cantando,
cadenciosos venimos, por embrujo,
con los desafinados de la tierra.

Nuestro empeño se pierde, sin aplauso,
por la pendiente en luz del son violento,
aromado con sol de los peligros.
Vamos en aria, en pos, en eco ecuaníme
que conmemora el día del origen.
Alguien pulsa el bordón de nuestra suerte,
alguien impulsa el día hasta su acorde,
y se desmaya, y sueña,
tan sonando,
y multiplica el trino de este aliento.

Vencidos de belleza, subyugados
en vana lealtad hacia la vida,
atacamos un himno primordial.
Emoción fría de las voces blancas,
nos redime
la excéntrica pureza de este alarde:
la música febril nos vuelve héroes,
somos dios en la tierra, si cantamos.

Lástima de ascender para estar roncós.
Lástima de volar para estar ciegos.
Cascabel de las lástimas tan nuestras.
Los más desafinados,
los más pájaros,
con nuestra abnegación por partitura,
en gorjeos de voz damos las gracias:
arrogante campana de lo humano,
vibrátil diapasón del sinsentido.

la pequeña durmiente

No es que el mundo esté bien: es que no existe.
No hay nada alrededor:

sólo tu sueño.

Nada tiene más ley que tu abandono,
tu suave abjuración,
la dulce apostasía que te ausenta.

No hemos fundado el mundo: nunca cambia.
Pero este cuadro es nuevo

—padre e hija—,

porque sólo el amor es diferente,
sin por ello dejar de ser lo mismo.

El anchuroso mundo, que no importa,
gravita en torno a ti: lo has imantado,
y vive irreprochable hacia tu brújula.
Lo innúmero se rinde a tu unidad sencilla.

Durmiente flor desnuda en mis palabras,
adormidera de los desencantos,
prístina amapola pálida.

Pérez Esteban 2004



120

gente que ve llover, gente que llueve

Esta obediente lluvia vespertina,
que está doblando a vida sobre el mundo,
que percute en las cosas, tan flemática,
no está lloviendo aquí, no se desploma
sobre el presente ni sobre el espacio.

Esta destreza con que el cielo pulsa
la cuerda musical de cuanto duerme,
para despabilarlo en armonía
durante el cumplimiento del crepúsculo,
no ocurre vertical,
no capitula aquí desde sus cumbres.

Lloviendo está como si no lloviese,
como si nunca hubiera dejado de llover.
Es una lluvia horizontal que anega
los maizales dorados del ensueño,
que empapa, sin mojar, la fantasía.

Está lloviendo a todo,
la inmemorial,
nuestra contemporánea,
está lloviendo a aquello que no existe,
está batiendo casi cualquier lluvia,
cualquier asunto humilde está lloviendo:
llueve la mano franca,
llueve conformidad con lo cercano,
llueve clemencia en lo que más conozco,
llueve la adoración por lo sencillo.

La lluvia, ese fenómeno del alma.

No hay progreso que sirva y que nos cale.

El arte de llover será el de siempre.
La lluvia de vivir no cambiará.

Somos gente que llueve,
gente que ve llover sobre la tierra.
La lluvia, la canora,
está asperjando el tiempo
con su hisopo invisible.

121

ubi sunt

Todo está en donde estuvo, todo late
en el primer latir
de la primera aurora cautivada,
y en su cautivo corazón en pálpito.
Todo fluye
en el mismo fluir de un mismo río,
por el agua tenaz de un cauce idéntico.

¿Acaso es que no sientes en tu piel
la salvaguardia de otra piel pretérita,
las sangres centinelas de tu sangre,
las sombras que fecundan a tu sombra?

¿No sabes escuchar bajo la voz
los coros primordiales de las voces,
ni el ser de la palabra en cuanto somos,
ni el eco de vivir en lo que hablamos?

Lo que antes eran hombres hoy es tiempo,
las mujeres que han sido son del aire,
la arena vagabunda, nuestros hijos.

¿En el volar, no ves el vuelo inmune?
¿No amas, en el amar, el amor único?

A fuerza de mudarse, nada cambia;
de tanto discurrir, todo está inmóvil.
Hay una sola frente pensativa
que entiende la hermandad de cuanto existe
y en cuanto ha muerto ve lo que no muere.

¿Qué se fizieron, pues? ¿Dó los escondes?

Cierra los ojos para ver más claro
y sal fuera de ti para morar contigo.



Eusebio Sempere 1953

color

Me atengo a la emoción
y no me ataño nada que la explique;
me ajusto a mi dilema y me conmuevo,
y no me incumbe nadie
que me despierte del vivir sonámbulo.

Por natural acontecer,
por puro suceder,
por simple cumplimiento estoy convulso.

Color, no te averiguo,
me coloro.
Me coronó de ti, color de espasmo.
Me consterno de ti, de ti me iriso.

Como restalla un látigo en el aire,
igual que se difunde
la resquebrajadura entre los hielos.
Como la combustión de un imposible.

Voluntad de color,
color querer,
antojarse color, color saberlo.

No quiero decir más.
Quiero decir con nada.
No pinto más en mí.
Estoy en blanco.
Estoy en color vivo.

Música de la luz, te escucho y lloro.



José Saborit *Eucalipto*

la luna sobre serra

Encaramada, grave y carmesí,
como una oblea de infantil dibujo
en el limpio paisaje de la noche,
llegó la luna a Serra,
la luna mayestática de agosto.

Sobre la giba oscura de los montes,
sobre el calmo jardín de nuestra casa,
sobre la entera faz del hemisferio,
la impertérrita y pulcra,
la constante,
la luminaria fiel de los veranos.

Caballera en el éter, caballera
en su potro celeste,
cabellera anular del firmamento.

Nuestra Señora de la niñez íntegra,
acógenos, acoge
a estos tus hijos solos del estío
bajo tu elipse de misericordia.

Nuestra Señora de las circunferencias,
púrpura sol nocturno en nuestro anhelo,
ártica majestad,
socórrenos, socorre
a estos tus pobres huéspedes en vela.

Tú que riges las horas vehementes,
y el ritmo pasional de los desmayos,
ampáranos, ampara
a estos tus hijos incondicionales.

Aréola del pecho más desnudo,
la mi luna,
la mi más que sonámbula,
el punto cardinal del almanaque.

Que podamos volver, los aturdidos,
cien años más para besar tus labios,
con igual candidez y el mismo arrobo.

Cintila una vez más,
cíclope y pálida.
La mi madre,
la mi muy melancólica,
la mi más que serena.



Martín Caballero 2003

ágape

Con determinación aventurera,
con certidumbre de su maravilla,
con exceso de fe,
con el exceso que la fe merece,
tracemos un buen plan.
Con abundancia de nuestro corazón.
Seamos pródigos.

Dispongamos las sillas en la sombra,
bajo la caridad proveyta de un olivo,
o al perezoso escudo de una parra:
¿no veis en la indolencia de esas uvas,
un brindis vertical con cada grano?
¿No veis transparentarse
todo el azúcar próspero del cielo?

Démonos a conciencia
el merecido ágape, el banquete.
Comamos lo supremo en lo más simple:
alta conversación,
el pan flamante
y el lustre del aceite en su oro lánguido,
la madura energía de tenernos,
la fruta fresca,
el vino inteligente.
Que corra el vino hasta volvernos sabios
desde el hondo saber de la alegría:
aquel que mira el mundo envuelto en llamas
y canta su holocausto, sin tormento.
Que no se acabe el vino,
el animoso vino de los fuertes,
antes de habernos vuelto temerarios
en el amor de cuanto está al alcance.

Y celebrémonos.
Que sobrevenga en el azar del día
la perfumada sal de la concordia.
Y que jueguen los niños, endiosados,
y eduquemos la vida en su alboroto.

Cómo nos merecemos nuestra fiesta.
No hay nada de arbitrario en este obsequio.

Y debatamos.

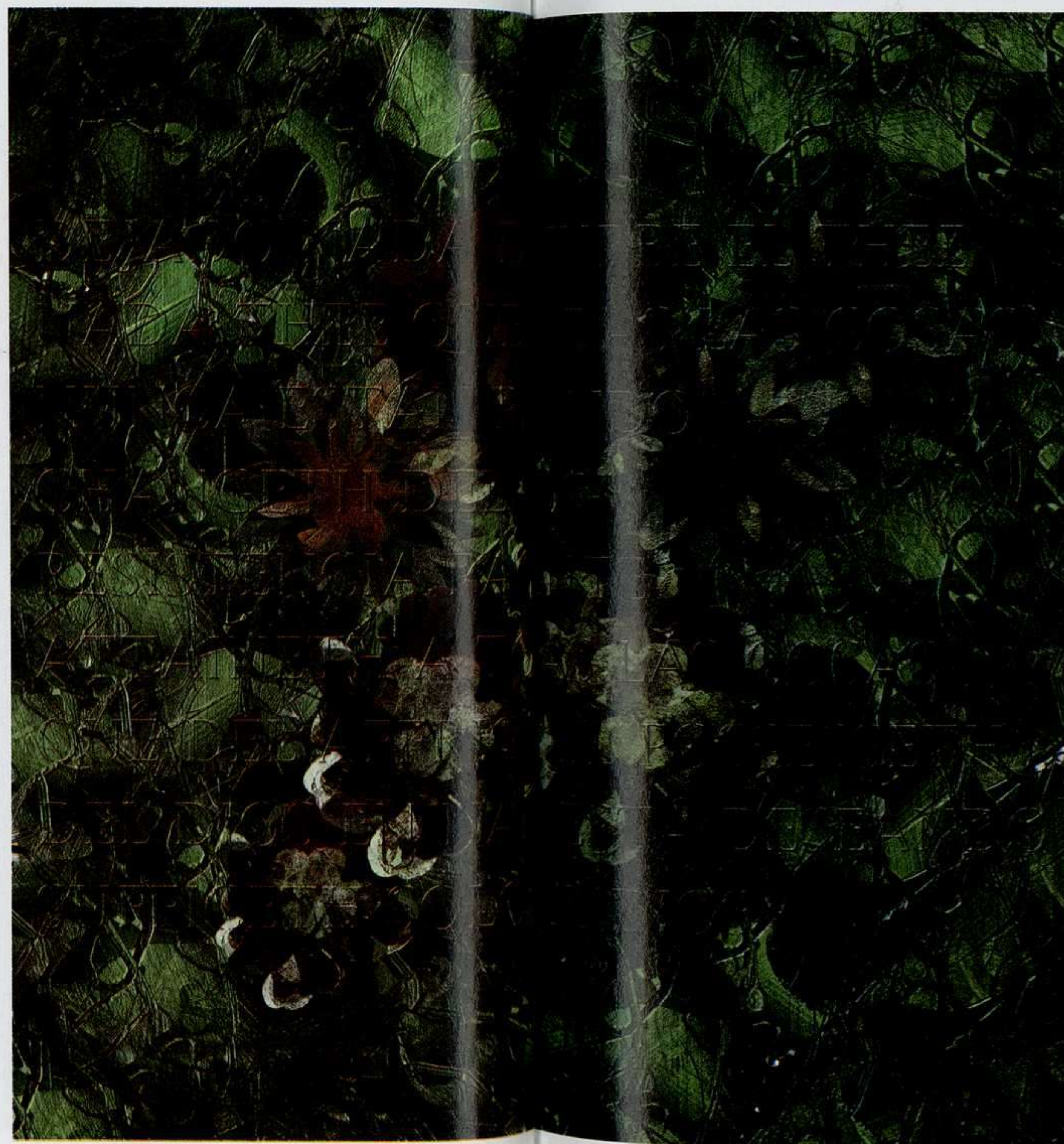
Que en abandono cada cual profese
su mar del desvarío:
la vida va en su vela y boga plácida,
tanta canción
aplaca las tormentas.

Larga vida a nosotros.

Convidados de carne, buen deseo.

Buen apetito en nuestras bodas últimas.

Que las tantas del alma nos sorprendan
videntes en afán, en ilusiones.
Y muera en el exilio
cualquier bituminoso pensamiento
que pretenda ultrajar
el arbol de otra mañana invicta.



Rafael Agredano *Lost in translation*

flores para vosotros

Para que no las marchitaseis nunca,
para que no pudieran corromperse,
para que en su entelequia no caduquen,
no las he puesto aquí,
sino más dentro.

He cogido las flores sin cogerlas,
para que se conserven en nostalgia,
para que por deseo se emancipen.

Ni siquiera son flores lo que os traigo.
Son la flor de la flor, su maravilla.
Su despacioso reventar
comprimido en un soplo de pujanza.
El hallazgo de todo su perfume
en un solo suspiro de ebriedades.
El concurrir de vuestros ojos limpios
al brote inaugural de primavera.

Que empalaguen el aire con su dulzor espeso.
Traigo néctar de vida,
la miel que nos resarce en la zozobra.
En la flor de esta edad,
os he cortado flores que no existen.
La primula que crece en parte alguna,
el azahar de nadie,
la rosa de los vientos.

La balsámica flor, la flor etérea,
la abstracta flor que aturde nuestras horas:
una línea sin más,
la vertical fragante en nuestro ensueño.

No quiero daros flores que declinen.

Algo que flota en algo os he traído,
nada que huele a nada,
en este ramo.

CARLOS MARZAL

La arquitectura del aire

UN LIBRO DE AFORISMOS EN MARCHA

ILUSTRA José Saborit

Desde hace años garabateo, en distintos cuadernos, aforismos y textos breves, que, algún día, por sedimentación, constituyan tal vez un libro. Si ese poso cobra cuerpo en el futuro, se llamará *La arquitectura del aire*, y en su frontispicio llevará la siguiente cita de George Santayana: *El aire libre es también una forma de arquitectura*. (Creo que las buenas citas tienen sobre nosotros un enorme poder de contagio, y nos fuerzan a desear escribir libros.)

La muestra que viene a continuación es tan sólo un testimonio de fidelidad lectora al género moral.

En casi todos los asuntos de la existencia —y en el arte esto se hace dolorosamente diáfano—, la obtención de nuestros objetivos está en relación directa con los sacrificios que queramos hacer para lograrlos. Las preguntas son: ¿Qué estás dispuesto a hacer? ¿Qué vas a dejarte en el camino? ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?



Por no tener, no sólo no tenía quién llorara su muerte, sino que tampoco le quedaba quién se alegrase de su desaparición.



Una manera universal de ser de cualquier país que consiste en pretender no parecer ser de ninguno.



Dos gotas de cínico amargo de angostura, sobre medio vaso de bondad profunda, son el cóctel más sabroso con el que se elabora el temperamento de un buen camarada de armas.



El lector y escritor de aforismos procede como un soldado que mina un territorio: siembra cientos, para que sea uno solo el que nos estalle al paso.



Los temperamentos demasiado artísticos son a la vida diaria lo que el picante a la comida: una manera de estropearnos poco a poco el estómago.



Esa condición monstruosa de todo lo demasiado precoz.



De los ingeniosos se recela como de los caricaturistas: nadie quiere ser su próxima víctima.



La levedad y la profundidad literarias no son obra del oficio ni de la madurez, sino un producto del temperamento. El estilo, en contra de lo que predicán los manuales de retórica, representa una fatalidad del carácter, modificada por el talento, igual que el talento es una virtud modificada fatalmente por el carácter.



Envidiaba en su mujer ese *sencillo apoderamiento de lo real*.





Huir de quienes convocan a su alrededor el caos. Soy demasiado consciente del caos externo como para que los sujetos demasiado temperamentales lo aumenten. Prefiero los caracteres angélicos, los individuos flemáticos y los granujas epicúreos.



La recompensa mayor que un premio literario nos otorga estriba en que nos inviste de cierta autoridad, para poder decir que los premios literarios no tienen la menor importancia.



La única razón para que no nos ocurra lo peor ahora mismo es de índole estadística: en este mismo instante le está ocurriendo a alguien en otro continente. La calamidad todopoderosa tiene la bendita tara de no resultar absolutamente ubicua.



Lo que asombra no es que el tiempo lo cure todo, sino nuestra bienaventurada incapacidad para perseverar en el dolor, la desdicha y el abatimiento.



Los libros de máximas obran su milagro, cuando lo consiguen, por la creación de un ámbito, igual que un perfume. No están en ningún lugar concreto, sino en el aire, construyendo su arquitectura.



La madurez como virtud —supongo— consiste en pertrecharse de víveres para el invierno: buenos amigos, buenos libros, buenos amores, buenos proyectos.



Esa voracidad, casi irreconciliable, que lleva a ambicionar el prestigio, cuando se tiene el éxito, y el éxito, cuando se goza del prestigio.



Esa variedad del eremita que se indigna cada mañana con la prensa nacional.



Inconquistables: conviene tener a mano, para protegernos de las galernas del espíritu, nuestros propios elixires épicos.



Una careta no es una máscara, igual que una ocurrencia no es un adagio.



Es preciso suministrarse vacunas de opósitos contra los tiempos que corren en todo tiempo. Contra la moda del contar —pongamos por caso—, la inmovilidad psicológica. Contra cierto plúmbeo psicologismo, el aire fresco del cuento de nunca acabar. Y así hasta la extenuación.



Si a los treinta y cinco no hemos vuelto nuestra máscara indiscernible de nuestro rostro, lo mejor es que nos quitemos la careta.



No somos conscientes de la frágil geometría de nuestra propia vida hasta que somos desplazados. Un palmo más allá de los límites conocidos, la turbamulta nos ignora, somos unos inútiles, comienza el horror. Un palmo más allá de nuestra geografía cotidiana, hay dragones.



Borrón y cuenta nueva, tábula rasa, partir de cero. El consuelo verbal pretende ocultarnos que no somos lo que somos, sino las sucesivas encarnaciones de lo que queda de aquello que fuimos.



La clarividencia consiste en vislumbrar que no existe nada radicalmente anómalo en la Creación, salvo la Creación misma. Un aeroplano, una montaña, una mujer, un libro, forman parte del mismo mosaico de belleza. La clarividencia es una perspectiva desde donde enfocar el catalejo.



Que quien se asome a tus habitaciones, cuando tú te hayas ido, lo encuentre todo como si hubieses tenido que abandonarlas por la amenaza de una radiación nuclear. La luz encendida, el cuaderno abierto, el ordenador en marcha, la comida en el fuego. Que quien se asome a tu vida pueda pensar: Aquí vivía un individuo alerta.



Una cara arrugada como el papel de aluminio usado.



La elegancia *clochard* del cultivado desinterés sincero por lo propio. En cualquier ámbito.



Querer ser profeta es triste, pero pretender serlo, además, en la propia tierra, es sencillamente ordinario.



Amaba esa manera de parecer de pasado mañana —es decir, de siempre—, que consiste en no ser apenas del día de hoy.



Un afantasmado es un individuo que tiende a la desaparición, desde la presencia. Un fantasma es un ser que tiende a la presencia, desde la desaparición. Un fantasmón es un tipo que se inclina hacia la apariencia, desde la inexistencia misma.



Existe un equilibrio en la desgracia, una fatalidad compensatoria que hace que nadie pueda cantar su fracaso durante demasiado tiempo.



La idea de vivir en una ciudad que no sea la mía me produce una insoportable melancolía hipotética. No me resigno, por anticipado, a la titánica tarea de verme obligado a hacer mía otra ciudad.



El azar, ese felino que nos observa, elástico y hambriento, en la espesura.



La importancia de ciertos escritores también se mide por la cantidad de estupideces que se permiten decir sin dejar de mantenerse incólumes. Y por la cantidad de estupideces que permiten decir sobre ellos, sin dejar de aparecer indemnes.



La vejez acarrea una suerte de presbicia moral; por eso hay tantos ancianos que, cuando quieren dar muestra de sabiduría, suelen dar señales de extrema impertinencia.



Cada ciudad tiene su cretino de cretinos, su campeón, como su catedral, su río y su plaza porticada.



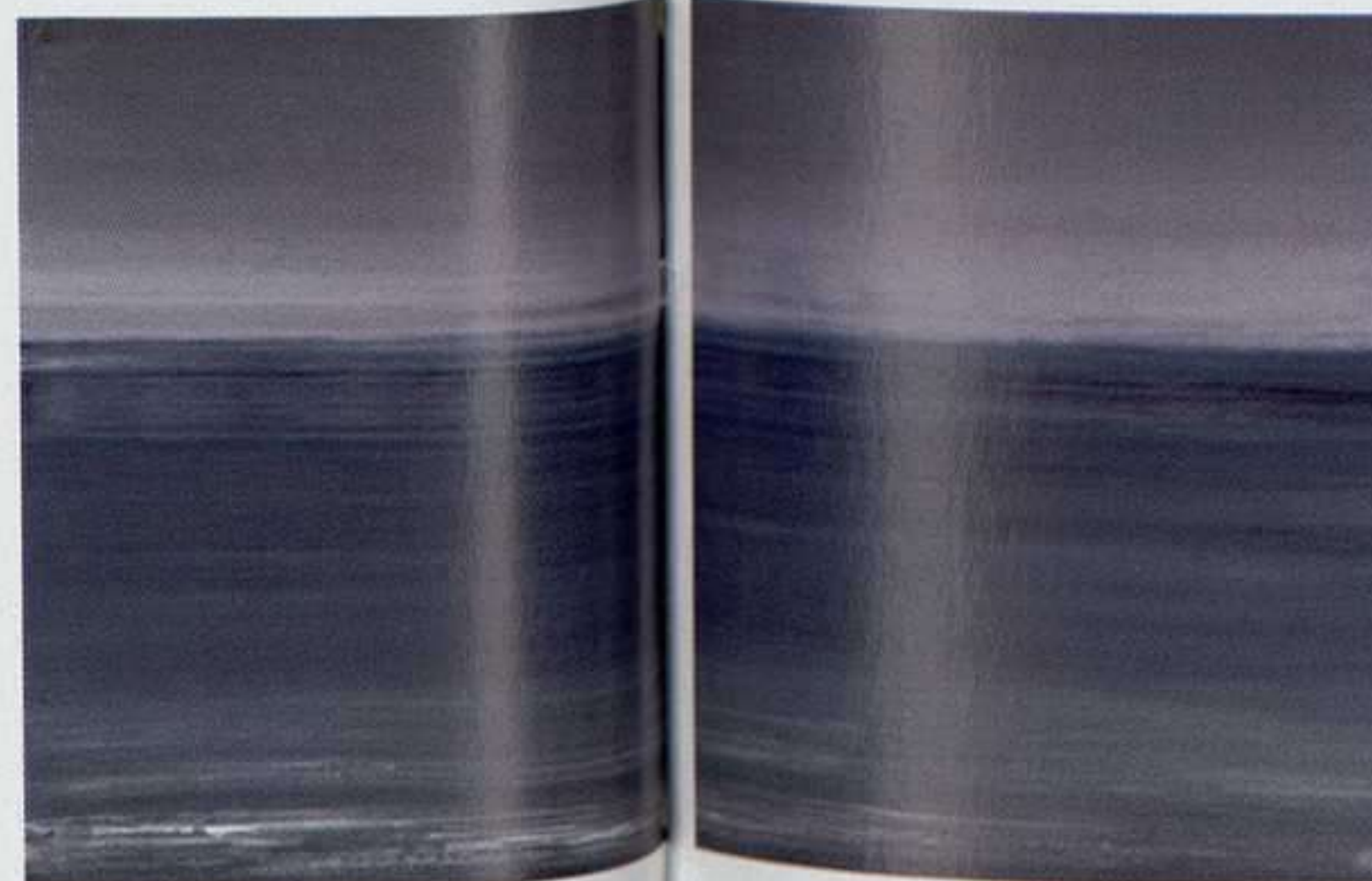
Cultivar la vocación como se eruiría una orquídea carnívora en mitad de una torre metálica; es decir, como una casualidad absoluta, como un milagro, como algo que no sirve para nada, como una rareza que tendrá que alimentarse de sí misma más tarde o más temprano.



Quien cultiva en exceso la superstición de lo exclusivo, el sacerdocio de la rareza, termina enamorado de lo malo.



Un vanguardista de diez y seis años es tan sólo un analfabeto, pero uno de sesenta y seis es simplemente un imbécil.





Carlos Marzal

Los pobres desgraciados hijos de perra

(Diario, 1981-1995)

ILUSTRA Equipo Crónica

—No hay que sacar conclusiones morales —dijo Stevens—. La gente se limita a hacer las cosas lo mejor que puede.

—Los pobres desgraciados hijos de perra.

—Los pobres desgraciados hijos de perra —dijo Stevens—. No te pares. Acelera un poco.

W. FAULKNER, *La mansión*

Hubo un tiempo remoto en que tomaba anotaciones de diario con cierta regularidad. Por aquel entonces, soñaba con que terminaría haciendo —por la simple inercia acumulativa de la labor— un mamotreto de miles y miles de páginas, que daría cuenta de aquello a lo que los diarios aluden: parte de la figura que un escritor quiere trazar de sí mismo, una de las facetas del prisma. Creo que nadie se encuentra por entero —para bien y para mal, por exceso y por defecto— en lo que escribe. En las notas de diario, parece que existe un mayor grado de esa convención que supersticiosa y ambiguamente algunos denominan *verdad*. Esa palabra —la verdad— es una de las que no debería usarse nunca sin el acompañamiento de algún adjetivo. De lo contrario, se convierte en una inexistente grandilocuencia, una pompa de jabón verbal.

Nunca he disfrutado tanto con el puro placer de la escritura como en aquellos días y con aquel proyecto. Cuando almacené unos centenares de páginas, las ordené, les busqué una cita y les puse un título. Después de encuadernarlas las metí en un cajón, para que durmieran el sueño de los justos, hasta el día en que la tarea de corregirlas las resucitase. Pero el caso fue que me embarqué en otros proyectos —libros de poemas, una novela, artículos, lecturas—, y ese sueño se ha convertido en permanente. No se trata de que haya abandonado la intención de publicarlo, ni de que renuncie a seguir escribiendo otras entregas parecidas. Es, más bien, que me falta tiempo para acometer todos mis planes. Como disfruto más de la escritura que de la publicación, de la redacción que de la puesta en limpio de lo redactado, siempre se me cruza algo nuevo que me arrastra hacia delante. Necesitaría cien años de dedicación eremítica a la literatura, para acometer el uno por ciento de mis propósitos. Ya se sabe que la conciencia, cuando da en imaginar, es un instrumento muy sufrido. Respecto a las aspiraciones y los designios, creo que es preferible su abundancia —su sobreabundancia—, porque, después, la realidad se encarga de bajarnos los humos y de recortarnos el vuelo.

Han transcurrido diez años desde que pensé que el volumen estaba más o menos acabado. Desde entonces, no es que sospeche que muchas de mis opiniones y juicios son distintas: se trata de que sé que soy otro. Cada ciertos años —cinco o seis, como mucho, en la mayoría de los seres humanos— morimos de nosotros mismos, y renacemos sobre nuestra propia figura, con el abono de las viejas cenizas. La identidad se desplaza a una velocidad constante que no podemos percibir, pero que existe. A lo largo de la vida sufrimos un número variable de reencarnaciones en nosotros mismos. Resulta una imprecisión enorme aludir a

nuestras vidas distintas en la vida, bajo la advocación de un mismo nombre y unos mismos apellidos. Con ello pretendo decir que muchas de las cosas que están aquí escritas, aunque las firme mi corporización presente, las pensó y redactó el antiguo fantasma que usurpaba mi persona, y que ya no existe. La responsabilidad es la misma para ambos: de índole literaria. Pero tengo la vaporosa impresión de que el culpable se ha fugado de mi vida. Resulta aleccionador el acto de dejar dormir durante tanto tiempo un original, porque se acoge con cierto espíritu póstumo en vida; aunque su deseo, como el de cualquier página literaria, es justo el contrario: poder despertar algo de la conmoción de la vida, más allá de la muerte.



Las Sanguijuelas, 1977

Indicaciones cartográficas

(Preámbulo)

Cualquier libro supone una invitación al viaje, y cualquier viaje, incluida la vaga peregrinación que llamamos la vida, puede leerse como las páginas de un libro. Los libros y los viajes, la vida y las palabras están hechos de una misma extraña sustancia, aunque las apariencias puedan hacernos pensar que no sucede así. Se trata de una sustancia narcótica, adictiva, pero inaprehensible.

El viaje de la vida de los hombres necesita nombrarse, necesita ser contado, para adquirir su salvaje y enloquecida grandeza. Un mundo sin fabulación sobre el mundo tal vez podría existir, pero a quién iba a importarle. Contar y vivir no son actividades divergentes, sino complementarias. Solemos reiterar que hay que vivir para contarlo: ello supone, por un lado, que debemos preservarnos para poder narrar la experiencia itinerante de la vida; y, por otro, que el hecho de contar preserva y acrecienta la vida en la memoria.

La cartografía es el arte de estar extraviado con absoluta precisión y con todo género de datos. Si observamos sin ánimo de engañarnos la vida de los hombres, vemos que consiste en buena medida en la elevación de sus supersticiones a la dignidad de ciencia. Hemos dado en pensar que el hecho de saber en todo momento cómo se llama el lugar donde nos encontramos supone saber dónde nos encontramos. Los mapas, las cartas de navegación, las coordenadas y los planisferios nos consuelan de nuestro extravío original.

Por más vocación de cartógrafo que he tratado de desarrollar, nunca he sabido muy dónde me encontraba ni por qué. Tengo entendido que no se trata de un sentimiento incompatible. Este particular inconveniente proporciona una ventaja general a cualquier vida, y es el hecho de que cualquier vida supone una aventura en sentido estricto, erremos por donde erremos. El tedio físico no existe, para quien pierde a cada instante la senda de regreso al país de siempre estar perdido.

En vista de que nuestra condición vagabunda en cuerpo y alma hace inútiles las indicaciones cartográficas, el mejor consejo que se puede dar es el de romper todos los mapas, con el fin de no aumentar el caos de nuestras vidas. La vida se deja leer como un libro abierto, es decir, como algo que crea sus propias reglas y sus propios itinerarios, aunque no siempre entendamos por qué los seguimos o por qué los olvidamos. Y un libro que necesitase un mapa para ser leído supondría una extravagancia innecesaria. Para perderse, lo mejor es hacerlo a nuestro modo, por el puro placer de perdernos.

Estas páginas querrían suponer un minucioso testimonio de desorientación en la selva de los días, una silva en prosa para intentar viajar al mundo de la conciencia, y para dar fe de cómo la conciencia viaja al mundo. Un libro nómada —como son todos los libros—, para sedentarios. Un ejercicio de sedentarismo —esa otra manera de viajar—, para los espíritus nómadas, como son todos los espíritus. *Levons l'ancre*. Buen viaje y extravío.



S/t., 1978

Es el primer verano que paso en Serra sin mi tío, JNB, uno de los más curiosos especímenes de la fauna de la vida. Él amaba hasta la exasperación maniática —normalmente era maniático y exasperado— esta casa, su jardín, en el que juraba a gritos haber plantado el pino y el laurel que revientan los suelos de las habitaciones, y siembran de hojas y pinocha las calles cercanas. Inventaba toda clase de explicaciones sobre el origen de los objetos, porque no en balde había asumido el papel de historiador erudito de la vida familiar. No obstante, como era un embustero contumaz, se convirtió en un novelista de esa misma vida y no en un historiador. JNB fue un cura entreverado de militar carlista, duro como el fuselaje de los aviones, de imperiosa voz bronca (entre la imprecación y la orden), eterno fumador, en pipa, de picadura *Selecta*, bebedor por largo, gordo como el Falstaff de Orson Welles, que vivía en lo alto de una torre del Asilo de Hermanas Desamparadas de Sueca, del que era capellán. La casa, una enorme buhardilla llena de luz, con vistas sobre los cambiantes campos de arroz, estaba abarrotada de libros, botellas y armas. En sus mejores tiempos, cuando mi tío conservaba entera la salud, conocí alrededor de seis mil volúmenes, algunos cientos de bebidas distintas que le regalaban y que sólo bebía en compañía, y al menos dos revólveres, tres o cuatro pistolas automáticas, dos Winchester, un máuser lleno de roña —y, según él decía, de muertos de la guerra civil—, varias carabinas y un sinfín de navajas y cuchillos de monte. De ninguna de esas armas tuvo nunca licencia, algo que no debe extrañar a quien piense en la reciente historia de España. Mi tío solía tirar compinchado con todos los guardias civiles de la Provincia. En una ocasión me comentó:

—Escucha bien, sobrino, y métetelo en la cabeza para siempre. Las licencias de armas no sirven para nada. Mientras no tienes que matar a alguien no son de utilidad, y cuando por fin te ves en la obligación de matar a alguien son un estorbo.

De entre sus aficiones, la de impresionarme no fue la más pequeña. El día de su muerte, mi hermano y yo recogimos del bolsillo de su sotana un pequeño revólver de ópera, lleno el tambor con cinco balas y descorrido el seguro del percutor. Siempre que le pregunté por qué razón llevaba armas encima, me contestó de la misma manera:

—Por si acaso, sobrino. Por si acaso.

Las anécdotas de mi tío, que siempre fue un personaje demasiado alambicado para una novela y un tipo excesivamente literario para la realidad, merecerían dos o tres mil páginas impresas en papel biblia. Me parece que fue un sujeto idéntico a la vida —a la que creo amó con desesperación—, a fuerza de soledad, desengaños, asombros de los que era capaz, placeres menores y una fe en conflicto con su propio carácter, como suele suceder con cualquier tipo de fe que se posea.



El espectador, 1977

De entre las historias que mi tío, un excelente narrador oral, solía referir, escojo hoy, por estar en Serra, una turbulenta anécdota que pertenece a la zona en sombra de mi familia y la gente del pueblo, y sobre la que siempre he querido indagar y escribir. Unos años después de la guerra. Uno de tantos veranos idénticos de los que mi tío me hablaba, con paseos hacia la Alameda, bajo la tutela de mi abuela, para que no se acercaran a las casas vecinas, al parecer atestadas de tuberculosos convalecientes.

En la misma calle, frente a nuestro jardín, vivía mi tío abuelo FNV, en un edificio de color arcilloso, con grandes fuentes de mosaico y vidrieras, que aún hoy existe, pero que la abyección de los procesos hereditarios ha convertido en una ruina. Su mujer, según recordaba mi tío JNB, era una furiosa beata con todo el tiempo de este mundo y el otro para aburrirse. Y como suele suceder con quienes no saben hacer de su vida más que un motivo para lamentarse y esperar el advenimiento de otra mejor, ella acabó por dedicarse a que la vida de los demás no pudiera ser sino un valle de lágrimas.

—Por esa razón —clamaba iracundo mi tío—, se debe de estar pudriendo en el mismísimo centro del Infierno. O al menos en las cercanías.

El asunto, el *caso*, fue el siguiente.

La beatería del pueblo, especialmente las señoras veraneantes, descubrieron que el mismo párroco que las confesaba con minucia, oficiaba para ellas y les daba de comulgar, tenía otras ocupaciones que lo distraían de su principal trabajo, que en opinión de ellas no era sino el de atender a sus caprichos. La principal actividad a que este sacerdote, don JLT, se dedicaba en los ratos de ocio era la de encamarse con una joven del pueblo que despachaba en la pescadería. Como se ve, el relato no posee ningún rasgo extraordinario, pero no carece de los imprescindibles para convertirse en una historia sórdida, otra más de la vida común.

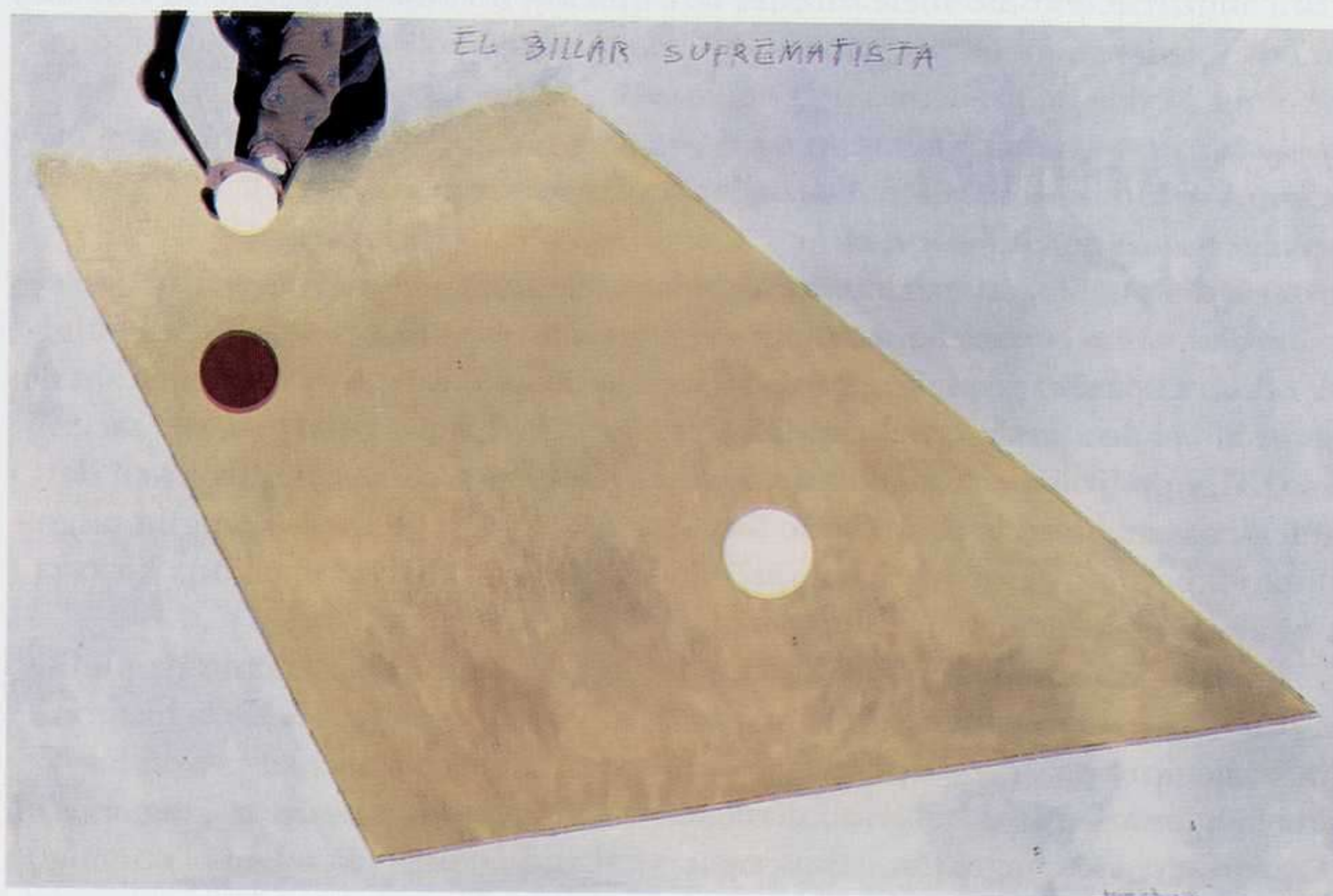
Mi tía abuela —siempre según el relato de mi tío JNB— acaudilló la cruzada punitiva contra el párroco. (Debo explicar que mi familia, por azarosos motivos de la historia y la biología, siempre ha sido propensa a la confección de beatas muy activas en los trabajos de la Iglesia, y que si hubiesen dedicado sus energías a otras causas, digamos el crimen organizado o los negocios, se hubiesen convertido con facilidad en el enemigo público número uno o en dueñas de una naviera griega). Ignoro de qué manera aque-

lla reunión de señoras que jugaban a hacer de Inquisición doméstica consiguieron la correspondencia que el cura y la joven se cruzaban, pero lo cierto es que lo hicieron. La imaginación, aquí, abre un ilimitado capítulo de miserias, pesquisas, murmullos y venganzas. Con las pruebas en la mano, denunciaron el caso ante el Arzobispado y el cura fue apartado del pueblo para siempre.

Durante los días que siguieron a la marcha del sacerdote, creció la indignación en Serra, cuya mayoría de habitantes no tenía la más pequeña queja acerca del cumplimiento de las obligaciones de don JLT. Se desató una guerra sorda de odios, silencios y humillación contenida. Y una noche de aquel verano, un grupo de hombres y mujeres apedrearon los cristales de la casa de FNV, y alguien —era otra estación violenta, era la misma—, quiso incendiar el edificio a través de las ventanas del jardín. Una ráfaga de metrallera, disparada al aire por un cabo de la Guardia Civil, acabó con la algarada. Mi tío JNB se atribuía el papel de correo entre el lugar de los hechos y el cuartel de la Benemérita, armado con la vieja Luger reglamentaria que tantas veces vi en su casa y sostuve, perplejo, entre las manos.

De aquí no se sigue más que ruido y furia, como de la mayoría de las historias. Recuerdo que el día en que mi tío me narró lo sucedido, terminó diciendo casi con lágrimas en los ojos:

—Don JLT era un santo, sobrino, pero le gustaba mucho follar.



Billar Suprematista, 1977

La noche trae el recuerdo de otro tiempo en que tocaba perder con más frecuencia. Iba a ingresar en el hospital para someterme a una biopsia rutinaria periódica. Lo que más me disgustaba no era el hecho de las pruebas, sino la obligación de dormir allí, otra vez en el vientre de la bestia, otra vez, seguro, los pasos por los corredores, la locura blanca de la asepsia, los turnos de goteros y la ciudad, fuera, con su vida distinta.

Al final no hizo falta que me quedara en observación durante veinticuatro horas, sospecho que por falta de camas. Un hospital es, antes que cualquier cosa, una caja de sorpresas. Uno nunca sabe qué le puede ocurrir traspasadas las puertas de ese pequeño infierno. En lugar de recibir anestesia completa me aplicaron varias inyecciones de carácter local, lo que suele ser una garantía de sufrimiento físico más intenso, aunque de este modo se eviten otros peligros.

Tumbado en la mesa del pequeño quirófano, cubierto de gasas estériles de color verde, veía cómo dos cirujanos manipulaban en mi cuerpo igual que si estuvieran aliñando una ensalada de verduras. En medio de estas fiestas uno no se explica qué demonios está haciendo allí, quién le ha invitado y por qué razón. Lo mejor del día fue poder escapar. La obligación de los enfermos, los alumnos y los presos es huir de sus respectivas cárceles, cuanto antes, a cualquier precio, por encima de no importa quién.

En aquel tiempo aprendí que lo que a mí me interesa es la vida, y, a debida distancia, la literatura. ¿Vivir para contarlo? No. Vivir tan sólo. Y si la vida lo consiente, contarlo. Con toda seguridad que dejaría de escribir —como lo hice— de no poder abrigar un pequeño horizonte de esperanza, alguna posibilidad de engrosar las estadísticas de los que posponen para mañana su desaparición. Mañana, que es como decir toda la vida.

Hay ciertos dolores físicos que sólo pueden calificarse de interiores. Imagino que si el corazón fuera capaz de sentir dolor, sería como esos, pero con historia, capaz de sufrir por lo pasado, lo presente y lo por venir.

A noche hubo tormenta. Fue repentina e implacable, como suelen ser las de Averno. Estaba deseándolo y por fin se fue la luz, un hecho que aquí en Serra es el complemento necesario de la lluvia. Entonces, inevitablemente, se retrocede en el tiempo, porque se encienden las velas de los candelabros y nos vemos obligados a movernos por los corredores a oscuras con una palmatoria en la mano, lo que siempre tiene algo de melancólico y aristocrático. Por la calle en declive, el agua se arrastra con violencia, lleva por el centro un pequeño cauce rojizo de la tierra de la montaña, solo visible a la luz de los relámpagos. El tiempo ha sufrido una confusión evidente: esta escena es *fin de siècle*, pero no del nuestro, sino del pasado.

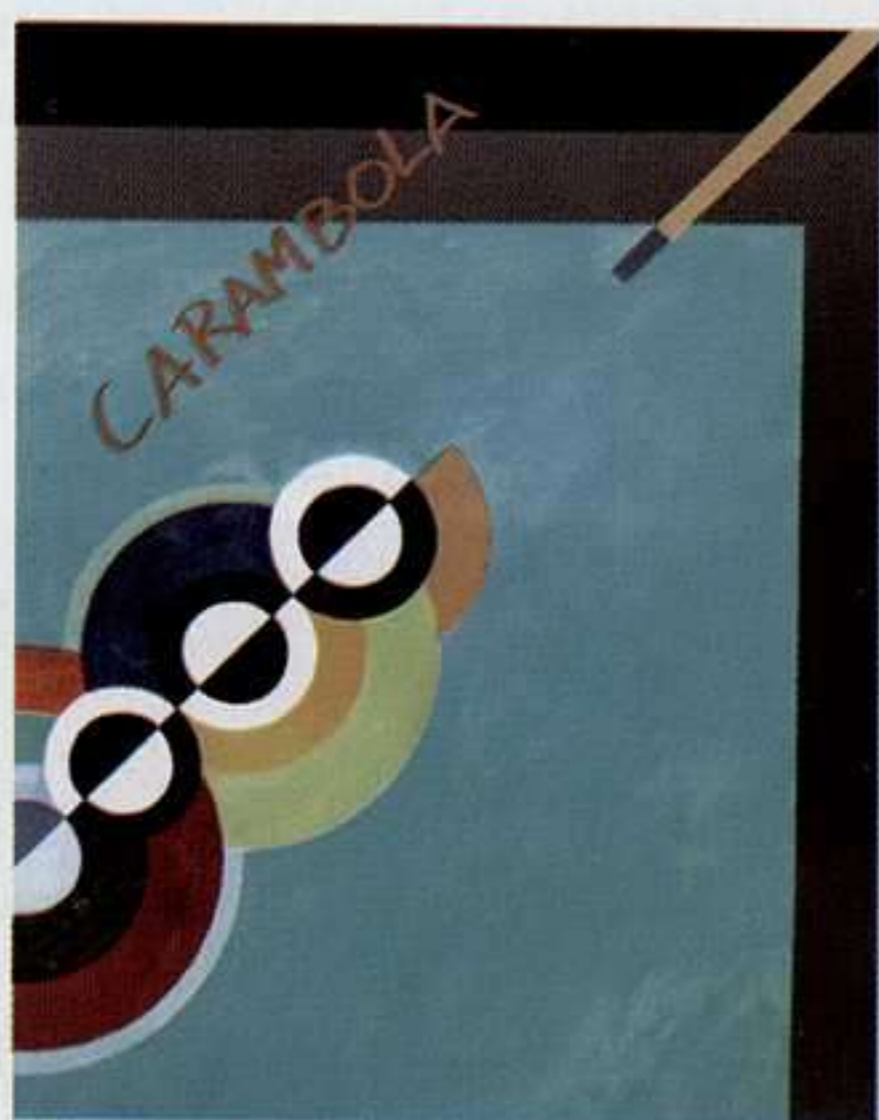
Al final, un golpe de viento apaga la llama de la palmatoria que sostengo y quedo a oscuras. Bajo el cielo no hay más que noche y lluvia desatada. Y un fantasma, en la sombra, que las mira.



Tacada, 1977

Considero que soy poco dado a las efusiones literarias, y mucho menos si tienen que ver conmigo, pero esta mañana he constatado con asombro que se me saltaban las lágrimas al escribir un poema. Esta anécdota banal no confiere ningún valor estético a lo escrito, por supuesto. Hasta hoy tomaba como una refinada exageración sentimental esa famosa escena atribuida a Balzac, según la cual un amigo íntimo lo encontró, cierto día, llorando sobre su escritorio por la muerte de un personaje. Nunca digas esa efusión no cometeré.

Ayer hubo procesión en el pueblo. Estas celebraciones nos devuelven con facilidad a los años de la infancia, son en verdad propicias para la evocación. Las calles parecen de otro tiempo que no hemos alcanzado a conocer, sin automóviles, regadas, hojas de romero en los balcones, banderas de papel. Las puertas de casa se abren, se encienden todas las luces posibles, la familia se arregla para la ocasión, y se ven desfilar los rostros de todos los días, encubiertos por el resplandor de las velas y la insoportable música de la banda de siempre, las mismas caras de los tenderos, de las carniceras, de los concejales, de las niñas de la Corte, que resplandecen de blanco, de porros recién fumados y de cuerpos en edad de desbravar. Y al final el cura, que reclama silencio y coloca para la ocasión el gesto más severo de que es capaz, con el fin de que nadie ponga en duda que él se hace cargo de toda la responsabilidad que entraña el acto. Después, cuando la imagen de la Virgen entra de vuelta en la Iglesia, cohetes, gritos, algún quemado, corbatas deshechas, sudor que empapa los trajes, clavarías fuera de sí y un año por delante hasta que se repita.



Carambola, 1977



Billar, 1977

El otro día nos reunimos, para comer, algunos de los viejos amigos del colegio. En el fondo, se trata de un ejercicio sadomasoquista entre nosotros y el tiempo. Vernos al cabo de los años, corrobora lo que los años van haciendo con nuestra vida, y, por otra parte, nos concede la ilusión de que podemos regresar a quienes fuimos entonces.

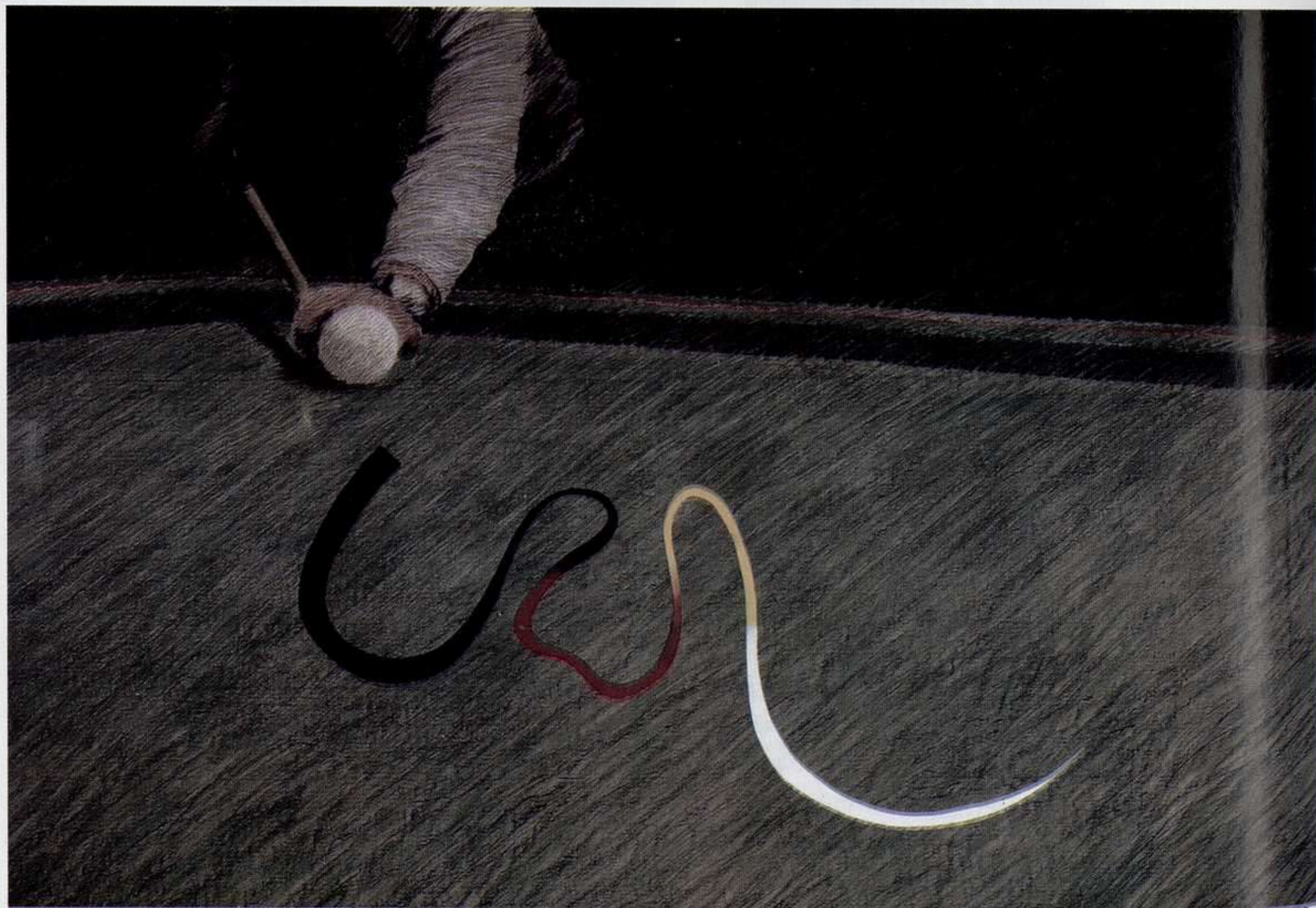
Con unas cuantas copas encima, le pedí a MAP que me diera una vuelta en su moto. Aquel adolescente chiflado que durante nuestros años de bachillerato no hacía otra cosa más que subirse encima de motos y mujeres, es hoy en día un chiflado camino de la mediana edad que no hace otra cosa más que subirse encima de mujeres y motos. Además de vender muebles en la ciudad donde vive, tiene un taller de compraventa y ha corrido en campeonatos de España de baja cilindrada. Para esta ocasión, había venido con una Yamaha F-J 1100. La precisión técnica la realizó con el ánimo de que quienes no tengan ni la más remota idea de lo que supone un artefacto así se vean al menos impresionados por la rotundidad de la cifra, ya que hay razones para ello.

Me dijo: Tú ya sabes lo que son las motos. Así que cógete fuerte, porque no quiero que te me pierdas. ¿Entiendes?

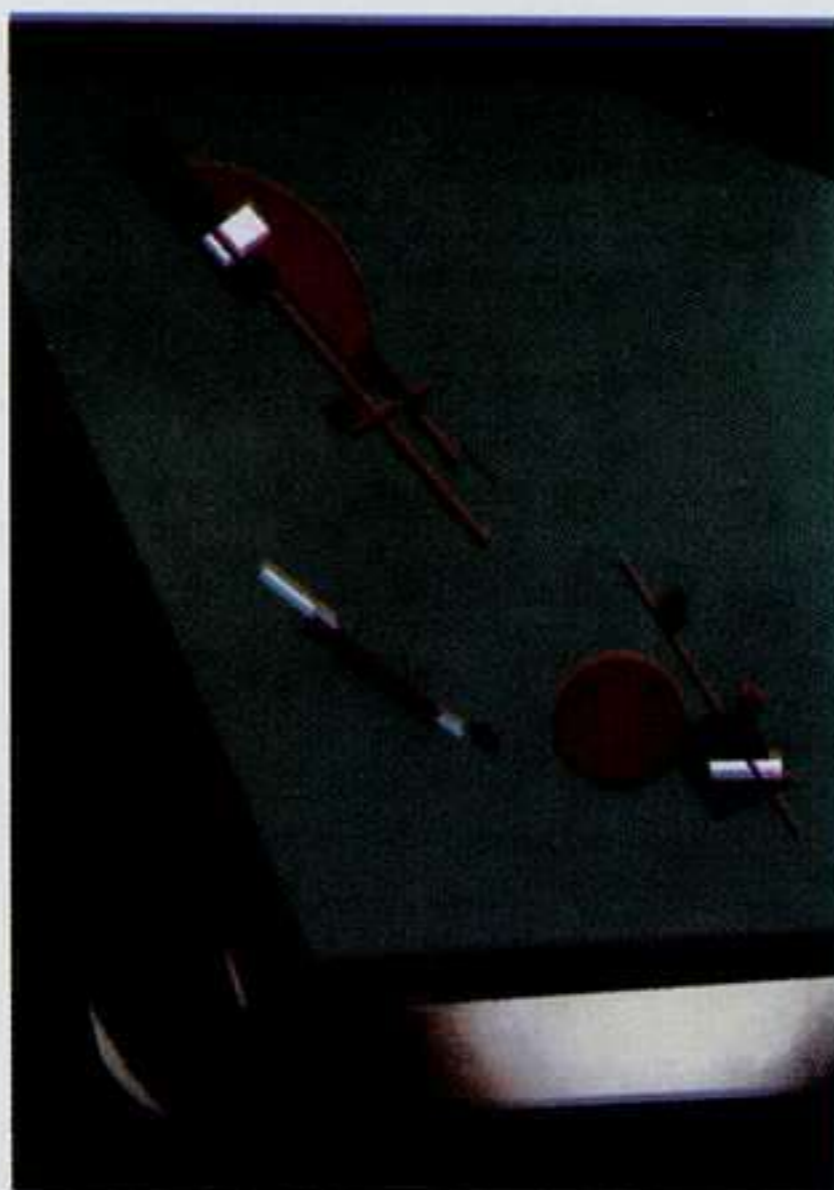
Para hacer una demostración de las prodigiosas facultades de la máquina, y para volver a impresionarme con las habilidades adquiridas a lo largo de los años por el piloto, nos pusimos en doce o trece segundos a doscientos kilómetros por hora por las calles de Valencia. Pese a ser domingo, había bastante tráfico, así que tuvimos que sortear algunos vehículos. La ciudad, desde una moto lanzada de esa forma, parece el dibujo torpe de un videojuego. ¿Qué disparates no habrían escrito los vanguardistas de principios de siglo, si hubiesen tenido la oportunidad de disfrutar, y sufrir, una velocidad como esta? Tal vez habrían enloquecido de satisfacción.

Una vez de regreso al suelo de los humanos, todavía con el corazón en un puño, le pregunto por qué sigue emperrado en conducir desafortunadamente por medio mundo. Me mira con la misma cara de tipo encantador, que le he visto poner con éxito a docenas de niñas y me dice: *Para que me dé el aire. Supongo que es para que me dé el aire.*

Me parece una buena razón. Que nos dé el aire. En el pelo y en las ideas. Si no nos da el aire, las ideas y nosotros, el pelo y el espíritu terminan por pudrirse. Los escritores deberían airearse con mucha más frecuencia. Sacarse al aire libre para que el aire los ventile y de paso ventile sus obras por venir. A la mayoría los delata un ámbito viciado, un halo rancio y húmedo, como de alacena de casa de campo sin habitar por mucho tiempo.



Jugada, 1978



S/t., 1977

A noche hablé largo y tendido con OPQR. Hacía tiempo que no estaba con él, entre otros motivos porque trato de dosificar nuestros encuentros. Es el único caso de viejo amigo con quien la estabilidad de mi relación se halla en proporción directa con la frecuencia de nuestras reuniones. Tanto peor me llevo con él cuanto más lo veo. Nos conocemos tanto, o conocemos tanto a quienes éramos cuando nos veíamos a diario que la ficción se hace imposible, y él termina por creerse —o así me lo parece— todas sus mentiras, que son muchas. No me parece mal que se mienta a sí mismo ni que trate de mentirme a mí, pero me irrita que no evidencie que sabe son mentiras.. Además, su tono de altivez injustificada, ahora que ya no somos tan jóvenes, aumenta esa misma irritación.

Está en un mal momento. Económicamente las cosas no le marchan, está descontento con su trabajo y dice que le ronda la idea del suicidio. Estas afirmaciones nunca se pueden tomar en broma. Le hice saber mi opinión, aunque ante casos como este jamás he sabido si lo que decimos es perjudicial o provechoso. Le dije que, como yo, es un privilegiado de este mundo. Tiene una mujer estupenda y guapa, una casa propia recién instalada, una familia con estabilidad económica, y tantas otras cosas. Le digo que debería sentir vergüenza de tomar en serio ciertas tentaciones. Le digo que no se dé tanta importancia, que abandone los sueños de grandeza y que haga algo por alcanzarlos, que no se deje llevar por la indolencia, que ya es hora de que trabaje, de que se fije metas cortas y accesibles y que deje de quejarse y complicar la vida a los que están a su alrededor y a él mismo, que deje de dar vueltas a la noria de su persona, a la plaza de su eterna crisis, que deje de regodearse en el papel de hombre acabado, porque va a terminar por parecerse a su máscara. No sé qué efecto he causado en él. Todas estas cosas a veces no son más que palabras, y el hecho de que él mismo sepa que tengo razón no significa nada.

Al final me dice que está más animado. No sé si he hecho bien en decirle lo que le he dicho, ni si alguien tiene derecho a hacerlo. Supongo que no, pero en estos casos lo único que tiene importancia es el posible efecto terapéutico y nada más. Me quedo preocupado

Todos estos días, las revistas, los telediarios, las emisoras no hacen más que hablar de la muerte de Alfonso de Borbón, en Estados Unidos, mientras esquiaba. Lo cierto es que el personaje nunca me ha resultado simpático, y sin embargo el aura de tragedia que lo ha rodeado desde siempre lo ennoblece de una manera misteriosa, aunque él no parezca haber estado a la altura de sus propias circunstancias, como si su destino hubiese querido excederle en todo momento, como si su destino quisiera demostrar que no estaba satisfecho de dónde depositaba su negra semilla. Indudablemente, esto lo hace mucho más humano, lo aproxima, y es que el dolor nos acerca, con el dolor lo lejano se hace más nuestro, porque sin duda se trata de un patrimonio irrenunciable de todo lo vivo. No hay nada que aprender en el dolor, pero ese mismo interrogante que produce nos hace más hermanos en nuestra ignorancia, en nuestro desamparo. No sabemos, y sentimos frío. Por eso, para combatirlo, nos ponemos los unos al lado de los otros. Nunca dejamos de ser animales en desgracia.

La siesta ante el televisor encendido es un ritual gratificante. Se trata de dormir ante el paisaje sin paisaje. Una cortina de sueños exteriores a nosotros en donde dibujar nuestros propios sueños.



La tacada metafísica, 1977

El calor, en la calle, es casi insoportable, acompañado del implacable viento de poniente. Paso todo el día en casa, relativamente fresco. Las paredes de piedra de esta casa de verano construida sobre la ladera de la montaña son húmedas, debido al agua de la lluvia que se filtra durante todo el año. No albergo la menor duda sobre la vida propia de los objetos y las cosas. De entre todas esas cosas, las casas en especial. La pátina del tiempo infunde carácter, experiencia e incluso opinión a los muebles, a los azulejos, a las plantas del jardín, a las viejas encuadernaciones de los viejos volúmenes. Y a su través, ello revierte en nosotros. Son nuestras raíces. Como las lecturas que hicimos de jóvenes, como tres o cuatro amigos, como tres o cuatro viajes.. Los cimientos de una vida, puestos a hacer recuento, son necesariamente breves, contados.

Resulta curiosa la manera en que nos desvanecemos. Como viejas fotografías. Al morir, somos aún constante tema de conversación y llanto. Poco a poco, dejamos paso al huracán de la vida cotidiana, que se instala entre quienes nos conocieron de forma implacable. Cada vez salimos menos a cuento en menor número de ocasiones,



La partida, 1977

pasamos a ser una casualidad, un tropiezo de la memoria. La gente que nos frecuentó y nos conocía se desvanece también. Cierta noche, la última de las personas que puede decir que nos vio pasa al otro lado. Sobre el papel del retrato, sólo queda una tonalidad sepia que no sirve para reconstruir nada.

K LM es un digno representante de un género de individuos a quienes me parece que reconozco con cierta exactitud: los que viven en otra parte. No sé con certeza dónde, pero en otro lugar, en otra parte. Están con nosotros, en nuestra misma escena, al parecer participan de nuestra misma conversación, incluso pueden asentir a lo que escuchan, pero todo lo viven en un segundo plano, todo les llega como en una especie de sordina de la vida, ya que parecen prestar más atención a otro discurso que les recorre la conciencia. De vez en cuando, intervienen en la charla, y sus parlamentos parecen ocurrir por acumulación, cuando tal vez no pueden aguantar más lo que se les ocurre. De ahí que sus intervenciones tengan siempre un aire extemporáneo. Mientras tanto, permanecen evadidos, a salvo del mundo que fluye junto a ellos, parapetados tras de no sé qué, en un lugar de no sé muy bien dónde.

Hay libros que no deberían terminarse. No me refiero a esa experiencia de lector que todos hemos tenido: cuando la propia lectura nos coge por el cuello, o por donde nos dejemos atrapar, página tras página, y permanecemos embrujados, rogando que no llegue el final, ajenos al mundo y a la vida, gracias a la vida y al mundo que la literatura ha sido capaz de elevar ante nosotros. Esa experiencia de raptó del entendimiento y los sentidos que anula todo lo que esté más allá de las páginas del libro, y que significa el verdadero milagro que obran las palabras. No me refiero a esa experiencia a mitad de camino del paroxismo y del milagro. Eso sería una presunción innecesaria y fuera de lugar. Aunque el empeño de cualquier escritor consiste precisamente en ello: lograr la supresión de la realidad, y capturar el alma y el cuerpo de quien lee. En cierto sentido, la mejor literatura, al menos para la víctima lectora y agradecida que soy yo, tiene siempre algo de demoníaco: nos transforma, no nos deja ya volver a ser los mismos, nos roba al que fuimos, apoderándose para siempre de una región de nuestro espíritu. Pero no es por esa razón por la que digo que algunos libros no deberían terminarse.

Muchos libros deberían estar obligados a no tener final, porque no han pretendido tener ni un principio ni un desarrollo demasiado contundentes. Creo no ir muy desencaminado, si adscribo estas páginas a ese género de lo que no tiene un género muy definido. Dicho género sin género, por otra parte, tiene el suficiente abolengo como para que no haga falta definirlo, porque hoy en día ya constituye un género en sí mismo. Este trabalenguas sintáctico desarrolla una obviedad que no asustará a nadie. La falta de necesidad de aclaración que muchos asuntos tienen es la mejor forma de ponerlos en claro. Lo que uno quería cuando empezó a escribir estas notas era merodear, y el resultado poco importa que se llame diario, viajes, memorias o, simplemente, prosa. Carezco de esa obsesión que precisa asignar un nombre a cada realidad y saber que cada realidad se designa mediante un nombre. Esto son merodeos, que es como no decir nada. Paseos por aquí y por allá —como cantó el maestro *nada, vida, cosas*, aunque eso, en el fondo, me parece que ya es mucho decir.

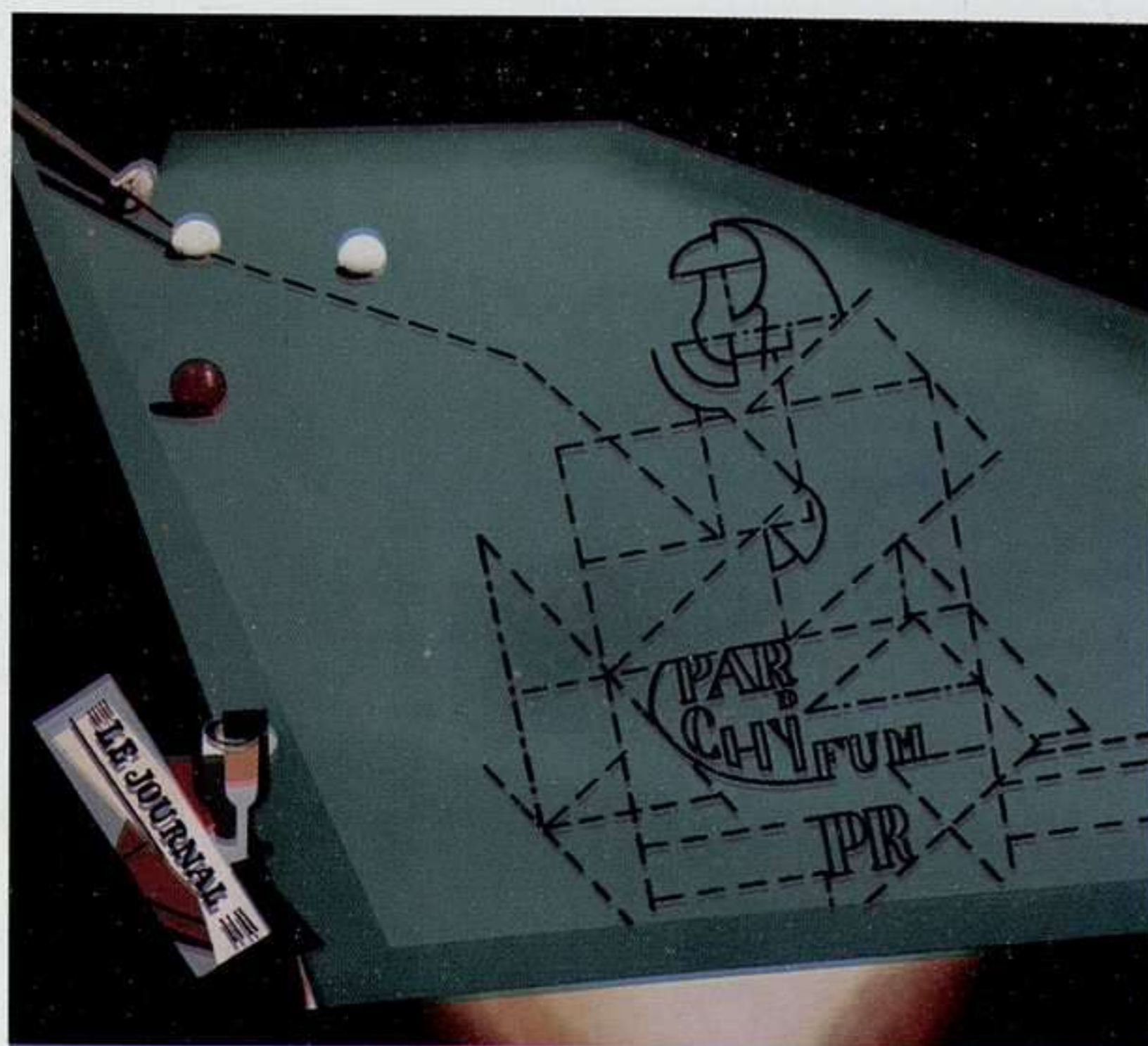
Estoy convencido de que en nada afectaría a la estructura de este libro, a su valor final ni a la salud del lector, el hecho de que tuviese treinta páginas más o treinta páginas menos. Para algunos, esta confesión supondrá un pecado merecedor del fuego. Existen muchas peroratas y encíclicas acerca de la necesaria medida que debe encontrar toda obra. Por regla general, yo siempre encuentro en los poemas propios y ajenos un verso que me sobra y dos o tres que me faltan. Y buena parte de los mejores libros de prosa que he leído, esos que anulaban el mundo y que por obra de encantamiento me llevaban a otro diferente, no puedo asegurar con certeza si no me habrían parecido aún mejores, de haber tenido algún capítulo más o varios capítulos menos. No se trata de que me sienta capaz de corregir la historia de la literatura, sino de constatar que el mundo es una imperfección de perfecciones. A veces, incluso, una afortunada y perfecta imperfección de imperfecciones. Mi deseo es que alguna página de las excesivas de que consta este volumen roce en algún momento ese género de imperfección.

Con todo, pienso que no hay muchas afirmaciones en el libro de las que no pueda retractarme a poco que se me insista o medite sobre ellas. Cuando leo a los filósofos, me suele embargar la impresión —seguramente errónea— de que la mayor parte

podría haber defendido la tesis contraria a la que defiende, en el caso de que el día hubiese salido lluvioso, pongamos por caso, en vez de soleado. Qué le vamos a hacer. La inamovilidad de mis convicciones no es uno de los principales rasgos de mi carácter, según creo. O a lo mejor sí, porque el mero hecho de confesarse carente de convicciones inamovibles tal vez pueda ser interpretado como una inamovible convicción. En el fondo, supongo que sólo gustamos a quien está dispuesto a dejarse seducir, y sólo convencemos a quien quiere dejarse convencer, y sólo es capaz de querernos quien ha decidido que ya nos quiere.

Como ocurre siempre que uno no está demasiado convencido de querer marcharse, esta despedida se prolonga ya más de la cuenta. Si no fuese porque una de mis convicciones inamovibles es la de que, a la hora de escribir, no hay que andarse con demasiadas tonterías, y mucho menos con experimentos pueriles de esos que tanto entusiasman a los biznietos de la vanguardia, dejaría la oración incompleta y el resto de la página en blanco. Pero eso supondría una puerilidad experimental, para dar a entender que aquí nada termina de un modo definitivo, porque nada empezó de una forma tajante. Lo cierto es que en los libros de fragmentos cualquier página es un principio y un final. O eso, al menos, sería lo que uno desearía para este ejercicio de errancia y vagabundeo.

Abrí el libro por boca de Gavin Stevens, uno de los personajes más memorables de entre los memorables personajes de Faulkner. No hay que sacar conclusiones morales; la gente hace las cosas lo mejor que puede, nos advierte. Stevens es un filósofo a su pesar, y alguien que trata de entender, compadeciéndola y compadeciéndose, a la condición humana. En este libro, contraviniendo sus consejos, he sacado más conclusiones morales de las que resulta juicioso y conveniente sacar. Ruego que no se extraigan demasiadas conclusiones morales de las conclusiones morales que aquí se extraen. Si pudiese, cambiaría todo el deambular de estas páginas por esa línea conmovedora de Stevens, en la que sí creo inamoviblemente, porque la gente trata de hacer las cosas lo mejor que puede. Nosotros, los pobres desgraciados hijos de perra.



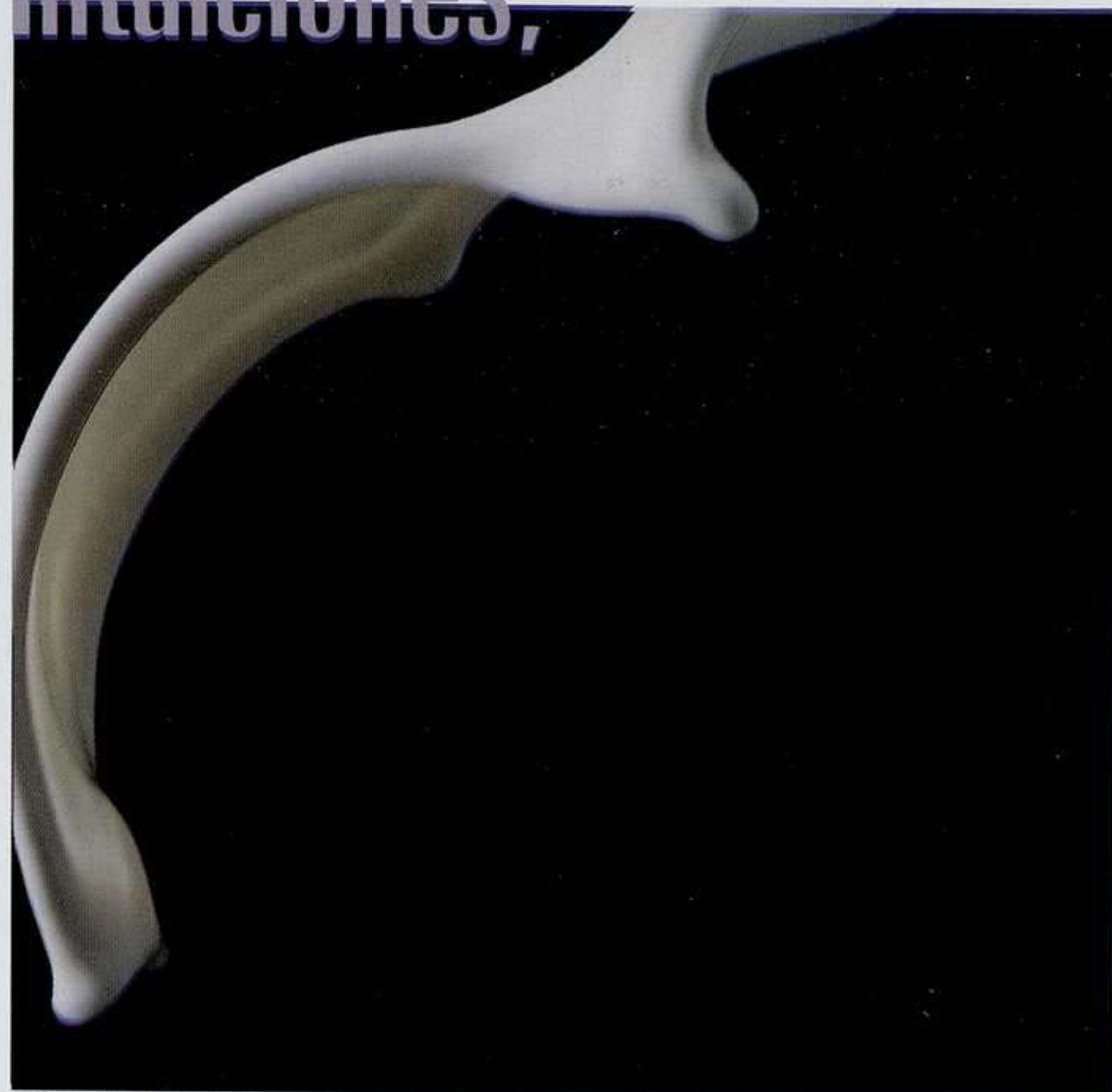
La partida, 1977

Invitación a la prudencia

Cuanto te oigo decir: *Vamos a ser felices,*
relleno el cargador con munición blindada.
Si me prometes viajes, sábanas memorables,
amor a quemarropa, renovada ilusión,
creo un inconveniente seguir aún con vida.
Tus esperanzas son el más funesto augurio
y me intimida el hecho de que propongas treguas.
Esa felicidad que para mí convocas
tiene el sabor amargo de las sangres más tristes.

De *El último de la fiesta*, 1987

Intuiciones,



Concha Prada

Leche derramada III



Leche derramada IX

sospechas



Leche derramada XI

y vislumbres

La poesía no constituye un asunto de intenciones, es cierto. (Si fuese así, todos seríamos el mejor poeta de todos los tiempos, en todas las lenguas conocidas.) Y sin embargo, se necesitan algunas intenciones para escribir poesía. El mero hecho de componer un poema significa la encarnación, si no de algunas ideas previas, sí al menos de vislumbres, de nebulosas percepciones, que son las formas que adquieren las ideas en quienes no son propensos a tenerlas de manera ordenada.



En la ventana

Felipe Benítez Reyes

Álvaro García

Abelardo Linares

Joan Margarit

Miguel Ángel Velasco

Luis Antonio de Villena

ILUSTRA Montserrat Soto

LETANÍAS

Perro entre las tinieblas refulgentes,
trastornado de luna y de ginebra.
Nocturnal perro loco que muerdes en el hombro a las muchachas.
Loco perro vampírico que sales de la cripta perfumado.
Perro de pura rabia
que olfateas el rastro del Cielo en los infiernos,
la huella de Dios padre en un tacón de aguja.

Ladra por nosotros.

Plaga de la Albufera.
Comedor de pirañas en Perú.
Corredor de los montes coronados de bruma.
Ángel con un tridente de diablo que baila.
Derviche de tu sombra.
Sombra fuera de ti.

Ten piedad de nosotros.

Merlín del alba clara.
Alquimista difuso en fumarolas.
Druida entre mandrágora y azufres,
con tu libro de salmos exaltados.
Último de la fiesta que no acaba.
Furtivo de la vida de frontera.

Canta tú por nosotros.

Luzbel de juglaría.
Juglar fantasmagórico.
Heraldo metafísico del futuro que esplende
como una incertidumbre sacrosanta.
Vidente del abismo que aún queda por abrirse.

Danos siempre la mano.

Padre amantísimo.
Pira de las virtudes.
Tabernáculo santo en que sangra el Cordero.
Consuelo de alucinados.

Esclavo de metáforas, ladrón de sinestesias.
Dandi de los submundos.
Digno de toda alabanza.
Mordido por serpientes
que mueren al morderte.

Ruega por nosotros.

Carlos Marzal.
Marzalito.
Traspasado por una lanza.
Espía en Jericó.
Jodido Perro Loco, delicia de todos los santos.
Marine sin igual en la batalla.

The happy few, the proud.

Hermano en esta farsa prodigiosa.
Camarada en el fuego en que te quemas.
Deseado de los collados eternos.
Pie que aplasta la cabeza soberbia del dragón.
Puerto de caridad de los naufragios.
Reclamo de Adán y rescate de Eva.

Funde tú los metales.

Arma virumque cano troiae...
Tú que alientas los pecados del mundo,

ora pro nobis.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas incumplidas
y el perdón eterno por nuestras faltas eternas en esta vida fugaz,

ora semper pro nobis.

Felipe Benítez Reyes

C. M.

Carlos sacude un dedo cuando habla,
y otras veces lo gira
como —si removiera lo que dice
o le moviera el hielo a la conversación.

En poemas de Carlos
tiene el misterio un frío sin atar:
más aún que el que duda desvelado
y ciñe reflexión sobre la vida,
hay un Marzal que fía a la palabra
y trata variaciones sobre una contraseña
con palabras que unen realidades contrarias
y que nos van llevando a donde no sabemos
sin conclusión ni duda:
la demora
del sentido en la noche.

Álvaro García



EL FESTIN DE LAS PALABRAS

*Para Carlos Marzal,
numeroso y solitario en su tierra de Frontera.*

Los descoloridos y apolillados prejuicios de la derecha,
los prejuicios novísimos, aún relucientes, de la izquierda.
La verdad de ayer, la verdad de mañana,
la verdad sin ayer ni mañana de este instante,
de este mismo instante, oloroso a hierba recién cortada y honda tierra
húmeda

o a tabaco frío y papel de periódico,
de este mismo instante que ya es fatalmente otro,
porque, aunque todo lo que es quiere permanecer en su ser,
como decía ese gran humorista, el viejo Heráclito,
todo se muda, también, y se transforma y fluye eternamente,
muriendo para renacer, renaciendo para morir,
sed incesante que nunca se calma dos veces en las mismas aguas.
Pero abrevamos en esas aguas nuestra sed de eternidad,
nuestra infinita sed de eternidad a la que no nos atrevemos a llamar
olvido.

Bebemos, como en ricas copas, demorándonos, las grandes palabras,
nos emborrachamos hasta la náusea con las grandes palabras,
devoramos, hasta apurar su supurante tuétano, las grandes palabras,
esas mismas grandes palabras que a su vez nos devoran
como los soles negros devoran toda luz.

Por todo eso, porque todo gira encadenado a una infinita rueda
cuyo oscuro eje inmóvil es el deseo,
detente ahora a escuchar el preciso y sutil mecanismo
que obliga al movimiento de esa rueda, atiende ahora, bajo la noche
inmensa,
sin palabras, al íntimo, sigiloso ruido del girar del universo.

Quizás su secreta música sea la de tu corazón.

Abelardo Linares

Amic Carlos: mirant pel finestral
cap als jardins deserts i ben cuidats
de Herzliya, que arriben fins al mar,
i sentint el soroll, que mai no para,
de l'autopista Haifa-Tel Aviv,
m'he sentit trist mentre me'n adonava
que ja hi ha grans poetes que podrieu,
com tu, haver estat fills meus.
Que no llegiré mai el que escriureu
en arribar als meus anys.

Creuades pel vent fosc de la memòria,
llampurnegen les llums de la ciutat:
cada una és un dels nens i nenes morts
en els camps d'extermini. Els seus noms
els murmura una veu mentre les llàgrimes
pel que no té remei baixen pels murs
com per una cisterna de dolor.
Les paraules en àrab i en hebreu
són del color del terra del desert
quan surt el sol. És el mateix color
de la pedra rosada on van rentar
el cos mort de Jesús. Jerusalem
és un cable on es posen els ocells,
que aquí són capellans de tota mena,
barbuts i amb vestits foscos, i jueus
ortodoxes resant davant del mur,
obsessos, bombejant des d'un pou sec.

CARTA DE ISRAEL / *Febrero de 2005* // Amigo Carlos: en el ventanal, / frente a estos jardines cuidados y sin nadie, / de Herzliya, que llegan hasta el mar, / y escuchando el rumor, que nunca cesa, / de la autopista Haifa-Tel Aviv, / me he sentido triste al darme cuenta / que hay ya grandes poetas / como tú que podríais ser mis hijos. / Que no leeré nunca / lo que un día a mi edad escribiréis. // Cruzadas por oscuros vientos de la memoria, / la ciudad siente destellar sus luces: / cada una es un niño o una niña / muertos en campos de exterminio. Nombres / que murmura una voz mientras las lágrimas / irremediables bajan por los muros / como en una cisterna de dolor. / Hebrea o árabe, las lenguas son / del color de la tierra del desierto / al levantarse el sol. También es el color / de la piedra rosada donde el cuerpo / muerto de Jesucristo fue lavado. / Jerusalén es como un cable / donde van a posarse toda clase / de pájaros, que aquí son sacerdotes / barbudos,

Els soldats d'uniformes verd oliva,
les seves armes negres i els seus ulls
ferotges, espantats, tendres, cruels,
vigilen, rere un mur de formigó,
llocs sagrats que no són res més que un nom
però que té la força dels poemes
que escrius i que escriuràs. Carlos, amic:
el millor de nosaltres també és por.

Entre les roques del desert se sent
constantment la presència d'algú.
La sang que es va vessar en la fortalesa
ara és aquesta pols que està mirant
desde l'alçària vers l'horitzó:
és la pols que trepitjo en el silenci
d'un matí gèlid dos mil anys després.
Penso en la meva història, també
una pols delicada amb la que faig,
mesclada amb llàgrimes, aquest morter
per construir el mur de l'oblit.
Com el Mar Mort, inútil de tan blau,
és la meva tristesa: el desert
mor en platges de sal, la pura llum
de la paraula amor, dita amb respecte.

En el pou sec dels mites he llençat
tots els del meu passat, i sento l'eco
transhumant de la llei que sobreviu
en la intempèrie de tants de símbols.
Sigui el qui sigui avui, la meva vida
és un mosaic que, per poder compondre'l,
va caldre esmicolar prèviament.
Sempre ha estat necessària, primer, una gran destrossa.
Després, com recordar si un no és amarg?

con ropajes oscuros, y judíos/ortodoxos que rezan frente al muro,/bombeando, obsesos, desde un pozo seco.//Soldados de uniforme verde oliva/con armas negras y con ojos tiernos,/feroces, asustados y crueles,/vigilan, tras un muro de hormigón,/lugares santos que son sólo un nombre, /pero con esta fuerza de los versos/que ya has escrito o los que escribirás./Lo mejor de nosotros es también,/Carlos, amigo, el miedo. //Entre las rocas del desierto /se siente siempre la presencia de alguien./La sangre derramada en esta fortaleza/es el polvo que ahora está mirando/ desde su propia altura al horizonte:/el polvo que en silencio estoy pisando,/dos mil años después, una mañana gélida./Y pienso que mi historia también es/un delicado polvo que, mezclado /con lágrimas, amasa este mortero/para construir el muro del olvido./Como el Mar Muerto con su azul inútil/es mi tristeza: el desierto muere/en las playas de sal, la pura luz/de la palabra amor,

D'això en podria dir metalls pesats,
penso, mentre imagino els teus ulls greus,
resplendents de negror en la intimitat:
metalls irradiant
des del centre on sorgeixen els teus versos,
poeta fosc i lluminós alhora,
Carlos, com el Mar Mort
clavat en el desert una nit sense lluna.

En l'aeroport, el policia,
educat, perillós, pregunta ràpid
i torna a preguntar, fred com una arma:
el comiat té aquest somriure dur.
I mentre l'avió s'està enlairant
amb un lleu sobrepès —els mil·ligrams
del meu record— els llums de la ciutat
són agressius com una mala mar.

Joan Margarit

que digo con respeto. // En el pozo reseco de los mitos / arrojo todos los de mi pasado / y puedo oír el eco
trashumante / de aquella ley que sobrevive aún / en la vasta intemperie de los símbolos. / Mi vida, sea lo
que sea ahora, / es un mosaico: para componerlo, / debió romperse antes en pequeños pedazos. / Siempre
han sido precisos grandes destrozos previos. / Después, ¿cómo podría, / si uno no es amargo, recordar?
// Debería llamar a todo esto / metal pesado, pienso, imaginando / tus ojos graves y resplandecientes / de
negrura en su propia intimidad, / metales irradiantes desde el centro / del que surgen tus versos, poeta
oscuro, / luminoso a la vez, metal pesado / como el Mar Muerto, Carlos, / clavado en el desierto una
noche sin luna. // En el aeropuerto, el policía, / peligroso, educado, me pregunta / rápidamente y vuelve
a preguntar, / tan frío como un arma. / Dura sonrisa la de despedida. / Y mientras el avión comienza
a despegar / llevando ese ligero sobrepeso / de mi recuerdo —sólo unos miligramos— / la ciudad me
despide con sus luces / agresivas como una mala mar.

PERRO EN FUGA

(Para Carlos Marzal)

Ese perro me huye
sorprendido en su afán en esta mansa
mañana de febrero. Yo le silbo
y me huye, mancha negra
por entre los almendros de nevada
sazón. Le silbo suave
y se afila
su huida
en una cuña
de sombra, en una herida
que exhala el llano y su estertor florido.

¿He de volver a verlo aún otra vez
por entre nieves, lampos, crudos cúmulos,
cuando huyan por los bordes
de un punto ciego ramas, horizontes,
miedos, amor, fatiga en fuga última
suspendido en el salto al perro negro?



Cortesía Galería Luis Adelantado

Miguel Ángel Velasco

SONETO IMPURO CELEBRANDO A CARLOS MARZAL,
GRAN POETA DE PAÍSES NOCTURNOS
Y METALES PESADOS

Forjado en noches de feliz ventura
donde turbios bogaban desalientos,
crecía el pensamiento en placer y locura
allí donde el poema es brasa de Aqueronte ...

No haces con el hierro flámula o cresta
sino que tu metal sirve de soporte al día
y el ánimo se templea en yunque ardido
porque el dolor se vuelva lumbre limpia.

Así, noble Marzal, querido Carlos, tu verso
haces volviendo el daño en oro
puro, en arquitrabe feliz y adiamantado.

La tierra del pensar y el sentimiento
a tus palabras-ley se abre en cien surcos
y tu verso es el **dictum** que los colma.

Un verso donde pesa el buen sentido
y donde alumbra luz de noche el reino.

Madrid, 28 de Marzo de 2005

Luis Antonio de Villena

carlos marzal
dos solos de diana valenciana

Joaquín Sabina

ILUSTRA Manolo Valdés

*Este capítulo está dedicado a Carlos Marzal
para que no brille tanto por su ausencia.*

Borrachos en un bar de El Escorial
con una copa de presentimientos
pensando en no pasárnoslo fatal
ahuyentando los malos pensamientos.

La vida no es un sueño desleal
ni un fuego desatado de sarmientos,
a mí el licor del bien me sabe mal
aunque no soy doctor en sufrimientos.

Pero el mundo del arte, esa ironía,
coge la escoba fiel de la poesía
y lo demás depende de mi alma.

Que no puedas hallar jamás la calma,
que no te engañe el viento del levante
y que el volver sea siempre un adelante.

LUIS GARCÍA MONTERO, FELIPE BENÍTEZ REYES Y CARLOS MARZAL

El Escorial agosto del 2002



360

- 14/05/03 -



360

14/05/03

TAL Y TAL Y TAL

Felipe, un tal García, un tal Marzal
quisieron enredar mi enredadera
jartos de copas en El Escorial
una noche con daños a terceras.

Digo lo que permita tal y tal,
marchita como está la primavera,
si la cuestión duda entre el bien y el mal,
mi corazón palpita en la frontera.

Quiero decir los cuatro corazones,
ahitos de sonetos y canciones
del más acá, tiro porque me toca,

os echo un pulso a sílabas cuntadas,
nada rima mejor con madrugada
que el subsuelo del cielo de la boca.

JOAQUÍN SABINA

Madrid, 4 de Mayo de 2003

Con un poco de retraso, por viajes y gastroenteritis múltiples, aquí va, Joaquín, el soneto prometido, en conmemoración de mi noche en tu casa. Me lo pasé muy bien, gosé de lo lindo, ché. Ojalá te guste. Está hecho, si no con todo el arte, sí con todo el cariño. Un abrazo muy fuerte para ti y un beso para Jimena.

Marzalito

7 de diciembre de 2004

**de cómo el peregrino carlos marzal alcanzó la
revelación de la voluntad, también llamada la cosa en
sí, con la ayuda de san ángel gonzález y del reverendo
padre joaquín sabina, en el cenobio madrileño de
molina, tirso**

Soneto con estrambótico, más que con estrambote

Fue en Tirso de Molina, en el santuario
donde Joaquín predica en calcetines,
mientras canta boleros y maitines,
con voz de buscavidas tabernario.

Yo estaba muy libado, como un saurio
feliz entre lagartos borrachines.
Ángel González dijo: ¡Serafines,
cantadnos un corrido legendario!

Y sonó José Alfredo en las alturas,
con su saber de sacerdote sumo.
Sentí en mi corazón acupunturas

y un derramarme todo hacia mi zumo.
Y vi *la cosa en sí*, sin florituras,
toda amistad, de carne envuelta en humo.

(—Metafísico estás,
peregrino Marzal, con tanto grumo.
—Debe de ser verdad. Es que no fumo.)

Madrid, diciembre 2004

Querido Carlos:

Con disparatada alegría recibimos ayer tu estrambótico sonético.
¡Qué risa, qué honor, qué prosodia, qué arte! Republicanamente
delicioso. Todas las gracias y más. Tu techo está por las nubes; mi
respuesta se conforma con saludos desde el tercio. Queremos más
noches como aquella. Viva Valencia. Siempre,

Joaquín Sabina

Botellas de vino, 1994





H.C. IV/XV

VINDEF-

CON CARLITOS

Una noche con Carlitos
Marzal de los marzalitos
valencianos,
hablamos como poetas
de dáctilos y de tetas
a four manos.

Y, entre Brines, Bodeleres,
dry martínez y plumieres
vis a vos,
fue cayendo el cochifrito
y de postre un canutito
goma dos.

Como follero mayor
te llamo al orden, señor,
metal pesado,
nocturnos países, pan
de los que vienen y van
al otro lado.

Fuera de mí queda vida
de frontera malherida
y bien amada,
el último de la fiesta
como quien sabe contesta
marzaladas.

Joaquín Sabina
Madrid, noviembre 2004

carlos marzal
Torturas succulentas

Alex Francés *Escucha la voz de Buda, 2002*

Cortesía de Galeria Luis Adelantado

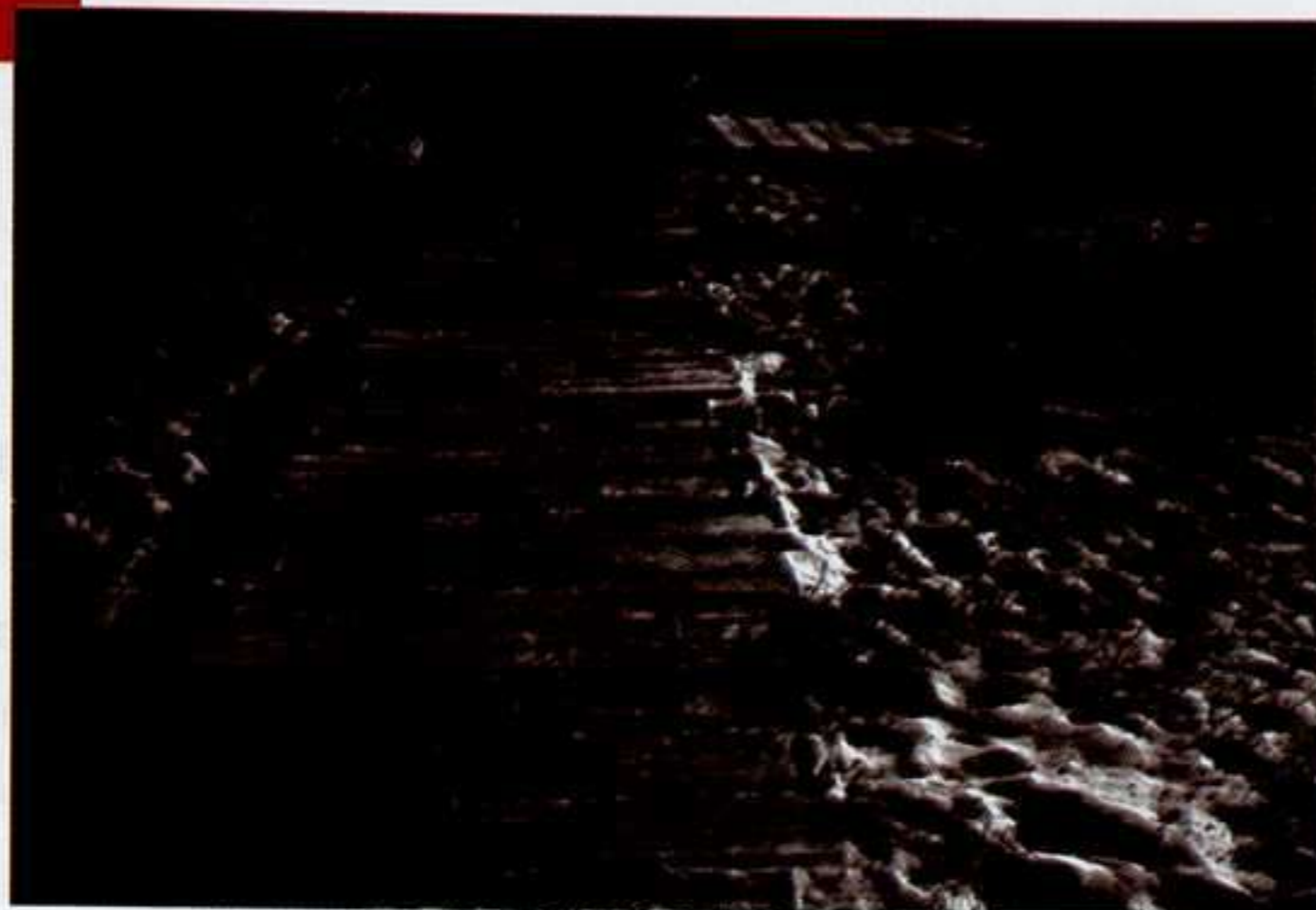




Carmen Calvo. *Pero fatiga, sobre todo fatiga*, 2000

La condición de articulista habitual acarrea una mezcla curiosa de placer y tortura. En mi caso, es una obligación —es decir, algo que nos tortura con frecuencia— en la que casi siempre suelo encontrar el puro goce de la escritura. A veces imagino el paraíso literario como un lugar en donde sus habitantes no aspiran más que a escribir de vez en cuando artículos espléndidamente pagados, sin apetito de convertirse en poetas, novelistas o filósofos. Ni qué decir tiene que el tipo de artículo que me interesa, como lector y escritor de periódicos, es el *literario* —es decir, el que aspira a dejarse leer como literatura—, y que suele despreciar las más de las veces esa entelequia que solemos conocer bajo el nombre de *actualidad*. En no pocas ocasiones, siento el pasmo de que me permitan publicar caprichos como los que me permito, pero supongo que los directores de las secciones en donde se incluyen estas páginas con regularidad, desde el año 2002, bajo los nombres de *Complicidades* y *Hotel del Universo*, poseen un generoso concepto del periodismo: un lugar en donde debe haber de todo, una botica con farmacopea muy variada, incluidas —digamos— las hierbas psicoactivas.

En cualquier caso, siempre he creído, como gustoso lector del género, en diarios y libros, que las virtudes literarias no conocen dónde se asientan, y que, además, están hechas de destellos, de fulguraciones, aquello mismo que alimenta —que debería alimentar— los buenos artículos: un vislumbre, una frase feliz, una paradoja en marcha, una idea bien traída hasta la fábrica del corazón y de la inteligencia. Si algo de todo ello se esconde en alguno de estos artículos, el torturado y gustoso autor que los escribió se da por satisfecho, como se da por contento al guardarlos aquí y haberlos salvado de su destino, ese visto y no visto de la prensa escrita.



Geles Mit *Camino 2*

Existe en los individuos una facultad del temperamento que conduce a ver por debajo de lo que se mira, a saber por detrás de lo que se percibe, a extraviarse más allá de aquello con lo que se tropieza. No se trata de una afición, sino de una propensión. Es una servidumbre del espíritu, una aptitud de los sentidos que acaba por convertirse en un vicio y una fidelidad del ánimo. Si tuviese que ponerle nombre a esa aptitud —y poner nombres representa una manera de celebrar las cosas mediante las palabras, de convertir las palabras en algo semejante a las cosas y a las acciones—, la llamaría *mirada abisal*, o *inclinación al envés*, o *simpatía de trastienda*. No consiste en una virtud; se trata, más bien, de un rasgo fisiológico, algo semejante a una manera de digerir la realidad mediante la conciencia que de la realidad adquirimos. Si en asuntos de pensamiento orgánico podemos decir que somos lo que comemos, en problemas de sabiduría oftálmica podemos afirmar que vivimos conforme a lo que somos capaces de ver en aquello que miramos. De la relación entre nuestras facultades visuales y nuestro genio de digestión en la mirada depende nos sólo el volumen del aprendizaje, sino también la felicidad del individuo. Las desproporciones generan desdicha: quien ve mucho, pero digiere poco de lo real, sufre; quien ve poco, pero se empeña en rumiar y rumiar lo poco que ve, sufre también. Los cínicos recomiendan ver poco, digerir menos y no saber nada. Los mártires del conocimiento cantan la demasía siempre: hay que verlo todo, absorberlo todo, y marcharse a las profundidades, porque, como dijo un poeta, sólo quienes piensan lo más hondo amarán lo más intenso. Otro poeta, el cirujano emotivamente frío T. S. Eliot, diagnosticó en un verso esta pasión por el dorso de las cosas, por la espalda de todo lo vivo, cuando hablaba del dramaturgo inglés John Webster, aunque en este caso se refería al apego fúnebre del isabelino: *Webster veía la calavera bajo la piel*.

Yo he pisado la vieja tarima de un viejo hotel de paso y he visto —es un decir— la calavera bajo mis pies. A veces me asaltan las elucubraciones de trastienda, los raptos hacia el envés de los objetos, tiran de mí los lazos invisibles de las cosas visibles y me empujan a su abismo. Cuando cruje la vieja tarima de un viejo hotel de paso, no está crujiendo la madera, sino que nos estamos adentrando en el bosque. Pero no en un

bosque de árboles abstractos y geometrizados: eso representa al fin y al cabo un suelo de tarima, un bosque doméstico, un bosque pasado por la cabeza de los hombres, reducido a su idea, trazado con el hacha y la escofina, y maquillado de barniz. Cuando pisamos la tarima vieja de un viejo hotel nos perdemos en un bosque de vidas.

Es el eco de los pasos antiguos el que sobreviene, de los pasos perdidos y recuperados en el crujir indistinto de la madera única. Yo escucho pies descalzos de amantes clandestinos, pies que pisan fuerte en el afán de los negocios óptimos, pies vencidos de ancianos en derrota, camino de sus deserciones; pies de criadas que enceran la tarima para que resplandezca bajo los pies de los recién casados, que entran con buen pie a su palacio nupcial. En el eco de la tarima se despliegan las ondas que acumulan todas las pisadas antiguas, como en las circunvoluciones de un tronco se cifran las edades. Pies con premura para no perder trenes, pies de puntillas para no despertar a los dormidos, pies culpables que vuelven a deshora. Pies ¿para qué os quiero?

Para que trasportéis mi calavera, para que piséis por mí, en los pasos ajenos, para que rubriquéis mi vivir sobre la arena fugitiva de esta playa de hotel que es una tarima vieja, y que lleva el recuento de todas nuestras olas, traídas y llevadas a lomos de zapatos, esas huellas que somos.



Geles Mit *Disyuntivas posibles*. Durante todo un día y toda una noche permanecí allí, cercano al abismo

El estatuto mágico que adquieren las cosas sólo existe con lo que no se conoce en absoluto o con lo que se conoce demasiado. Con aquello que, por desconocido, por ajeno, nos parece asunto de brujería, y con todo aquello que por conocido hasta la saciedad nos asombra que pueda seguir existiendo. La magia de no importa qué se manifiesta en su extrañeza a los profanos y a los sumos expertos. Para el resto de los hombres, para los meros conocedores, la realidad suele ser sólo realidad, un hábito, una costumbre, la magia despojada del conjuro, de sus pases de mano y de su varita de prestidigitador. El amor, digamos, sólo es mágico para el enamorado que lo descubre y aún no percibe hacia dónde se encamina, o para quien está de vuelta de él, tan acostumbrado a su presencia, imperceptible ahora, que ese mismo tesón se le vuelve un prodigio. La maravilla requiere dos formas de ceguera: o bien la de quien abre los ojos a las cosas, o bien la de quien termina por cerrarlos, de tan cansado como está de ver con los ojos abiertos, y prefiere aventurarse en la mirada del paisaje interior.

Para quienes pertenecemos a la facción de los expertos en no serlo de nada, casi todo posee la condición mágica. Los barcos y los caballos, los electrones y el nacimiento de los ríos, la astronomía y la tabla periódica. El flujo sanguíneo, las mareas, la germinación de las semillas. Y no digamos los puentes.

Los puentes consisten en aquello que los poetas han anhelado desde siempre, pero que desde siempre las palabras han negado a los poetas: que el verbo se haga carne y habite entre nosotros, que sea un acto, al margen del mero acto verbal. Un puente es una metáfora puesta en pie, aquello que Huidobro reclamaba, cuando exigía que no dijésemos un árbol, sino que lo hiciéramos florecer en el poema. Las metáforas son un puente intangible, un vínculo entre dos extremos alejados del sentido, que aproxima el hallazgo de la imagen, y un puente representa eso mismo como concepto y como obra.

Que donde no haya nada algo exista, que entre dos extremos de apariencia inalcanzable se dé la cercanía, la hermandad en el espacio: eso es un puente. La casa y el puente son las dos construcciones sagradas y elementales que el hombre ha sabido concederse. De ahí que el primer gesto de barbarie, de inhumanidad, consista en volar los puentes y quemar las casas. Un gesto sólo temporal, porque donde haya alguien que necesite guarecerse volveremos a levantar la casa, y donde exista un lugar que trasponer, otra ribera a la que soñemos cruzar, alzaremos de nuevo el puente.

No sé en qué desgraciado momento de la lengua perdió el sustantivo puente el género que le corresponde por espíritu, que es el femenino. La puente de plata, como dice el refrán en su acierto. Las puentes tienen algo de maternal y cuidadoso, de adoptivo para con quien las cruza. No tengas miedo, ven, voy a depositarte al otro lado, para que sigas tu camino. No tengas miedo, ven, no hay una tierra que no puedas hollar, ni un abismo que no puedas salvar, ni una ruta que no puedas abrir. Pisa mi piedras húmedas, por las que han desfilado los animales y los hombres. Escucha cómo crujen mis traviesas de sabina olorosa, que permanecen firmes, para ti, sobre el vacío. Mira esta urdimbre

de acero que flota por el aire, en medio de la ausencia. Aquí se eleva, para negar que exista lo imposible, esta mole de hormigón que es como un grácil sueño. Así hablan las puentes, las puentes de la guarda, las custodias puentes.

Somos ejemplares de una especie andariega, animales dispuestos a cruzar al otro lado, allí donde parece que no se debe ir, donde nos recomiendan que no nos aventuremos. Somos de la tribu que tiende mágicas puentes de plata para el amigo que viene.



Luis Ontoso *Tras la ventana*

Distintas nostalgias

Aunque profeso una suerte de inmovilismo absoluto en la consideración sentimental del ser humano —la idea de que nuestro espíritu, en su esencia, no puede cambiar mucho— imagino que hay nostalgias, dentro de la nostalgia inamovible, que son de naturaleza moderna. Por más que las elucubraciones acerca de la conciencia sean de carácter indemostrable, supongo que no es disparatado aventurar que hay razones para la melancolía que no conocieron los antiguos, nuestros estrictos contemporáneos en las cosas del alma, de quienes nos separan esas cosas del tiempo.

Fernando Pessoa, que fue un artista de la melancolía propia y de la ajena, ya sintió esas nostalgias flamantes, esas formas saudosas de estar en el mundo, que son nuevas, aunque no lo sean, porque no sólo nada hay tan viejo como la nostalgia, sino que el viejo tropiezo biológico en que consiste el ser humano resulta indisociable de la nostalgia. Tal como yo la entiendo en mis cavilaciones carentes de razón, es una linfa de sereno pesar, de alegre desasimiento, de feliz tristeza sin porqué ni a dónde, y que surca nuestras venas. Nada tiene que ver con la taciturnia, con la doliente pesadez de los pelmazos, con la supuración empalagosa de la hipocondría. Yo hablo de una nostalgia que produciría nostalgia el no tenerla, que resultaría pecado el no sufrirla. Una nostalgia que no se desconcierta de sentirse ni de decir su nombre, y que se enorgullecería de ser así de nostálgica, si no fuese porque el orgullo es un sentimiento demasiado vigoroso, demasiado enérgico, y casa mal con la plácida nostalgia. Mi nostalgia es de índole abdicada, de naturaleza dimitida, de temple desertor; pero de quien deserta por convencimiento de que esa es la mejor de las acciones, de quien dimite para pararse a contemplar el mundo, de quien abdica de los tronos que no existen, por vocación de monarca inútil sobre sus asuntos sin importancia. Esa nostalgia es de una arcilla satisfecha de nada, de un barro hechizado por cada una de las minucias.

¿Nostalgia de qué? Nostalgia de todo. De aquel minúsculo claustro amniótico —por qué no—, allí en el calor amable del vientre orgulloso donde nos mecíamos, protegidos del mundo, a salvo de la vida cuando ya éramos la misma vida, olvidados de los hombres cuando ya contábamos en el bando de los hombres, desentendidos de la Historia cuando la Historia ya había echado a rodar. Nostalgia por la infancia con el caballo de madera que todos hemos montado en la infancia, y que en el caso de no haberlo hecho nos genera más nostalgia aún, porque si la pérdida es un motor nostálgico, más lo es todavía la suma de lo que nunca se tuvo. Nostalgia de la adolescencia, la estación salvaje de la vida que no puede pararse a sentir nostalgia alguna, esa aflicción de las conciencias avejentadas. Nostalgia del porvenir, nostalgia

incluso por la contemplación amorosa de la vida desde la otra orilla. Nostalgia de la nostalgia, como un éxtasis malsano de perfume imposible.

La nostalgia fresca que degustaba más arriba se genera en el principio de razón laberíntica, porque la sensación de extravío, la certeza del frenesí equivocado, constituyen al hombre moderno. No se trata de que los antiguos no se sintiesen alguna vez perdidos en el mundo, sino de que nosotros no podemos concebir el mundo sin sentirnos perdidos. Lejos de casa, aunque estemos en casa. Fuera de nosotros, por más que estemos en nosotros mismos. Arrojos del centro de no sabemos dónde, por más que nos hayamos soñado en el ombligo de la tierra. Casi todo es una metáfora nostálgica de no comprendemos qué, de no entendemos cómo, de no concebimos cuándo: esas estrellas que colman el firmamento; ese firmamento surcado por miles de aviones; esos aviones repletos de pasajeros desconocidos; esos pasajeros ignotos que transportan maletas por túneles metálicos; esas maletas atestadas de objetos incontables. La nostalgia, que no cabe en ningún lugar, cabe en una maleta que no reclama nadie.



Carmen Calvo *Creer estar dormidos en rosa paraíso, 2005*

una variedad del sueño

cuestionario por Lorenzo Saval

¿Quién desearías que te soñara una tibia noche de verano?

Los sueños representan un asunto espinoso. El relato de los sueños, además de espinoso, suele ser aburrido. Pocas cosas son tan agradables para quien las sufre, y tan insufribles para quien las escucha relatar. El infierno de la peor literatura está empedrado con las narraciones de los sueños de los demás, tan singulares, pero tan intercambiables, de excentricidad tan parecida. Como los hijos propios —a poco que nos dejemos llevar del entusiasmo—, nos hacen mucha gracia, y en cambio no despiertan casi ningún interés ajeno. No sólo no podemos ponernos en el lugar del otro, sino que no sabemos acceder al sueño del otro, ese lugar salvaje.

Escribir consiste, bien mirado, en una variedad del sueño: una variedad más fácil de manejar y compartir. Hablar por escrito de los sueños ajenos representa una modalidad onírica al cuadro: un laberinto de espejismos. De manera que no debemos complicar las cosas. Cuando sueño despierto —como ahora—, me limito al ámbito de lo posible, o de lo que es susceptible de realizarse. Alguien dirá que esa manera de soñar resulta poco soñadora. Tal vez. Con el tiempo, he dado en creer que la magia verdadera del mundo, el hechizo de la vida, reside en la voluptuosa, inabarcable y materna cotidianidad. De ahí que me conformo con ser una presencia clemente en el sueño de quien bien me quiera.



Carlos Marzal. Valencia, 2005

La mujer que encarna todas tus precisas perversiones surge desde la atmósfera oscura del bar. Estás solo e indefenso. Se te acerca después de una ráfaga terrible de miradas y te invita a su mesa. —¿Quieres jugar conmigo esta noche? —Te susurra al oído. Dices el sí más largo que ha salido nunca por tu boca. —A lo que tú quieras. Entonces esa mujer fascinante extrae de su bolso algo de metal, pesado, que se identifica rápidamente con un revólver. Si aprietas una vez el gatillo quizás tengas la noche más alucinante de tu vida, si aprietas otra vez no te arrepentirás y volverás otra noche a pedirmelo.

¿Cómo terminarías la historia?

Esta pregunta encierra una novela posible, y necesita alguna aclaración de orden narrativo. En primer lugar, mis perversiones —bastante inocentes— no son precisas, sino más bien vagas. Y en segundo lugar, como se trata de un sueño cinematográfico, esta invitación a divagar requiere un cinematográfico desenlace. Me gustan las historias que cuentan las películas de los años gloriosos del cine negro. Así que la mujer me arrastraría a un camino de perdición, con abundancia de robos a mano armada en sucursales bancarias, y profusión de largas noches de vino y rosas, hasta ser traicionado por la bella sin entrañas, y morir acribillado a balazos, en plena calle, bajo anuncios de neón que proclaman las excelencias de un paraíso tropical. Aunque también podíamos hacer una concesión afectiva, y despedir la escena en ese mismo paraíso del trópico, a la sombra de los cocoteros, en el instante en que la bella sin alma hace acto de contrición, decide cambiar de vida y me prepara un mojito muy frío.

¿Con qué elementos de tu memoria construirías un Ninot gigantesco para entregarlo al fuego?

Tengo muy poco espíritu fallero (como tantos de mis paisanos, a pesar de lo que el tópico pueda sugerir fuera de Valencia). La estética del ninot me desagrade profundamente, pero el fuego es sagrado, y me gusta el viejo ceremonial —contemporáneo, por otra parte— de quemar en la calle los trastos inservibles de todo un año, y empezar de nuevo, más ligeros, con menos ataduras. Quemar es corregir, y corregir suprimiendo representa la más profunda manera de crear y crecer. Suprimir todo lo superfluo, en el orden material y espiritual, debería de ser nuestra tarea. De modo que, en esa hoguera de trastos acumulados en la memoria, apilaría todo lo que reportara dolor y adversidad. Alguna vez he urdido la quimera de que pudiésemos tomar baños de fuego, para renacer, sin mácula, de nuestras cenizas agradecidas.

Me estoy quedando tan solo como se queda el torero después de matar al toro, escribió José Bergamín. ¿Cómo es la sombra de la soledad?

No sé si los magníficos versos de Bergamín dicen, más allá de su verdad privada, un verdad que se aproxime a lo que, por lo común, entendemos como la verdad, ese ensueño. La soledad del torero sin el toro constituye una forma benévola de la soledad, ya sea en mitad del aplauso o del abucheo que sigue a una faena, porque está provocada por el afecto de la admiración o del repudio. Supongo que la verdadera soledad, de la que sólo hablo por conjeturas, significa la falta de afecto: no poder dispensar afecto a la vida, y no poder recibir de la vida ningún afecto. La ausencia de amor, en cualquiera de sus manifestaciones, debe de ser la verdadera soledad, que tal vez no proyecte sombra alguna, porque toda ella es una luz, su luz negra.

Los restos del naufragio ¿Dónde aparecen? Hay una foto descolorida dentro de una carta oculta con dos seres besándose. ¿Quiénes son?

Los restos del naufragio aparecen allí donde las olas del mar quieren llevarlos, como nos sucede a nosotros con cada segundo de nuestra vida, que es también naufragio, con lo que ello supone de catástrofe y sorpresa, de tragedia y maravilla. Pensemos en que los restos esparcidos de un galeón significaban pérdida para los navegantes, y un tesoro a flote o hundido para quienes vivían en la costa. En esa metáfora se cifra una lección de perspectiva moral. La pareja que se besa en la foto de la carta oculta no sabemos quién es. Ahí radica la gran perplejidad. Ahí empieza el abismo. Podemos vislumbrar su amor, su entrega, su felicidad, y el hecho de que ahora casi todo sea pasto del olvido, una imagen borrosa, nos llena de asombro. Mientras, en el cielo, impasibles, discurren las nubes que ellos mismo vieron.

Descubren dos pasaportes con tu nombre y tu foto en el bolsillo de una gabardina abandonada al final de la fiesta. Uno está ensangrentado y el otro lleva el sello de un carmín. ¿Cuál es el auténtico?

Ninguno de los dos. Un pasaporte, un carnet, una fotografía, un retrato verbal sólo son parte de la historia. Una historia que, por otro lado, no está completa en ningún lugar. Nadie la sabe por entero, nadie puede explicarla, nadie la puede imaginar con verosimilitud. Vivir es conocer, sólo, parte de la historia.

Rafael Alberti y Octavio Paz ante la pregunta *¿cuál es tu lema?* del cuestionario Proust, responden citando a un autor. Alberti con Baudelaire: «¡Hombre libre tú siempre querrás el mar!» y Paz con San Juan de la Cruz: «deseando nada». ¿Cuál es el tuyo?

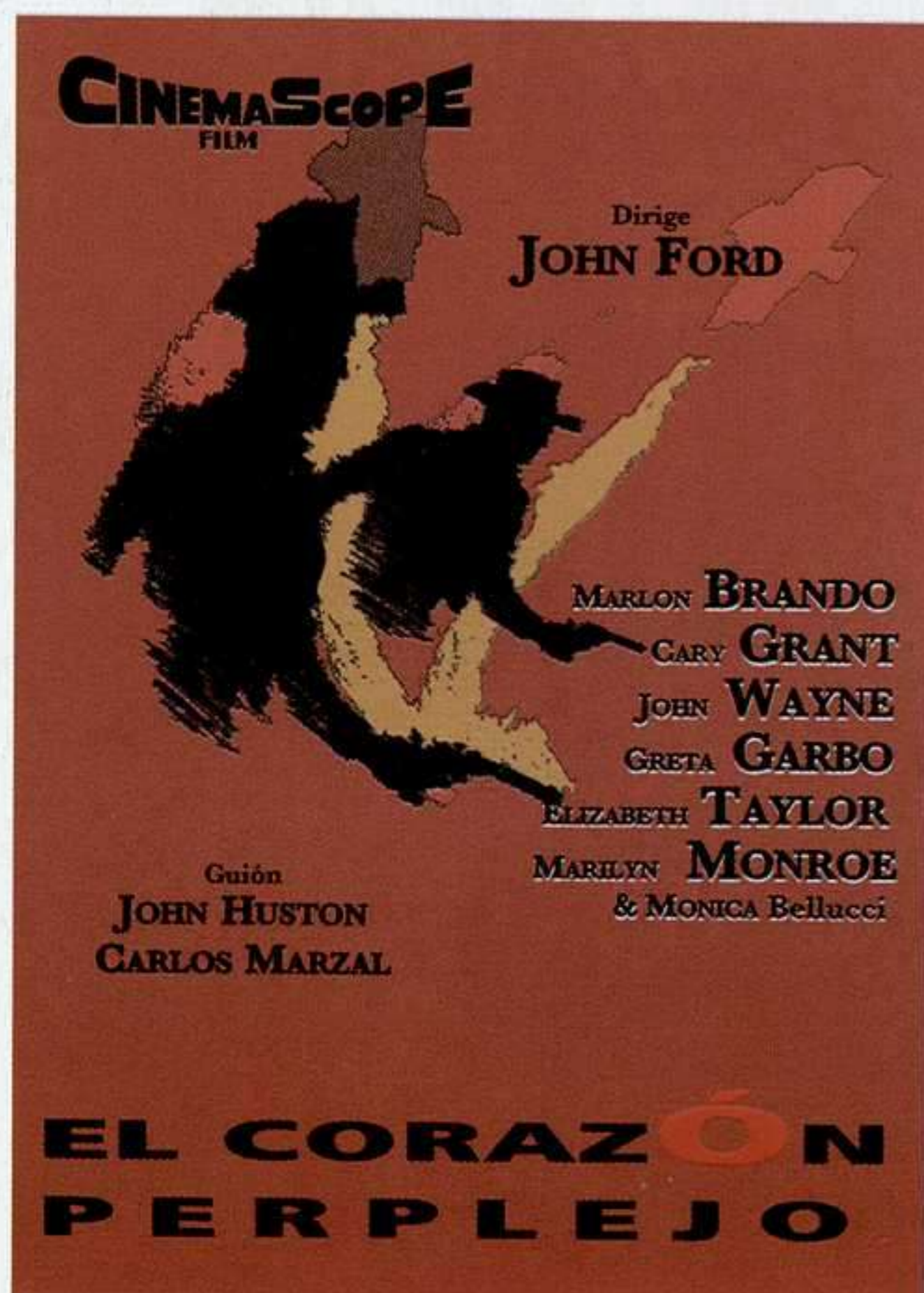
Lo dijo Quevedo, mi poeta: «Nada me desengaña. La vida me ha hechizado.»

Unos arqueólogos del futuro encuentran tu tumba perdida durante siglos. Con dificultad aun se puede leer en la piedra tu epitafio ¿Qué dice?, ¿dónde estaba? y ¿de quién era la otra tumba que apareció a su lado?

El lema anterior es también el mejor epitafio. Y nada significa que mienta en lo particular, porque dice la verdad de lo que importa. No es poca empresa soñar con vivir y morir bajo una misma divisa.

La tumba está en Valencia, o en Serra, en las montañas de la sierra Calderona, el paisaje que más amo. La muerte, supongo, ya es lo suficientemente exótica para buscarle más exotismos paisajísticos. Si allí desperté a los sentidos y a la vida, bien está que allí deponga la vida y los sentidos.

En cuanto a quién encuentran a mi lado los arqueólogos del futuro, vaya usted a saber. El azar, que es la gran divinidad, es también el gran humorista.



¿Qué título tendría esa película que narrara un episodio de tu vida y qué actores y actrices de todos los tiempos escogerías para que la interpretasen?

El título de mi poesía reunida podría servir para un buen cartel cinematográfico: *El corazón perplejo*. A pesar de lo que podría pensarse, sería un *western* tierno, sangriento y psicológico. Y como cuento con el mejor presupuesto de la historia, compartiría aventuras con Marlon Brando, Gary Grant, John Wayne, Greta Garbo, una jovencísima Elizabeth Taylor, Marilyn Monroe y —discúlpenme el capricho carnal— Monica Bellucci. Estaría dirigida por el viejo Ford, con el parche en el ojo, y con guión de Huston, con la botella en la mano.

**Decía Allan Wats, el filósofo de la contracultura: «Cuando tu gato se escapa en la noche, no siempre lo hace en busca de una aventura sexual, la mayoría de las veces se sienta y sólo mira las estrellas»
¿Cuando el poeta, el viajero ocasional, se escapa en la noche a dónde va?**

El gato de Allan Wats, de tanta leche psicotrópica como había tomado, estaba de vuelta de todo, pero mi gato, que goza de una morigerada vida gatuna, siempre que sale de noche, por los tejados, comete gatuperios con la primera gatita que le sale al paso. Por otra parte, yo le hubiese dicho a Allan Wats que los poetas, cuando meditan, no siempre lo hacen acerca de la cosa en sí, sino que la mayoría de las veces se sientan y sólo piensan en hermosas y complacientes mujeres.

¿Dónde duermen los monstruos que nunca mueren?

Los monstruos que nunca duermen tienen una suite privada en la privada suite de la conciencia. Con todo, no hay que exagerar. En esa suite, como en el camarote de los hermanos Marx, hay de todo: fantasmas, ángeles, payasos, vendedores ambulantes, bailarinas otomanas, enfermeras, domadores de circo. La conciencia, como la vida, es un zoco.

Escríbeme a modo de receta de cocina el plato para ser realmente feliz en este extraño banquete que es la vida.

Soy partidario de la cocina tradicional diaria, y de la experimentación en las ocasiones, por eso lo que resulta imprescindible es la materia prima y no enredar más de la cuenta. Cójase un buen temperamento, con predisposición natural a la alegría, déjese macerar unos cuantos años, y después dórese a la plancha, con unas gotas de buena suerte, y sírvase muy caliente con el mejor vino tinto, que es el de no pedir apenas nada, para que todo lo que se nos aparezca constituya un regalo. Como veis, es un plato sencillo y difícil, exquisito y completo.

Si tuvieras por un día la máquina del tiempo en el desván de tu casa ¿A que momento del pasado irías y a quién invitarías para que te acompañara?

Fletaría un barco, algo así como ese trasatlántico felliniano de E la nave va, y enrolaría a mi familia y mis amigos, con un pasaje innumerable —desde algún hermano ancestral, como el homo antecesor, hasta las musas más recientes del cine americano. Habría invitados de todos los ámbitos y para todos los gustos: Germánico y Aristóteles, Madame de Sévigné y Mesalina, Kant y Emil Zatopek, Fernando Pessoa y el gran Houdini. En este nuevo camarote de los Marx, haríamos un crucero aleatorio por todas las épocas del pasado,

para regresar, al cabo de mucho, hasta el presente, más sabios, más felices y, aventuro, con la sospecha de que, si bien el hombre no tiene remedio, cualquier momento es bueno para ser feliz. En el camino, echaríamos por la borda a los pesados, para dar de comer a los tiburones, o los abandonaríamos en las islas que nos salieran al paso, para que se entretuviesen con ellos los minotauros de turno.

Si una noche un ladrón se llevara tu corazón en una bolsa. ¿Qué crees que haría con él?

Primero, llevarse una desilusión, porque seguro que lo ha robado por error. Después, tratar de empeñarlo en una de las viejas sucursales del Monte de Piedad, y, con lo poco que le diesen, tomarse un chato de vino en una taberna oscura. En el caso de que no aceptasen el empeño, supongo que lo arrojaría en una cuneta, en donde mi corazón emprendería de nuevo su aventura terrestre.

¿Qué querías que dijeran de ti a un biógrafo futuro quienes te conocieron?

Después de referir las anécdotas concretas, algo así como Fue un buen tipo, amó a los suyos, trató de no hacer daño, y en su compañía lo pasábamos bien. La vida lo hechizaba.

Institut Valencià d'Art Modern

julio-diciembre 05



**El fuego bajo las cenizas.
De Picasso a Basquiat**
Mayo - agosto

**Marie-Anne
Poniatowska**
Mayo - julio

Cai Guo-Qiang
Mayo - junio

Dalí (El Quijote)
Mayo - agosto

Anthony Caro
Junio - septiembre

Fernando Sinaga
Junio - julio

Whistler-Music. Venecia
Julio - septiembre

Objetivo: Valencia
Julio - septiembre

H₂O
Septiembre - noviembre

Tony Bevan
Septiembre - noviembre

Xulio Cuaresma
Septiembre - noviembre

Colección Centro León
Septiembre - noviembre

La Mar de Arte
Noviembre - diciembre

Miquel Navarro
Noviembre - diciembre

Martín Chirino
Noviembre

**Mirada Fotográfica
Fundación Valencia**

C. F.
Noviembre - enero

Juan Barjola
Noviembre - enero

Juan Castejón. Quijote
Noviembre - enero

**Ingo Maurer. La luz que
alcanza la luna**
Diciembre - enero

**Carmen Calvo-
Francisco Brines**
Instituto Cervantes de
El Cairo
Julio - agosto

National Gallery de Amman
Septiembre - octubre

**Instituto Cervantes de
Beirut**
Noviembre - diciembre

EXPOSICIONES PERMANENTES:
Julio González

**La Colección fotográfica
del IVAM**

Ignacio Pinazo

De martes a domingo de 10 a 20 horas / Domingo entrada gratuita / Lunes cerrado

IVAM  Institut Valencià d'Art Modern

 GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE CULTURA, EDUCACIÓ I ESPORT

C/Guillem de Castro, 118
Telf: 96 386 30 00
Fax: 96 392 10 94
46003 Valencia
E-mail: ivam@ivam.es

www.ivam.es

La noche futura

José Andújar Almansa

Francisco Fortuny

Antonio Jiménez Millán

Noemí Montetes

Josep María Rodríguez

Pere Pena



carlos marzal o los itinerarios de la poesía

josé andújar almansa

ILUSTRA julio bosque

POCOS poetas concitan un acuerdo tan unánime en la lírica española reciente como el caso de Carlos Marzal. Y eso, aunque parezca paradójico, pese a tratarse de un autor de temprano y sólido reconocimiento, circunstancia esta, como se sabe, que suele provocar algunos agravios, recelos de vates incomprensidos que le ladran a la luna o francotiradores que disparan al bulto.

Los primeros libros de Marzal fueron señalándonos no sólo los rumbos adoptados por lo más significativo de su generación poética, sino el gesto además con que ésta había decidido posar en las fotografías. Entre los mejores testimonios de su tiempo literario se encuentran sin duda las páginas que prefiero de *La vida de frontera* (1991) o *Los países nocturnos* (1996), lugares donde descubrimos siempre una reflexión sobre la vida y sus aledaños, un modo de palpar la realidad que es también interpretación moral de esa realidad percibida a través de los ojos del sujeto que habla en los poemas: por una mirada un mundo, un mundo que se convierte en conciencia.

La expresión de los conflictos con el tiempo y la propia biografía, en que se resume la tentativa poética del primer Marzal, acabará en libros posteriores concentrando todo su interés en un afanoso escudriñamiento, una indagación sostenida que sirve al sujeto poético de *Metales pesados* (2001) y *Fuera de mí* (2004) para ahondar en una particular visión del mundo y la existencia. Se diría que desde *El último de la fiesta* (1987), libro en apariencia de una levedad ingeniosa, irónica, distanciada, la poesía de Carlos Marzal ha ido adquiriendo tono muscular, definiendo su complejidad en esa consistencia fibrilar del pensamiento que siente y del sentimiento que piensa, adensando la voz hasta convertirla casi en himno, como sucede en las últimas entregas del autor.

Es posible que, en su transcurso, la obra de Marzal haya podido provocar alguna desorientación crítica, queriendo ver en ella un súbito cambio de rumbo literario donde sólo existe ahondamiento y desarrollo; una cuestión, todo lo más, de planteamiento y desenlace. Ciertamente su personaje poético inicial, el protagonista de *El último de la fiesta*, es un tipo escéptico y desencantado, de un escepticismo traducido a veces, voluntariamente, en pose literaria, alguien incapaz de tomarse en serio la vida, esa mujer fácil, de mala nota, que nos hará interesante la velada y a la que no echamos demasiadas cuentas. Pero muy pronto comprendemos también que detrás de la metáfora de la fiesta, de las ocurrencias e ingeniosidades de su hechizo, de los bares últimos y de las noches de los sábados, irrumpe el desencanto con su rostro de domingo. A los restos de la fiesta de la noche anterior suceden inquietantes sombras. La resaca amarga no sólo es un alba machadiana, helada y sucia, sino la conciencia herida que nos devuelve al «enojoso tema de la vida» tras haber tocado fondo. Para Marzal, la vida está precisamente en lo que esa fiesta nos muestra y en lo que no quiere mostrarnos, en su antes y su después: música y destemplada luz. Aunque también, como nos asegura el poeta, «la vida estuvo siempre en otra parte», que es como decir que no estuvo nunca para nosotros:

Quizá nunca entendimos el libro de la vida,
o, entendiéndolo, nos negamos a admitir su desenlace:
que el ocultamiento y la indisposición sean su esencia.
Y un enigmático no acudir a las citas.
Y un íntimo estar siempre en otra parte.
Porque la vida estuvo siempre en otra parte.

Esa intuición de sentir la vida como algo distante la encontramos repetida en muchos otros momentos de su obra. Así justifica el autor, sin ir más lejos, el título de su siguiente libro, *La vida de frontera*:

la vida es una guerra de frontera,
pasada en desear lo inalcanzado,
mientras la vida queda al otro lado.

De la vida como fiesta a la vida como viaje, como trazado fronterizo. Porque si la vida es lo que persiste después de la mentida música y la noche artificiosa, también es lo que queda justo al otro lado del conjunto de nuestros actos consumados en alcanzarla. La poesía de Marzal no rehúye las metáforas ni los itinerarios de la modernidad. Sabe que todo viaje habla a su vez del regreso a uno mismo, del paisaje de una escisión que reclama siempre un trayecto de ida y vuelta. Adentrarse más allá conduce a un abismo que Marzal ha llamado «diligente» en uno de sus poemas, porque se recorta sobre los climas sombríos y el acantilado de nuestra propia subjetividad: un territorio



1996

íntimo y desolado al mismo tiempo, lo suficientemente extenso y reducido para agotarlo «en desear lo inalcanzado, / mientras la vida queda al otro lado». La imagen de ese recorrido se proyecta a lo largo de toda la primera etapa poética de Marzal, con su visión más amarga y desencantada en *Los países nocturnos*; también con la lucidez cortante de las contradicciones y los argumentos afilados. Se trata en muchos aspectos de un viaje al fondo de la noche, iniciado ya en *La vida de frontera* (y ahí quedan las referencias a Celine en textos como «Las bromas del destino (Celine á Meudon)» y «Le bout de la nuit», o el convencimiento del autor en un poema posterior, «La gloria necesaria», de que la verdadera gloria del poeta sólo será merecida por aquel que nos hable desde la noche). Pero a medida que el plan de ruta se hace más tortuoso y confuso, y el camino es el de la esperanza abatida y las creencias deshechas, la apuesta vitalista se redobla, cotiza a la alta por improbable. Por eso, junto a parajes que arruinan el corazón del viajero, junto a las «carreteras cortadas en medio de la vida», irá surgiendo la necesidad de apeaderos y estaciones de regreso, la posibilidad de abismarse en las galerías de un tiempo interior que aguarda en imprevistos recuerdos o en los símbolos donde se cruzan los itinerarios biográficos y poéticos: el viejo caserón familiar de Serra, los veranos escolares, una colección de fotos ulceradas por el tiempo, ciudades que preserva la memoria.... Son los «restos de un naufragio», los «tesoros a flote de un paraíso hundido» que nos hablan del yo y que conforman el inventario de sombras con que apuntalar el mundo del sujeto. Antídotos, más que contra el tiempo —que también—, contra eso que llamó Darío la pesadumbre de la vida consciente: el mundo hostil de monstruos íntimos y ratas que dibujan los poemas más sombríos del libro («El cielo de las ratas», «El pozo salvaje», «La fruta corrompida», «Los monstruos nunca mueren»).

En «Los países nocturnos», composición que da título al conjunto, el poeta apunta al mapa de la imaginación perpleja para hablarnos de una «geografía de la mente» y «un desierto de la inteligencia»; en realidad, el mismo desierto sobre cuyas

arenas necesita fundar el sujeto poético de Marzal las playas del deseo como espejismo lúcido. Entre el estupor y la interrogación, resulta imprescindible recurrir a las contradicciones para seguir avanzando. Con ese ánimo, pues, debemos leer los textos que conforman la sección segunda del libro. Al agruparlos, el autor acertó a titularla «Fuegos de artificio»; es decir, iluminaciones del yo. Como bengalas que arden momentáneas en la oscuridad de los países nocturnos, uno a uno resplandecen los cuerpos, las batallas de cama, las mañanas radiantes, la nostalgia de un sur irreparable... El poeta se ha referido a estos hitos como «la magia de los días», donde —nos advierte— «salvar la piel un día es un milagro». Y lo ha hecho además con la cautela del que sabe que todo desierto «se renueva detrás de otro desierto»:

Tu infierno aún tiene un escalón no descendido.
Hay muertes que no has muerto todavía.
Por poco que imagines, si imaginas,
sabes que no has llegado tarde al infortunio.
Las fuentes del dolor no se han secado.
En el ojo del miedo aún hay más miedo.
Ni los tuyos ni tú estáis a salvo ahora
de todo lo que fuera está aguardando.
Aún puede hacer más frío. Aún hay más noche
dentro de la noche...

Frente al desierto de la existencia, frente al profundo desasosiego que revela en última instancia el *spleen* marzaliano, la conciencia herida comprende la necesidad de un pacto con el mundo. El desgarrón vital, el zarpazo de las ilusiones nos invitan a confundir el gotear de su melancolía con la intensidad de un vitalismo y una sensualidad feroz. El poeta sabe que ese pacto se escribe con sangre —«Pactaste, con tu sangre, con la sangre del mundo»—, y que es el resultado por ello de una «matemática salvaje» de los cuerpos:

1996



Quiero tu sangre joven, que es querer
todo lo que la vida aún no ha podido hacerte.
De lo que me alimento
es de tu inútil sangre esperanzada,
de cuanto sé que ignoras hasta hoy,
y que más nos valdría que no supieses nunca.
De esa manera, por obra de tu sangre,
creo en lo que no creo, y olvidó lo que sé
que te ha de suceder.

En las encrucijadas del erotismo (y recuerdo ahora algunos poemas de *Metales pesados*, como «Música de la carne», «El origen del mundo» o «Los alimentos corporales»), encontrará el sujeto poético los argumentos para una orgullosa aceptación de su destino. No se trata de conjurar el vacío, sino de reafirmarse en los lazos terrenales con el mundo; una afirmación sustentada en el asombro y en la celebración, puede que también en una reconciliación. De ahí que la expresión del amor en la poesía de Marzal se concentre, ejemplarmente, en su dimensión más carnal o material, en lo que ésta tiene de tangible a la vez que de efímero, porque es la plenitud de los cuerpos la más profunda contradicción de la muerte. Los poemas parecen rehuir la domesticidad de las retóricas amorosas, rechazar cualquier sublimación sentimental o literaria de la experiencia erótica para exaltar la intensidad vitalista del deseo y del goce:

Llamar amor a lo que tú y yo hacemos
es cometer una sensiblería
indigna de nosotros, que aún somos amantes [...]
Lo nuestro es un fenómeno distinto,
sin ningún circunloquio, sin grumos literarios.
Se manifiesta en el arrasamiento
recíproco. Consiste en una prospección
para obtener placer y para darlo,
un hurto generoso que se ofrece egoísta.
Es un duro trabajo en las calderas
de nuestra intimidad, un primitivo
cerco en torno al castillo de la vida.
La carne se alimenta de la carne,
de su mutuo veneno jubiloso.

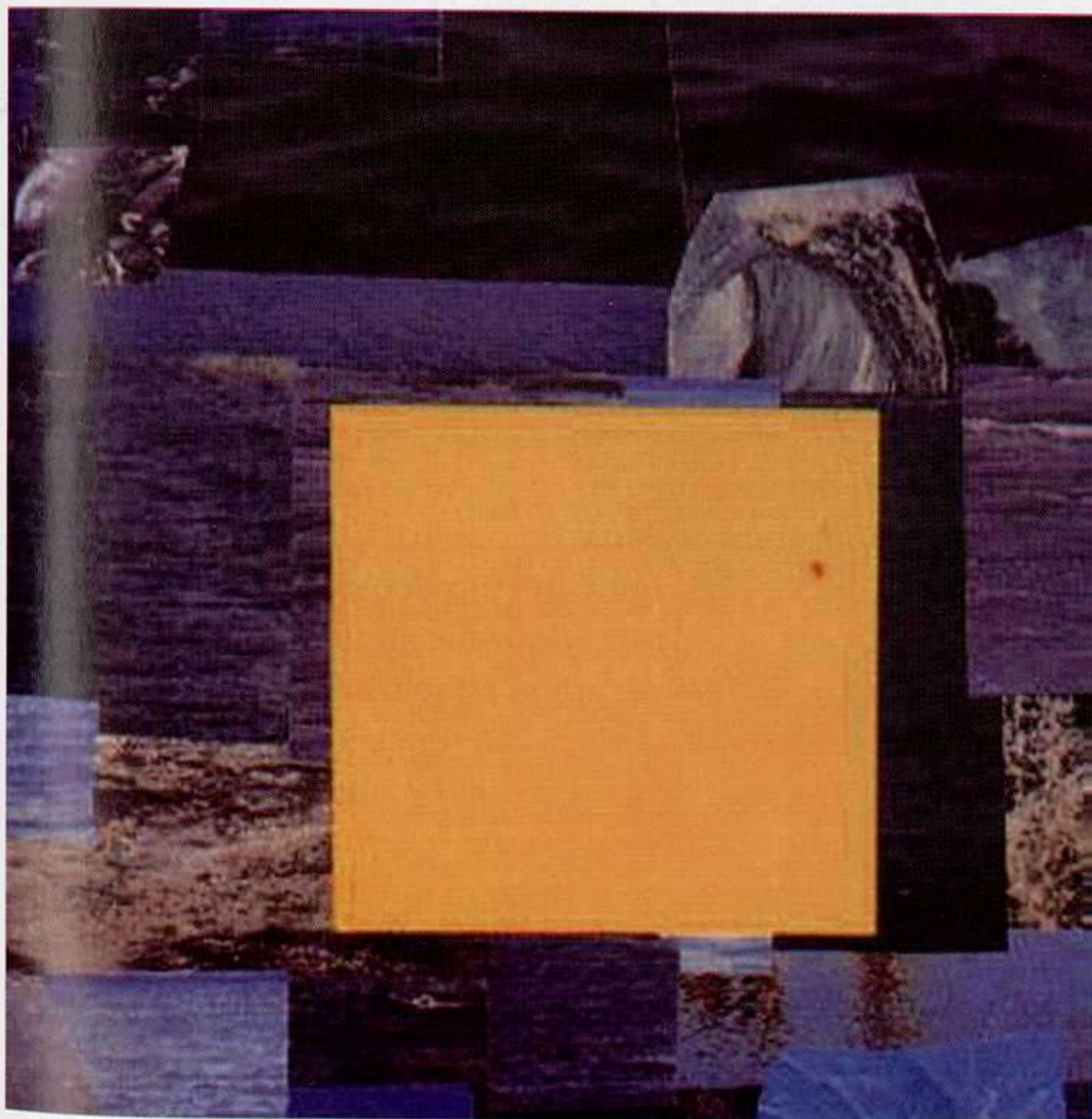
Sin embargo —y he aquí la paradoja—, en el Marzal más memorable las realidades físicas del amor acaban encarnando las manifestaciones de una trascendida finitud. El poeta nos habla de cuerpos que tropiezan en el vacío, de azar y ebriedad combinatoria, de ciego instinto, nos transmite el vértigo y el sinsentido que rige el tráfico de la vida y sus pasiones, pero lo hace inclinándose, al mismo tiempo, por expresiones paradójicas y ambiguas, algo así como «espíritu carnal» o «carne pensante», algo así como «ángel del éxtasis» o «hermética música», como si nos ilustrara en esas misteriosas resonancias metafísicas de la materia: «El cuerpo no supone un artefacto / de simple ingeniería corporal; / también es la tarea del espíritu / que se despliega sabio por el tiempo». Aunque este tipo de apreciaciones encuentran su mejor desarrollo en el último tramo de su obra, no resulta una excepción dentro de libros como *La vida de frontera* si pensamos en composiciones como «Transubstanciación de la carne» o «La tregua». En esta última, por ejemplo, el instante que sigue a la complacencia de los cuerpos —esa tregua que abre paso al fulgor de la iluminación

momentánea— parece otorgar al sujeto poético algo parecido a una llave del mundo, la clave de un enigma: «todo el tiempo del mundo es ese instante / y en ese instante, el mundo, un laberinto / del que conozco todas las salidas, / porque conozco todos sus sentidos». Pero es en un poema verdaderamente mayor como «Música de la carne», perteneciente al ciclo de *Metales pesados*, donde llegamos a intuir algo más de ese sentido último. Al referirse a aquella melodía producida por los amantes «cuando un cuerpo se pulsa en otro cuerpo», ese «contrapunto milagroso / que desprende la carne y no es la carne, / que se alza inmaterial de la materia», el poeta toca esa escala de notas que le conduce de lo sentido a lo presentido, acaba palpando las manifestaciones de una inmanente transcendencia que, a través de la plenitud carnal del amor, resuena en el universo feroz y limitado del hombre. Poco importa y nada pueden, llegados a este punto, el escepticismo, la incredulidad o la desesperanza acumulados hasta aquí en el viaje, pues la duda lúcida no empece la consideración final:

Puede que ese aleteo,
esa hermética música febril,
no sean otra cosa más que fulguraciones
con que nuestros sentidos se extravían,
sencillas desventuras de alquimia cerebral.
Pero en su incandescencia se alumbra el universo,
se consumen las sombras y las incertidumbres.

Creo que la experiencia amorosa resulta una buena temática para ilustrarnos sobre el lugar en que se asienta el canto en esta última etapa poética de Marzal. No se trata de haber llegado a la tierra firme de las certezas consoladoras y los argumentos que nos hacen sentir a salvo, sino, simplemente, de invertir los términos para poder seguir avanzando, de enfatizar aquellas realidades que habían logrado hasta aquí hacer más habitable el paisaje inhóspito y desolado de los países nocturnos. De modo que es ahora la trama de un vitalismo exultante, sin condiciones («escepticismo apasionado» lo ha llamado el poeta Vicente Gallego), lo que marcará el sentido del camino y de la voz. Una voz orillada por el sentimiento nihilista y las enseñanzas del dolor (ésas de las que, según Nietzsche, depende siempre lo memorable) y un camino que no admite desviaciones de aquella paradoja —paradoja del ser, del existir— que conforma el verdadero nudo indesligable de toda la poética de Marzal. Oímos al sujeto poético decir: «Este pender de un hilo, más me enhebra»: y he aquí de nuevo la contradicción significativa, la que nos advierte que todo se muestra y parece en vilo, que es «sólido el vivir, de sumo frágil», pese a que todo lo sólido se desvanece en el aire, y que es posible, por tanto, a pesar de la dolorida conciencia de los límites, esa apuesta por la plenitud, sin falsas ilusiones ni engaños, pero también sin negaciones ni renunciaciones. habla

En el Marzal de *Fuera de mí* y de *Metales pesados*, la moneda del pensamiento (ésta que resulta divisa común a lo ancho de su obra) luce con el brillo de sus acuñaciones más valiosas. La insólita mezcla de precisión expresiva e invención metafórica, o lo que es lo mismo, la manera especialmente afortunada de ajustar la semántica de unas situaciones cuya índole reflexiva o sensorial resulta de compleja enunciación, nos confirma la capacidad de esta poesía para internarse en zonas de penumbra, para convivir en los márgenes conflictivos de la intuición, la introspección o los sentimientos con la voluntad inquebrantable de las palabras que «deben crecer hacia la luz». Con unánime acierto, la crítica ha empleado términos como barroquismo o estilo paradójico para denominar lo que en el poeta resulta un proceder obstinado, una escritura de búsquedas tozudas y difíciles hallazgos cuyo centro nos revela esa entrega absoluta a la hora de convocar la existencia, de auscultarla en el misterio humano de la temporalidad. Por eso la poesía del último Marzal se nos figura cada vez más honda y arriesgada. Las expectativas de ese riesgo y el calado de su hondura nos recuerdan que la luz puede resultar mucho más peligrosa que los crepúsculos, porque su claridad habla también de los desiertos y los espejismos.

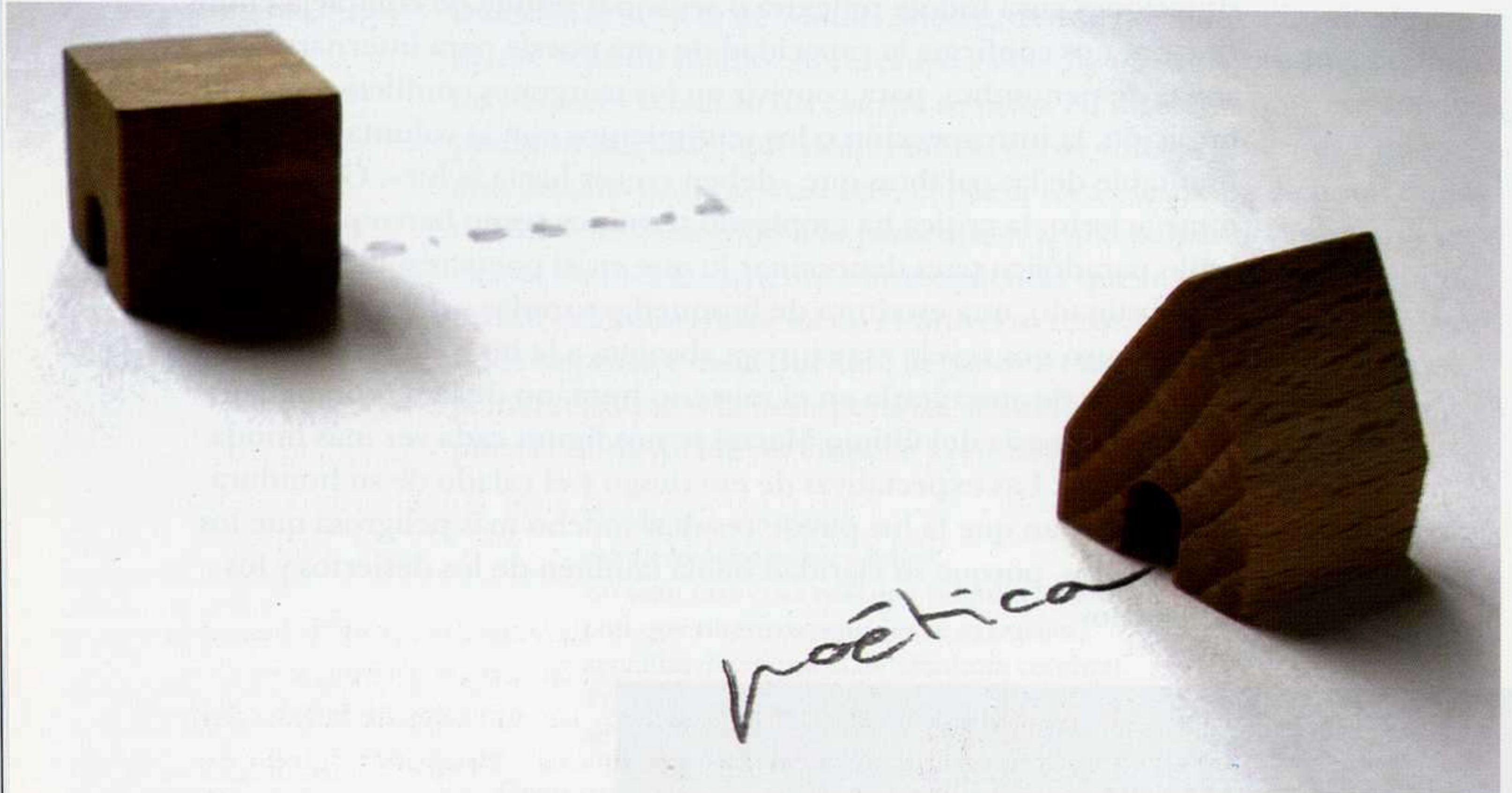


1996

fuera de mí desde fuera de sí

francisco fortuný

ILUSTRA chema de luelmo



Poética

DESDE que *Litoral* me propuso la idea de escribir sobre el último libro de Carlos Marzal me he venido preguntando si, pese a la coincidencia de nuestros dos últimos títulos de poemarios, sería yo el poeta más indicado para hacerlo: no conozco a dos poetas más diferentes en su concepción del mundo y en su poética que Marzal y yo; ni conozco dos poetas con éxito más desigual de público y de crítica: Carlos representa y disfruta del éxito y el reconocimiento debido a todo poeta laureado y público, a un poeta que desde sus primeros títulos fue acogido cariñosa, solidaria y hasta familiarmente por el establishment crítico y literario, y que, si bien es verdad que tardó, a diferencia de otros compañeros coetáneos y colegas y amigos de generación en obtener cuantiosos premios cuantiosamente remunerados en prestigio literario y en pasta, cuando obtuvo el primero parece como si hubiera quedado abierta una inexistente veda y, de pronto, en pocos años ha ganado unos pocos de los más importantes, entre ellos el Loewe, por este su libro que comento, por título, como saben, *Fuera de mí*.

Por el contrario, servidor jamás obtuvo premio alguno de poesía, y si gozo de reconocimiento es casi de puro milagro y mi prestigio lite-

rario es de pura magia, y como ya se sabe que la magia, como no sea ilusionismo, no funciona en estos tiempos impregnados de espíritu científico, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que soy, en palabra de uno de los reseñistas de mi último poemario, por título *Fuera de Sí* (me refiero a mi muy querida amiga Aurora Luque) un poeta casi secreto, conocido y reconocido sólo por selectas minorías.

Pero ahí no acaban las diferencias: Carlos Marzal es un poeta volteriano, insobornablemente descreído y escéptico, de un ateísmo convencido y militante, que sospecha de todo fenómeno que huele a religioso, y que en muchos de sus poemas de, por ejemplo, *Los países nocturnos* vapuleó a base de andanadas de versos agresivos y críticos rayanos en el insulto los dogmas más intocables de nuestras religiones; allí acusaba a Dios de ser, en tanto que creador del universo, un chapucero de cuidado, responsable, no sabemos si por maldad o ineptitud, de todo el sufrimiento y el mal cósmico, verdadero fracaso en tanto que unamuniano garante de sentido y eternidad personal —la única que tanto a Unamuno como a Marzal parecía interesarles—, un Dios, en fin, con quien ni siquiera resultaba legítima la stendhaliana disculpa de su inexistencia.

Según la naturaleza y categoría de esos argumentos, podría haber nos entonces parecido que Marzal era en el fondo un gnóstico: alguien que acusaba al Dios oficial de las iglesias oficiales de la falsedad de su categoría y naturaleza divinas, para pasar a proponer, igual que los viejos gnósticos de principios de la era cristiana, un Dios alternativo y extracósmico como Dios verdadero y verdadero Dios, no responsable, pues, de la creación de este mundo ni de sus defectos, Alguien cuyo primigenio poder había sido usurpado por un Demiurgo torpe y demoníaco que se nos vendía como Dios por sus llamémosles arcónticos y cardenalicios asesores de imagen. Pero qué va. Tampoco le valían a Marzal los dioses ni las ideas ni las creencias de religión alternativa ninguna, las cuales parecía considerar camelos producto de la ignorancia y del engaño que, una vez desvelados, nos dejaban huérfanos y solos en un cosmos de insufrible pascalismo, lo que de paso explica la omnipresencia a lo largo de su obra del adjetivo absurdo para tantísimos sustantivos que nombran objetos en puridad no susceptibles de admitir tal calificativo: recuerdo una marzaliana tarde absurda, que después de dejarme por un instante perplejo ante el absurdo semántico del sintagma, comprendí en seguida que se trataba del hallazgo poético de una sutil hipálage, si no me equivoco de figura literaria, en que el calificativo pasa a calificar, en vez al hombre que habla de una tarde por él vivida dentro de los parámetros absurdos de su vida, a la tarde misma, entidad de la que es absurdo decir que es absurda si hablamos en sentido literal, no poético o figurado, porque la tarde es un producto natural del los ciclos diarios y no de la lógica

ni de la semántica ni de la contemplación filosófica existencial de la vida, entidades, éstas sí, que sí lo admiten y que de hecho, además, lo necesitan, caso de que las proposiciones de que consten no tengan sentido. Y esto, también de paso, explicaría por qué un poeta de tanto éxito ha hablado tanto de fracaso. No se trataba, claro, de fracaso literario: se trataba de fracaso existencial, o de fracaso vital, según transcripción literalísima de una vieja comunicación personal, que ya posiblemente Carlos ni recuerde.

Yo no no me he puesto a escribir para hablar de mí, sino de sí, me atrevería a decir, si el juego de palabras no resultara demasiado ambiguo e inexacto: es el autor de *Fuera de Sí* (yo) quien debe escribir sobre el autor de *Fuera de mí* (Marzal); y el que está fuera de sí soy yo, si no hablo de *Fuera de mí*: por tanto hablaré de *Fuera de mí* sin hablar de mí, pero diciendo o mencionando, eso sí, una importante diferencia entre él y yo (o entre Sí y mí): aunque yo descreí de credos oficiales desde hace mucho tiempo, nunca he dejado de buscar mi propio credo alternativo, y sólo después de muchos años de búsqueda he descubierto que yo no creo ni puedo creer en nada, ni siquiera en mí, porque yo, en el fondo, no quiero creer, porque a mí las creencias no me interesan: yo no quiero creer, lo que yo quiero es saber: a mí no me interesan las ideologías y otros sistemas de creencias para creérmelos (aunque sí quiero conocerlos todos —tal vez porque quiero conocerlo todo—), porque a mí lo que en verdad me interesa es la sabiduría, y aunque algunas cosas he estudiado e incluso aprendido, hoy me encuentro en el punto socrático: sólo sé que no sé nada. Pero como me sigue interesando todo, pienso seguir buscando. Aunque puede ser que, después de todo, ya haya encontrado algo, acaso sólo una minucia de saber, a saber: lo que tiene de vivible el mundo es su poesía, llámenlo el misterio de su encanto, o llámenlo x. O volviendo a autocitarme: que se puede vivir sin poemas pero no sin poesía porque la vida sin poesía no es una x: es una m. Y sé que esa incógnita de esa inadecuada ecuación (donde x no es igual a m) se despeja mediante el esclarecimiento del concepto de sacralidad. Mi hija es sagrada, mi amor es sagrado, mis amigos son sagrados, todo lo que yo más quiero es sagrado; hay principios que para mí son sagrados: hay cosas que no se tocan, hay cosas que, dígame lo que se diga, van a misa.

Mi búsqueda se llama poesía. Y se llama así porque es la poesía la que ha motivado mi búsqueda y porque es el objeto de mi búsqueda. La Fuente y el destino, el alfa y la omega. Y la poesía es para mí pura sacralidad. Aunque Dios ni los dioses ni los nirvanas budistas existan o sean o no creíbles.

Por eso, aparte de la coincidencia de títulos me ha sorprendido la coincidencia entre los contenidos últimos de mi libro y el de Marzal.

Fuera de mí es un libro que canta la sacralidad de la vida. La sacra-

lidad de la paternidad, y de la maternidad, y de la filialidad. Y que canta la sacralidad de todo lo creado, según reza el título de su segunda parte. Y que canta la sacra solidaridad con todo lo que nace y que perece, como reza en el poema «Ubi sunt», porque todo es una corriente perpetua de materia y energía en la que estamos sumidos y que somos, y que nos lleva, no importa si a ninguna parte, no importa a dónde, puesto que, desde el punto de vista egoísta del yo que se aferra a la mezquindad de sus cuatro días locos, la muerte es la gran crisis y el gran crack; pero, desde la perspectiva del yo que quiere salirse de sí mismo para vivir en amor generoso con el mundo y la vida, la muerte es sólo el fin de una cosa minúscula: mi ego. Y contemplado desde la perspectiva del big bang y de la hawkingiana *Historia del Tiempo*, ya me dirán ustedes qué puede importar esa minucia. La generosidad, la solidaridad, el amor, son sagrados. Son sacralidad pura. Son poesía. Una poesía que nos lleva a formar parte, a sentirnos, mejor dicho, parte de un todo que nosotros también hacemos y creamos, con el que sagrada, poéticamente colaboramos con nuestras humildes pero igualmente sagradas, sacratísimas aportaciones: nuestros hijos, nuestras obras, nuestros poemas: nuestra vida. De esa gran Poesía, esa gran Creatividad del universo cósmico e histórico, aunque del amoroso (y otros también) he querido hablar yo, desde mi parco y mezquino ego en mi libro *Fuera de Sí* (razón por la que ese Sí va escrito con mayúscula). Y por eso mi libro es el libro de un narciso. Y por eso es el libro de un soberbio.

Desde una perspectiva más humilde, y por ello tal vez más grandiosa, Carlos Marzal nos habla de lo que está fuera de mí, quiero decir de él, esto es, de todas las cosas que haciéndonos salir de nosotros mismos y de nuestro ego nos invitan a su amor, al amor de todas las cosas y de paso al amor generoso, ya no mezquino, de nosotros mismos, en tanto que nos vemos como una cosa de entre tantas. Invita, pues, a la sacralidad de la poesía. A la alegría de vivir.

Ya iba siendo hora.

Y esto es algo que raya en lo místico, en una mística sin dioses tradicionales que yo siempre he perseguido y que ahora encuentro con sorprendente y solidaria admiración (a buena hora) en Carlos Marzal.

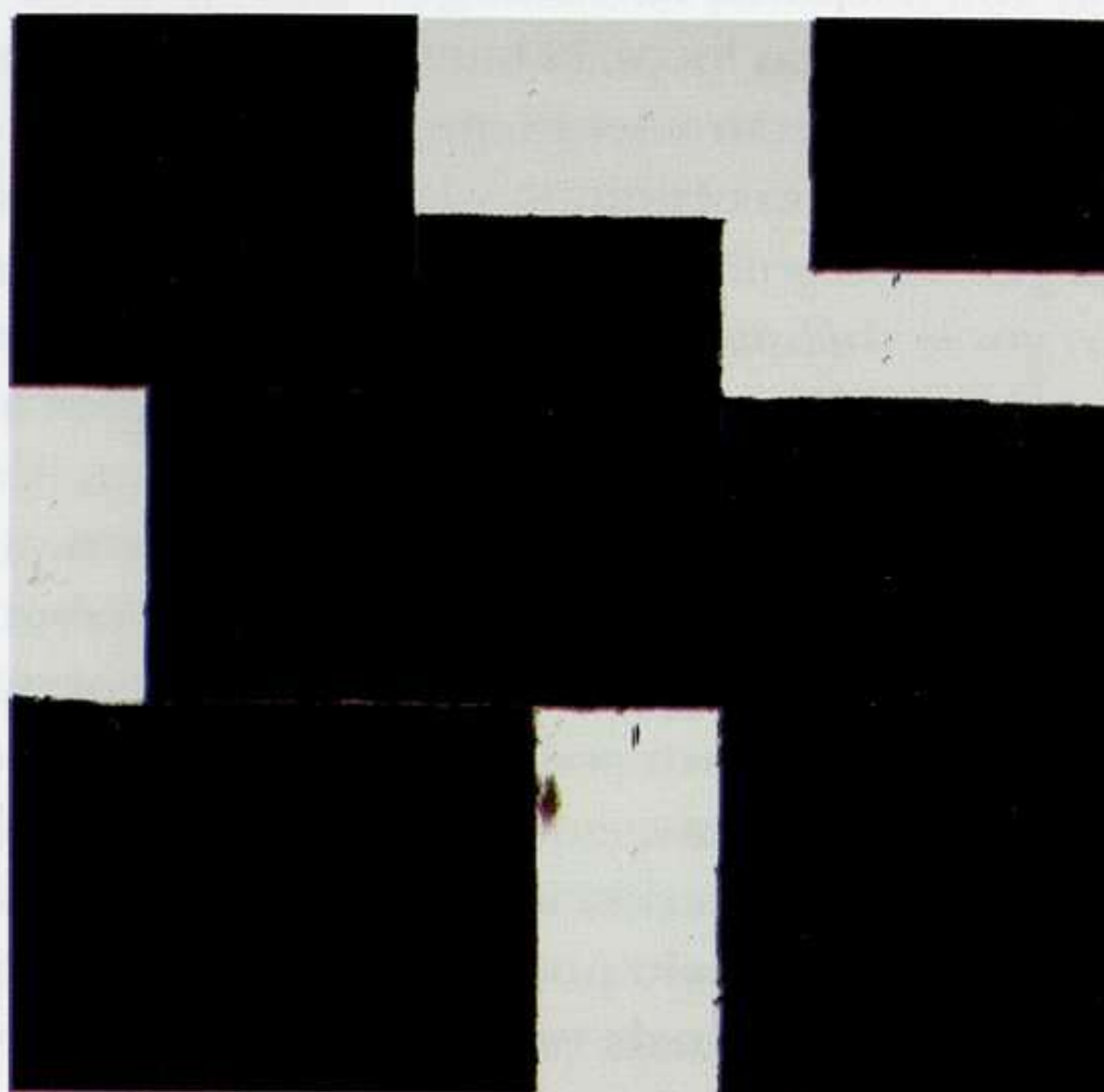
Prosaica



carlos marzal

antonio jiménez millán

ILUSTRA antonio gonzález



S/t, 2004

Cortesía Galería Luis Adelantado



CONOCÍ a Carlos Marzal a finales de 1985, en Granada, cuando allí se reunieron muchos de los poetas y novelistas de la generación del medio siglo. Más de una vez nos han considerado, a los dos, herederos de este grupo de escritores, y creo que no nos avergonzamos, ninguno de los dos, de contar con tales antecedentes. De ellos, de su honradez literaria, aprendimos a evitar algunos errores —la sacralización de la figura del poeta, por ejemplo— y a combatir ciertos tópicos, como el que señalan estos versos de *La vida de frontera* (1991):

Una sandez hace ya largo tiempo mantenida
observa que el dolor
es una noble escuela para el hombre,
un preceptor severo que suele concedernos
conocimiento exacto del mundo alrededor
y certidumbre de la intimidad propia.

«Yo sé que el dolor es la única nobleza», escribió Baudelaire concediendo un aura de prestigio definitivo a una mentira literaria que los románticos ya habían puesto en circulación. Desde la

actitud vitalista e irónica de *El último de la fiesta* (1987) a la lucidez implacable de *Los países nocturnos* (1996), la voz poética de Carlos Marzal se ha enfrentado tenazmente a esta leyenda: «Que el olvido y la muerte, que el tiempo y el dolor/ formen por esta vez en el bando vencido», nos dice en «Invocación», al inicio de *El último de la fiesta*. El personaje que habla en los poemas del primer libro de Carlos Marzal oscila entre el placer y el desencanto, entre la euforia y la resaca; como dijo Luis García Montero, sabe relativizar las trampas del entusiasmo sin querer retirarse de la vida¹. La riqueza descriptiva de estos poemas nos sitúa en escenarios urbanos y refugios nocturnos que no son una simple anécdota o un pretexto ambiental relativamente moderno, sino el lugar donde sucede aquello que más nos importa, una realidad cambiante, contradictoria, cuya representación exige el contraste de puntos de vista a través de voces diferentes («Tríptico», «Nostalgia de la barra americana», «In memoriam C. M.»). La búsqueda de tonos y argumentos verosímiles delimita el espacio de reflexión moral:

Se me ocurre, además, que trato de dar cuenta
de una vida moral, es decir, reflexiva,
mediante un personaje que vive en los poemas.

La perspectiva irónica de *El último de la fiesta* escoge una poética de la claridad que empieza por admitir lo que hay de artificio, de convención retórica en el diálogo con el lector, e incluso sugiere el más que posible desfase entre intenciones y resultados («Las buenas intenciones» se titula esa poética). Pero la distancia no implica frialdad; Carlos Marzal se declara partidario de «aquellos que construyen con emoción su obra/ y hacen del arte vida». En *La vida de frontera* y *Los países nocturnos* queda patente el escaso poder de consolación de la literatura. Las palabras son «pobres armas con las que hacer frente al tiempo», aunque a veces ayudan a vivir, hacen el mundo más habitable: «Yo supe siempre que a nadie salvan las palabras, y me salvaban, aun sabiéndolo», escribe en un poema que es homenaje a Francisco Brines. Como el autor de *Las brasas*, Marzal aprecia los libros en relación con la vida, por muy insuficiente que ésta resulte. La página puede ser como una gota de éter, pero también como un disparo:

Porque entre muchas cosas que se nos escapan,
la poesía es tal vez esto:
reconfortar, enseñar la belleza y hacer daño,
romper la tapa de los sesos.

¹ Luis García Montero, «Carlos Marzal», en *Scriptura*, nº 10, Universitat de Lleida, 1994, pp. 154-157.

En algunos poemas de *La vida de frontera* sigue siendo fundamental la ironía. «Media verónica para don Manuel Machado» es, además de un homenaje, otra declaración de principios, esta vez en términos

taurinos («Hay que enseñar el trapo, embarcarlos muy lento,/ darles tiempo a pensar, lidiar con fundamento») y con bastante sorna hacia la crítica. «Los viejos camaradas» presenta esa «objetivación de la relatividad del sujeto postmoderno» señalada por Francisco Díaz de Castro²: «Por eso no contamos que las guerras/ no siempre fueron dignas de memoria/ y que nuestras batallas, por privadas,/ nos habrán de privar de hacer historia...» Es éste el territorio de reflexión moral: las batallas privadas, la noche como espacio simbólico, la naturaleza precaria de la felicidad. Por eso me parece importante el final del poema «Las relaciones peligrosas»:

Hoy fundo mi esperanza más cercana:
sea leve la tierra que pisamos
y que el próximo instante sea leve.

Si la poesía es una forma de conocimiento que tiende a rescatar instantes de plenitud, más allá del azar y del miedo, si la lucidez revela los espejismos del sentimiento y de la inteligencia, la escritura se acerca a la experiencia de los límites: sólo que, en este caso, la radicalidad de los planteamientos de Carlos Marzal excluye cualquier forma de irracionalismo (tan aceptado en las poéticas de la modernidad) y suele seguir una impecable lógica narrativa que lleva a la constatación de lo más simple y lo más terrible: sobrevivir es ya un milagro, producto de extraños equilibrios. Creo que no exagero al decir que *Los países nocturnos* es uno de los libros más densos, más inteligentes, más desgarrados, en el panorama de la poesía española de los noventa. Recordando a Auster, si alguna música se impone en estos versos es la del azar, con su dominio indiferente y arbitrario, ese ruido que producen «los engranajes de la vida, y la vida, como todos sabemos, tiene que ver con muchas cosas menos con el sentido» (*Gotas de éter*, 1995). No hay mucha confianza en el futuro:

Aún puede hacer más frío. Aún hay más noche
dentro de la noche, y el desierto
se renueva detrás de aquel desierto.»
(«Cautela»)

Se ha hablado, con razón, de existencialismo, a propósito de estas páginas, donde aparece una conciencia desolada que se interroga a sí misma desde la falta de sentido del mundo, desde el engaño que supone cualquier imagen de un paraíso o de una felicidad fácil. Por eso mismo, el lector no es semejante, ni hermano; resulta imposible encontrar en *Los países nocturnos* un reconocimiento inmediato, una complicidad. El extrañamiento de la vida cotidiana, la paradoja continua, la repetición sin sorpresas de una historia familiar o colectiva son indicios de que todo viaje lleva a ninguna parte

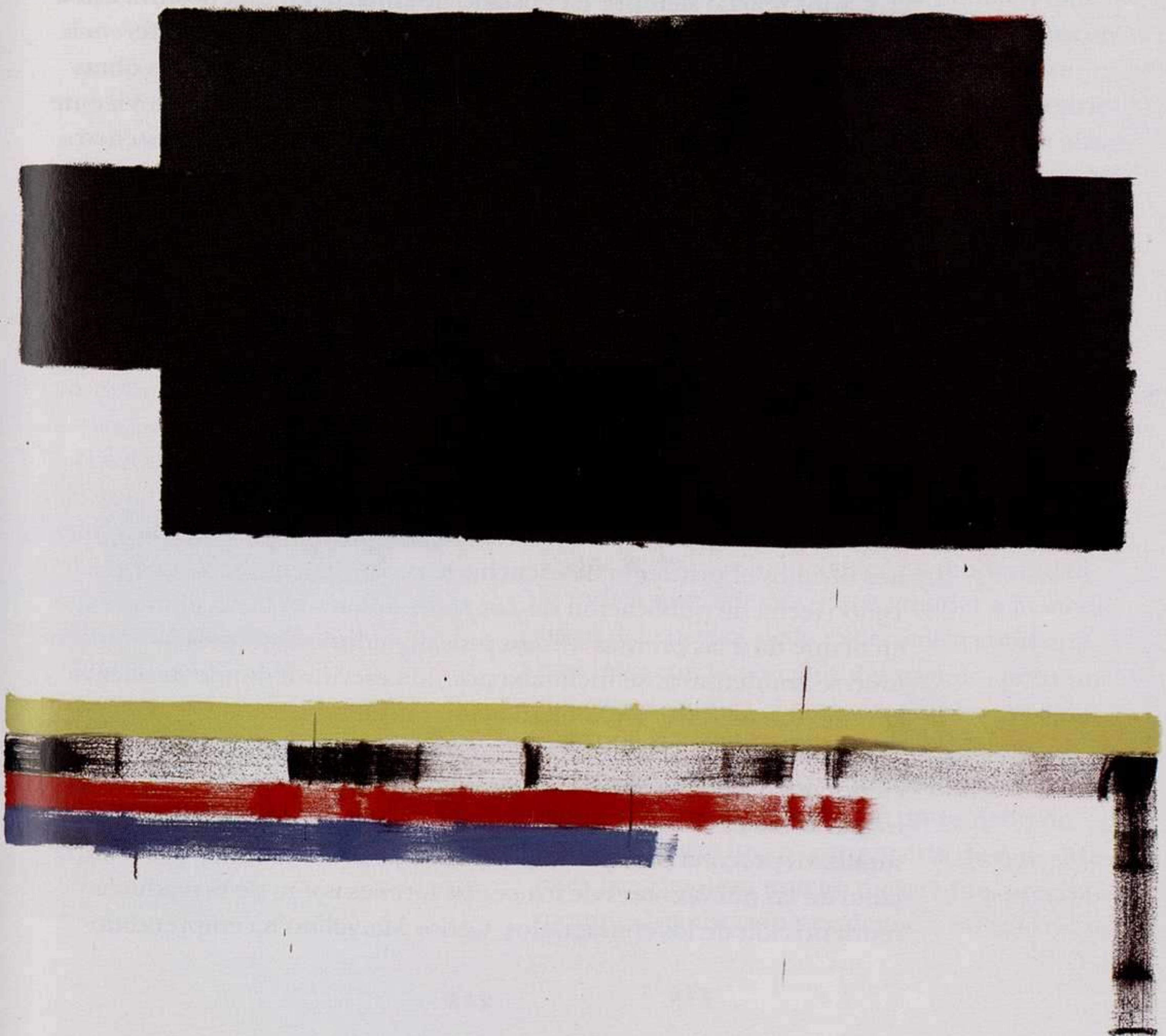
² Francisco Díaz de Castro, «Los países nocturnos de Carlos Marzal», en *La Página*, n.º 25/26, 1996, pp. 61-69.

o, lo que es casi igual, al fondo de uno mismo. Y allí sabemos lo que nos espera.

Existe, sin embargo, una gloria para el poeta: «haber dicho,/ con palabras exactas para el dolor del hombre,/ algo que lo acompañe en la noche futura,/ y que secretamente el hombre lo agradezca.» Esas palabras exactas podemos agradecerélas, hoy, a Carlos Marzal.

S/t, 2004

Cortesía Galería Luis Adelantado



las afueras del alma

noemí montetes mairal

ILUSTRA *antonio domenech*

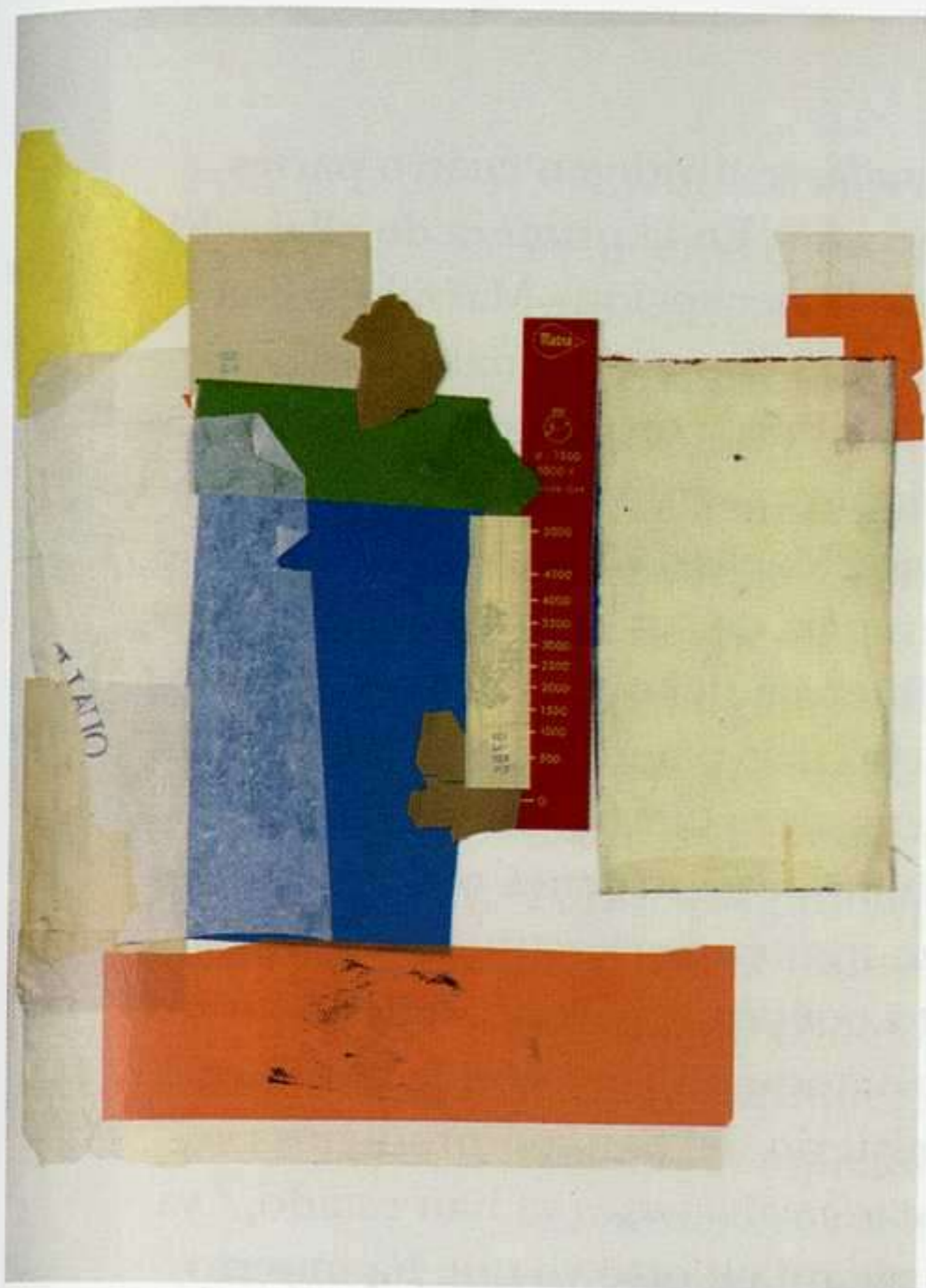


FIRMÉMOSLO de modo tajante desde el principio: la poesía española del siglo XXI da comienzo con esta obra, *Metales pesados*, de Carlos Marzal. ¿Por qué? Porque se trata de un libro que no solamente presenta una altísima calidad lírica, que tiene un importante valor *per se*, sino, y sobre todo, porque consolida una nueva vía en la trayectoria actual de la poesía española, constatando que algo importante ha evolucionado en el marco de la creación poética en nuestro país.

Carlos Marzal siempre ha gustado de situarse en una postura estética vinculada a la poesía de la experiencia, cuyos puntos de referencia se acercan a la poética defendida y expuesta en los versos y las obras de autores como Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes o Vicente Gallego, tres de los poetas próximos en edad y en arranque estético a los suyos. Una poesía que reclama para sí la herencia de la generación poética de medio siglo, que aboga por la claridad, la sencillez expositiva, el acercamiento entre poeta y lector y la proyección de la cotidianidad en el lenguaje poético. Tal había sido el camino emprendido por Carlos Marzal en sus anteriores poemarios: *El último de la fiesta* (1987), *La vida de frontera* (1991) o *Los países nocturnos* (1996).

No obstante en este último título, *Los países nocturnos*, ya pudimos advertir cómo se adivinaba en el talante y la proyección de sus poemas una tendencia hacia la meditación, una íntima querencia hacia la reflexión metafísica de temple fundamentalmente elegíaco que auguraba un cambio sustancial en futuros poemarios. Y así fue. Quienes tuvimos el privilegio de escucharle recitar poemas inéditos desde 1996 (fecha de publicación de *Los países nocturnos*) hasta el momento en el que da a las prensas *Metales pesados* pudimos comprobar cómo su tono se condensaba, se inclinaba por una escritura donde destacaba la reflexión metafísica y la meditación ontológica.

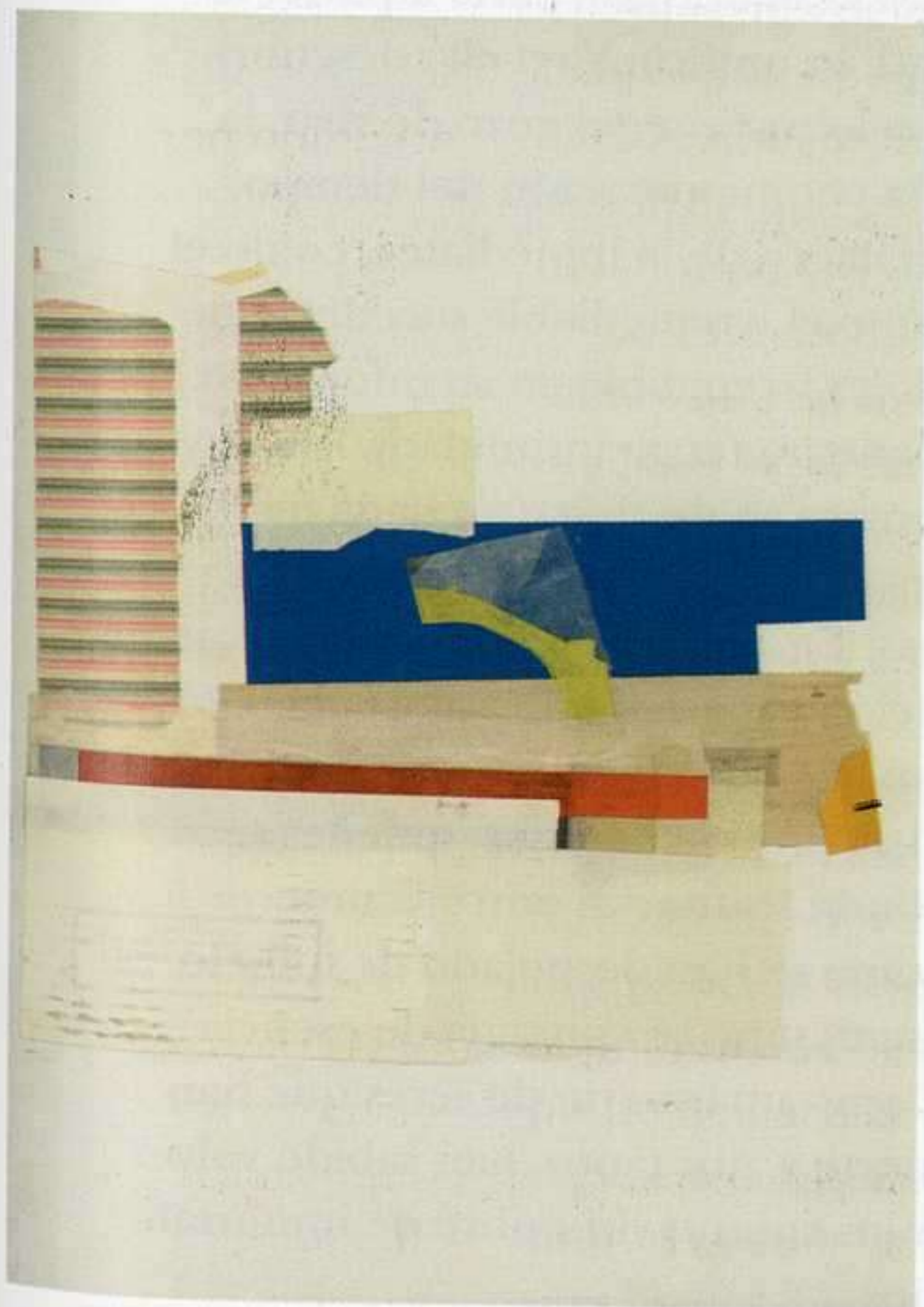
Luis Antonio de Villena, destacado antólogo de las últimas generaciones poéticas ya apuntaba en algunos de sus estudios sobre la poesía escrita a finales del siglo pasado que la superación y renovación de los supuestos preconizados por la poética de la experiencia no provendría tanto de las nuevas voces de los poetas jóvenes como de la madurez y reorientación de los consagrados. Carlos Marzal no ha emprendido

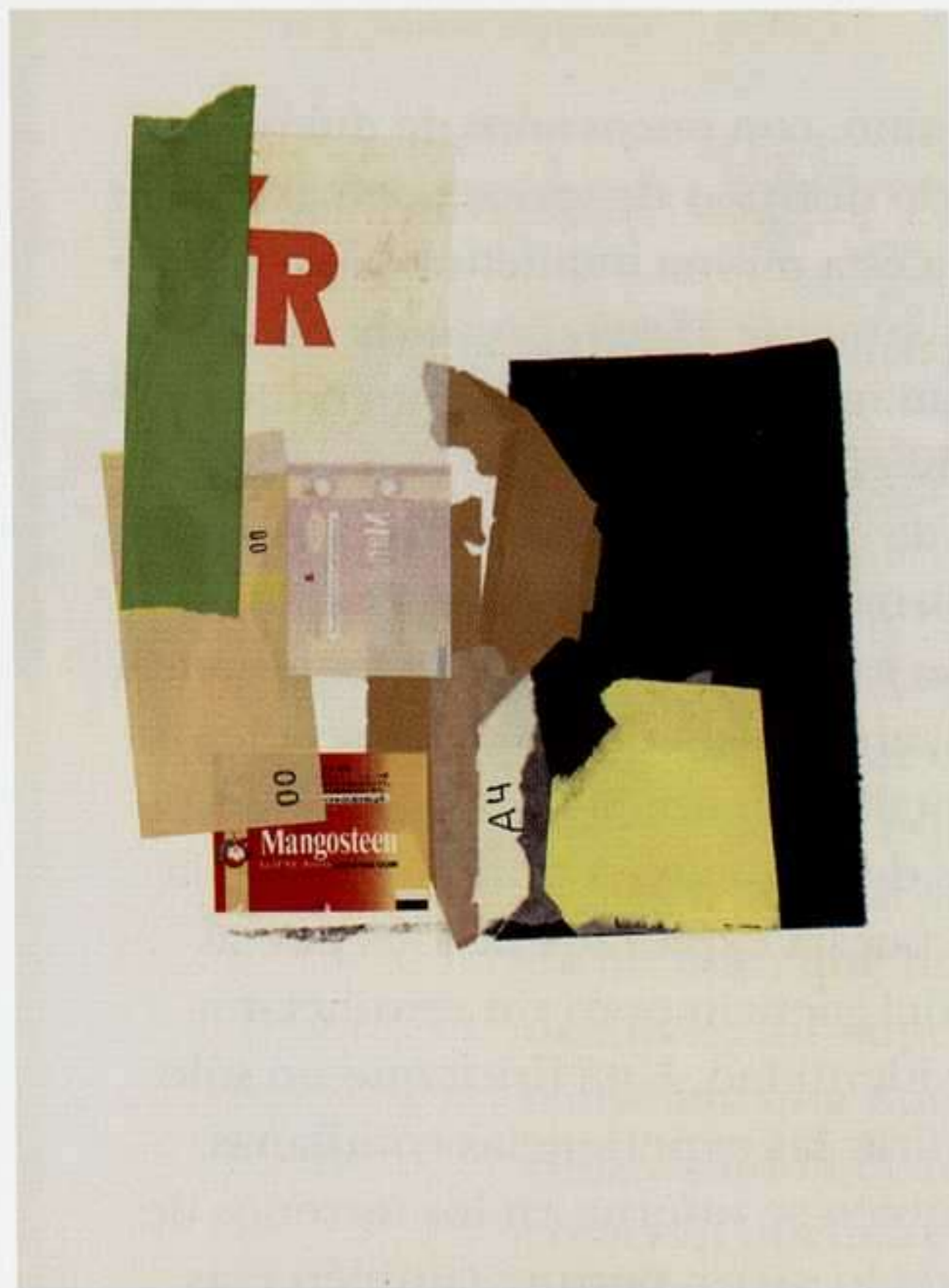


solo este camino, con pocos años de diferencia hemos podido disfrutar de varios poemarios que respondían a esta misma inquietud. No obstante ha sido precisamente *Metales pesados* la obra que ha logrado un mayor reconocimiento crítico y se ha convertido en un referente de la renovación poética que da comienzo a finales del siglo pasado para reafirmarse a principios de éste.

En *Metales pesados* la poesía de la experiencia se ensancha, ambiciona otras metas, se adentra y trascendentaliza en una estimulante apuesta por caminos de meditación ontológica que la acercan a la poesía explorada por los poetas metafísicos del silencio pero sin renunciar a sus señas de identidad. Una lírica que no sólo trata de poetizar las experiencias cotidianas, sino que también se interna en los terrenos de lo inefable, de lo sacro, porque también esas ansias de respuestas, ese conocimiento trascendente forma parte del carácter del hombre. Marzal apuesta por un punto de partida estrictamente humano al modular su voz, pero alzando su mirada hacia los abismos espirituales. No en vano una de las citas que abren el volumen, de Joseph Joubert, reza como sigue: «Es preciso que exista algo sagrado».

Carlos Marzal recrea un horizonte cercano, pero con ambiciones de universalidad. A sabiendas de que la naturaleza del hombre se compone de cuerpo y alma, y tan absurdo resulta descuidar lo uno como lo otro. ¿Cuál es el papel del poeta desde el Romanticismo sino la lucha que emprende con el lenguaje para lograr verbalizar lo inefable? La modernidad le indica que, además, debe atender a la sacralidad del cuerpo, de la experiencia cotidiana, expuesta con la sencillez del pagano, pero sin desestimar nunca el corazón perplejo propio del creyente, del hombre contemplativo. Al fin y el cabo, el título inicial que Marzal barajaba para su poemario (hasta que un puñado de buenos amigos logró convencerle de que «Metales pesados» era mucho mejor) fue, precisamente, «Un corazón perplejo».





Metales pesados se divide en cuatro partes bien diferenciadas. En la primera de ellas, «El entusiasmo de la decepción» Marzal plasma su capacidad para expresar la naturaleza del tiempo con palabras, con imágenes metafísicas, con pensamientos y sentimientos puros. En la línea del mejor Machado (en este caso de Antonio, a diferencia de sus anteriores poemarios, donde la influencia del otro Machado, Manuel, se hacía mucho más patente) su autor trata de atrapar la naturaleza eterna del ser temporal a base de símbolos, de imágenes que la plasman con absoluta, tremenda exactitud. Confluyen en su palabra poética la identidad del hombre y del universo, todo en Uno donde palpita el tremendo misterio del Ser con prodigiosa veracidad: «Estas cavilaciones ya han estado,/ ya han sido desde mí en otro yo que ha muerto/ en la distancia. Todo lo que refulge es luz marchita./ Ser es un fui que un no soy yo contempla/ desconcertado desde un planeta ajeno».

La meditación quevedesca sobre la naturaleza temporal del hombre y de todo cuanto le rodea atraviesa el libro de parte a parte, le otorga entidad, lo unifica. Y en ella descubrimos tanto la celebración del gozo de vivir, la gratitud por la conmemoración del tiempo presente, el milagro de la inmediatez, como el desencanto ante el irremediable sucederse de los días: «todo es irreplicable en su infortunio,/ no hay nada que no tenga intimidad,/ no hay nada que merezca su destino,/ ni nada que nos libre de este peso:/ saber que somos los inconsolables». En esta línea quisiera destacar una composición especialmente ajustada, «Los enfermos», en la cual reflexiona acerca de la naturaleza dual, anfibia de estos, quienes se hallan en la linde fronteriza entre la muerte y la vida y «como se han despojado de todo lo superfluo,/ su tiempo se contagia de esencia temporal». Como una suerte de seres que han rozado la muerte y, por tanto, han sabido volver de sus dominios con un vislumbre de inmortalidad en los ojos.



En otra composición de esta primera parte nos encontramos con un poema concebido casi a modo de declaración de principios, de profesión de fe, de definición del Ser: del ser en el tiempo que oscila entre el pensamiento de estirpe heraclitana y borgiana. Da comienzo de este modo: «Vivir es este puro mecerse insatisfecho/ que sólo se consuela en su vaivén» y finaliza del siguiente: «La voluntad, la vida, el pensamiento/ son esta fantasmal pirámide en el viento». Una concepción del tiempo, sí, no exenta de belleza, de la hermosura encarnada en lo fungible como el supremo prodigio de la vida: «Qué extraña esta belleza moribunda,/ esta desafortada desnudez grandiosa,/ esta sílaba escueta del milagro».

En la segunda parte del poemario, «La mirada conforme», Marzal logra hacer transitar su palabra desde lo concreto a lo abstracto, pero insistiendo en la complejidad de lo sencillo, trazando un camino hacia la desnudez, hacia la pureza del lenguaje al tiempo que desarrolla la complejidad metafísica de su pensamiento estético y vital: «El misterio es la ausencia de misterio en el aire,/ la acepción literal con que ocurre el vivir,/ en esa paradoja que se nutre a sí misma,/ por el asombro de su desnudez». La palabra poética debe tratar de adentrarse en la fuente originaria que da sentido a la existencia y al verbo, ese «temblor de eternidad» que identifica a la palabra poética y otorga al poema el carácter de un rezo, de un cántico en donde se cifra el misterio que envuelve la naturaleza del hombre y el Universo, y cuya forma de expresión más certera puede ser, por ejemplo, la contemplación de una leñera: «en el tuétano mudo de estos troncos/ está cifrado el tiempo antes del tiempo./ Conmovido en mi esencia, no descifro/ qué gélida energía propagaba/ el silencio del mundo antes del mundo».

De este modo el poema asume las funciones de un cántico, de un salmo. Marzal insiste una y otra vez en el carácter sagrado de la palabra, esas «afueras del alma» que constituyen su modo de expresión más certero: «Algo de ti se encuentra sumergido/ y sale a flote, indemne, en las palabras./ Las afueras del alma, cuanto vive/ extramuros de nuestro corazón/ es este salmo/ que suena, incomprensido, en mar abierto».

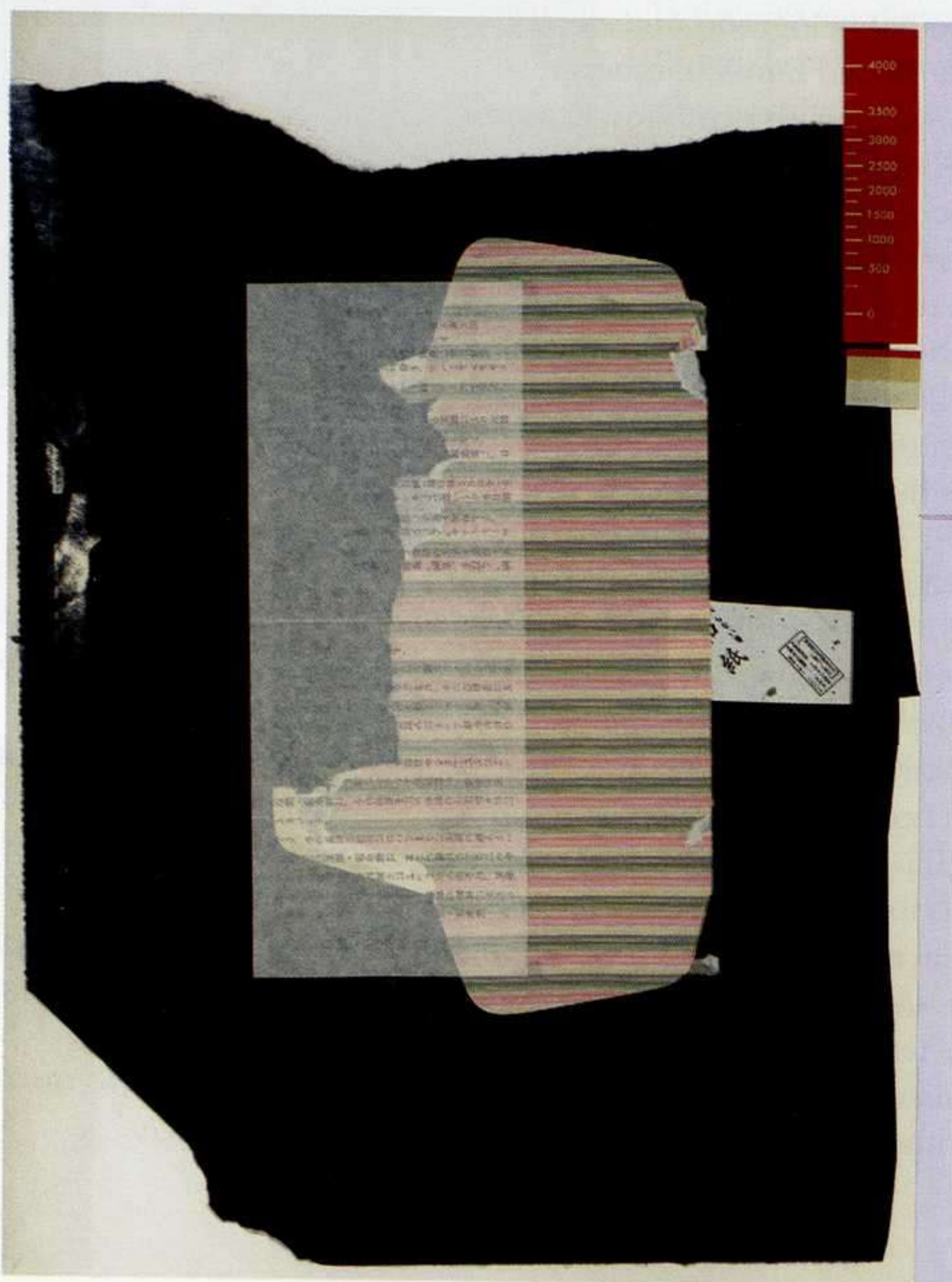
La tercera parte del libro lleva como título «La estatura interior», y en ella su autor agrupa el mayor número de poemas dedicados a reflexionar sobre el alcance y la naturaleza de la poesía. Suele adoptar una posición desencantada ante el mundo, aunque lo que sobresale por encima de todo es su adopción de una postura moral, de un punto de partida ético bajo el cual afrontar una determinada toma de conciencia estética y existencial, o, desde sus propias palabras al definir el talante de la escritura: «Una fuerza moral./ Consiste en eso:/ una fuerza moral contra el destino».

Una de las composiciones donde Marzal muestra más a las claras este punto de partida ético que le sirve para cifrar la naturaleza humana justamente en su capacidad para transmitir verbalmente lo fable y lo inefable, siendo la voz su instrumento identificativo por excelencia, lo hallamos en uno de los poemas de esta tercera parte, «Razones de la voz», que esconde, por otro lado, una crítica entre velada y evidente hacia el hermetismo callado de la «poesía del silencio». En este texto se contempla a la voz como el instrumento que liga al hombre al mundo pero que también lo eleva hacia las altas instancias del ámbito sacro: «Las cuerdas que palpitan, cuando hablamos/ nos atan a este mundo estremecidos./ La urgencia de explicarnos nunca explica/ qué hay en la voz, tan fiel, que nos conmueve (...) y desde entonces es una plegaria/ un rezo que enaltece la existencia,/ aunque se olvide de que está rezando». Y no olvidemos la crítica implícita a la «poética del silencio»: «Menesterosa música la voz./ Con su metal amigo nos recuerda/ que no hay nada de humano en el silencio./ Destinada a cesar, evanescente,/ la voz se perpetúa en las palabras./ Es el himno más hondo que entonamos».

Marzal apuesta por la voz del hombre que tiende al absoluto, pero rechaza el absoluto en sí, el blanco inmaculado y solo, porque sólo cuando éste se combina con el resto de los colores resalta en todo el esplendor de su pureza. Al fin y al cabo el hombre no es sino «la bestia equidistante,/ entre el reino animal/ y el reino de los dioses», compuesto de carne y de alma, y no puede admitir sólo una de sus dos naturalezas y despreciar la otra. Esta tercera parte, de hecho, se cierra con un poema colocado justo al final con el objetivo implícito de que sirva de punto de conexión con la siguiente sección, cuarta y última, allá donde Marzal pone toda la carne en el asador en su reflexión y proyección lírica hacia el Absoluto poético y vital. Se trata del poema «Resurrección». En él explora la íntima necesidad del hombre de proyectarse hacia un más allá de sí, hacia la sublimación de la existencia, y acaba con estos versos solemnes que nos conducen a la parte final del poemario: «Puestos a suponer, el único consuelo/ consiste en apuntar a lo imposible,/ consiste en apostar/ por lo absoluto».

El cuarto y último apartado del libro se titula «La voz en extravío», y en ella su autor condensa todas sus energías y deseos, erguido en su voz individual pero amparado, convocado por la reunión de tantas otras voces como han sido a lo largo de la historia del hombre: «Somos la humanidad que se repite/ en los distintos hombres». Su palabra se define por la búsqueda de ese Absoluto que apuntaba al final del poema de la tercera sección y que da pie y cimenta su voz en las últimas composiciones de este libro. En la parte final presencia- mos el esfuerzo de desnudez que realiza Marzal para transformar su

voz en cántico, el poema en plegaria, el libro entero en una reflexión sobre la naturaleza de lo Sagrado, lo Inefable, lo Inalcanzable, aquello que ha ocupado el corazón del Hombre desde el principio de los Tiempos y no le ha abandonado nunca, que se yergue en la suprema razón para concebir la existencia como un sucederse de acontecimientos cíclicos que no hacen sino convencernos de que nada hay más propio de la mente y el corazón humano que la perpetua e inalcanzable persecución de inmateriales quimeras espirituales: «Esta absoluta sed de lo absoluto/ en nuestra finitud no disminuye./ Vivimos en el ser, siempre encendidos». Y la palabra no es sino su instrumento más idóneo. No en vano, como reza el principio del evangelio según San Juan, en el principio fue el Verbo, y a él puede reducirse, llegado el caso, toda la inmensidad de un dios: «Para este alumbramiento al que asistimos,/ del mundo en su belleza y su fracaso,/ nos hace falta un dios del testimonio (...) Esta magnificencia inmensurable/ quisiera reducirse a una palabra/ escrita por un vasto dios del verbo/ en la absoluta lengua de las lenguas». Hasta la completa comunión del ser por medio de la voz, del cántico. Hasta la enajenación.



intimidad

josep m. rodríguez

ILUSTRA sergio barrera

SEGÚN unos versos de Carlos Marzal, «la intimidad de quienes escribieron, en verdad, / nos es desconocida». Pensemos, por ejemplo, en Kobayashi Issa: huérfano al poco de nacer, odiado por su madrastra, obligado a abandonar la casa paterna a los catorce años... Después de una vida repleta de desengaños y penurias, cuando parecía que había logrado una cierta estabilidad familiar, mueren su mujer y sus cuatro hijos. Y, pese a ello, o quizá por ello, todavía encontraba motivos para detenerse ante el inesperado vuelo de una mariposa y encerrar su belleza en la fotografía de un haiku. Una actitud que podría resumirse con otro de los versos de *La vida de frontera*, «de vivir nos consuela sólo el arte». Extraña paradoja: Conscientes de todo lo que en nuestros días perderemos, subyugados ante la belleza de la vida, cada poeta ensaya una y otra vez su octava de homenaje, su poema «a capella». Es como si el hecho de escribir guardase algún tipo de relación con aquel autolavado de «American Poem», uno de los textos que prefiero de *Los países nocturnos*. Recuerdo mi primera lectura de ese libro y



Deseo y espejismot

Cortesía Galería Luis Adelantado

cómo me sorprendió la visión tan negra, tan determinista, tan alejada en el tono del Carlos Marzal que yo conocía (y aún conozco). Con una excepción: «La lluvia en Regent's Park», quizá el único resquicio de luz que su autor se permite en todo el libro. Miro por la ventana y el manto de neblina y la dulce lluvia londinense se me antojan reparadores al compararlos con esta espesa niebla que casi parece pus. Unas circunstancias que me hacen imaginarme saliendo de la estación de metro de Baker Street

y caminando sin prisa hacia el zoológico del parque del Regente. Siempre es un buen momento para contemplar la altiva belleza de los leones africanos, como el que aparece en «El mundo natural», aquella inquietante fábula sobre el azar y sobre la dignidad humana que transcurre en la sabana de Kenia entre cazadores, turistas, un león herido y una bala que atraviesa el corazón perplejo de un masai que el lector intuye demasiado próximo. Y es que Carlos Marzal no sólo es un poeta «de probado talento natural», rima incluida. Su férrea musculatura técnica, la fina ironía de sus primeros libros, la extraña inteligencia que destilan sus versos y esa emoción tan viva y tan honda de poemas como «Flores para vosotros» o aquel otro dedicado a «La pequeña durmiente», hacen de él un poeta imprescindible para entender la lírica española en este salto de siglo. Aunque a veces desconozcamos la intimidad desde la que escribe. Después de todo, «cualquier hombre es ninguno, y es legión / y es nadie y uno mismo». «Él cree saber quién soy, y se equivoca».

el mundo natural y sus réplicas

Pere Pena

ILUSTRA Raquel Díaz



2005



NO sabemos muy bien el porqué, pero hay poemas de los que no podemos desprendernos. Muchas veces los hemos leído al abrigo de un buen libro, en ocasiones entre una hermandad de poemas memorables, de una belleza rotunda e incontestable. En cambio, ese que habíamos visto si no como el patio feo sí como un segundón entre las ánades, sin hacer ruido, sin ni siquiera enamorarnos, entra en nuestra casa, se instala sin avisarnos y, de pronto, lo encontramos cada mañana merodeando por el baño y la cocina. Ya es de los nuestros, sin elección previa, como uno más de la familia. No es frecuente, la verdad, pero de tanto en tanto ocurre.

Tengo un poema de Carlos Marzal metido en mí que, por ya ser, no es ni cicatriz. Vive enquistado, como plomo viejo, y a poco que tenga que hablar de Marzal, zas!, va y aparece el bultito redondo y saltarán bajo la epidermis. Cuando lo leí por primera vez, no le hice demasiado caso, parecía como eclipsado por el brillo deslumbrante de otros poemas «mayores» en el universo rutilante de *Los países nocturnos*. Frente a «Olor a miedo», «El

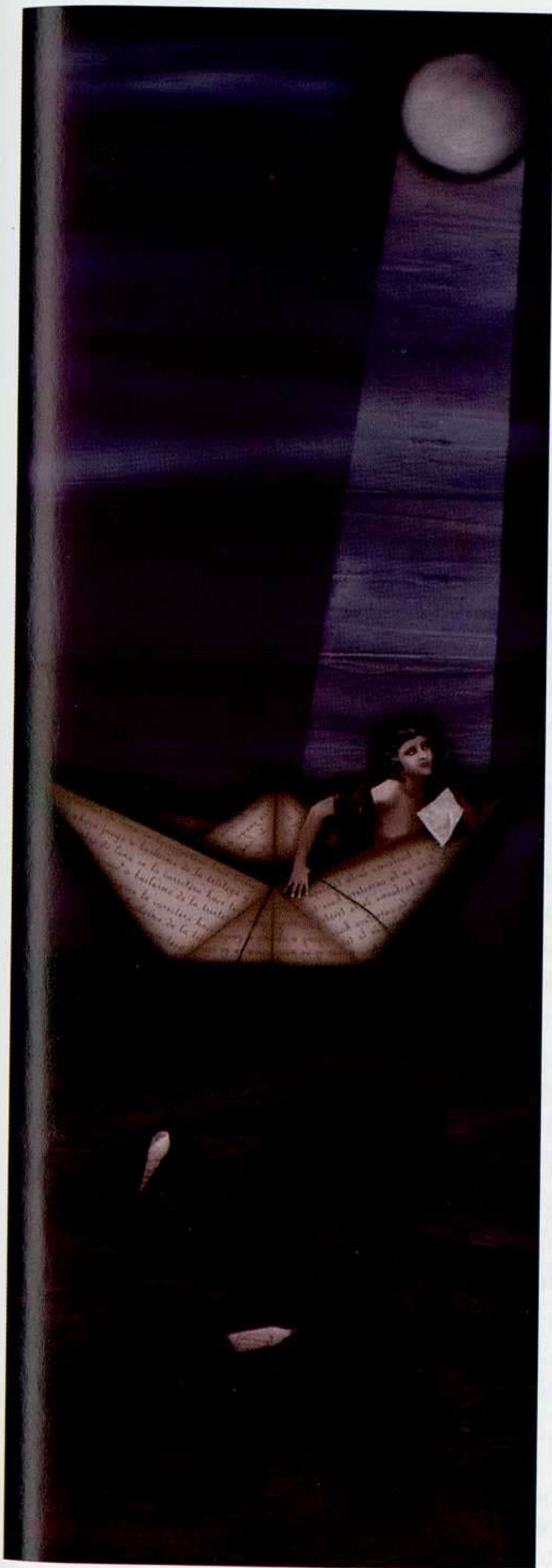
animal dormido», «La fruta corrompida», «Los países nocturnos» o «Los monstruos nunca mueren», por citar sólo algunos de los que me cegaron, «mi» poema venía sin carga, como de compañía, para rebajar tensiones. Me equivoqué. El caso es que, desde entonces, cuando digo «Marzal» vuelvo de inmediato a la luz ocre (debe de ser ocre) de la sabana. «Sucede en cuestión de unos segundos,/ como todo lo que es definitivo,/ igual que un bisturí se abre paso en el cuerpo./ En Kenia. En la sabana...», con esta contundencia sin dramatismo, artificiosamente real, arranca «El mundo natural», el león que, por la espalda, me cazó «de un zarpazo» certero. Siempre había creído que esta fijación tenía su origen en el territorio mítico de la infancia, en mis gustos y aficiones: los espacios abiertos, la aventura, la caza, la literatura que cuenta historias, la épica antigua cantada con la voz y el gesto del presente... en fin, mis manías. Y, sin duda, empezó por ahí, pero hay algo más. Dándole vueltas al asunto del porqué «El mundo natural», más allá de devolverme a mi casa, me abre al mismo tiempo la puerta de la casa del poeta, o al menos crea ese espejismo, he encontrado otra explicación. A ver si consigo ponerla en solfa.

A mi juicio, *Los países nocturnos* es un libro de referencia no sólo en la obra de Carlos Marzal sino también en el panorama poético de la última década. En este libro, se concretan y maduran algunas de las obsesiones literarias, tanto en los temas como en las formas, que Marzal había apuntado en sus dos primeros libros, en *El último de la fiesta* y, sobre todo, en *La vida de frontera*; pero además supone un paso definitivo, creo, en la construcción de su particular universo poético, lo que podríamos llamar el sello de un estilo. Tengo la impresión, no sé si equivocada, que *Los países nocturnos* es un libro pensado como tal, y que los libros que le siguen, *Metales pesados* y *Fuera de mí*, también están escritos desde esta posición. Todos sabemos que los libros de poemas son muchas veces el resultado de encajar las piezas escritas durante un tiempo más o menos largo, algo así como la suma de distintos presentes. En cambio, me parece que desde *Los países nocturnos*, Carlos Marzal opta por otra vía, el libro no sólo como conclusión sino como motor de los poemas. Es como si antes de escribir una u otra pieza, el poeta hubiera trazado de antemano la atmósfera necesaria del conjunto, el espíritu del libro, y que después ese aliento se fuera extendiendo y materializando en los poemas según las necesidades y exigencias particulares de cada uno de ellos. Me atrevería a decir, para que nos entendamos, que utiliza una técnica similar a la del novelista. No es un formato nuevo en poesía, porque existen muchos y variados antecedentes, especialmente en la poesía épica o de vocación narrativa y, sobre todo, a partir del Romanticismo; pero sí, en cambio, poco frecuente en la poesía lírica española de la segunda mitad del siglo xx.

La elección de una u otra forma de concebir el libro ni le otorga ni le resta cualidad, lógicamente, pero demuestra una actitud literaria sensiblemente distinta y quizás otros objetivos poéticos. Esta lectura que yo hago sobre la construcción del libro está directamente relacionada, a mi modo de ver, con la singularidad de *Los países nocturnos* con respecto a un elenco de magníficos libros publicados en los mismos años. Aunque la crítica literaria, especialmente la contestataria y vodellesca, ha etiquetado la poesía de Carlos Marzal como «poesía de la experiencia» y que el autor ha aceptado la etiqueta, viniendo de donde venía, con inteligente elegancia, creo que *Los países nocturnos* no lo es, no responde al menos al prototipo más usual de «experiencia» en el que estaba instalada buena parte de la poesía de corte realista a principios de los noventa. En este libro no sólo han cambiado los paisajes que eran de referencia casi obligatoria en la mayoría de los poemas, sino que, sobre todo, presenta un planteamiento distinto del sujeto poético y de la utilidad del poema.

Más allá de la falsa asociación entre experiencia poética y biografía con la que constantemente se ha bombardeado a la «poesía de la experiencia», lo cierto es que, en el referente más inmediato y conocido de esta tendencia, la generación de los 50, existe una clara voluntad no sólo de convertir en material poético la biografía personal sino también de utilizar la poesía como terapia psicoanalítica. Cuando Carlos Barral formula su famosa sentencia «poesía es conocimiento», habría que preguntarse a qué tipo de conocimiento se refería realmente; o cuando Jaime Gil de Biedma afirma que para él la poesía es «una empresa de salvación personal», de qué tenía que salvarle. Desde mi punto de vista, buena parte del «experiencialismo» del 50, si así puede llamársele, trata sobre los conflictos del «yo», en tanto miembros de una clase social y sobre todo como manifestación de la incapacidad de mantener en la vida la dimensión mítica que otorga el poema. En este sentido, me parece muy interesante la conversación que mantienen Barral y Biedma en «Sobre el hábito de la literatura como vicio de la mente y otras ociosidades», recogida en *El pie de la letra*, una charla que por momentos se centra exclusivamente en divagaciones eruditas sobre la identidad y el personaje poético. Pese a lo que ellos mismos sostienen, cada vez estoy más convencido que los poetas del 50, especialmente el llamado grupo de Barcelona, no crean un personaje literario, la idea del personaje es casi una excusa para ocultar vergüenzas; lo que hacen, en realidad, es desdoblar su «yo» en el poema. Lo que vienen a representar a través de la experiencia poética es una especie de guerra civil personal.

En la década de los ochenta, con las nuevas promociones poéticas, el concepto de «experiencia poética» creo que pretende abordarse desde otra óptica, especialmente entre los escritores más jóvenes. El



2005

mismo Carlos Marzal, en «Las buenas intenciones» de *El último de la fiesta*, escribe: «Se me ocurre, además, que trato de dar cuenta/ de una vida moral, es decir, reflexiva,/ mediante un personaje que vive en los poemas.» Por su parte, Felipe Benítez Reyes en la poética para la antología *Postnovísimos* afirma: «He pasado de entender la poesía como una confesión a entenderla como un género de ficción. Tal vez la poesía no aspire a otra cosa que a convertir a la persona en personaje, y mejor cuanto menos se asemeje la una a la otra». No son coincidencias casuales, sino que tanto en el proyecto literario de Marzal y Benítez Reyes, como en el de otros poetas de su generación, está más o menos presente esta idea de entender la poesía sobre todo como un «género de ficción». No creo que estas declaraciones sean además, como algunos han apuntado, una simple fórmula para salvaguardar la biografía de los balances de cuentas familiares. Las entiendo como el reflejo de una voluntad por revitalizar la poesía, situándola fuera del contexto que supuestamente, y casi con exclusividad, le correspondía, ser crónica sentimental del «yo» o territorio de disputas fratricidas, y mejor cuanto más sangrantes.

Creo que es a partir de mediados de los noventa, cuando el concepto de «experiencia» y de «conocimiento» a través de la poesía van sufrir modificaciones notables, y van a empezar a concretarse en los textos algunos de los postulados y declaraciones que, hasta ese momento, no habían dejado de ser intentos. Quizás acuciados por las exigencias de su juventud, quizás por el peso de los antecedentes de un tipo más o menos estándar de «experiencia poética», o por todo ello a la vez, el caso es que hasta bien entrados los noventa la poesía de corte realista recurre frecuentemente (y en algunos sucedáneos sin ningún sentido crítico) a los paisajes habituales, a la ciudad, a la noche, a las historias sentimentales y a una a veces teatralizada madurez, que imponía una visión del tiempo

quizás algo apresurada, es decir: al poema territorio aún de un «yo» que es razón, causa y consecuencia; un «yo» directo, sin filtros. Cuando Carlos Marzal habla del personaje en *El último de la fiesta*, me parece a mí que aún sigue sujeto a las urgencias del «yo» y de la edad. En cambio, a partir de *La vida de frontera* y, sobre todo, en *Los países nocturnos*, pienso que ese yo y ese personaje han dejado de importarle como material literario de primera mano, que ambos están integrados como un elemento más de la ficción poética, pero que no son el único y exclusivo. De hecho, el yo oculto, transfigurado o convertido en personaje me parece que a partir de *Los países nocturnos* se convierte en otra cosa: el punto de vista, la voz que narra o reflexiona y la que canta. El concepto de «conocimiento poético», además, se abre a un abanico más grande de intereses y posibilidades.

Es en este contexto en el que hay que situar la singularidad de *Los países nocturnos*. Los temas, los paisajes, los personajes, el concepto de tiempo en su dimensión metafísica, el punto de vista y el tono épico-lírico, hacen de este volumen un libro especial entre los importantes. En él, Carlos Marzal utiliza y explota elementos técnicos que eran poco frecuentes en la poesía del momento, como por ejemplo, la concepción casi argumental del libro. Como decía al principio, en *Los países nocturnos* uno tiene la sensación de que está leyendo, además de poemas independientes, una historia, el desarrollo de un punto de vista, sobre la condición humana. Para bien o para mal, y aunque pueda leerse deslavazadamente, el libro acaba imponiendo un recorrido lineal, con su arranque, sus capítulos y su desenlace. La experiencia moral que acaba teniendo el lector, la sensación de autenticidad de lo que ha leído, no se la otorga, a mi juicio, la posible confesión poética, ni siquiera el personaje, sino la magia de la propia ficción literaria, el conjunto, algo parecido a lo que nos ocurre con una buena novela.

En un artículo publicado en *Clarín*, un año después de *Los países nocturnos*, titulado «La prestigiosa droga de la memoria», Carlos Marzal apuntaba algunas razones que pueden resultar interesantes para comprender su concepto del yo y del tratamiento literario de la biografía personal. Aunque el artículo no se refiere directamente a la poesía sino a «los diarios, autobiografías, los libros de viajes y cualquier escritura de carácter íntimo», sus opiniones pueden ser válidas, como él mismo autor afirma, para todos los géneros:

Ahora bien, hacer literatura del yo representa hacer *memoria* —como, por otra parte, sucede en cualquier otro género—, porque lo que se escribe *se inscribe* en el pasado, por el mismo hecho de realizarlo. Supone *hacer memoria literaria*. Lo que equivale a decir que la memoria literaria, se elabora, se escribe, se finge en la medida que es fingimiento verdadero cualquier variedad de la escritura. Las paradojas, ese grato estupefaciente de la farmacopea retórica, explican con claridad qué

trato de decir: la memoria literaria comete imprecisiones para ser más precisa que la verdad desnuda, urde ficciones que responden con más fidelidad al carácter de lo real, y salta por encima de los pormenores biográficos para dar testimonio auténtico de la vida. En la literatura de la memoria, los recuerdos que no hayan sido sometidos a elaboración literaria no merecen recordarse. Ese es el único límite mediante el cual definiría el género, un método genérico para no delimitarlo ni otorgarle una definición, collares que este perro no necesita, porque los perros de la literatura han de morder a su antojo. Por esta razón, y por extraño que parezca, la literatura es el único territorio en donde se pueden tener recuerdos del porvenir y premoniciones retrospectivas.

La poesía también es literatura del yo. Eso nos demuestra Carlos Marzal en *Los países nocturnos* y en sus libros posteriores. Los pormenores biográficos, el conocimiento en plan psicoanalítico del yo, quedan sujetos y sobrepasados por la voluntad de hacer literatura, y es desde el mismo artificio literario de donde surge la validez de lo dicho, su autenticidad. En este sentido, los versos finales de «Meditación abstracta» parecen una confirmación precisa de este proyecto literario:

Lo que parece eterno en la memoria
ha dejado de serlo, y lo que nunca
vivió en nosotros mismos es nuestra eternidad.
Es extraño, es curioso, es sorprendente:
no estoy del todo en mí y cuando acudo
a lo que debí ser, todo ha cambiado.
Estoy donde no estoy, y en lo que no soy,
y hasta en no importa dónde,
y en hasta en no importa cuándo.

Por encima de la paradoja existencial, tan presente en Carlos Marzal en sus últimos libros, o incluso la atmósfera de misterio en el que inscribe su reflexión, lo que me parece más relevantes de estos versos es la voluntad de definir el yo precisamente en eso que siempre había creado problemas al yo, el artificio. Y más que una «meditación» sobre qué parte de uno corresponde al yo podríamos decir natural o verdadero y cuál al yo literario, es decir, ficticio, creo que en estos versos no importa esta dialéctica sobre el yo, sino que nos está hablando de otra cuestión: es una meditación sobre el alma. «Vivo sin vivir en mí», escribe santa Teresa; Marzal dice estar «donde no estoy, y en lo que no soy», pero ese lugar vaporoso no es el mismo que el de la religiosa, sino el de la literatura: «lo que nunca/ vivió en nosotros es nuestra eternidad»; la dimensión real y completa del yo, el alma, le añado yo, es un artificio literario, la réplica de una idea construida por nosotros mismos. No es frecuente en poesía encontrar este tipo de discurso literario de aliento metafísico. Es quizás posible la referencia a Juan Ramón Jiménez o a Claudio Rodríguez, de hecho los ha citado en más de una ocasión como poetas que le interesan, pero allí

donde éstos imponen el carácter casi sagrado de la palabra poética, capaz de alumbrar la esencia de la naturaleza y del ser, aun por su incapacidad, Marzal, en una línea más «borgiana», utiliza el discurso argumental que se abre y se cierra en sí mismo: no hay nada que revelar, sino más bien la constatación de que sólo somos el resultado de nuestro propio discurso. El yo, lo humano, parece decirnos Marzal, está en nuestra vocación literaria a la hora de entender y ordenar el mundo, nosotros lo hacemos sagrado, sea de forma consciente o inconscientemente; es nuestra mirada, nuestra perspectiva recreadora quien le otorga el valor añadido, ni más ni menos tampoco.

En *Los países nocturnos*, por tanto, las preocupaciones poéticas y existenciales caminan por otras sendas distintas por las que acostumbraba a andar la «poesía de la experiencia». Hasta el punto que el yo ha desaparecido, como tal, de muchos poemas. En unas veces ese yo se convierte en un nosotros, es decir, pasa a ser la representación de una «meditación» sobre lo humano; en otras, el yo ya sólo es el resultado de una narración o un puro discurso reflexivo. Este es el caso de «El mundo natural», mi poema. ¿Dónde está el yo poético en una historia que ocurre en África? No está, no es ni el narrador; y sí en cambio está detrás del león, del masai, del policía negro, de la zarpa, la lanza, la bala y el corazón, está en todo, porque es el poema, la ficción poética, la literatura.

«El mundo natural» ejemplifica además otros valores de la poesía de Carlos Marzal que más admiro y comparto. Junto a esta especial forma de hablar del yo sin que se note, de hacerlo desde la propia literatura y no desde la confesión, me parece también novedosa su forma de representar a la naturaleza y la dimensión metafísica del tiempo. No es muy habitual la sabana como paisaje poético, sobre todo acostumbrados como estábamos en la poesía de la época al predominio de los ambientes urbanos. De todas formas, por encima de la variedad paisajista de *Los países nocturnos*, en «El mundo natural» se describe una naturaleza poco convencional, poéticamente hablando, una naturaleza con sus propias reglas, viva, en la que el hombre interviene, bien para modificarla y hacerla suya, para crearla y hacer moral pero sin moralinas, bien para expresar a través de ella su propia condición y las paradojas de lo humano. En esa línea «marzaliana» por edificar más que poemas un mundo literario, «El mundo natural» traza a la vez correspondencias con otros poemas de otros libros. Como lector, puedo oler de nuevo la sabana en la media docena de perdices que estaban «sobre el mármol forense del albergue» en «Naturaleza muerta» o en «la pupila yerta de los peces» de «Una subasta en julio», ambos de *Metales pesados*. Incluso en otros poemas de este mismo libro, aunque en estos casos sea por el contraste de las dimensiones o por la minuciosidad de lo descrito, como ocurre con «La leñera», «La

vela hermana» o «Cuatro gotas de aceite», también aquí se respira ese mismo misterio de la naturaleza, esa novedad que se repite, el valor inmanente de lo que cambia, que nos acerca a nuestras más íntimas y verdaderas ficciones. Como ocurre en los relatos de Hemingway, la naturaleza en Marzal ha dejado de ser un paisaje para convertirse en argumento.

En *Metales pesados*, este juego de correspondencias entre los poemas crea, aún más si cabe que en *Los países nocturnos*, un atmósfera densa y unitaria. En un universo fragmentado, cada pieza parece encajar a través de extrañas leyes gravitatorias para formar un todo, una armonía de contrapuntos. Así por ejemplo, la tos del bronquítico de «Los centinelas» cuadra, uno no sabe exactamente por qué, con el deambular errático de aquel viejo del parque, «El oráculo», que mira siempre un libro, «La Biblia del Vacío, / una Taxonomía de la Nada». Algo similar ocurre con las melodías opuestas que resuenan en los poemas sobre colores: la pasión siempre primigenia de lo que nace y vive, en «Rojo»; y ese azul absoluto, sueño, quimera, epifanía libertaria, el azul beatífico de lo humano, un tubo de «Azul de metileno». En muchas ocasiones, esta hermandad de opuestos y complementarios se proyecta de libro en libro. Así la lluvia de Regent's Park, de *Los países nocturnos*, martillea también, redentora, en «Deprecación pluvial» de *Metales pesados* o en «Gente que ve llover, gente que llueve» de *Fuera de mí*. La dimensión temporal con que Marzal carga las gotas de lluvia me recuerda a veces un poema de Carlos Barral, «Las aguas reiteradas». «Llueves, / en ti se cumplen / como aquellas del mar de que proceden, / las aguas reiteradas de tu sueño, / tu número de nubes y de peces.», escribe Barral. En «Gente que ve llover...», Carlos Marzal apunta: «Somos gente que llueve, / gente que ve llover sobre la tierra. / La lluvia, la canora, está asperjando el tiempo / con su hisopo invisible.» A pesar de las distancias, en los dos el agua viene acompañada de una carga temporal de raíz existencial.

De hecho, creo que en la poesía de Carlos Marzal la meditación sobre el tiempo va más allá de la constatación de su paso. Sorprendentemente, el tono elegíaco que a veces podemos oír en los poemas no se dirige invariablemente al pasado, ni canta sólo las pérdidas que pueden sufrirse con los años. Tampoco acaba siendo una celebración del «Carpe diem». Desde mi punto de vista, su voz elegíaca se dirige también hacia el futuro, en una paradójica hermandad de tiempos. Ya en *La vida de frontera* había escrito el inquietante «Pluscuamperfecto de futuro», como un anticipo del tratamiento temporal que utilizará después en todos sus libros. Junto al paisaje, e imbricado en él, este componente metafísico es la otra gran etiqueta marca de la casa. En «El mundo natural», está presente este concepto del tiempo que traspasa el ámbito de lo puramente circunstancial, sujeto al devenir,

para inscribirse en toda una reflexión sobre la mecánica biológica del mundo, y cómo interviene el ser humano en ella, una veces por azar y otras culturalmente, como ocurre en el poema.

En bastantes ocasiones, la crítica ha destacado de la poesía de Carlos Marzal su mirada temporal. Sobre *Los países nocturnos*, Luis García Montero escribió en *Hélice*: «La poesía de Carlos Marzal ha desembocado en una madurez barroca. Y no me refiero al virtuosismo alambicado del estilo, porque su voz es cada vez más seca, más precisa y desnuda. Me refiero a su preocupación por el paso del tiempo, por la fugacidad de la experiencia humana. (...) El barroco sin claves de este poeta acepta la falta de transcendencia como una realidad, como la única realidad, y se acoge al romanticismo materialista de Leopardi. Su moral es un diálogo frágil y pensativo con la soledad del infinito.» Más que la constatación de la fugacidad del vivir, lo que me parece más destacable de su concepto de tiempo está en este segundo aspecto, lo que Luis García Montero denomina como «romanticismo materialista», y que yo no interpreto sólo en clave de respuesta a la «soledad del infinito», sino como una forma de entenderlo, como una propuesta. En esa búsqueda de sentido, en las luces de esa bóveda celeste, eternamente negra y matemática, yo no pienso tanto en Quevedo o en Rodrigo Caro, ni en Fray Luis de León, y sí en cambio en el romanticismo también materialista con el que Carlos Barral penetra en «la cueva/ de bisonte y raíl rugoso,/ la piedra decimal que nunca conoce» de su *Metropolitano*, buscando «averiguar si aún el pacto antiguo/ puede ser entendido, si allá arriba/ en el fragor de torres, de supliciada primavera —lejos/ del muro que tallaron— vive.» Pero allí donde Barral busca respuestas, Marzal ofrece únicamente el «diálogo» entre la idea perenne del tiempo y nuestra sucesión de presentes; no existe ningún «pacto antiguo», sólo la casi innata vocación de hablar y crear, y es este extremo «frágil» de lo humano, paradójicamente, el que acaba dotando de sentido el sinsentido.

Cuando pienso en Carlos Marzal, siempre regresa «El mundo natural», esos tiempos «superpuestos» que se suceden para formar un universo contradictorio y nada amable, sin desenlace ni clave. Pero, al mismo tiempo, vuelvo también a una historia del cine, al paisaje siempre nocturno y lluvioso de *Blade Runner*. Como en el discurso futurista de Ridley Scott, la mirada de Marzal también viaja hacia delante para hablar de lo de atrás o a la inversa. Y al igual que en *Blade Runner*, la combinación entre la elegía y la épica, ese himno que canta precisamente la futilidad y el arrebató ante la pequeñez de lo cotidiano, es todo el equipaje posible. ¿Qué hace humanos a los «replicantes» en la búsqueda de un dios al que exigirle cuentas? Sorprendentemente, su condición de mortales. «Estoy donde no estoy, y en lo que no soy», escribe Carlos Marzal, utilizando también una negación que afirma.

¿Dónde estamos? ¿Cuál es nuestro yo más verdadero? ¿Tenemos alma? Carlos Marzal parece responder que sí, pero un sí sin alardes ni grandezas, de las dimensiones exactas de un artificio, una construcción literaria, una «réplica» de lo incierto, una invención. En el último poema de *Fuera de mí*, «Flores para vosotros», Carlos Marzal nos ofrece todo el perfume posible de nuestra eternidad, la fragancia de lo que somos:

No quiero daros flores que declinen.

Algo que flota en algo os he traído,
Nada que huele a nada,
en este ramo.



2005

Carlos Marzal

Correspondencia

fernando quiñones

felipe benítez reyes

NOTA A LA CORRESPONDENCIA

Aunque pertenezco, por desgracia, a una generación que ha nacido condenada a ver languidecer el género epistolar, conservo buenas cartas literarias de muchos amigos, pertenecientes a un tiempo en que todos éramos menos perezosos. Para esta ocasión he preferido mostrar más de menos —varias cartas de Fernando Quiñones y Felipe Benítez—, en lugar de hacer una selección miscelánea.

Las de Fernando Quiñones corresponden casi todas a una época en la que preparé una antología de su obra, que, tras muchos avatares comentados en las cartas, acabó siendo Cien poemas, Madrid, Hiperión, 1997.

Las de Felipe pertenecen a distintos momentos de nuestra juventud, cuando el teléfono y el correo electrónico no habían pasado a ser el método natural para la extensión de una amistad que no ha dejado de crecer en veinte años.

Al margen de los testimonios naturales de cariño que hay en ellas, y de los elogios, motivados por su generosidad, las publico porque en ellas existe un gran encanto visual, un cierto embrujo de pintura caligráfica, y, lo que resulta más importante, en todas hay, sembrados, comentarios de interés general, observaciones sagaces, destellos de inteligencia para el lector.

Como aficionado a la frecuentación de epistolarios, siempre he preferido aquellas muestras en las que lo privado se entremezclaba con la reflexión de carácter general. Ese equilibrio, creo, se da en estas cartas que hoy abandonan el baúl en donde amarilleaban, mientras sentían la nostalgia de otro tiempo más favorable, su propio tiempo, un tiempo epistolar.

C. M.



FERNANDO QUIÑONES 1986-1995

cuales (entre ellos este), con el título "Siete historias de toros y de hombre," dieron el Premio "La Nación" de Buenos Aires, en el 60, Borges, Malloa, Bion Casares, Carulla Gardara y L. de Vedia. 4 de ellos han sido traducidos a 4 idiomas y rodado bas-
 fante para fantologías, revistas, etc; como al lector del 86, éste fue le mando puede considerarse un inédito, y lo-
 fue todo por lo que lo he cambiado.

Presentación: Jesús Riosalido
 Coordinación: Antonio Cerrada

Miércoles 27 de abril de 1985
 20,00 horas

club urbis
 Avda. Menéndez Pelayo, 71
 Madrid-7

DEL AUTOR FRENTE A SU OBRA
 XXIV
 FERNANDO QUIÑONES

Se dio a revisión y no le fue-
 al top o piquito de la revista,
 que la revista sin publicar (no
 que fue copia)

Te doy estos datos por si, caso de que os in-
 terese para "Quites", pudieses hacerle
 una nota de presentación o su traducción.
 Un abrazo,
 Fernando

Carlos:
 Excelente 86, por lo menos,
 Salud y mucho trabajo.
 Fernando Quiñones

Lo que me fido es deuda y aquí va. Es uno de los relatos taurinos
 más cortos de "La gran selva" pertenece a la 2ª y muy aumentada
 y corregida versión (la 1ª: Ed. Arco, Madrid, 1960). 15 relatos taurinos, a 7 de los

Madrid 19.2.86 A Carlos Marzal.Valencia

Querido Carlos: Según el orden de la tuya 24 Enero y empezando por pedirte disculpas el retraso (no paré de viajar) y por celebrar la belleza textual y gráfica de "Quites", lindo número éste que me mandas:

1. Te adjunto el artículo que me pides sobre PLV. Lo de las letras de flamenco y toros quedó en el tomo VII del Cossío, y ahora Pepe Blas Vega y yo haremos quizá un libro sobre el tema, también para Espasa Calpe, del que más adelante acaso podamos extraer un capítulo inédito para la revista. (Pepe Blas, bibliófilo y librero anticuario, tiene un ingente archivo taurino y flamenco - gráfico y literario -; su librería está en la calle del Prado, muy cerca de la Plaza Santa Ana y el teléfono es el (91) 4296091; te doy el dato por si vienes a Madrid y con vista a "Quites", pero es mejor que no me aludas, pues lo sé ocupadísimo siempre y ya le echo encima bastantes peji-gueras, aunque nuestra amistad es excelente).
2. El letrista de José Menese y PINTOR antes que nada:
 Francisco Moreno Galván. Pintor.
 LA PUEBLA DE CAZALLA (Sevilla)
 Mándale un número y haz que te mande unos dibujos taurinos, que siempre los hizo de Buda madre.
3. Serafin Pro Hesles, Calle de la Villa, 6, 28005 Madrid, tel. 2-486950 (por las tardes) es un buen escritor taurino del que apareció en francés un buen trabajo sobre el tema en el libro "Andalucía" de Clement Lepidis, aparecido el año pasado en París. Creo que el texto en cuestión está inédito en español y que en parte - por largo - puede ser aprovechable para Q. O encargarle alguno de las me-

didias cabales. (Acabo de hablarle y está dispuesto; mándale ya el nº 4 y luego tendrás mejor que te haya algo nuevo, por libre.)

4. Mi DNI: 325.050. 2º apellido: Chozas. a la media
 Cuenta corriente: 1406/ 5. Banco Hispano Americano, Francos Rodríguez 56, 28039 Madrid (cuenta conjunta a mi nombre y al de Nadia Consolani).

5. Paco Brines te llevará en cuanto vaya (Marzo) el superíndice taurino que dirigí anónimamente. Siglo pensando que nuevas traducciones de textos impercederos sobre la Fiesta, pueden ser válidas para Q; las nuevas generaciones no las conocen, y las que sí gustarían de la nueva versión, cosa que debe hacerse constar señaladamente: que son nuevas (y, mejor, de firma).

Un neo-taurino y estupendo poeta (gallego, Premio de la Crítica gallega 85) es Xoan Manuel Casado Avenida Vallvidrera, 2 08017 BARCELONA
 Ofrecete suscripción a Q. mandándole 1 de regalo, que seguro se suscribe. Escribir no, pues sólo lo hace en gallego. Puedes dirigirte a él de mi parte.

Un abrazo y hasta vernos,

FERNANDO QUIÑONES
 María Auxiliadora, 5
 28040 MADRID.

"¿Ya está aquí la temporada?
 ¿Cuántas te vas a ver, charrán?
 Va por tí, pero es - o parece - un ciego dicho taurino andaluz."

Madrid, 26 A 87
 Querido Carlos:
 Buen año ante, fue nada. ¡gracias.
 dejó la transpulsión; la revista estará al l'lepar.
 Creo que debías hacerle llegar un ejemplar a SERAFIN PRO, Calle de la Villa, 6. 28005 MADRID, y aun encargarle su comento algo así para Quites como "Toreros fantomas del XIX". Especialista del tema, aun en libros franceses, buen escritor y colaborador del Cossío, etc. Un abrazo y gracias otra vez,
 Fernando

Madrid, domingo 25.10.87
 Querido Carlos: En la tarjeta arqueológica, la constatación de que si hay libros sorpresa, el tuyo lo es, pues: a) te hacía taurino culto con asomos literarios y no más; b), es bueno. Me llega un distante, asimilado trasmin a cierto Manuel Machado, y no por el título de "El mal poema" ni siquiera por el afín tratamiento de la mujer, sino en cuanto al cinismo doliente. La rima, que en los de hoy me molesta casi siempre, pues en tu caso no, salvo en la pág. 55. La Poética de las 59-63 me encanta, y con esa plenitud otros 6 o 7 textos. Por Dios vivo, como decía d'Arctagnan, que es buena salida, y supongo - estoy seguro - de que tal opinión no se quedará sola. Se ve que el poeta cree en cuanto dice, y eso es mucho. También hay una firme "word music" de llana y apetecida coloquialidad: concuerde todo, y los temas. Gracias mil por tus exageradas palatras sobre mis minifotos en El Indepete; si buenamente te viene en gana mandar una tarjetilla a la sección "Cartas" con la mitad de lo que me dices, puede venirme muy bien, yo sé por qué (cabe una gran poda de colaboradores y algún encomio a distancia salva de eso). Pero sólo si te cae bien la idea. Ahora vienen, fijate qué potaje, Bertrand Russell, Ilya Ehrenburg, Rafael El Gallo, Blas de Otero y Julio Cortázar.

abrazo y llama cuando vengas (4-597971),
 Instituto de Cooperación Iberoamericana
 El Director del
 Aula de la Tertulia Literaria Hispanoamericana
 se complace en invitarle a la
 1041ª SESIÓN, *DORSO*
 en la que el poeta
Fernando Quiñones
 presentará su libro inédito
LAS CRONICAS DE HISPANIA
 (Punto Cúcuta de Madrid 1984)

MARTEL, 11 de diciembre de 1984
 Instituto de Cooperación Iberoamericana
 120 de la calle
 Arca de los Reyes Católicos, 4
 (Ciudad Universitaria)

Madrid, 14.12.87
 A Carlos Marszal
 en
 Valencia.

Querido Carlos: Perdón por la tardanza. No sabes cuánto te agradezco tu última; al go me había dicho ya Felipe Benítez en Sevilla (linda la edición de su Paula y gracias también por cursársela).

A quienes nos creemos, y no es modestia, aprendices de la Literatura (con altanera mayúscula ella, eso sí), nos dan pereza las antologías en principio, y en concreto a mí se me figura algo así como labrador a quien se celebra la cosecha cuando todavía está sembrando o, yendo a un área muy tuya, como espada que ha espezado la faena con algunos sulcitos de valía pero que aun debe rematarla, que está luchando con el arriazo y al que le sorprende, y aun le incomoda, ver que los tendidos reclaman ya la vuelta o la oreja. Pero tampoco ignoro, contra ese rechazo, que son sentimientos de índole demasiado personal, y que ya es hora.

Me gustan la colección, la idea y tu iniciativa; por razones que al momento te doy (estoy indispuerto con casi toda la que llamo "primera época", hasta "En vida"; ni yo tengo todos mis libros de poesía; bastantes incasables; pienso que es mejor que los autores elijan, aunque también ello incluya algunos inconvenientes "electorales"), creo que lo más indicado es que tú hagas el prólogo y yo

la selección; para ello debes indicarme el número de páginas disponibles y hemos de convenir también, si te parece, en las fechas, teniendo en cuenta que del 12 de Enero en Nicaragua, Cuba y Cádiz de rebote. Por supuesto que si hay algunos poemas de los libros que tienes que son de tu peculiar predilección, con mucho gusto lo veré, como en tal caso la selección figuraría como de autos y el prólogo, naturalmente, como tuyo. Son 10 libros (no 8) los que te faltan por conocer, incluyendo el innombrable (saldrá en el 88, creo) Las crónicas de Castilla. Puedo mandarte algunas de las críticas más interesantes de las que conservo por casualidad, y una bibliografía, que te interesa bastante completa para el prólogo y otros efectos. Entonces, después de todo esto, tú me dices y procedemos. Te reitero fuertemente, no digo atleticamente porque no anda uno ya para podiums, ni reconocimiento y mi amistad, y te anticipo (tienes todo el derecho) los venideros "Independientes", que son Roy Campbell y papá Borges; en el Occéano, destronadamente, se comieron una línea entera.

*Recordando
 más, como
 aquí te
 gustam, cabal en las Fiestas
 889, un abrazo de Fernando*

Madrid, 22.12.87
 Querido Carlos Marszal:
 Después de recibir la anterior, referente a la antología, idea que vuelvo a agradecerte y mucho. Ahora te cumplo con lo hablado para "Quites", que es la versión nueva, definitiva y por supuesto inédita de "Muy cerca del final": la que salió en el libro del 60 y reprodujo "Indice" que te hice llegar en su día, es una sombra de ésta. La llejé tarde o no te sirve, me la devuelves con el nuevo problema, que ya tiene otros novios (o pretendientes). De nuevo, redmilitiva, Fiestas y 68 con un abrazo de Fernando

Hablé con otros - entre ellos, Paco Brines - a quienes también gustó tu libro; je me quis persequer.

"alcances" / muestra cinematográfica del atlántico
 Junta cultural gallega



Madrid, 7.1.88
 a Carlos Marszal
 en Valencia

Querido Carlos:

Un pie en el avión de Cobana y el otro en 200 urgentes y quehaceres, logro mandarte la cosa: vuelve el 14 febrero y ya se dirá. Van: *(Amor de los siglos)*
 - Fotocopias de los libros que te faltan "del todo", atrevidamente a oscuras la solicitan, por el apuro en que ando, de que hagas tú, según el papel adjunto, las de los que tienes o puedes prestarte como me dices en tu última. Gracias.
 - Algunas críticas supervivientes, *(de las mejores)* y en cantidad no sé a quién, para un trabajo, y no se han visto devueltas). Creo que puedes tener la de Enrique Molina Campos en el num de "Crónica de Granada" dedicado a la gen. del 90 (que allí nos conocimos) y que es importante también el epílogo de Pepe Hierro a las "de mar y tierra".
 - Bibliografía completa.
 - Relación biblio/biográfica de lo escrito y publicado sobre las "Crónicas" (sólo sobre ellas), bastante completa porque ya he ido añadiendo en los márgenes y abajo ~~xxxxx~~ datos posteriores a la lista de Joaquinito Ferrás.
 - *(una lista de los libros que me has prestado)*
 Acepto las condiciones: 50.000 pts como entrada a 6g rechos, para 2.000 ejemplares, de los cuales - y desde ahora - se le algo - 400 al menos - deben ir a Cádiz. Puedo mandarte el editor el contrato y apenas vuelva se le envíe cumplimentado.

EL PRÓLOGO TUYO: Estoy seguro de que va a salir de patitas ~~xxxxx~~, te tranquilizo. Espero que te sirva el material informativo que te va aquí y estas otras ideas básicas:
 - Como ves en la bibliografía, todo lo anterior a las crónicas de Mar y Tierra lo considero 1ª época (may clarificación entre "El valco", del 1º libro, que era básicamente de poesía tradicional, y el tono de las Crónicas que tanto tardarían en llegar). En la 2ª época y salvo quizá "Circunstancias y acordes", todos los libros no pertenecientes a la serie "Crónicas" están tocados de un modo u otro por ellas (hay que decir también de ahí "Los poemas flamencos" que, aunque contiene algunas "crónicas" de diversos libros, es una antología onomástica en torno al tema).

LA SELECCIÓN. Excepto de los pertenecientes a los libros de la "primera época" - de tampo, que tamo y más bien

* fue un desarrollo me importa cuando, por mi falta, por favor.

esto hay que hacerla con...

rechazo - puedes a tu albedrío y sin problemas sustituir ~~xxxx~~ ~~xxxx~~ alguno que te guste más por otro, suprimir o añadir (y esto ~~xxx~~ proviene de la confianza literaria que "El último de la fiesta" y tus criterios se han inculcado. Como lo de "extensión moderada" que me dices es muy elástico y tampoco tengo tiempo de hacer un cálculo de páginas, puedes suprimir así mismo y a tu criterio los poemas que excedan la extensión conveniente, dejando los que te subraye en rojo como indispensables (o eso creo) en la lista apartada que también te mando. Claro que si todo esto se lleva a efecto, la selección debe figurar firmada al alista (y al prólogo sólo por ti, of course).

De "Las crónicas de Castilla", libro inédito, van sólo 3 poemas. Representativos pero sólo 3 porque lo tengo en juego y se ~~xxxx~~ va a convenir este año su inédito cara a algún curso sustancioso de pasta y ya que uno vive de esto, sin otro orificio al beneficio, sírveme por donde. Pero como tampoco podían faltar, ahí van esos.

Insisto en mi enorme gratitud por tu interés y en mi confianza de que vas a acompañarme todo estupidamente, Carlos.

Para alguna duda, consulta o si te falta algo, me escribes en cuanto vuelva te contesto.

Un abrazo gordó,

Fernando

Espero recibirás para "Quites" el relato del señor Cagan - que - quien dará pie a un próximo recuadro de El Independiente - y que te haya parecido bien; si no, tampoco tengas problemas.

Estos líneas finales siguen a la confesión de las fotografías que, vistas en negollón, pueden ser o no parecen demasiado; puede ser o no, no se hacen mucho caso puesto que no tengo tiempo para cálculos. Pero sí lo sea, fija tu por favor la extensión adecuada y suprime cuanto y lo que te parezca, hasta llegar a la cifra platónica de páginas. *(recuerdo de la lista de los libros que me has prestado)* a tu criterio también. Tal vez Las crónicas de Al-Andalus y Ben Jasan deben ir escritas por el tema, aunque originalmente haya otros títulos de por medio. Lo que decidas estará bien. Perdona el espantoso atolondramiento, pero es que tengo el avión en la puerta como aquel que dice, y todavía muchas páginas que resolver. de otro orden y bien polvario.

Madrid 3.3.88

Fuendo Carlos: Antes de que me olvide: ipse lazo mismo texto el de Rafa Sanchez Forlano en el último "QUI TES", unya tela! Jijim de los que te vuelven Manufre. Y bien bonito el "Paula" de Felipe, fue en este 88 también está de saborear en "años" 30 corridas firmadas por el pitano.

Estoy seguro de que tu "reducto" de la selección es acertada, y cuanto me cuentas en la tuya del 22 al respecto me parece muy bien. ¿Quié le parece al último de la fiesta fue equivocados en el título la palabra "autolepía" - fue casualmente rebufo por ahora - y diríamos simplemente "Poesía" o, mejor, "POESÍA JUNTA", con los fechas más chicas debajo 1948-1988?

El viaje Cuba - Niara fue calio bien; mira dejaste "El Independiente" o, como otros y daña mi habitual ajemido a esos temas y trabajos, se la fueran sin verlos más "romances de Indias" con el resto a Daniel Ortega (n. del 33 Enero) y a Fidel Castro (20 Febrero), este último con un libro que leer. Como yo, como yo soy periodista, ni se hubiera tratado por ejemplo de Kohl-Thatcher lo hubiera tratado con abyección; que me interesaban ellos. Un fuerte abrazo, Fernando

* Como me hay un texto de ese año 88 páginas a la cuerpo 9!

Madrid 25 Junio 88

A Carlos Margal

en Valencia

Fuendo Carlos: Se' por el Felipe por Benitez, con quien comparto un programa sobre poesía en la Televisión andaluza, fue estas bien; me pe luego, de vuelta -ayer- se dos conferencias en Canarias, fue re presente' aquí la colección de poesía valenciana que nos atañe y de la que recibí la pertinente invitación. (Pero yo estaba en Cádiz, donde volveré de aquí a 3 días (luego de este breve y necesario paso por los Naviles) y donde me quedaré como "último" de la fiesta" del verano hasta 1º de octubre. A todo lo efectos posibles, mi Dirección allí (sin teléfono): ROSARIO CEPEDA, 17 - MOCA CÁDIZ. (Un fuerte abrazo, Fernando)

Vale el "Cagando" para el QUI TES?



No te preocupes el retraso de que antolo- jaja ante imparte lo que de la bien. gracias a TARJETA POSTAL. Dime algo por los -fueron de unos- por que siempre es grato ver allí i pe- se en el Carmen, ver la co- torreta y llevarse a Madrid Querido Carlos: Una ocupación salvada, aún de la foto; como la estancia que vive, preferiría eludir comprometo; en efecto, no vení a la fiesta a el referido, fue todo un parateo, pero me no hubiera podido atender por que impor- te está en todo. Lo del vi de "Qui tes" para finales de año está muy bien en principio. (Un fuerte abrazo, Fernando)

Madrid, 11 octubre 88
A Carlos Margal
en VALENCIA.

Querido Carlos:

Al día siguiente de 4 meses en Cádiz, y a 3 de tu vuelta de los Ferds (ad que habrás percibido de lleno el prisional, inmensa dulce sabrosa a oscura del país), me doy con la tuya y los exalenta- tos meleción, prólogo (bien guapo es) y sugerencias respecto a la antología en cuanto a ella, aquí va la bibliografía completa y al día (que si te parece puede leerse como una figura: obra del autor). Porque al título que me sugieras queda más cabal de- jamos la obra en CIEN POEMAS; te indico a seguido las que creo en- prishias (en vez de 7 para dar espacio a otras que se parecen indispensable). Lo de Joaquín Torán está al día. Y todo lo que me acordó y hecho, muy bien, respondiendo de lleno a las pautas y criterio que me expones. No desvalve el palero con constancia de alguna duda o miniretoso. importante, creo, que veamos pruebas los dos y a última hora, ya ajustada, y las devolvería volan- do. Por supuesto, has de figurar, solo, como seleccionador; yo veo ese asunto así: Edición, selección y prólogo de Carlos Mar- gal.

Sugerencias:

LAS CRONICAS DE AL-ANDALUS. El corazón habitado, TV.

MEMORANDUM, XIV, XV, XVIII (y tal vez quitar otro más, el que to parezca, para dar el XVI, a Caquino...), libro "La reina"

LAS CRONICAS DEL 40. Incorporar el poema inicial "Se acer- can marineros supliendo bariles"

MURO DE LAS HETARAS. Memorias corporales, Hilda de Paz, In- cia la Uruguaya, La de Casalla.

LOS POEMAS FLAMENCOS. Incorporar "Entorno y campo de la lí- rita" (en la versión de este libro y no de "Las O. 581 80"; esta versión, la válida, está también en el libro-homenaje a Pablo Gó Baeza (Córdoba, 84)

LAS CR. DE HISPANIA. Fausto, glasiador.

Era tu selección de 107; 10 que elimino y 3 que incorpo- ra, con los otros, ya que que poco se ha movido todo de como lo viste. Por el finjo del dolo.

El contrato, que no llegó, mejor e ni agente literaria; así es que ya no se hizo a mi nombre - en cuyo caso ya se lo mandaría - preferir que pase por ella, como atención y aliviano profesio- nal por el parte, bisidua "según términos comerciales ya con- venidos con Fernando por lo que toca a los honorarios", vale? Est Margal de la Cometa, Agencia Mali, Malacada, 9, 2º och. 28005 Madrid. (Tel 2652516).

Cádiz 9/88
ALLEGRIA DE LA FIESTA

7 que, contenido (no en este día, claro)

Entiendo de salir para Madrid y con el último de Felipe Benitez, aunque también al hay que esperar al 89, no pasa de- dai lo bueno es que salga bien.

Título en portada: Cien poemas y debajo en tipografía más pequeña 1987-1987

Algo me hablaste de ir a Valencia para Diciembre. Mejor ir al 1 y al 10 (el 14 tengo una lectura en la Univ. de sus Venecias desde el 28 Dic hasta mediados de Enero) De sujar lo de Valencia (que se encontró entonces y así vas a- demas con el aliente de organizar la antología en plance- ta y estar contigo de parla. Nada si mujer vendría conigo y si quieres se aprueba para una lectura de poemas suyos y mis.

ULTIMA HORA (porque ahora ya voy a entender por separado los cantos de "Del Atalayero", que es un arbitrio cuando se trata en realidad y palmarmente de un solo poema? Si que conviene a tus cuentas, pero nada más, ah xodido. Se hablaría entonces de "Cien poemas" (título al que no debe- mos renunciar) pero solo habría 93 y, a no ser que se dijese, nadie iba a pensar que "Del Atalayero" se cuenta como 7 tex- tos siendo 1 solo, siendo facilísimo que no pocos de los his- tóricos lectores del libro sacaran la cuenta por el índice. Si las posibilidades editoriales dan de oír, y para que entran los 3 incorporados ahora y algún siendo 100, mejor no imprimir más que otros 3, que serían

De Las O. de Al-Andalus, El corazón habitado De "Muro" Hilda de Paz y La de Casalla, conservando los demás que seleccionaste.

Así quedaría todo realmente ideal. Un abrazo y hasta la tuya.

Gracias!
Fernando

DORSO



Alba por fin en la antología "La vida de frontera" ¿o algo - de esto si fue no me acuerdo - de "Las crónicas de Castilla"?

Madrid 18.2.89



Un abrazo.

¿cómo llamas a las "victorias" de las opacidades, y cuando son? Bufff.

Querido Carlos:
Por lo que me dices, creo que la antología mejor para otorgar fue para antes de esa estación, ya fue la de verano no es propia, como te parece? a presentaciones ni lanzamientos. "El amor de Soledad Acosta" está ya compromiéndose y abril así en Oros; me equivocaron (me equivocaron, mejor) en cuanto a la localización de Editorial Aguacera, que no es de Valencia sino de Alicante. Mucha ilusión

con esa novela, y los editores. Lo de "Quites" lo veo difícil en cuanto a mi presentación del m. a no ser que pudiera ser en Abril - salvo entre el 21 y el 24, ya comprometidos - puesto que Marzo lo tengo a tortazo; tampoco, me tranquiliza, es necesario o importante que yo la haga, siendo hacerla tanto y muy bien; me pesa, eso sí, no andar cortado por "mis" Carmen - Casa Petra, empujando de la Coterreta y lindos Serresores, de ser en Abril, por favor, lo de "Quites" debe saber cuanto antes la fecha. Un abrazo gordo, Fernando

Madrid, 8.3.90

Querido Carlos:

Creo que ya ha pasado el mes que establecimos tú y yo. y que estos nuevos propietarios de Marzal no les interese nuestro libro pues ya contactaré la operadora Ferrer - Hiperson (teléfono de Denis Muneriz, 94/5776015) no en hacerlo por a "los cuatreros" fue el importante punto (y tiempo) de los meses está y - para que respondan velozmente - fue decididamente no fueren a t. ligero (de lo dijo cabe todo para que no puedan venir luego con posibles quejas o reclamaciones). Hay que mover la cosa, creo, con decisión, energía y vista; no sabría tampoco lo de Hiperson, probemos una alianza. Me pesa especialmente todo el trabajo que te has tomado.

Al amigo colector - calle Serpis?, en nombre

no lo recuerdo ahora - de firmas y aportaciones para el Fernando caso Vicente Salgado respaldar con las mías. ¿cómo va eso? Dale un abrazo de mi parte a V. y toda mi - inútil, héles! - solidaridad.

Para ti, y esperando que no te aturda ya las clases, jartito (jives lo fue para por ser tan listorron y opositado 1?), un fuerte abrazo a la espera de tus noticias,

Fernando

Cabe recién vuelto - fatal, no te puedes imaginar y nunca mejor dicho. Quié la historia.

Madrid, 10.4.91
A Carlos Marzal en Valencia.

Querido Carlos:

"La vida de frontera" y su cariñosa dedicatoria: gracias. Me sueña y sabe de lo mejor; no he querido escribirte antes de una relectura. Creo que no "da" la edad que tienes, y unos cuantos textos (por ejemplo, "La historia") me lastiman y satisfacen de modo especial. No es cosa de cocharse a convencionalismos, y menos postales, que espero tampoco me salgan cuando, aunque dejó hace años la crítica, escriba algo sobre "Vida de frontera" por pura apetencia, que de ningunísima manera por gratitud y amistad. Cuanto me gustaría que charláramos un rato con el libro de por medio. Tengo la impresión de que va a más, de que sus mejores gustancias y logros están en el centro y al final (pero sin que lo demás llegue a flaquear), o bien es que la "propuesta general" del libro pide entrar despacio en ella. Enhorabuena y en cuanto me salgan esos párrafos y se publiquen te los mando.

Ando en racha rara; quien nunca conoció el desánimo - o eso creo - no anda entrenado para él y se las pasa mal; pero también, y no es masoquismo ni "zorruvismo" de están verdes, se siente uno más completo y real y hecho cargo de cosas que antes no.

Un abrazo gordo, repitiéndote mi alegría por la firmeza y el cance de tu libro.

Fernando

MANUEL DE FALLA EN "LA ANTEQUERUELA"

HECÉN echado el sol algo de pronto al Aquilón. Lo que se escapa al orden de la música porque es la música misma y no un orden, necesario pero ajeno así a ella: al lo que digo y lo que es un instante y olvidé y debe ser. Muy pero y todo, una compaña imperiosa que tal vez me condujera a cambiar el orden. No tiene estrofas aunque se me hayan ido, y son, dicta, el leve rubor de esa mano contra la cal del patio en manos, una memoria blanca y carnosa de adelfos al azul, en la Alameda de Cádiz, sobre el mar de la infancia. O esta gota de luna temblando en el bazo que ahora me tiene callado, hermano, Carmen.

Madrid, 6 Nov 96

Querido Carlos:

Aquí te van tus papeles de ese libro (bibliográficamente) (mañana) algún ejemplo debe y puede andar por tal cual el libro, valenciano de primer orden y mérito la pena que lo ojeas si te cae de peso; no te olvide de otra cosa, por favor, cuando diez meses, el cumpleaños, dada en tu honor editorial.

El momento literario de como es el caso. En pocos meses, volverán los que la poesía cubren

y de cuando después, la revisión en Alianza de "Vida de frontera" (con el título "V") que lleva el título. Los nuevos respecto a la obra. Los libros de poesía. Acaba de salir en Plaza de Juanes (al fin Félix) la edición revisada de "don Quijote" de Horacio Quiroga. ¿de edición? algunos debimos decir: de edición ya concluida de "don Quijote" y relatos famosos (del que a Solano Forte ven) de la edición Alianza. Fue cuando a nuestros "Cin poemas" en Hiperson - te dejó en Agosto recién en el Contador - galdró en el 2º semestre, para volver - o aliviar - vacaciones y un beneficio de la edición Alianza.

Espero colgado con tu libro al terno. (con los precios). A ver cuando con venimos; la en momento podría presentarse nuestro libro en Valencia, fecha del antólogo

Un abrazo y a Ana

Fernando

Madrid 30.10.90

Q.C.: Muy ayer de Cádiz y me doy con tu carta del 11 y la buena noticia de "La vida de frontera" (un festivo homenaje de título y carisma contenido, seguro, que estoy ya de- alando embalararme.

No tan buena ni tan mucho, es la noticia de que los ya "101 poemas" - validata idea - me podrán contar con Mandadori que ha cancelado en colección de poesía ya con otros 2 libros aplazados (antología de Claudio y de no sé qué otro). Para "Renacimiento", aparte de muy gordo, no me parece adecuado por cuestiones de costo y distribución. Ya caerá alguna idea, es decir algunas editoriales, colecciones; topái 2, como para estas cosas, pero la agente literaria ya echará una buena mano.

No venimos aquí y a fin de año, frontera en mano. En tanto, un abrazo gordo, tu mi final fin t. t. por tus palabras sobre "Punto del pasado".

Un abrazo gordo, Fernando

que saldrá en "Contemporáneos".

Plaza de Toros de Rota

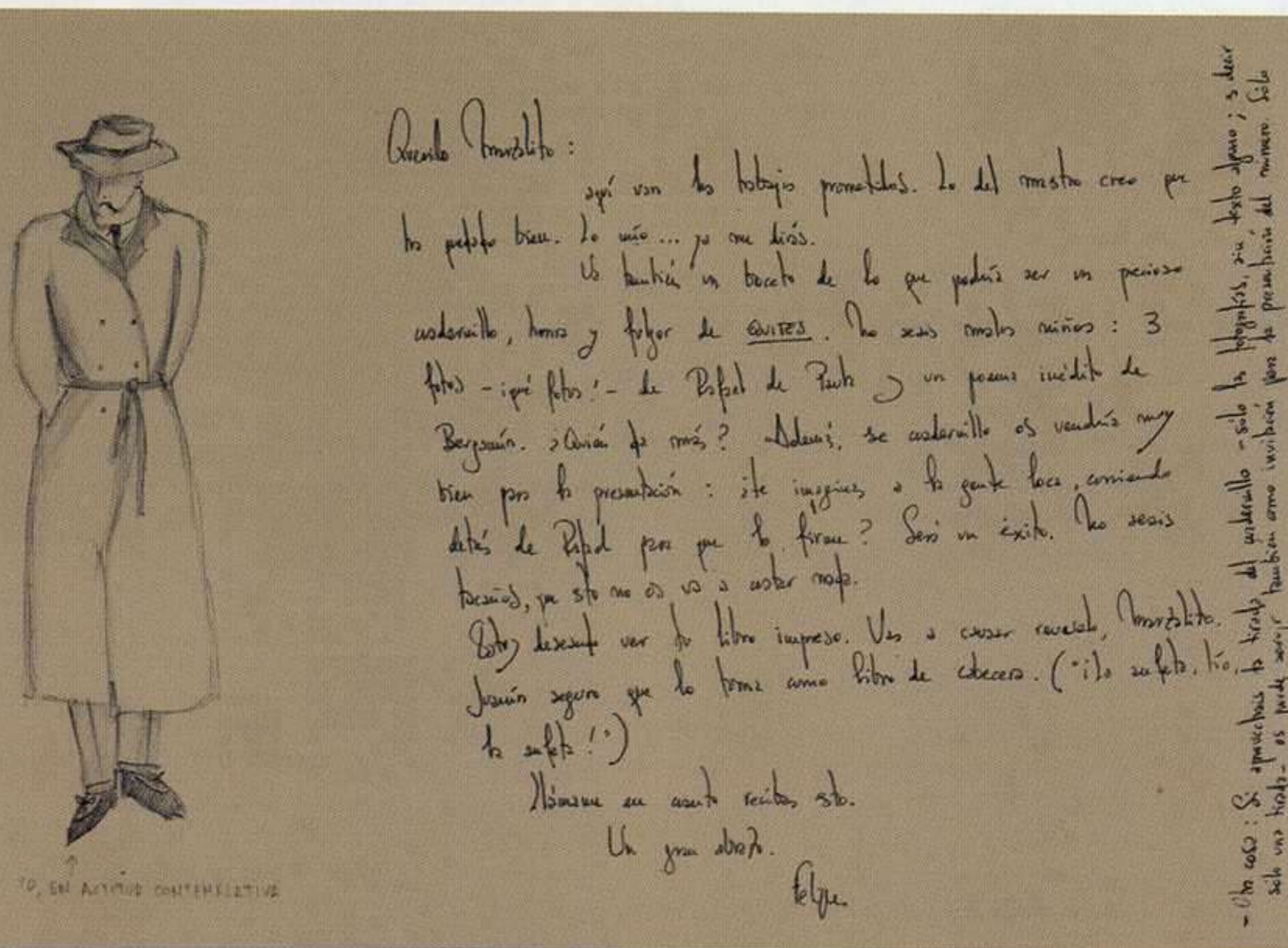
ENFERMERIA

PARTE FACULTATIVO. -

PRESIDENCIA

Por la presente certifico que el afamado diestro Felipe Benítez Reyes "El Ciclón de la Roteña" sufre una fuerte depresión anímica a consecuencia del silencio epistolar y telefónico de su mal amigo Carles Marzales "El Niño de la Albufera". La depresión presenta dos trayectorias: una en el alma, debida a varios meses de silencio epistolar, y otra en el corazón producida por asta de teléfono. Pronóstico: reservado.

Se le aconseja al diestro una temporada de reposo en su reino valencia.



recibida el 25-3-86

Y lo llamas, ceñillon. Hasta aquí llepe el romance; no soy para fasto. ¡Vendrás o Seville por Papeo? Papeo trae el 27. Lo pene cualquier punto de entrevista para QUITES.

Vu puen strapo.

En este mismo momento
toreo el maestro y compadre
en la Plaza de Madrid.
¿Te acercarás a verme?
Así me gustaría que ir,
y me traigan carritos.
El torero me ha invitado,
pero es en coche el viaje,
y ya sabes cuánto miedo
lempo a los vientos de aire.
Los toreros no están fritos
y tienen perchos tan grandes
que sostienen el guerra
y del cielo lo bajasen.
Esperemos que el gran Paula
toree en Madrid como él sabe.
Y al día siguiente en ferret,
donde voy a palmearte
por toreros, bulerías
y sus compases que sabes.
¿Cuándo podremos hablar,
cuándo podré saludarte?
Así me marcha a Seville,
pero vuelvo cuanto antes.
¿Qué hay de tu libro de versos,
qué de tu vida, ceñillon?
Da venis besos a Ana
enviados de mi parte.

Amoroso, Amoroso,
desde que di la marcha
no brillo el sol en Rotenis
y la luna sale tarde.
Unas veces te intentado
por teléfono llamearte,
pero todo me indicaba
que estás en otra parte.
Aquí te mando los libros
y la foto, de gran arte,
del gitano Papeo,
que es yo casi mi compadre.
Con él estoy unos días
en un artículo o entrevista.
No te quiero ni contar
la galema y la misa
que derrocha este torero,
catal entre los catal.
Despo fincas a una finca
de toros y de oliveras,
y en el coche iremos tres:
Paula, yo y otro del arte:
Curro Romero a nombre,
torero de pocas tardes.
Debería haber vivido
su noche inolvidable.

Lab. 11 julio 1986

Querido Carlos,
 te devuelvo el original de tu libro con algunas sugerencias.
 El libro, en general, me parece excelente, uno de los mejores libros de los nuevos poetas. Cuando lo publiques, procura a ser -si aún puede justificarse en el mercado- uno de los recambios inevitables de la poesía joven.
 Tu poesía tiene buena caudal (Brins, Puer, Gil de Biedma, M. Machado, L.A. de Cuervo...) y tiene sello propio. Es, además, un poema de promesa, con una voz de lo que parece.
 Para que el resultado sea satisfactorio es conveniente, no obstante, ajustar un poco este manuscrito. ¿Cómo? Muy fácil: suprimiendo algunos poemas y corrigiendo parcialmente algunos otros. Junto a poemas intocables, espléndidos, hay otros que, estando bien, se empujaron no tanto por su mérito como por contraste con los demás.
 Un primer libro debe ser lo más ligero posible. Tener los poemas juntos. Los muchos no pocas. Los lectores de poesía son generalmente peregrinos ante lo nuevo, y no conviene darle productos extensos. (Y en el caso, sea suprimiendo los poemas que te exceden, te queda un libro normal de poemas, y así sí bien.)
 Tiempo habrá de ver si tus poemas se van leyendo con el paso del tiempo.
 ¡Hazme caso. Marcelito, y suprime esos poemas! Yo cometo el error de publicar demasiado pronto -y demasiados versos- y don't entender más por volver atrás en el tiempo y

En fin, sé a todo. La cosa de detalle sea similar en el original.
 Te va a quedar un libro magnífico. ¿Los tres prólogos de tu gloria, oh maestro y amigo, tróforo celeste?

En serio: ve preparando para lo mejor.

Cuando vaya por ahí en julio ya hablamos y discutiremos las cosas con más detalle.

¿Andrés e Puch en los cartels? Si no es así, esto puede acabar en reyerta. Ambos han de faltarme para obsequiar a los lectores.

En fin, querido Carlos, hasta muy pronto.

Házmeme un día y comentamos cosas de tu libro.

Un poco abrojo.

F.F.

-Por la unidad del libro, es el manuscrito de "La tala de plata".
 ¿Me avisas tu manuscrito "El jugador"?

(con un uso decano de poemas.)

Tú haces la parte de haber sido yo me sería admisible de poemas, y sus poemas, admirables en los que hay que destacar, sin autorizarlos en otros poemas que simplemente están muy bien, pero nada más.

Si que es difícil prescindir de poemas que a uno -por motivos puramente estilísticos- le gustan. Pero hay que ser implacable, como los sportmen, y arrojarse a los ríos que llevan el más mínimo defecto al estribado.

La cosa difícil que decida.

Otra cosa es el orden del libro. Te sugiero uno, por si le sirve de orientación (contando con las aprensiones que me parecen oportunas):

- Dedicatorias

- VARIEDADES

- Invención

- La vida ausente

- El mal poema

- El jugador

- Invención del infierno

- Otros más

- EL ÚLTIMO DE LA FIESTA

- I

- II

- III

- LAS BUENAS COMPANÍAS

- De la pureza

- Un amor impar

- Un amor impar

- Invención a la perdición

- Noticias de la tierra americana

- El autor demerita a un amigo

- El poema de amor por...

→ (esto por el título que le corresponde a "El jugador")

27 Agosto 1987

Querido Marcelito:

Muchas gracias por tu carta, tan llena de palabras azules -diciadas por el afecto, no por tu celebrado rigor intelectual. Me alegro de que el libro te haya gustado, pero tú sabes, como sé yo, que no es el gran libro que todos quisiéramos que fuese. Digno sí, y a ratos interesante, me permito creer, pero no ese libro indiscutible, rotundo y luminoso que merece la afición. Otra vez será.

Tu prólogo me encanta. Ole tú, artista. No lo tengo ahora mismo aquí -te escribo desde la oficina y dejé ayer tu envío en casa-, así que luego te haré algunas pequeñas observaciones sobre particularidades estilísticas (osadía humana: yo sugiriendo correcciones al gran estilista valenciano, gloria y prez de aquel país). Muchísimas gracias, querido niño. (Y no insistas en otra cosa porque el honrado soy yo.)

¿Cuántas cartas de amor te han escrito ya las canallonas a raíz de tu libro? Oh nuevo Ovidio, cuánto envidia tu sacandencia sobre el género con faldas. Entre los amigos está causando furor. ¿Qué dirán ahora los sensiblos sensiblos-tentilotes, sensiblos-infilenciosos de tu tierra? Que aprendan, si es que el talento puede aprenderse.

¿Cuándo vuelves a Valencia? Comprendo que no quieras ir por la ciudad: el continuo asedio de los periodistas, de las burocracias de famosas...

Intentaré localizarte durante este fin de semana por teléfono. El sábado voy con Rafael al campo, a tentar unas vacas, y el domingo es muy posible que me vaya con él a Marbella, donde torea. A ver, porque en las dos últimas actuaciones ha estado brillantísimo. (Por más que digno en la loca revista "Aplausos", donde todo se enjuicia según la conveniencia o la inconveniencia de ese botarate que se llama Paco Ojeda.)

Bueno, pues a ver qué dicen los otros quidadores de mi libro. No sé qué me dice el corazón con respecto al Canborio... Ya veremos.

Si el libro pudiese salir en las fechas que me indicas sería desde luego estupendo. Ya precisaríamos los detalles de la edición llegado el caso.

En fin, Marcelito, te dejo (aquí no puedo escribirte con toda tranquilidad). Ya hablaremos.

Un gran abrazo, y gracias por ese precioso -y tan inteligente, y tan halagador para mí- prólogo. Será el lujo del libro.

F.

P.D. Mi hermano quiere hablar contigo para una cuestión de un catálogo. Llámale si puedes.

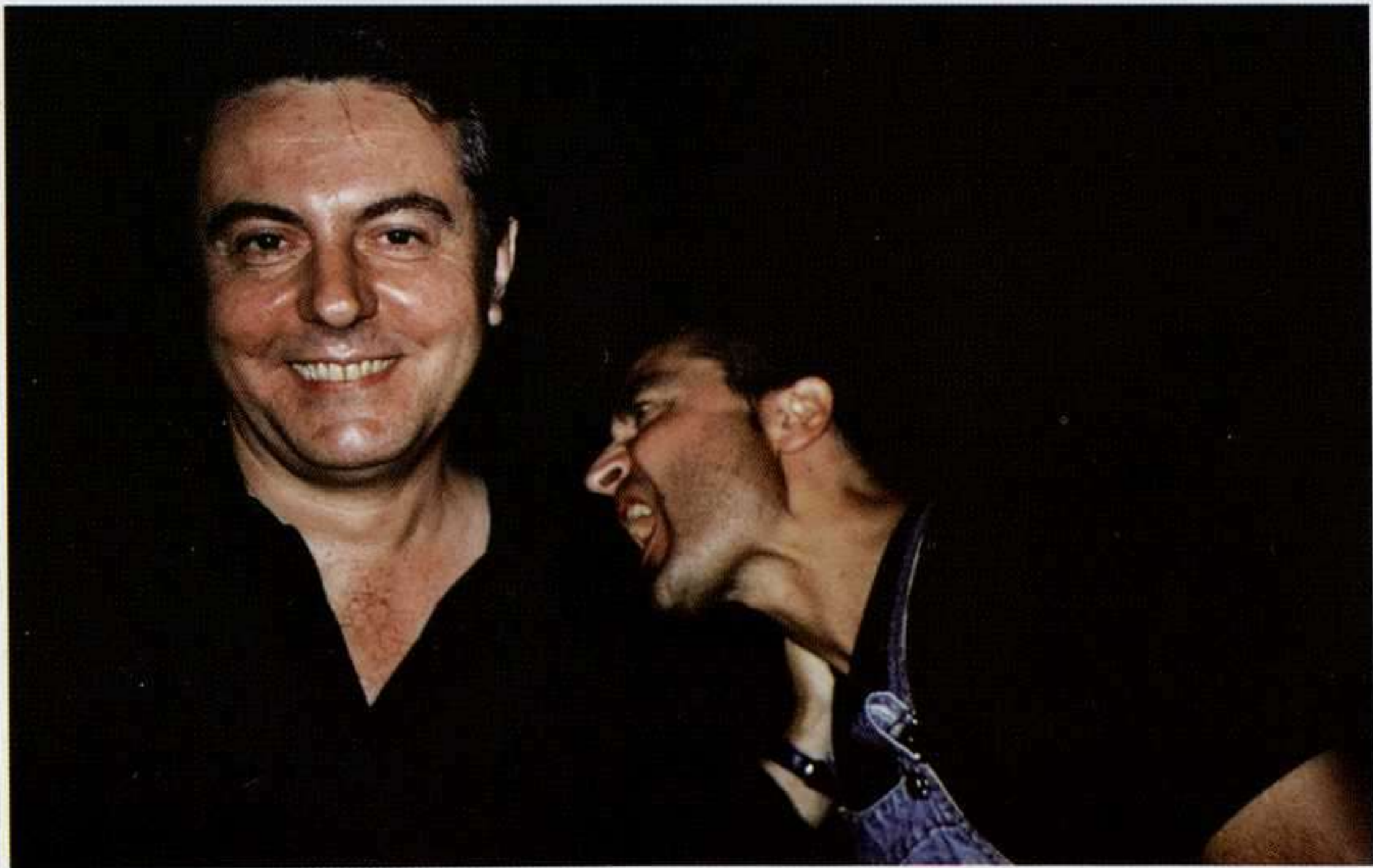
27-7-87

Querido Rosalito,
 le escribo para darle avisos: ayer, don Rosalito de Paula hizo un festín de pasas de ahí que eso. Una manita, Carlos.
 Desde luego, quien me haya visto tiene a Rosalito no sabe lo que se merece. Sublime en el campo, magnífico en la montaña... regular en la zona (de las 3 orcas que pudo haber caído, se pudo en sólo una).
 Durante todo la tarde nos sorprenden de ti: mi hermana, Rosalito Benítez, Ricardo Codomo... ¡Qué historias que vivas tan lejos de esta tierra de buenos vinos, buenas carnes y buenos vinos, que da un ratito!
 Los que saben -sabemos- ver el buen vino - de tanta belleza - sabemos apreciarlo. Bueno, lo plato antes sólo por escribir.
 ¿y, ¿por qué sería de volar cuando de tan altura? ¿Quién tiene la geografía.

P.D. Rosalito Benítez es a saber apasionadamente el libro de memoria.
 Es un manual del perfecto caudillo.

Por las grandes ocasiones de estos días no acaban ahí: ¡dale tu libro! Le educarás a bruto (sobre el aspecto en la búsqueda del caudillo, cachibanda, ¿verdad?). De ahí a la gloria, Carlos, de ahí a la gloria. ¡Qué libro tan hermoso, tan bien escrito, tan divertido!
 ¡tan sabio! Estoy encantado con la dedicatoria: por el nombre de uno rayo unido a un libro así merece una borrachera conmemorativa: de que sabes obligados a copiar en cuanto más voy. Vas a ser el rey de Valencia, rey de la rotación.
 El libro de Rosalito lo tengo listo, o falta de unos buenos ratos. Del 5 a 16 de agosto estaré de permiso; en esos fechas te lo envío. Recuerdos a todos. Un gran abrazo para ti,

F.



Felipe Benítez Reyes y Carlos Marzal



Album

Carlos Marzal

fotográfico

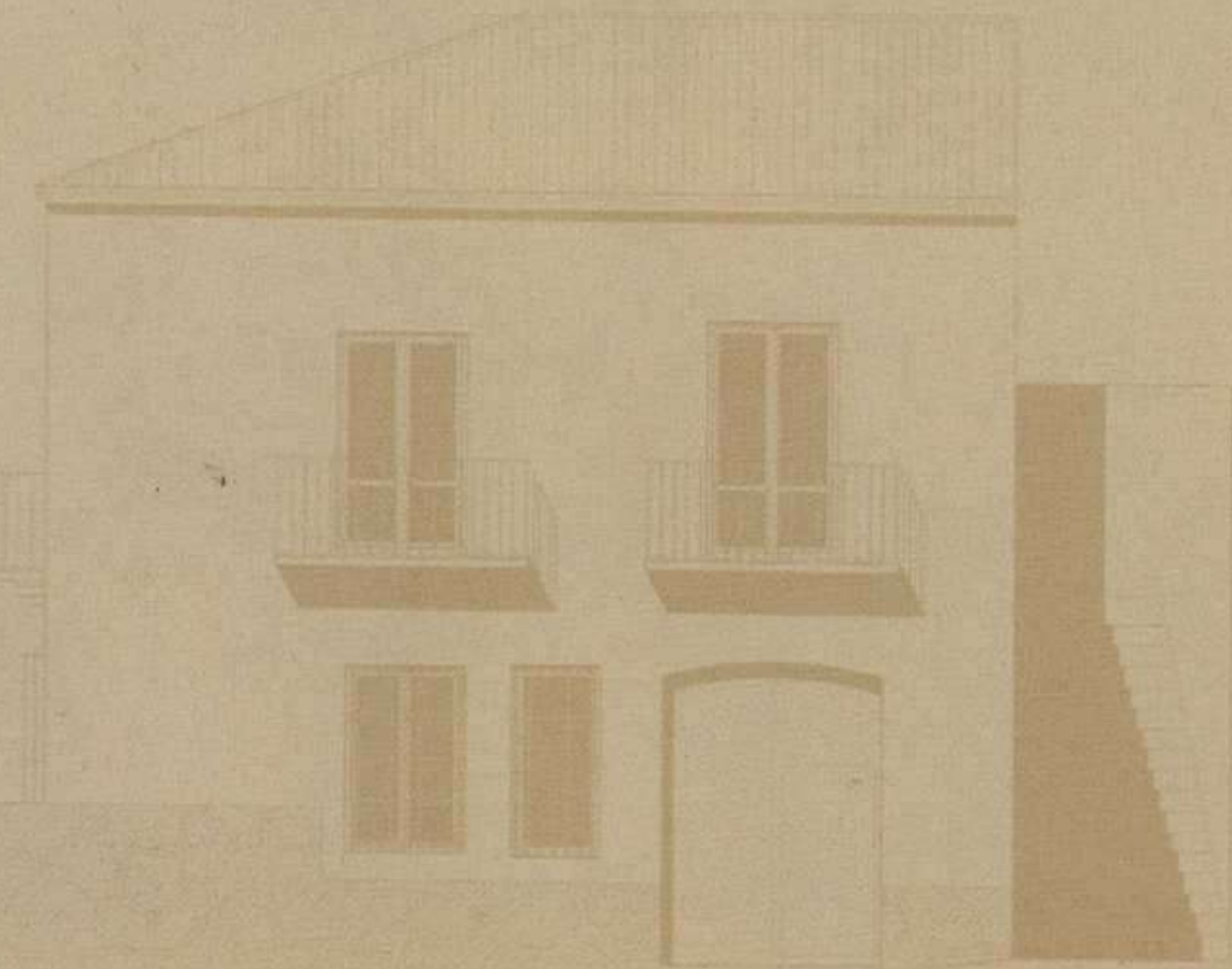
Como todo lo que supone hacer recuento, en mayor o menor medida, de la vida propia, el acto de ordenar un álbum de fotos representa una fuente de asombro. No hace falta ser tan proclive como yo a la extrañeza y al pasmo, para hacerse una idea ajustada de lo que pretendo decir.



Carlos Marzal, 1963, a la edad de dos años, el primero de la fiesta en el jardín de la casa de Serra

Alfonso Navarro y María Ángeles Marzal, padres del poeta

Plano de la casa de Serra, tan importante en la obra de Carlos Marzal



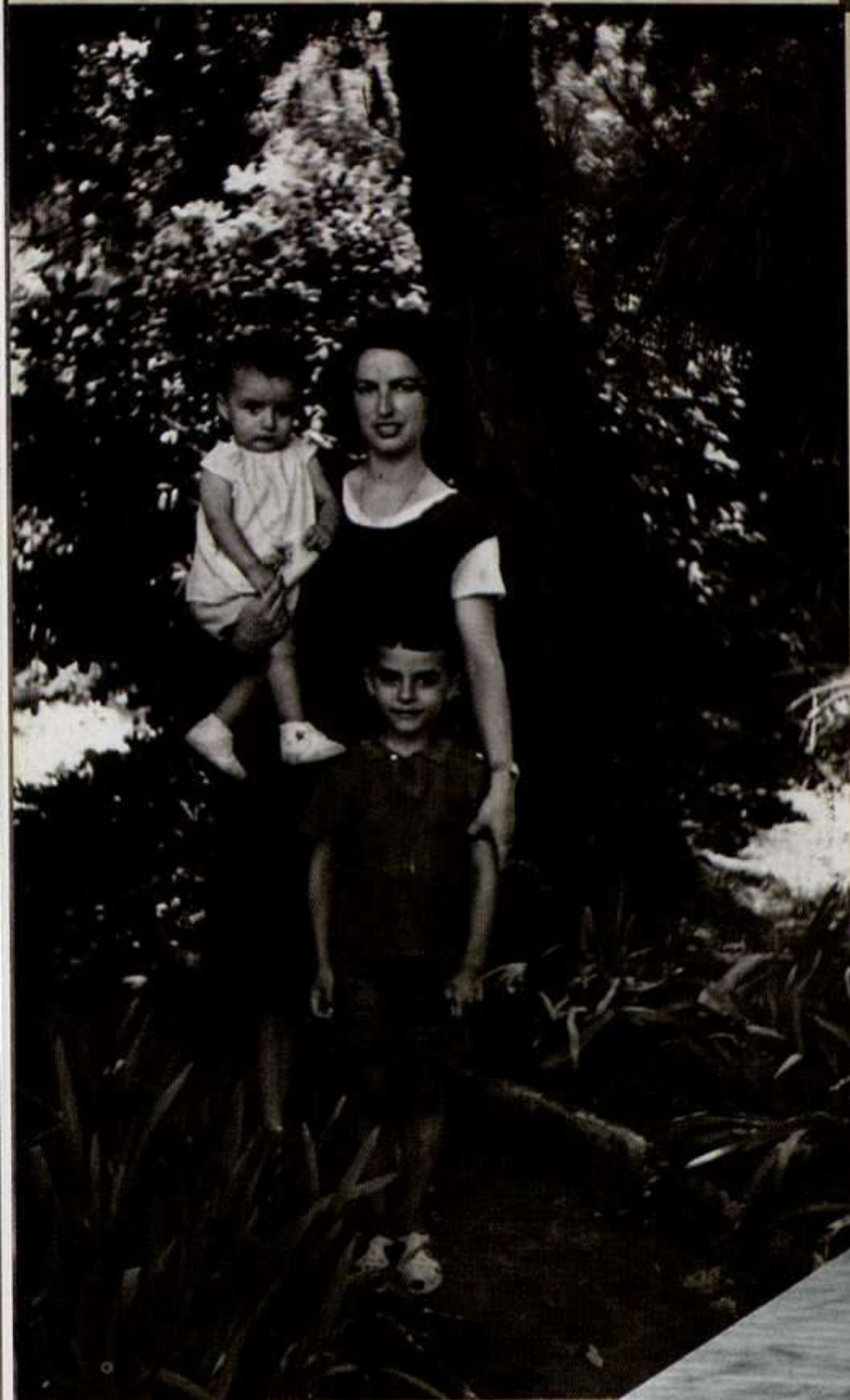


Ramón Marzal Albarrán.
Larache, 1930

En brazos de su madre y con
su hermano Alfonso, 1964

Bañándose con su hermano
Alfonso, 1968

Disfrazado de moro, 1967



La acumulación de fotografías en las que aparecemos significa la constatación gráfica de una obviedad: somos una sucesión incontable de diferentes nosotros mismos. Aunque parezca que la identidad constituye una sutil solidez íntima, en realidad apenas si se trata de una leve evanescencia que nos emparenta con los muchos que hemos ido siendo en el camino.





Los retratos son un artilugio diabólico que nos hechiza en un doble sentido. Por un lado, nos hechiza porque seduce; y, por otro, porque nos hace víctimas de un embrujo.

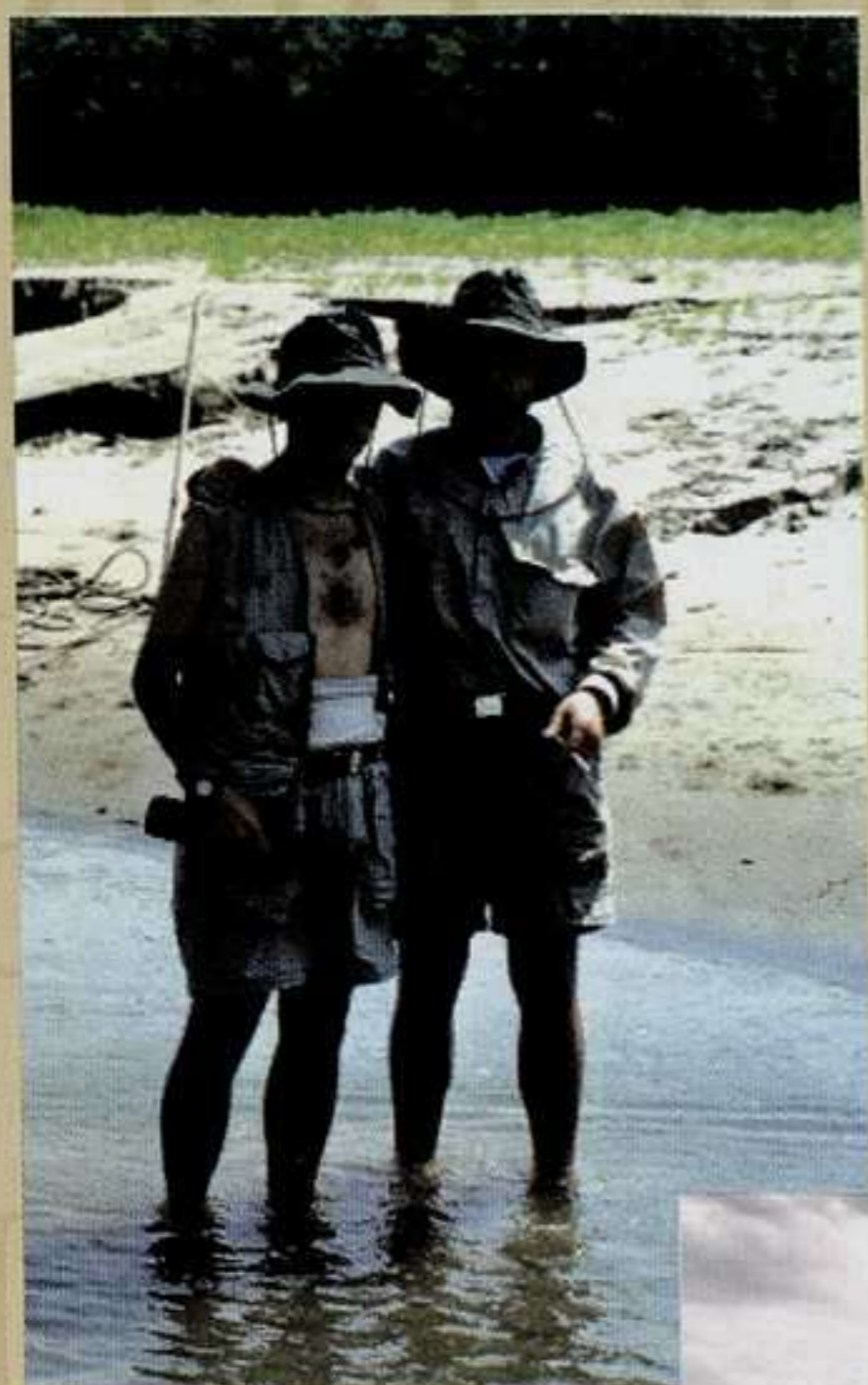


Colegio de los Dominicos,
curso escolar 1970-1971
Segundo por la izquierda de
la segunda fila superior

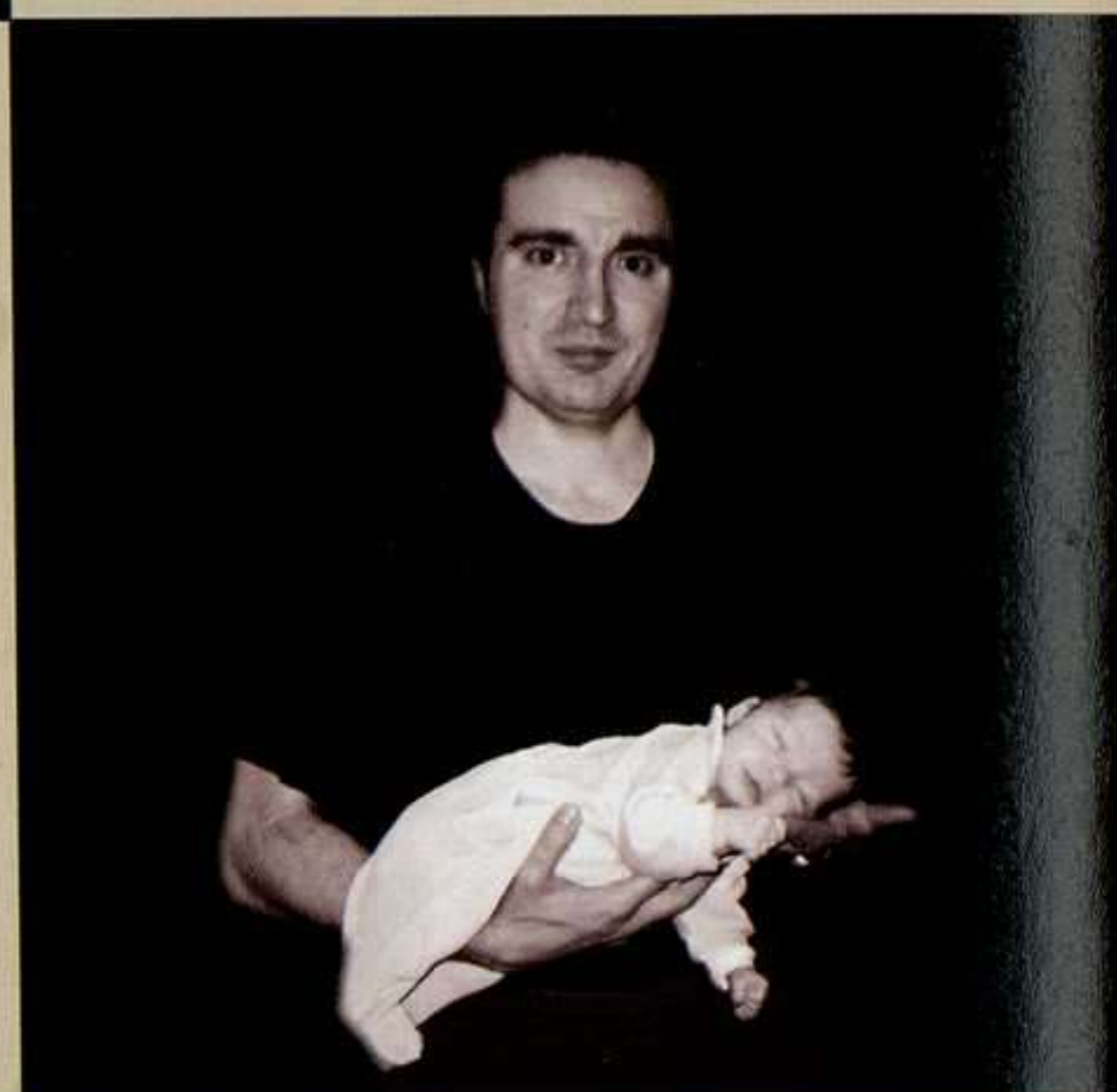
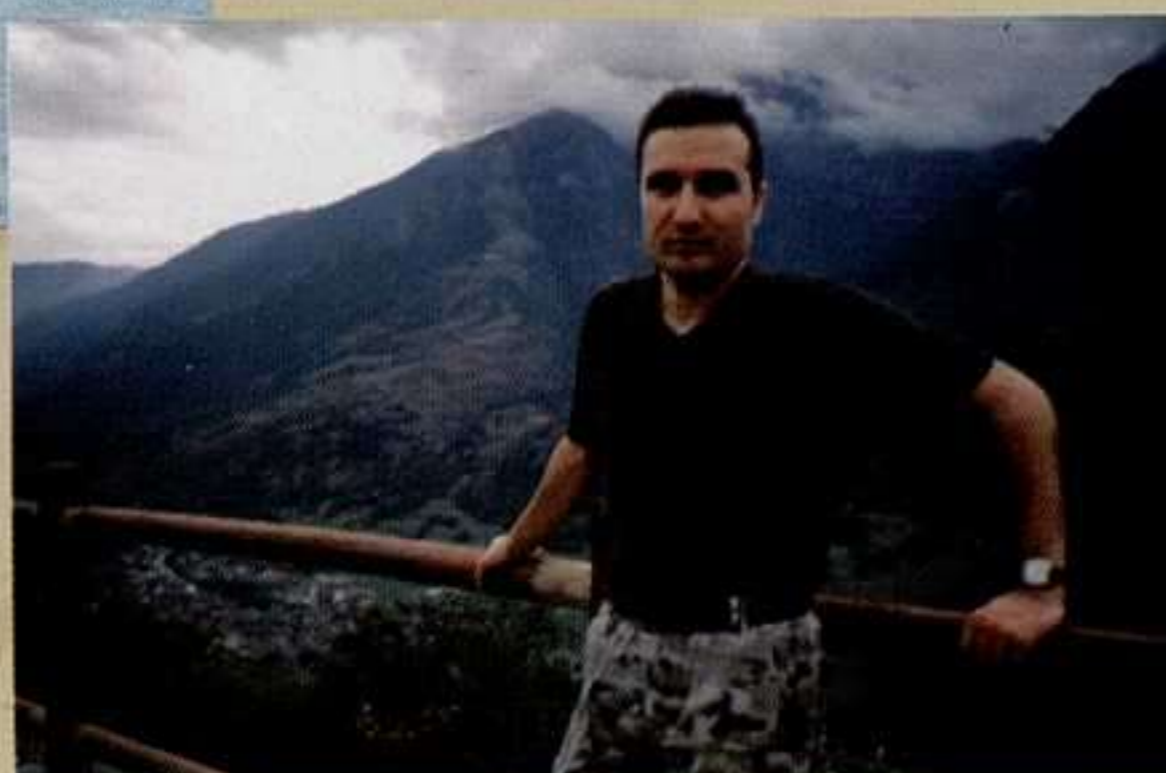
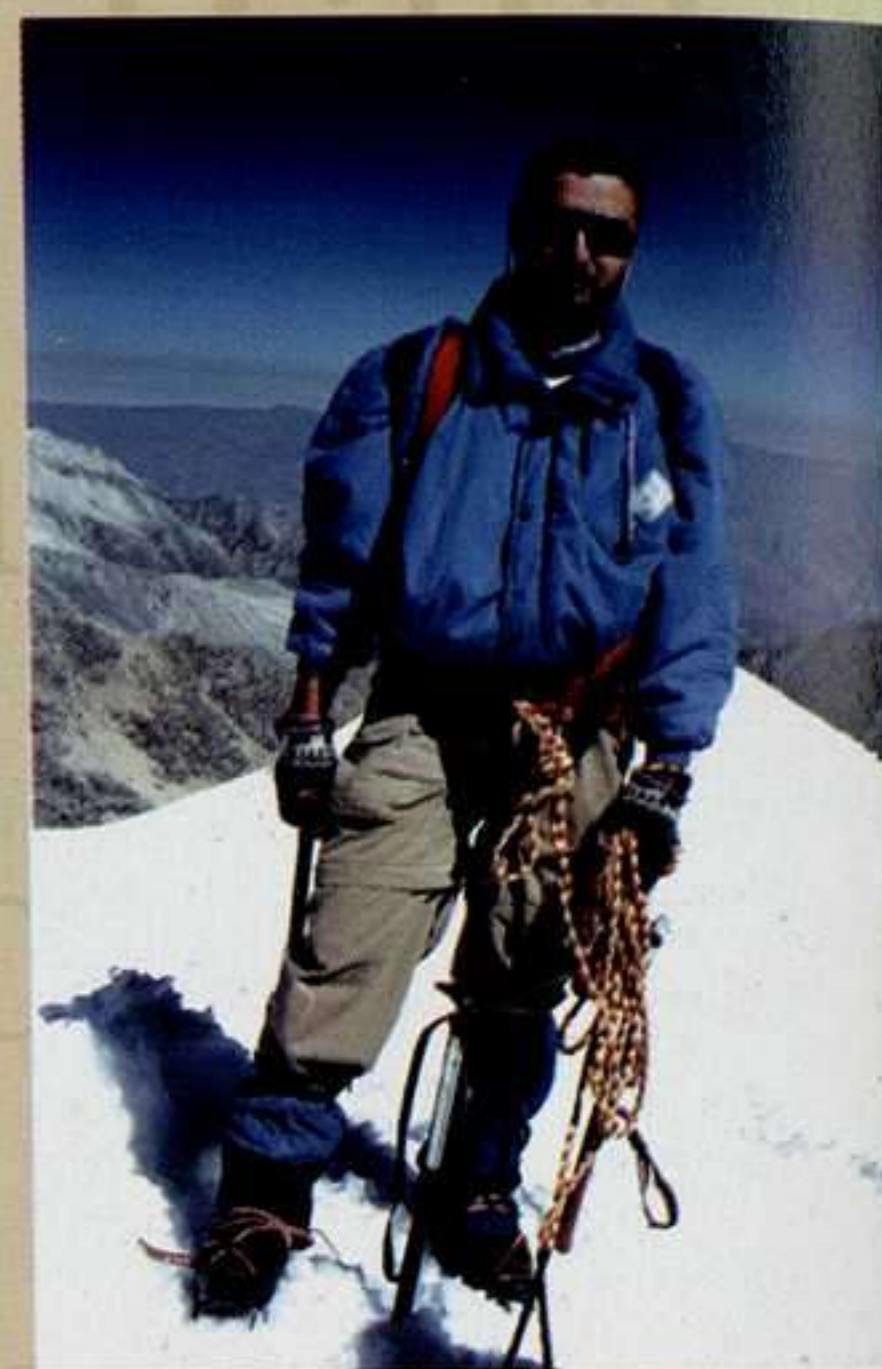
Valencia, 1973

Julio de 1979





Mediante el conjuro de la fotografía, podemos —digamos— *estar sin ser*, y *ser sin estar*. Podemos perdurar en un paisaje, el del mismo retrato, aun habiendo dejado de ser quien fuimos, e incluso habiendo dejado de ser por completo.



En Perú, Río Madre de Dios, 1994

En Perú, pico Ishinca, 1994

Valle de Arán, 1993

Con su hija Ángela 1996 y 2003

Con María Ángeles, su esposa, 1996 y 2004



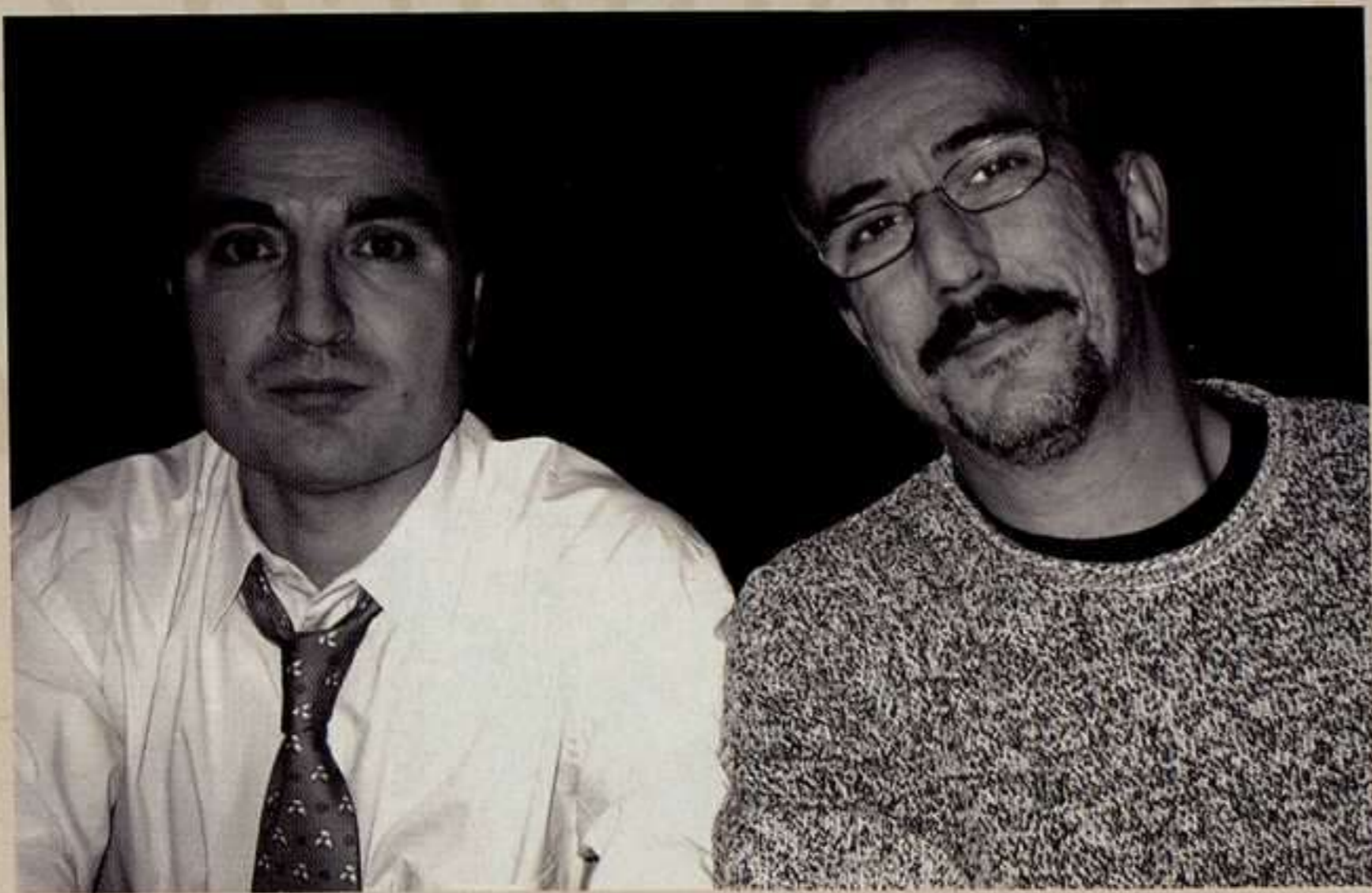
Carlos Pardo, José Antonio Mesa Toré, Luis Muñoz, Carlos Marzal, Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes y Antonio Jiménez Millán. Granada, 1994

Miguel Ángel Velasco, Carlos Marzal y Vicente Gallego, 2002

Carlos Marzal con unos amigos, Miguel Ángel Velasco, Agustín García Calvo, José Saborit, Vicente Gallego, Isabel Escudero, David Pérez, Sergio Barrera, Chema López

Y podemos, también, mantener con nosotros mismos una vinculación esencial, a pesar de ya no permanecer en el espacio y el tiempo que la imagen evoca.





Un álbum fotográfico representa, en definitiva, una contradicción resuelta en sencillez: aquello que nos muestra y que nos enmascara, aquello que da cuenta de nosotros, y aquello que no acierta a contar de nosotros lo que de nosotros más cuenta.



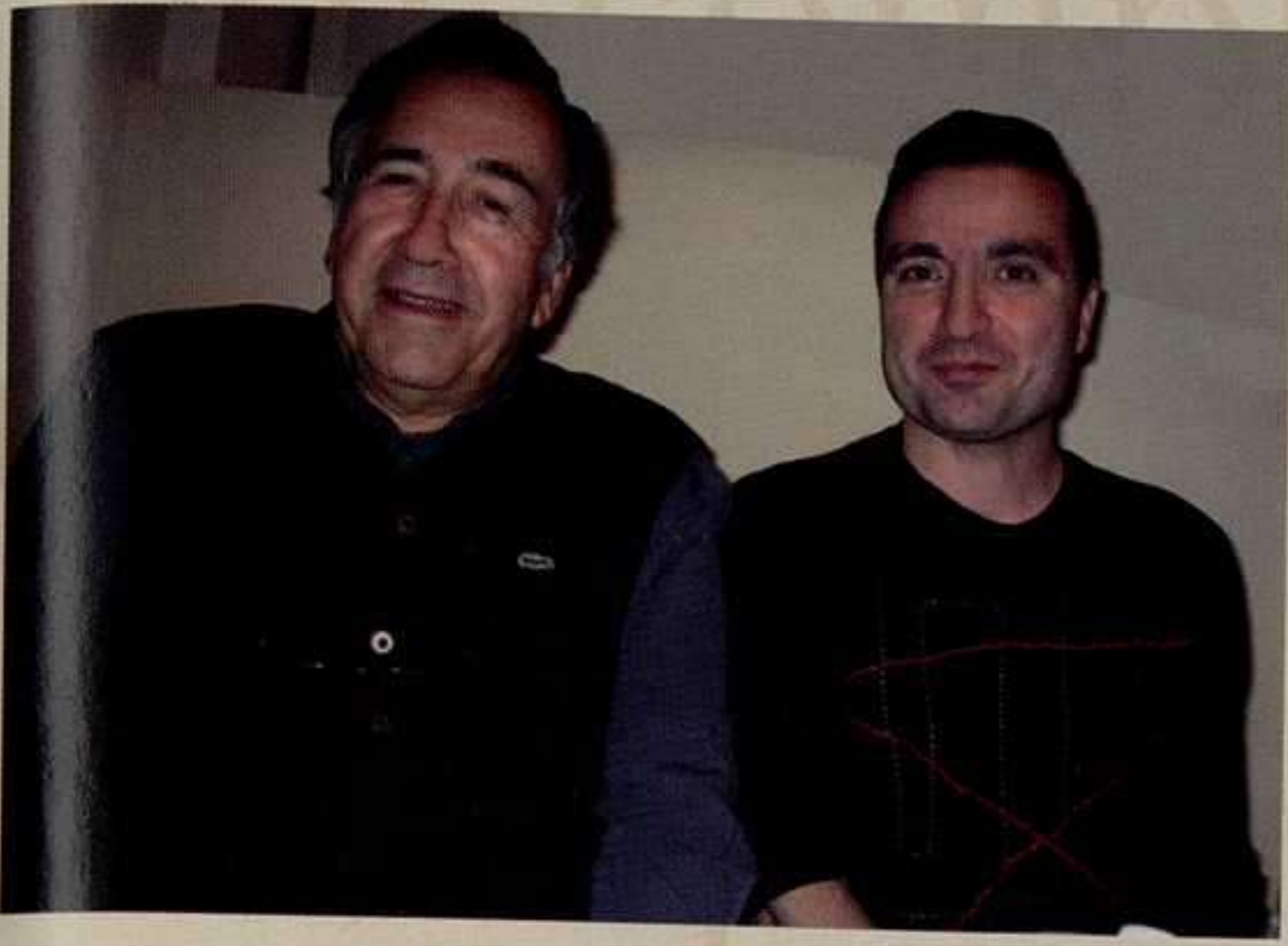
Carlos Marzal y Antonio Cabrera, 2004

Carlos Marzal y José María Álvarez, 2004

José Manuel Caballero Bonald y Carlos Marzal

Felipe Benítez Reyes, Juan Luis Panero y Carlos Marzal





Joan Margarit y Carlos Marzal

Francisco Brines, Álvaro Salvador,
Pere Rovira, Vicente Gallego, Carlos
Marzal y Felipe Benítez Reyes

Lorenzo Saval, Carlos Marzal y María
Jsé Amado. 2005

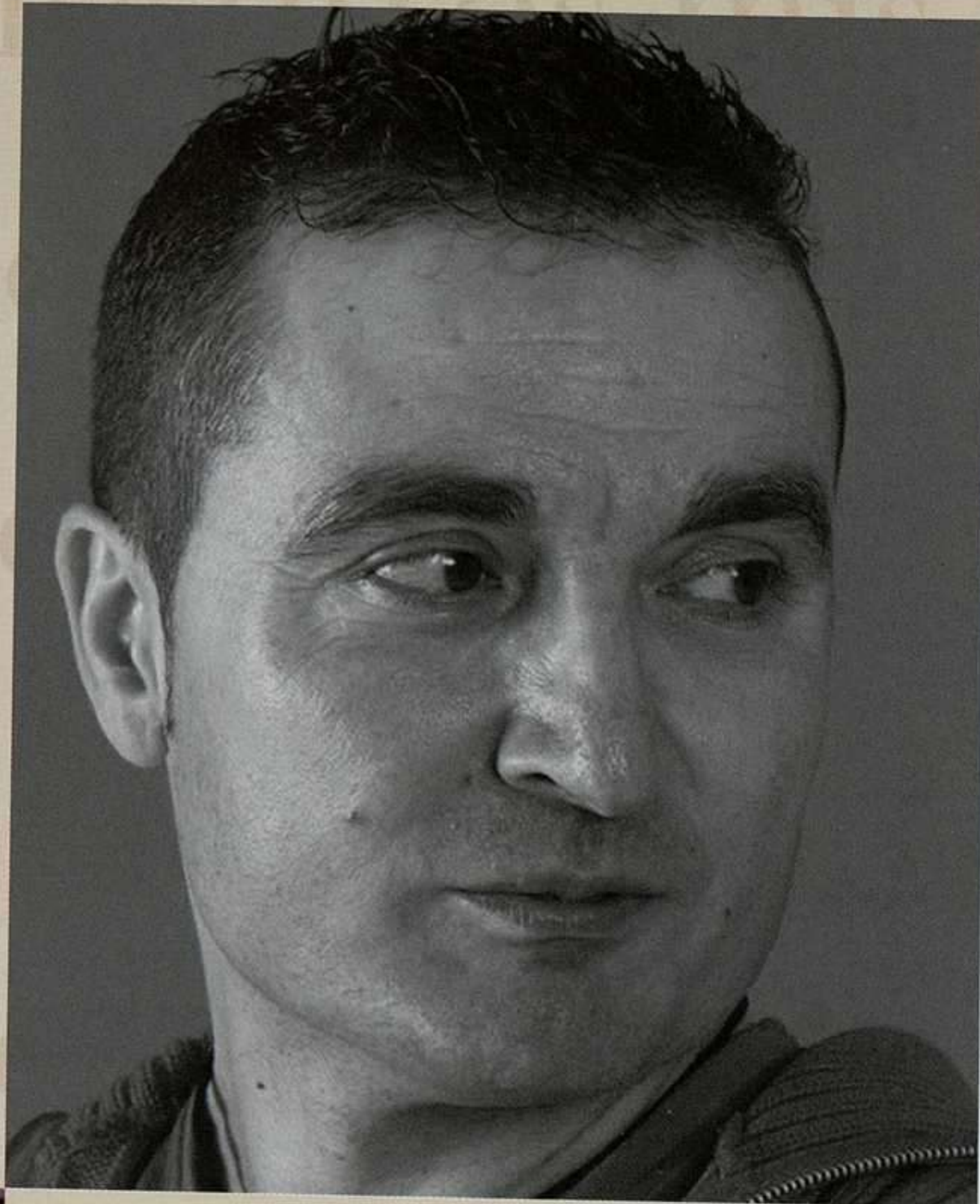


foto Mercedes Rodríguez, 2005





Programa de Conservación del Patrimonio Histórico Español

La FUNDACIÓN CAJA MADRID, desde su creación en 1991, orientó una parte principal de su actividad y recursos a la conservación del patrimonio histórico. Desde entonces, y hasta el año 2002, se han destinado a este Programa más de 84 millones de euros.

El Programa de Conservación del Patrimonio Histórico Español, creado como tal en 1996, se divide entre las OBRAS PATROCINADAS mediante la aportación de recursos económicos y las OBRAS PROPIAS, en las que la Fundación no se limita a financiar total o parcialmente las restauraciones, sino que además actúa promoviéndolas y gestionándolas en colaboración con otras instituciones. Estas obras tienen como denominador común el rigor metodológico de la actuación y un especial respeto, dentro del panorama de la restauración en España, por los valores históricos y documentales del patrimonio cultural

Plaza San Martín, 1 • 28013 MADRID • ppatrimonio@cajamadrid.es • www.fundacioncajamadrid.es



IMPLANTACIÓN TERRITORIAL (fuera de Madrid) del
Programa de Conservación del Patrimonio
Histórico Español
de la Fundación Caja Madrid 1996-2001



Galería Luis Adelantado

Alexander Apóstol	Priscilla Monge
Toño Barreiro	Juan Navarro Baldeweg
Sergio Barrera	José Noguero
Sophie Calle	Richard Orjis
Carles Congost	Marta María Pérez Bravo
Gabriel De La Mora	Martín Sastre
Milagros De La Torre	Montserrat Soto
Álex Francés	Eduardo Sourrouille
Anthony Goicolea	Miguel Ángel Tornero
Antonio González	Omar Ureña
Eva Lootz	Darío Villalba
Luis Rodrigo Medina	Santiago Ydáñez

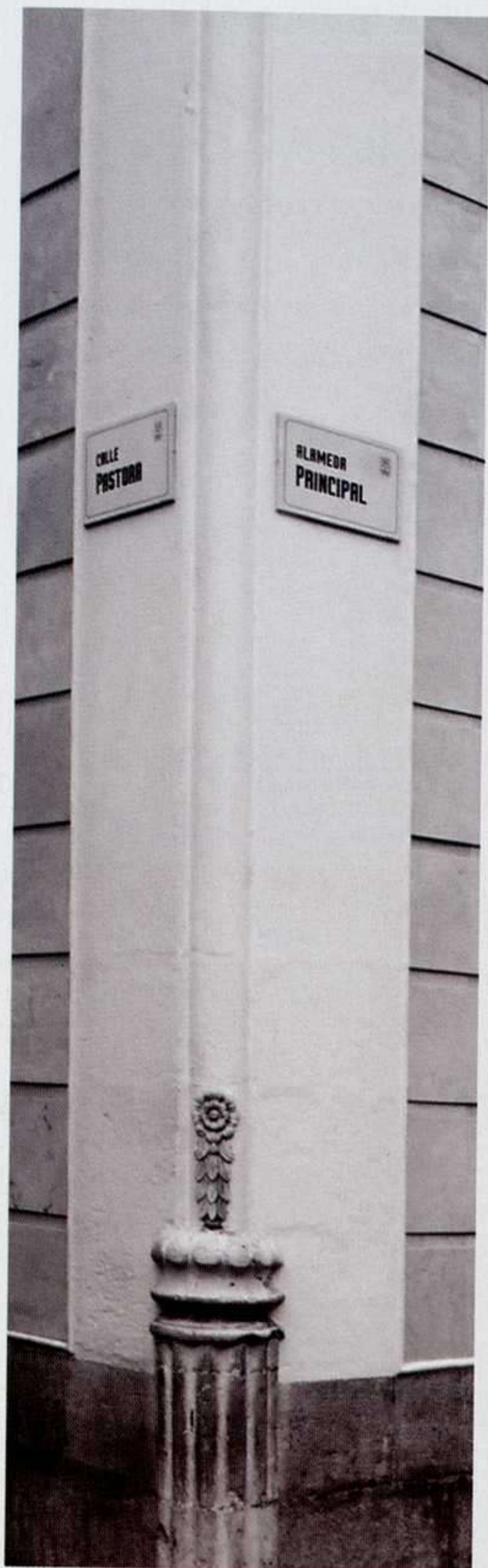
www.galerialuisadelantado.com bonaire, 6 46003 valencia(españa) tel. +34963510179

XISCO MENSUA	PATRICIO CABRERA
CONCHA PRADA	JOSÉ ANTONIO ORTS
MIREYA MASÓ	ANTONIO SOSA
PEDRO G.ROMERO	IAN WALLACE
RAFAEL AGREDANO	CHEMA COBO
ALBERTO PERAL	XESÚS VÁZQUEZ
YAMANDÚ CANOSA	JUAN PABLO BALLESTER
BEGOÑA MONTALBÁN	J.R. AMONDARAIN
TANJA SMIT	MANUEL OCAMPO
ALDO IACOBELLI	JOSÉ MARIA MELLADO
CURRO GONZÁLEZ	DEVA SAND
RICARDO COTANDA	CHEMA LÓPEZ

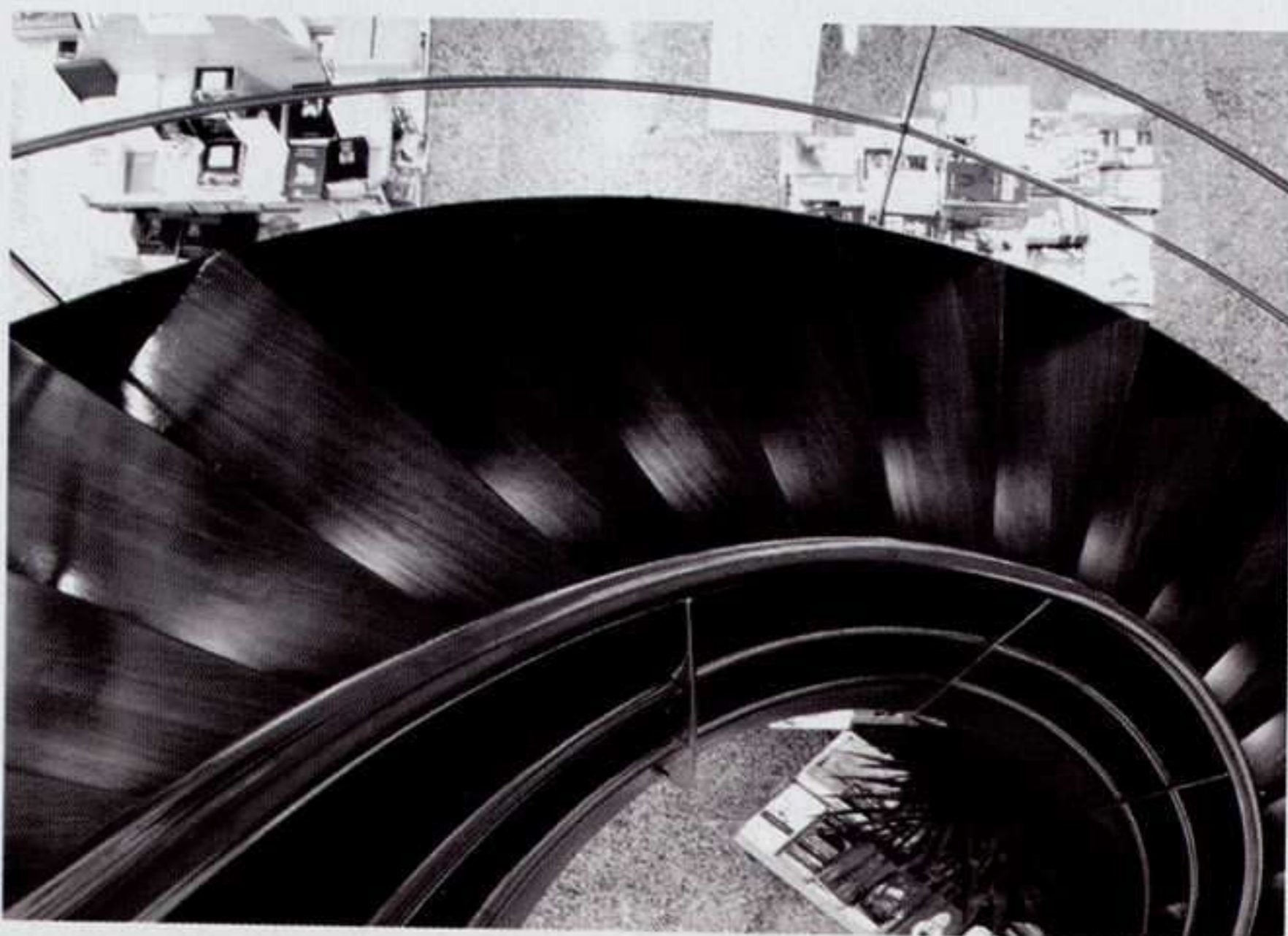
**GALERÍA
TOMAS
MARCH**

Aparisi y guijarro 7 bajo . 46003 VALENCIA . TF: +34 963 922095.

www.tomasmarch.com



librería luces



Alameda Principal 16
29005-Málaga
Tel.: 952 122 100
Fax: 952 609 247
info@librerialuces.com

**SI ERES AUTOR O EDITOR, EN CEDRO
TUS PALABRAS VALEN MÁS**



CEDRO es la asociación que **gestiona colectivamente los derechos de reproducción de escritores, traductores, periodistas y editores**. Ponemos todos nuestros recursos para que tus palabras tengan el valor que merecen. **Asóciate:**

- Cada año recibirás los **derechos económicos** que te corresponden por la copia de tus obras.
- Te beneficiarás de **múltiples servicios** que ponemos a tu disposición.
- Sin tener que pagar cuotas ni desembolsar cantidad alguna.

MÁS INFORMACIÓN

www.cedro.org

91 702 19 39

93 272 04 45

socios@cedro.org

cedrocat@cedro.org



Centro Español de Derechos Reprográficos
Entidad de Autores y Editores

Galería "i Leonarte"

Aparisi y Guijarro, 8 • 46003 VALENCIA • Tel.: 96 391 87 97 • Fax: 96 392 61 66
E-mail: j.leonarte@teleline.es

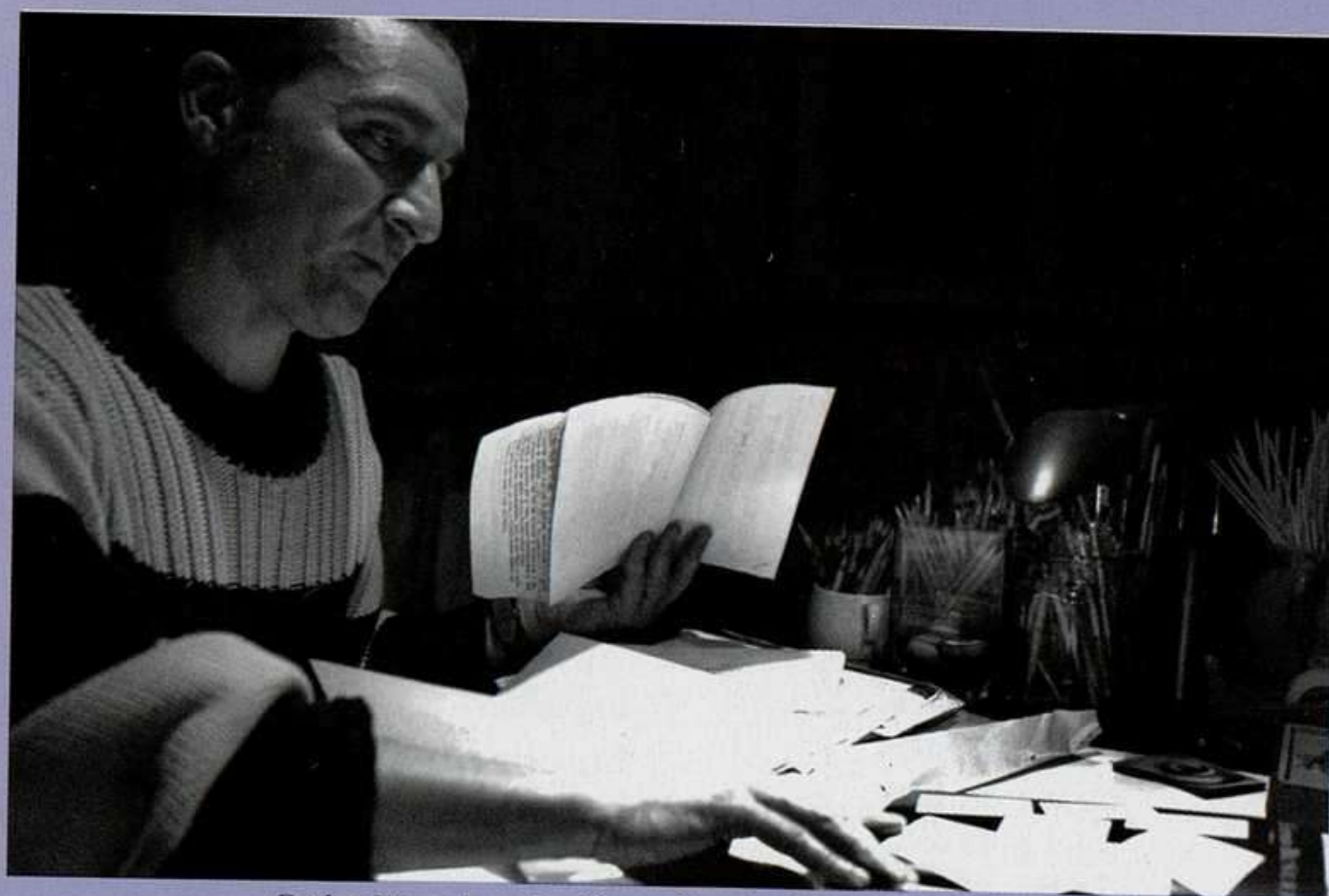
ARMENGOL • GABRIEL ALONSO • MANUEL BOIX
JULIO BOSQUE • MARTÍN CABALLERO • CARDELLS
ARTUR HERAS • ROSA MARTÍNEZ ARTERO
EVA MUS • MARTÍ QUINTO
GUILLERMO PEYRÓ ROGGEN • PÉREZ ESTEBAN
QUERO • RAMÍREZ BLANCO
MERY SALES • SEBASTIÁN NICOLAU

*Hotel
del Universo*

Esta edición dedicada a
Carlos Marzal, se terminó de hacer
el 22 de mayo de 2005, festividad de santa
Rita, abogada de los imposibles, en *La
Marea*, Benalmádena, para imprimirse
después en los talleres de Gráficas
San Pancracio, Málaga, bajo la
orientación de Lorenzo Saval y
María José Amado

Han intervenido en la realización de
este número Carlos Marzal, José Luis
González Vera, Miguel Gómez Peña, José
Antonio Mesa Toré, Antonio Jiménez
Millán, Pilar Salado, Ignacio del Río,
María Victoria Balmaseda y Carmen Saval
Prados

Con la colaboración de la Dirección
General del libro y Bibliotecas.
Generalitat Valenciana. Consellería
de Cultura, Educació i Esport.



Carlos Marzal en *La Marea*, Benalmádena, 2005 FOTO Ignacio del Río

LITORAL



ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS

1990

- μ (183-)185. Poesía del Rock
§ 186-187. **Emilio Prados.** La ausencia luminosa
& 188. **Luis Antonio de Villena**

1991

- † 189-190. Navegaciones. **Pablo Neruda**
† 191-192. **Nerhu.** Escritos

1992

- † 193-194. Poesía norteamericana contemporánea
† 195-196. Memoria de América en la poesía

1993

- * 197-198. Poesía ucraniana contemporánea
* 199-200. Poesía catalana actual

1994

- * 201-202. Poesía italiana contemporánea
* 203-204. **Carlos Arniches.** El Alma Popular

1995

- * 205-206. Poesía vasca contemporánea
* 207-208. **Dionisio Ridruejo.** Dentro del tiempo

1996

- * 209-210. Poesía gallega contemporánea
* 211-212. Eros picassiano

1997

- * 213-214. **María Victoria Atencia.** El vuelo
‡ 215-216. Poesía cubana

1998

- * 217-218. **Luis García Montero.**
Complicidades
* 219-220. **Rafael Alberti.**
El amor y los ángeles

1999

- μ 221-222. **Constandinos Cavafis**
* 223-224. **Chile.** Antología de la poesía contemporánea

2000

- * 225-226. **Pasajeros**
μ 227-228. **La poesía del jazz**

2001

- * 229-230. **Felipe Benítez Reyes.**
Ecuación de tiempo
* 231-232. **La poesía del mar**

2002

- # 233. **Ángel González.**
Tiempo inseguro
234. **Los ojos dibujados**

2003

- P 235. **La poesía del cine**
P 236. **Poetas del cine**

2004

- P 237. **Deporte, arte & literatura**
P 238. **La poesía del flamenco**

2005

- P 239. **Carlos Marzal.**
Hotel del Universo

μ	Agotado
&	15,03 EUROS
§	18,03 EUROS
†	21,04 EUROS
*	22,24 EUROS
‡	23,14 EUROS
#	24,64 EUROS
P	27,00 EUROS

Precio de la suscripción anual	
España	52,00 EUROS
Europa (<i>correo superficie</i>)	56,00 EUROS
América (<i>correo aéreo</i>)	90,00 EUROS
Resto	95,00 EUROS

Litoral

Boletín de Suscripción

Enviar a Revista Litoral, S. A. Urb. La Roca, 107-C. 29620 Torremolinos Málaga
Tel. 952 388 257 fax 952 380 758. litoralr@teleline.es

Apellidos... ..
Nombre
Domicilio
CP Localidad
Provincia Teléfono
Deseo suscribirme a la Revista Litoral durante un año, a partir del número

Suscripción anual	España	52,00 EUROS
	Europa	56,00 EUROS
	América	90,00 EUROS
	Resto	95,00 EUROS

Deseo recibir los siguientes números atrasados

Modalidades de pago

Cheque nominativo a Revista Litoral S. A.

Transferencia bancaria a la cuenta 2103-3022-89-0030001175 de Unicaja

Domiciliación bancaria (sólo para España).

Pago por domiciliación bancaria

Muy Sres míos:

Ruego a Vds. abonar hasta nueva orden los recibos que con periodicidad anual presente Revista Litoral, S. A. cargando su importe en la cuenta abierta a mi nombre; en esa entidad.

Banco / Caja de Ahorros Localidad

Dirección

Entidad _ _ _ _ Oficina _ _ _ _ D.C. _ _ N.º Cuenta _ _ _ _ _

NIF _ _ _ _ _

Nombre y apellidos del titular

Domicilio del titular

Fecha

Firma

101

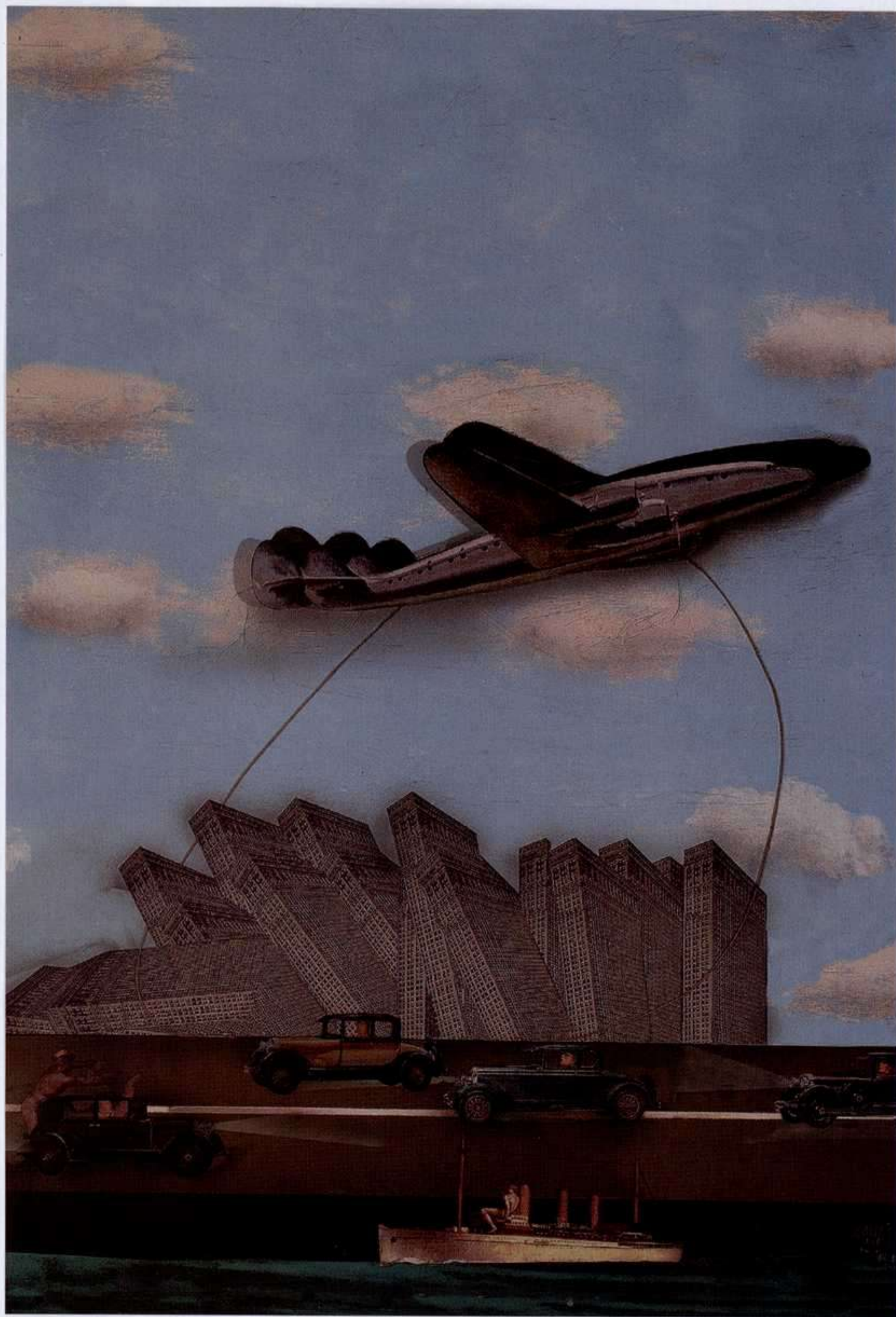
El presente documento tiene como objetivo principal...

En primer lugar, se debe tener en cuenta que...

Por otro lado, es importante destacar que...

Finalmente, se concluye que...

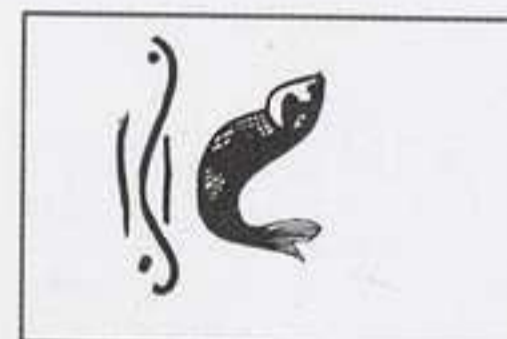
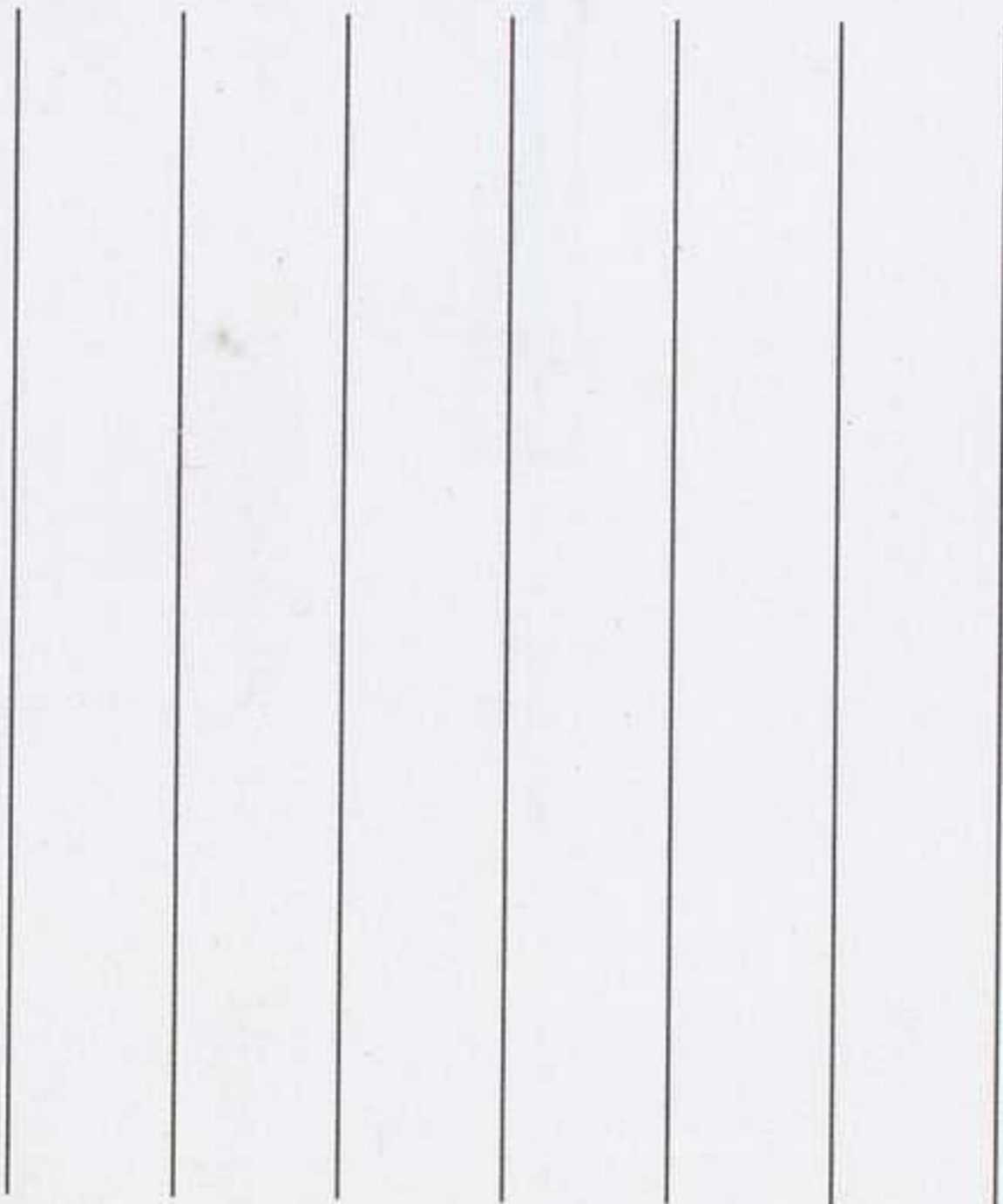
En conclusión, se puede afirmar que...



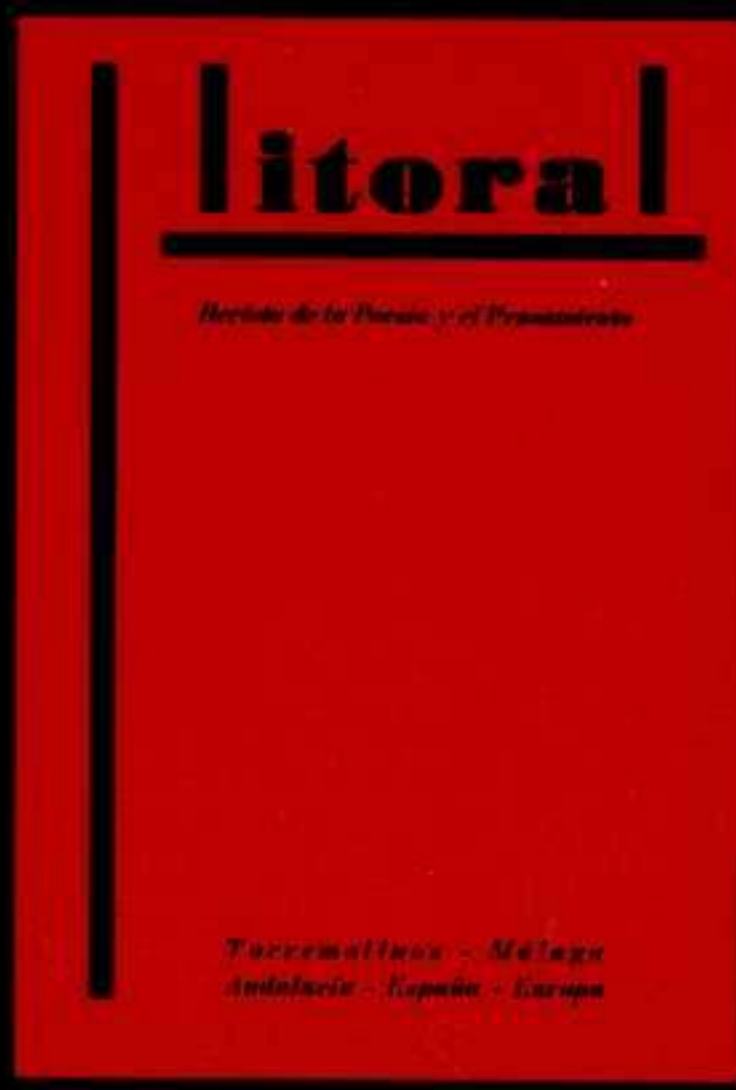
Lorenzo Saval. *Hotel di Universo*, 2005. Collage, técnica mixta, 50 x 50

LITORAL

REVISTA DE POESÍA, ARTE Y PENSAMIENTO



Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral
Litoral Litoral



litoral nació en Málaga en noviembre de 1926. Los poetas Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, al frente de la imprenta Sur, tuvieron el acierto de publicar en la revista y en sus Suplementos primeros poemas, dibujos, grabados y partituras de la mayoría de los artistas que luego habrían de pasar a la historia con el nombre de Generación del 27.

Las colaboraciones de García Lorca, Alberti, Bergamín, Cernuda, Guillén, Larrea, Moreno Villa, Gerardo Diego, Aleixandre, Dámaso Alonso, Gómez de la Serna, Picasso, Juan Gris, Miró, Ángeles Ortiz, Palencia, Peinado, Bores, Dalí, Halffter, Falla, etc., convirtieron a LITORAL en el motor entusiasta de la renovación artística propugnada por las vanguardias y en el buque insignia de esa generación.

Con Hinojosa hubo una segunda época, breve, que pretendió dar alas al surrealismo en España. Con Rejano, Giner de los Ríos, Moreno Villa y otros intelectuales españoles conoció LITORAL, en el exilio mexicano, una tercera etapa, también de corta duración.

Fue en la primavera de 1968 cuando José María Amado decidió volver a publicarla, otra vez en Málaga, con el empeño de reivindicar el papel histórico de la Generación del 27, tras tantos años de silencio o persecución por parte de la cultura oficial.

Amado reprodujo los números de las tres primeras etapas de LITORAL, difundió la obra de aquellos artistas que pagaron con la cárcel, el exilio y el olvido su compromiso moral con el pueblo español y logró que algunos de ellos —Alberti, Picasso o Bergamín— publicaran de nuevo en la revista. A veces, con libros inéditos como *Roma, peligro para caminantes* o *La claridad desierta*.

Desde entonces LITORAL ha ido incorporando en sus páginas las voces más personales de las sucesivas generaciones de nuestro país y ha mostrado las manifestaciones artísticas de otras culturas.

Números dedicados a Brenan, León Felipe, Neruda, Gil de Biedma, Jaime Siles, Luis Antonio de Villena, María Victoria Atencia, Ángel González o Luis García Montero y antologías de poesía sueca, árabe, norteamericana, italiana, cubana, chilena, catalana, vasca, gallega, escrita por mujeres, del rock, jazz, flamenco, cine, erótica, etc., son ejemplos, entre otros muchos, de que, de acuerdo con el espíritu de sus fundadores y directores, LITORAL siempre ha estado abierta al arte y al pensamiento modernos. En 2005 el Gobierno le concede la Medalla al Mérito en las Bellas Artes, en su categoría de oro.



En esta larga travesía, *Litoral* nunca perdió de vista las tendencias modernas de la lírica española. Nació para ofrecer sus galeradas a los jóvenes escritores de los años veinte y, hoy, casi ocho décadas después, continúa esa labor con monográficos dedicados a Luis García Montero o Felipe Benítez Reyes, lo que nos exigía dirigir la mirada hacia Carlos Marzal (Valencia, 1961), otro de los nombres consolidados entre el panorama poético actual. Su trayectoria comenzó con el *Último de la fiesta* (1987), libro elogiado tanto por la novedad de sus imágenes, como por esa maestría en el juego de hacer versos de la que daba magníficos ejemplos, características de estilo y temas que continuaron su natural desarrollo en *La vida de frontera* (1991), poemario, aún de juventud, que mostró un escritor con un mundo intransferible y un estética que lo empujaba hacia aquella nueva sentimentalidad que bullía entre cazadoras de cuero y alfileres en la solapa. Sin embargo, el mapa trazado a partir de *Los países nocturnos* (1996) es el que revela su madurez creadora, ajeno al incierto aroma canalla del que habita próximo a las aceras; a partir de sus estrofas, surge la voz de un poeta que identifica la existencia en los pequeños detalles cotidianos, los que arrastran el metrónomo de los días y esconden las llaves de esa abstracción a la que llamamos vida. Este es el rumbo de sus dos últimos galeones, *Metales pesados* (2001) y *Fuera de mí* (2004), ambos, elogios de lo que nos habita, que emocionan a cuanto lector se acerque a sus velas y así lo sancionaron el *Premio Nacional de la Crítica*, junto con el *Premio Nacional de Literatura* y el *Premio Fundación Loewe*.

En este número, el *voyeur* disfrutará de una selección de textos del autor donde nos invita a las diferentes mareas de su quehacer literario por el que fluyen aforismos, poemas, confesiones, fotos y cartas. La creación se adereza con una serie de lecturas solventes sobre su obra, semblanzas o versos dedicados, por lo que entre estas páginas se despliega la rosa de vientos que ilumina todas las costas marzalianzas, también pobladas por reconocidos artistas contemporáneos. Este *Hotel del Universo* se revela como una arquitectura de poesía y arte, timón entre las mejores corrientes estéticas por las que navegamos en estos tiempos.

